# Durmiendo en el Fuego

Benjamín Ruiz

# Durmiendo en el fuego

Benjamín ruiz

Autor: Benjamín Ruiz
Título original: *Durmiendo en el fuego*
1ª edición: junio 2018

© Benjamín Ruiz, 2018
Maquetación: Eba Martín Muñoz
Diseño de portada; Serves

ISBN-13:
ISBN-10:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

## Dedicatoria

A los amigos que son familia y a la familia que son amigos.

# Índice


Primera parte
Asturias
Farewell to you
The hardest part is the night
Fire makes steel
Heroes die young
Is anybody there?
Desperate dreams
In the darkness
Talkin' bout love
That time of year
Bridges are burning
Only lonely
Hold on
Day by day
Segunda Parte
Aragón
Still the night
Calling on you
    Endlessly
    Intuition
    You don't remember, I'll never forget
    In my dreams
    The heat goes on
    The ballroom bliz
    Running from the storm.
    To one far away
    Escape the hell
Interludio En la carretera
    Paris is burning ?
Tercera parte
    The deeper the love
    Feel what I feel
    Don't take heaven away from me
    Hunger
    Feel the heat
    Don't say you love me

- Don’t walk away
- Devil in disguise
- Last train to London

Interludio

En el tren

- So many tears

Cuarta parte

Londres

- Lonely girls
- Divided
- Black Masquerade
- Hysteria

Quinta parte

- A tale that wasn’t right
- Sleeping (in the fire)

Epílogo

- Like an angel

Post epílogo

- In Memoriam
- Forever And One

Final

- The search is over

Adenda

Memories

SOBRE EL AUTOR

# Primera parte

## Asturias

# Farewell to you

He pasado una buena parte de mi vida buscándola. Me enamoré de Rachel siendo casi un niño. Luego se marchó, pero no la olvidé. Cuando volví a saber de ella de su puño y letra, me enamoré otra vez, con más fuerza aún. Después de leer la historia de su vida decidí salir en su búsqueda, aunque sólo tenía diecinueve años escasos y un montón de dudas. El día anterior a mi marcha hacia el norte, donde ella vivía, sufrí un accidente de tráfico que me dejó seis meses en coma. Cuando desperté no recordaba casi nada, ni siquiera mi propio nombre. Los médicos dijeron que mi amnesia podía ser permanente o temporal. Resultó ser temporal, pero me costó un enorme esfuerzo lograr recordar a las personas que habían sido importantes en mi vida. Amigos y familia me dirigían palabras cariñosas, pero para mí eran solo extraños. Recordar a Rachel me llevó más de doce años. Lo hice cuatro días después de cumplir los treinta y uno, a principios de 2003.

Para entonces yo ya tenía montada una vida más o menos vulgar, con casa en las afueras, hipoteca y dos coches en el garaje. Tres años antes me había casado, pero ni a mi mujer ni a mí nos apetecía tener hijos. No viene al caso contar cómo la conocí y acabé en el altar con ella porque ésta no es su historia, sino la de Rachel. Mi esposa trabajaba en un bufete de abogados especializado en divorcios y yo me dedicaba a escribir en casa. No lograba publicar, pero no perdía la esperanza de hacerlo. La mayor parte de nuestros amigos y nuestras familias me consideraban un mantenido y un vago (y es posible que tuvieran razón), pero me daba igual. Había aprendido, tiempo atrás, a formar un escudo alrededor de mí que me cubría como un aura y me protegía de las opiniones de los demás.

Cuando ocurrió, estábamos cenando mientras mirábamos la televisión. La chimenea permanecía todo el día encendida porque estábamos en lo más crudo del invierno. Mi mujer había llegado media hora antes y se había quejado de que la carretera tenía algunos tramos helados y había tenido problemas para conservar la tracción del coche. Estábamos terminando y ella se levantó para ir a la cocina, a por los postres. En la tele ponían un documental que versaba sobre la belleza de las distintas regiones de España. En ese

momento salió la costa occidental de Asturias. El locutor empezó a hablar de Cudillero y la cámara se demoró en los preciosos paisajes verdes, las casas de colores de la población y el Cantábrico rugiendo en el puerto. En ese momento, recordé. *Recordé todo.* Fue como un chispazo dentro de mi cabeza. Como un interruptor que enciende la luz que ilumina lo que antes estaba entre las sombras. Me quedé con la boca abierta y una expresión estúpida pintada en el rostro. Mi mujer volvió a la mesa y se rió al verme así. Puso un yogur frente a mí (un yogur que nunca llegué a comer), y se sentó.

—¿Tan bueno es el programa? —preguntó, mientras abría el suyo—. A mí no me parece para tanto, la verdad. En realidad, me aburre bastan...

—Tenemos que separarnos —la interrumpí, volviendo la vista hacia ella.

La cuchara no llegó a su destino y quedó a mitad de camino. Mi esposa tampoco llegó a comer jamás aquel yogur.

—¿Qué? *¿Qué has dicho?*

Apagué el televisor con el mando a distancia. Durante unos segundos el silencio fue tan denso que sólo pude percibir el sonido de nuestras respiraciones y el crepitar de las llamas en la chimenea. Uno de los leños se desprendió, consumido. Hizo un ruido parecido al de una campana que toca a muerto en un funeral. O quizás es que la campana sonó de verdad en algún sitio, ya fuera dentro o fuera de mi cabeza.

—Acabo de recordar que amo a otra. La amo desde *siempre*. Lo siento, pero no podemos seguir juntos.

Mi mujer me miró. Estaba pálida y sus ojos brillaban. Me di cuenta de que tenía un tic en la ceja izquierda. Nunca se lo había visto. Me pregunté si alguna vez la había visto a *ella* antes.

—¿Me estás hablando en serio?

Empecé a sentir sed. En mi copa aún quedaban restos de vino. La apuré de un trago. No me supo a nada. Ni siquiera me calmó la sed. Alguien me dijo tiempo después que el vino no quita la sed. Solo sirve para ahogar las penas y olvidar, ya veces ni siquiera consigue hacer éso.

—Por supuesto. Nunca bromearía con algo así. Lo siento mucho.

Mi mujer me miró como si no me conociera. Sus ojos centellearon. Es curioso lo fácil que es pasar del amor al odio en cuestión de un segundo. Es posible que sea la cosa más sencilla del mundo. La delgada línea roja que divide ambos sentimientos es tan fina y frágil que se rompe con el simple poder de las palabras. Carece de la flexibilidad necesaria para aguantar el pulso y se quiebra, igual que un hueso aquejado de osteoporosis. Se divide con un crujido que sólo se oye en el corazón. En todo caso, es más fácil

romper el amor que saciar la sed bebiendo vino.

—*¿Que lo sientes?* Eres un maldito hijo de puta, ¿lo sabías? —inquirió levantándose. La cucharilla cayó sobre el cristal de la mesa y su sonido nos sobresaltó a los dos—. ¿Cómo puedes hacerme ésto? ¿Cómo diablos puedes hacerme ésto a *mí?*

La miré a los ojos. Estaba llorando. No sé si era el dolor o la frustración, pero me sorprendió verla llorar. Mi mujer nunca lloraba. De hecho, el llorón en nuestra relación era yo. Ella solía burlarse y me llamaba blando. Yo le contestaba que necesitaba ser blando para poder escribir.

—Lo siento —repetí—. Lo siento.

Y era verdad. No se me ocurría nada más que decir. La misma persona que me habló de las propiedades del vino me dijo una vez que el dolor de las personas que son abandonadas por sus parejas está sobrevalorado y que había que reivindicar el dolor que sienten los que abandonan a alguien. Porque el dolor que siente el que rompe la relación y se marcha está cargado de culpabilidad y asco hacia sí mismo. Es un dolor subterráneo que nadie externo es capaz de adivinar, pero que fluye por dentro corroyendo el espíritu y la autoestima y acaba convirtiendo a la persona en alguien totalmente ajeno y desconocido que toma el control, de repente. Como si el reflejo saliese del espejo y exigiera actuar por su cuenta. Y no es posible parar esa nueva personalidad porque se enquista dentro, como un parásito intestinal.

Ella cogió el yogur y me lo echó en la cara. La leche a medio cuajar goteó hacia el mantel de tela que protegía el cristal. Cogí una servilleta de papel y empecé a limpiarme muy despacio, como si fuera el trabajo más delicado del mundo: un neurocirujano cortando lo que sobra con cuidado de no dañar el cerebro del paciente, gracias a un pulso exquisito y un conocimiento del medio fuera de lo común. Cuando la servilleta se empapó, cogí otra y procedí a repetir la operación.

—Cabrón —escupió mi mujer. Entonces subió las escaleras que conducían a la planta de arriba y la escuché encerrarse en el baño a llorar.

Me puse en pie y de repente me sentí tan cansado, que tuve que sentarme otra vez. Eché otro leño al fuego y me quedé mirando cómo se consumía durante mucho tiempo.

Aquella noche dormí en el sofá, frente a la chimenea. De madrugada desperté aterido de frío. Las llamas se habían extinguido hacía rato y sólo quedaban los rescoldos, que brillaban en la oscuridad como una estrella que ha agotado el combustible y se va apagando con el paso de los milenios. Consideré la posibilidad de subir a acostarme en alguno de los dormitorios de arriba, pero al

final la deseché. Me puse encima una manta e intenté dormir de nuevo, pero no lo conseguí. Al cabo de un rato desistí y me quedé mirando las ascuas intentando aclarar mis ideas. Estuve así hasta que amaneció, sobre las ocho de la mañana. Me levanté, me dirigí a la cocina y puse la cafetera italiana en el fogón. Cuando burbujeó, me senté en la mesa y empecé a tomarme el café despacio, saboreándolo, mientras escuchaba en la radio las noticias matinales.

Cuando iba por la segunda taza, oí la ducha en la planta de arriba y minutos más tarde, mi esposa apareció en la cocina con el albornoz puesto y el pelo todavía mojado. Tenía mala cara, con ojeras y aspecto de no haber dormido mucho. Supuse que el mío no sería mucho mejor. No me saludó. Se sirvió café de la cafetera, añadió leche y metió la taza en el microondas. Se quedó de espaldas a mí, mirando cómo se calentaba, hasta que sonó la campanilla. Se sentó en la mesa, a mi lado y comenzó a beber.

—No te oí subir anoche —anunció. Parecía más serena y dueña otra vez de sí misma.

Tragué el último sorbo de café y estuve tentado de tomar una tercera taza, pero al final me decidí por un vaso de zumo de naranja y unas galletas. Me levanté y lo llevé todo a la mesa.

—He dormido en el salón.

Permanecimos en silencio, desayunando y escuchando las noticias, mientras empezaba a clarear tímidamente por la ventana de la cocina. Se oyeron los primeros gorjeos de los pájaros en el jardín. Miré hacia el exterior y vi que estaba encapotado. En la radio dijeron que volvería a hacer mucho frío y cabía la posibilidad de que nevase en zonas altas. Nosotros vivíamos en la sierra, así que no nos libraríamos. Hice inventario mentalmente para constatar que los dos coches tenían las cadenas en el maletero y líquido anticongelante de sobra. Teníamos un Mercedes SLK *Kompressor*, modelo del año2002, que era el que utilizaba mi esposa para ir al trabajo y un Chrysler *Le Baron* del 94 que habíamos comprado de segunda mano, y que eventualmente conducía yo. Digo eventualmente, porque lo normal era que permaneciera en casa escribiendo. Solo cogía el coche para ir a hacer la compra o alguna gestión urgente en la ciudad.

Vivíamos en una casa de dos plantas y garaje por la que habíamos pagado algo más de cien mil euros cuando la moneda todavía era la peseta y en una época en la que el mercado inmobiliario aún no se había vuelto loco. Estaba ubicada en una urbanización de clase media-alta, en la sierra. En verano hacía fresquito por la noche, pero los inviernos solían ser crudos. Se vivía relativamente tranquilo, sin los agobios de la ciudad, aunque a partir de la segunda quincena de junio la población se duplicaba

con los veraneantes y los pequeños negocios y gasolineras se llenaban de nuevos clientes. La gente siempre se quejaba de los rigores del clima a partir de noviembre, hasta bien entrado marzo: la lluvia, el viento, la nieve, la niebla… pero a mí me encantaba ese tiempo. Era el calor lo que no soportaba. En otoño e invierno escribía bastante, era al avanzar la primavera cuando mi nivel de producción empezaba a dejar mucho que desear. También me ocupaba de buena parte de los quehaceres domésticos, sobre todo lo relacionado con las comidas, la compra y la limpieza más urgente. Mi mujer completaba las demás tareas en el fin de semana. Jamás tuvimos asistenta; ninguno de los dos éramos muy partidarios de que nadie husmeara en nuestras cosas.

Cuando terminamos de desayunar, encendí la chimenea y también la calefacción de gas-oil, que solíamos reservar para los días más duros del invierno. Hoy era uno de esos días. Cuando volví a la cocina, mi mujer había puesto los cacharros en el lavavajillas y se estaba fumando un cigarrillo sentada en la mesa. Me ofreció uno y se lo acepté, aunque estaba intentando dejarlo. Mi relación con el tabaco era un quiero y no puedo. Permanecía largas temporadas sin fumar, pero volvía a caer en el hábito, más tarde o más temprano. Nos quedamos en silencio, sin que ninguno de los dos fuera capaz de romper el hielo y abordar directamente el problema que teníamos entre manos. Un muro invisible parecía interponerse entre nosotros. No podíamos verlo pero era tan real como el resto del mobiliario de la cocina. Al cabo de unos minutos fue ella quien hizo la pregunta clave.

—¿Sigues pensando igual que anoche? ¿Quieres seguir adelante y acabar con lo nuestro?

Apagué el pitillo en un cenicero de cristal. El humo me estaba dando náuseas. La miré a los ojos y respondí:

—Sí.

Ella me observó. Estaba nerviosa. O furiosa. O las dos cosas a la vez.

—¿Estás seguro?

Observé que el tic en la ceja persistía. Fui incapaz de recordar si era algo habitual o no, y me sentí mal por ello. ¿Qué clase de marido no se fija en esos detalles? Tenía entrelazados los dedos de las manos para evitar su temblor. Se me ocurrió de pronto que quizá también tuviera miedo a los cambios que se avecinaban en su vida.

—Completamente seguro —contesté con sinceridad.

Apagó el cigarrillo con violencia y estuvo a punto de quemarse con la brasa al romperse y quedar a medio consumir junto al mío. Otro símil de nuestro matrimonio, encallado de súbito por la acción

de un recuerdo demasiado vívido que venía a revolucionar nuestra rutina diaria.

—¿Quién es ella? —preguntó con la voz temblorosa. Parecía a punto de echarse a llorar de nuevo, pero se tragó las lágrimas. Esta vez el orgullo pudo más. La furia puede ser más fuerte que la tristeza. Es capaz de echarla a patadas del corazón y tomar el control sin remisión.

—Alguien que no conoces y de quien me enamoré por primera vez a los catorce años. La que había olvidado por culpa del accidente. Ni siquiera sé dónde está ahora mismo y si está viva o muerta.

Se echó a reír con amargura.

—Tiene gracia, me estás dejando por un fantasma perteneciente a la primera etapa de tu vida, antes de tu maldito accidente y de quien no te has molestado en investigar si aún existe. Si no fuera tan absurdo sería hasta gracioso. ¿No te parece una auténtica locura?

Asentí con la cabeza.

—Es posible, pero siento que es lo que debo hacer.

Volvió a sonreír, pero en su sonrisa no había rastro de buen humor. Sólo dolor e incomprensión. Mi mujer siempre fue una persona analítica y racional, como buena abogada. Era la parte izquierda de su cerebro la que mandaba. En mi caso era la contraria.

—Tú y tus corazonadas. Conociéndote debí suponer que esto sucedería algún día. Que recordarías algo que te haría cambiar tu modo de vida radicalmente.

Me encogí de hombros.

—Quizá es que no me conocías tanto como creías.

Hizo caso omiso a la observación y pasó al contraataque.

—Sabes que te voy a desplumar, ¿verdad?

No esperaba otra cosa. Sabía que era una de las mejores abogadas del bufete en el que trabajaba. Sus jefes siempre le encargaban los casos más difíciles. Era experta en llevar a su terreno lo que le interesaba y nunca cedía un ápice. En una palabra: era buena en su trabajo. Y yo iba a experimentarlo en mis propias carnes. Si en un caso en el que no había nada personal de por medio era inflexible y tenía una determinación sin límites, no quería ni imaginarme lo que haría cuando estaban involucrados (y heridos) sus sentimientos y se moviera con ansia de venganza y revancha. Decidí no darle el gusto de averiguarlo.

—Sólo quiero uno de los coches. Y los libros que yo ya tenía antes de casarnos. El resto puedes quedártelo todo: la casa, los muebles y enseres y el otro coche.

Durante un segundo observé la sorpresa en sus pupilas, pero se rehízo al instante y en seguida adoptó la expresión impasible que era su sello profesional, aquél que no dejaba translucir sus emociones, como un buen jugador de póker con una mala mano que se tira un farol.

—El Mercedes es mío y lo sabes. Puedes quedarte con el Chrysler. Y también con tus malditos libros, por supuesto. Al fin y al cabo los tienes en más alta estima que a mí misma.

En mi despacho había mil doscientos libros en las estanterías. De ellos, más o menos mil los había ido comprando yo desde mi adolescencia. Los otros doscientos eran producto de nuestros distintos gustos literarios y los habíamos adquirido durante los tres años de matrimonio. En cuanto al Mercedes, era cierto que lo utilizaba ella casi siempre, pero lo habíamos comprado el año anterior y nuestro régimen era de gananciales. De todas formas, me daba igual. En realidad, prefería el *Le Baron.* Le tenía un cariño especial a ese coche, aunque no sabía por qué. Así que me limité a pasar por alto el comentario.

—En cuanto a la casa —continuó—, también sabes a la perfección quién la está pagando. De hecho, sabes quién lo está pagando *todo.*

Asentí con la cabeza.

—En efecto, lo sé. Pero gracias por recordármelo.

Ella cogió otro cigarrillo y lo prendió con las cerillas que utilizábamos para los fogones. Después me miró a los ojos. Era el momento de los reproches. Yo lo sabía, ella lo sabía, y supongo que cualquiera que haya pasado por lo mismo y lea esto, lo sabrá.

—Te he dejado hacer siempre lo que has querido. Nunca te he pedido que tengas un trabajo normal, como la mayor parte de la humanidad, de esos que te permiten traer dinero a casa. Tú querías escribir y lo respeté aunque todo el mundo murmuraba a mis espaldas. Lo hice porque *tenía* fe en ti. Quizá más que tú mismo. Para que pudieras cumplir tu sueño yo he estado siempre a tu lado, pagando las facturas.

Todo eso era cierto, justo era reconocerlo. La dejé que continuara y no interrumpí su discurso.

—Ahora nada de eso importa, porque al señor se le ha ocurrido que ya no me necesita. De repente ha recordado que ya estaba enamorado antes de conocerme y que lo justo es que me deje y busque a su amor perdido. ¿Sabes qué te digo? Que te jodan. Si quieres irte, hazlo. Nunca encontrarás a nadie que se sacrifique por ti como lo hice yo. Esa supuesta mujer de la que estás tan "enamorado" solo existe en tu cerebro. Estás mal de la cabeza. ¿Se te ha ocurrido pensar que, después de tanto tiempo, puede que ella

ni siquiera se acuerde de ti?

Dos lágrimas bajaban por sus mejillas llevando consigo toda la rabia, el dolor y la amargura que la embargaban. Ni siquiera hizo ademán de limpiárselas. Yo también sentí un escozor en el fondo de mis ojos. Durante un segundo estuve a punto de dar marcha atrás, pero luego ese segundo pasó para no volver jamás. Y me enfrenté a sus palabras en silencio, porque era lo único que podía hacer. Un odio visceral emanaba de ella hacia mí. Todas las células de mi cuerpo podían notarlo. Era como la radiación que desprende una fuga nuclear: algo invisible, pero letal.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—Tengo que irme a trabajar. Tienes todo el día de hoy para empaquetar tus cosas y largarte. Cuando llegue esta noche no quiero verte en casa.

Asentí en silencio, pero no dije nada. Antes de salir de la cocina se volvió hacia mí por última vez. Necesitaba darme la estocada mortal. Quería venganza. Quería devolverme todo el dolor que yo le estaba causando. Y yo entendía perfectamente que quisiera hacerlo. En aquel momento hubiera dejado que me abofeteara sin rechistar.

—¿Sabes? Pensaba que eras alguien especial, por eso me enamoré de ti. Siempre me gustó que no pensaras igual que el resto del mundo, que nunca remaras a favor de la corriente y no te dejaras llevar en volandas con el rebaño. Que tuvieras tus propias ideas y que fueras honesto contigo y con los demás. Me hacías levantar castillos en el aire. Ahora comprendo que eres tan vulgar como todos.

—Ojalá pudiera volver el tiempo atrás. Ojalá nunca hubiera despertado del coma y hubiera desaparecido del mundo sin hacer daño a nadie.

Ella sonrió con tristeza.

—No sigas por ahí. No digas algo que no sientes, ni quieras que me apiade de ti por ser un cerdo. Eres responsable de tus propios actos y nadie te obliga a ejecutarlos. No me creo esa autocompasión tuya, ni esos supuestos escrúpulos.

No respondí. Quizá tenía razón, o quizá no. ¿Quién sabía?

—En la fiesta de Navidad que el año pasado organizó el bufete estuve a punto de acostarme con un compañero, ¿lo sabías?

No. Evidentemente, no lo sabía. La miré sin decir nada.

—No sé por qué no lo hice, la verdad. Es un tío muy atractivo. Estaba bastante borracha y él se me había estado insinuando durante toda la cena. Supongo que le seguí el juego, pero cuando llegó el momento de la verdad, me eché atrás. No sé si lo hice por miedo a que llegaras a descubrirlo, por serte fiel y ser fiel a mí misma, o porque te quería demasiado. El caso es que me propuso

que nos marchásemos a un hotel y le dije que no. Qué idiota, ¿verdad? Ahora me arrepiento de no haberlo hecho. Así al menos tendría algo con lo que poder torturarte como tú lo estás haciendo conmigo. Ojalá me hubiera acostado con él.

Aquello dolía. Dolía de verdad. Y no debiera doler porque yo estaba enamorado de Rachel. Pero aun así dolía en lo más profundo de mi ser.

—Me has roto el corazón, Toni. Espero que algún día alguien te lo rompa a ti para que sepas lo que se siente. Cómo notas que tu vida se desmorona y no vale absolutamente nada.

Yo ya sabía lo que era que alguien me rompiera el corazón. Rachel lo había hecho mucho tiempo atrás cuando me dijo que no podíamos estar juntos porque yo tenía catorce años y ella veintiséis. Después las cosas se revelaron más complejas que eso y yo comprendí que siempre me había protegido de algo mucho más terrible que la simple moral. Pero no se lo dije a mi esposa. Lo que le dije fue:

—Y yo espero que tú tengas que dejar algún día a alguien que te ama para que entiendas lo que yo siento ahora mismo. Y te des cuenta de que tú no tienes la exclusiva del sufrimiento.

Ella no respondió. Se me quedó mirando de una manera extraña, como si rumiara mis últimas palabras. Cuando por fin habló, volvió a adoptar el tono profesional que le había hecho ganar tantos casos de pensiones compensatorias y custodias de niños.

—Cuando te hayas instalado en algún sitio, llámame y te mandaré los papeles del divorcio para que los firmes. Suerte en tu nueva vida, Toni. La vas a necesitar.

Me levanté y la abracé. Ella correspondió y luego salió cerrando la puerta de la cocina. Subió al dormitorio para vestirse. Después la oí bajar al garaje, arrancar el coche y salir hacia el trabajo. Suspiré y me dirigí hacia la cafetera. Después de todo iba a necesitar esa tercera taza de café.

Cuando terminé de desayunar, subí a darme una larga y relajante ducha. Sentía el cuerpo agarrotado por culpa de la postura en el sofá. Encendí el equipo de música que había en mi despacho y coloqué un cd de *hard rock* a mucho volumen para oírlo mientras me aseaba. Después fui al cuarto de baño y gradué la temperatura del agua lo más caliente que pude soportar. Permanecí bajo el chorro intentando dejar la mente en blanco y no pensar en nada. Luego me sequé y empecé a afeitarme concienzudamente. Me di cuenta de que sería la última vez que lo haría frente a aquel espejo y tuve una extraña sensación de nostalgia anticipada, como si mi mente se hubiera ido de allí antes que mi cuerpo.

Me puse el chándal que mi mujer me había regalado la Navidad

anterior y bajé al sótano. Cogí una maleta grande y la subí al dormitorio. Mi vestuario era bastante exiguo, así que incluso me sobró espacio para los zapatos. Dejé la maleta en el salón y volví a bajar al sótano. Tenía cajas de cartón plegadas de otras mudanzas. Las iba a necesitar para transportar los libros. Decidí que también me llevaría mis vinilos y cd's de música rock y *heavy metal*. Al fin y al cabo, estaba seguro de que a mi mujer no le importaría lo más mínimo. Lo más probable sería que incluso le hiciera un favor al llevármelos y dejar más espacio libre. Cogí las cajas, que eran de paredes gruesas y resistentes, y también cinta americana para poder armarlas y sellarlas.

Las dejé en el suelo del despacho y encendí el ordenador. Hice copias de mis relatos y después los borré del disco duro. Cuando apagué la computadora, me volvió a invadir un sentimiento de melancolía por los largos ratos de escritura en aquella mesa, junto a la ventana. Desde ella se divisaban las montañas: azules en las tardes de invierno, verdes en las mañanas de primavera y pardas al final del verano y el principio del otoño. También utilizaba aquella habitación como sala de lectura, aunque prefería hacerlo en un sillón junto a la chimenea en épocas de frío y en el jardín las noches estivales. El ordenador se quedaría allí porque también era de mi mujer (o al menos, lo había pagado ella). No importaba, si volvía a escribir, lo haría a mano. No era algo que me desagradara. Al fin y al cabo, era regresar a la esencia de todo escritor, desde los tiempos de Homero o los narradores de la Biblia. Tampoco descartaba hacerme con una vieja máquina de escribir. Para mí no había sonido más reconfortante y maravilloso que el ruido de las teclas al ser pulsadas y el de las letras al ser impresas en el folio. O el del carro al volver a su lugar de origen. En mi juventud había escrito mucho a máquina y era como montar en bicicleta: nunca se olvidaba.

Comencé primero con los discos. Había más de trescientos, la mayoría de ellos en versión original. Ocuparon dos cajas grandes, que bajé al salón junto a la maleta. Luego metí todos mis comics en otra y la sellé con la cinta americana. Escribí con un rotulador su contenido, como había hecho con las anteriores. Después fui haciendo lo mismo con los libros. Los había de todo tipo y condición después de tanto tiempo de andar coleccionándolos. Tapa dura y rústica, ediciones raras, de lujo o baratas, de kiosco… La mayoría eran novelas de género: terror, ciencia-ficción, fantasía, etc. Pero también había clásicos universales y ensayos de diversa índole. Cuando terminé, era casi mediodía y las estanterías habían quedado diezmadas, lo que daba a la habitación un aspecto de desolación que no me gustó nada. Parecía una escena sacada de una

película post-apocalíptica. Los libros de mi mujer habían quedado huérfanos y había tanto hueco vacío que la estancia parecía más grande y los sonidos se amplificaban provocando una extraña resonancia.

Trasladé las cajas al garaje y llené el maletero del Chrysler y también los asientos traseros. El coche quedó tan cargado, que la maltrecha suspensión se resintió y el chasis bajó unos centímetros. Revisé los niveles del vehículo y la presión de las ruedas a ojo de buen cubero. El tanque de gasolina estaba lleno desde la última compra semanal.

El trasiego de las pesadas cajas me había abierto el apetito. Fui otra vez a la cocina y me preparé un sándwich de lechuga, tomate, mayonesa y pavo y lo comí acompañado de una cerveza fría. Me asomé a la ventana que daba al jardín y observé que estaba empezando a caer una especie de aguanieve que quizá pronto se convertiría en nieve de verdad. Me dije que no estaría de más darse prisa antes de que arreciara, el puerto quedara cerrado y quedase incomunicado en mitad de ninguna parte.

Subí al dormitorio de nuevo y cogí una mochila donde metí el teléfono móvil, un paquete de tabaco, un Mp3 con auriculares, un mechero, una pequeña navaja, un libro de bolsillo, pañuelos de papel, aspirinas y los cd's con los relatos. Salí al rellano de la planta alta y me despedí mentalmente de ella, mirando alrededor. Bajé al salón despacio, recreándome en el sonido de mis pisadas en las escaleras. Me dirigí al mueble bar del salón y busqué un doble fondo escondido en un lateral. Dentro había una lata de té con unos mil quinientos euros en billetes de veinte que había ido ahorrando pacientemente, como una ardilla que acumula nueces antes del invierno. Pensaba darle a mi mujer una sorpresa y tomarnos unas vacaciones en Pascua. Habíamos hablado a menudo de marcharnos al Caribe, pero unas veces por problemas de fechas y otras por escasez de fondos, no nos había quedado más remedio que posponerlo para más tarde.

Yo solía desviar parte del dinero de la compra y me las arreglaba para reducir el presupuesto. Mi mujer me decía que comprara el champú de tal o cual marca y yo hacía caso omiso alegando que se había acabado en el supermercado y no me había quedado más remedio que decidirme por la marca blanca. Lo mismo hacía con las conservas o los lácteos. A mi ex mujer se la llevaban los demonios cuando veía los productos que a veces adquiría. Me decía que cambiara de supermercado, pero el enfado le duraba poco. Ese truco me permitía guardar algún billete en mi hucha de manera regular y sistemática.

Gracias a este pequeño depósito conseguiría subsistir una

temporada hasta que encontrara un empleo “normal” o pudiera publicar algo. Lo más probable era que a esas alturas del día, mi esposa ya hubiera bloqueado las cuentas bancarias, imaginando un posible desfalco. No me causó ningún problema de conciencia coger aquel efectivo y guardarlo en la mochila.

Antes de marcharme, revisé el gas de la cocina y eché un vistazo al frigorífico. Estaba bien surtido. Cogí una lata de Coca-Cola para el camino. Luego cargué la chimenea a tope, teniendo buen cuidado de cerrar las portezuelas de cristal. Cuando ella volviese a casa esa noche, la encontraría bien caldeada. Todo estaría en orden, simplemente faltaría yo. Habría solo estancias vacías en las que quizá todavía se percibiese mi fantasma o el olor de mi *after shave*. Dicen que cuando alguien permanece mucho tiempo en un sitio y luego se marcha para no volver, quedan sus palabras flotando en el aire, como vestigios en el tiempo, como fósiles que encontrarán los paleontólogos del futuro, como psicofonías que captarán las grabadoras en la soledad de la vivienda, mientras todo lo demás sigue sumido en el silencio.

Dejé las llaves de casa en la mesa y salí cerrando la puerta a mi espalda sin mirar atrás. Hacía un frío tremendo y había empezado a nevar en serio; caían copos del tamaño de monedas de cincuenta céntimos. Fui al garaje y dejé la mochila en el asiento del acompañante del *Le Baron.* Arranqué el coche. Ronroneó con suavidad y pareció decirme en voz baja que era hora de marcharse para siempre de aquel lugar. Puse un cd de Bruce Springsteen en el reproductor del vehículo. Era su disco *The Rising*, publicado apenas seis meses antes. Escuché algunas canciones con el motor en marcha, mientras éste iba tomando la temperatura necesaria para que la calefacción funcionara a la perfección. Entretanto le fui dando pequeños sorbos al refresco.

Cuando sonó *Paradise*, de repente, sin saber cómo ni por qué, empecé a llorar. Quizá fue el tono de tristeza que desprende la canción, unido a mi estado de ánimo. El caso es que no dejé de hacerlo mientras duró la canción. Lloré por el dolor que iba a causar a la persona que abandonaba. Lloré por ella y por mí, por nosotros dos. Por algo que se rompía de pronto sin poder evitarlo. Por ilusiones que se hacían añicos, por frases dichas con sinceridad, que de repente se volvían palabras vacías, carentes de sentido. Por la fragilidad que nos gobierna a todos y de la que no somos conscientes en ningún momento. Me pregunté por qué a veces, para amar a una persona, tienes que hacer daño a otra. Por qué es tan injusto. Me pregunté de qué valía hacer planes de futuro juntos, si luego era el Destino quien imponía su ley implacable. Comprendí que no se puede dar nada por seguro porque todo es mutable y la

vida nos lo enseña con duras lecciones, imposibles de olvidar.

Cuando la canción terminó, sequé mis lágrimas con el dorso de la mano y apuré la lata de Coca-Cola. Me sentí mejor. Fue como una catarsis, como la sensación que queda en el estómago después de expulsar el alimento en mal estado y a medio digerir que provoca náuseas. Puse la primera y el Chrysler salió del garaje, zumbando con suavidad su motor V6 de tres mil centímetros cúbicos y ciento cuarenta y tres caballos de potencia. Mi mujer siempre se quejaba de que consumía mucho, como si el Mercedes fuera un mechero.

Salí del coche y cerré la puerta del garaje. El frío cortaba la piel de mi rostro y los copos de nieve me obligaban a entrecerrar los ojos. Sin pensarlo ni un segundo más, volví al vehículo y salí de allí a toda velocidad, sin mirar por el espejo retrovisor. Jamás regresé. Ni siquiera en sueños.

# The hardest part is the night

Subí la carretera del puerto sin problemas. La nieve aún no había cuajado y no necesité las cadenas. Conduje con cuidado los doce kilómetros que separaban mi antiguo hogar de la ciudad, mientras decidía sin pensarlo mucho, que en ese mismo momento me iría a Asturias, donde según mis últimas informaciones vivía Rachel. Al menos, eso me había dicho ella por escrito en un cuaderno en el que me había explicado la historia de su vida y los problemas que la afligían. Lo malo era que esa información procedía de muchos años atrás. Lo había escrito en 1986, antes de marcharse al norte, (de donde era oriunda) y me había pedido que guardase aquel cuaderno sin leerlo hasta 1990, cuando yo cumpliera dieciocho años y fuese más maduro para comprenderlo todo. Había sido mi profesora de Literatura en mi último año en la escuela y nos habíamos enamorado en una de esas relaciones imposibles para la ley y la moral. Ella me advirtió que me olvidara de lo nuestro. Yo pensé que lo hacía por cobardía ante el qué dirán o miedo hacia las leyes de protección al menor. Cuando lo leí todo, comprendí que simplemente me protegía de los demonios (y no es un eufemismo, como más adelante contaré) que la perseguían. Cuando decidí ir a buscarla, tuve el accidente de moto que me dejó en coma y me hizo olvidarla durante años. Algo que quizá había dado al traste con todo. Era consciente de la locura que suponía ponerme a buscarla a ciegas después de tanto tiempo, pero aún así, una especie de fiebre por encontrarla me consumía, y el hecho de que fuera casi una misión imposible no me echaba atrás, sino todo lo contrario.

Al llegar a la ciudad, me dirigí a la variante sur, en dirección a la autovía A44. Por un momento estuve tentado en ir a la casa de mis padres y contarles la situación, pero no me sentí con fuerzas para hacerlo. Decidí que los llamaría por teléfono cuando me instalara en mi nuevo destino. Eran las dos de la tarde. Si no me detenía en exceso durante el viaje, antes de medianoche estaría en Oviedo, donde tenía previsto montar mi cuartel general. El problema era que el clima no era el más idóneo para viajar. Si en el sur estaba nevando, aunque no llegara a cuajar, en el norte la cosa estaría mucho peor. Además, tenía que cruzar tres cordilleras hasta llegar a la capital del Principado.

Me incorporé a la autovía y cuarenta kilómetros más tarde, en Bailén, me desvié a la A4, dirección Madrid. Puse el Chrysler a 120 km/h y me relajé escuchando música. Seguía nevando débilmente,

pero la calzada se encontraba en perfectas condiciones y los neumáticos del coche se agarraban al asfalto sin problemas.

Hacia las tres paré en el puerto de Despeñaperros para tomar un bocado. Lo hice en una venta situada junto a una cerrada curva, antes de entrar en los túneles. Pedí un bocadillo, un refresco y de postre un café solo. Lo ventilé todo en menos de quince minutos y partí de nuevo enseguida.

La nieve empezaba a acumularse en la cumbre de las montañas y un viento fuerte y racheado zarandeaba el coche, lo que me obligaba a aferrar el volante con fuerza. Entré en los túneles, lo cual supuso un alivio. El tráfico era escaso. Tan sólo grandes camiones que circulaban en fila, como ballenas siguiendo al líder en alta mar, me obligaban a pasar al carril izquierdo para adelantarlos. Poco después, salí de Sierra Morena y entré en la provincia de Ciudad Real. Ascendí la meseta y observé que el clima estaba más calmado por esta zona, lejos de la cordillera. Conduje por las grandes llanuras manchegas, devorando kilómetros de rectas interminables y horizontes infinitos, mientras ajustaba la calefacción de vez en cuando y escuchaba música o noticias en la radio.

Una hora más tarde, el tiempo se aclaró durante unos kilómetros e incluso salió un tímido sol que empezaba a declinar entre los Montes de Toledo. Fue un espejismo. Al llegar a la provincia de Madrid, volvió el tiempo inestable, la nieve y el viento lateral. En los carteles informativos de la M40 se advertía a los conductores del empeoramiento progresivo de la visibilidad y recomendaban reducir la velocidad. Cuando enfilé la carretera de La Coruña se podía leer en los paneles luminosos: NO VIAJE AL NORTE SIN CADENAS.

Al subir a la sierra de Madrid y cruzar los túneles del Guadarrama la nieve era mucho más copiosa que en el sur. Estaba anocheciendo y las siluetas de las montañas se difuminaban entre la ventisca. Salí de la comunidad y entré en Castilla y León. Fui pisando la raya fronteriza que dividía Ávila y Segovia, de manera que ahora me encontraba en una de las provincias y un minuto después en la otra, alternativamente. Se había hecho de noche por completo y seguía nevando con fuerza, pero sin comprometer la seguridad del vehículo. Cuando llegué a las llanuras de Valladolid, el tiempo se estabilizó y dejó de nevar. En esta zona no había cuajado en los campos. El viento también había aflojado. Decidí aprovechar la ocasión y parar a tomar algo y llenar el tanque de gasolina que empezaba a acusar el paso de los kilómetros. Me desvié a una zona de servicio, puse primero el combustible y después aparqué junto al restaurante contiguo a la gasolinera.

En la cafetería, la temperatura era agradable. Había pocos clientes, la mayoría camioneros, viajantes de comercio solitarios y

alguna familia despistada, volviendo a casa después de visitar Madrid o Pucela. La gente miraba la televisión o charlaba en voz baja sobre el tiempo con los camareros, mientras daban pequeños sorbos al café con leche o al cacao caliente.

Me acomodé en la barra, de pie, y pedí un cortado bien cargado. Mientras lo servían, miré un periódico que había en un apartado para la prensa. Se trataba de *El Norte de Castilla*, edición de Valladolid. Lo abrí leyéndolo desde la contraportada, obviando la sección de deportes. Estuve echando un vistazo a los titulares y bebiendo el café con calma, disfrutándolo. No era tan malo como la mayoría de brebajes que sirven en los restaurantes de carretera. Cuando terminé, aboné el importe, dejé una pequeña propina y me acerqué a los servicios. Oriné, me lavé las manos y me remojé la cara. Tenía unas ojeras producto de la noche en vela anterior. Saqué un cepillo de dientes de los de usar y tirar de una pequeña máquina adosada a la pared. Me lavé la boca concienzudamente y después me enjuagué. Minutos más tarde salía de nuevo al coche y me incorporaba a la autovía A6.

Al entrar en la provincia de Zamora, el tiempo empeoró de manera repentina. En Benavente, cambié de autovía y cogí la A66, dirección León. Aquí empezó a nevar de verdad, como yo nunca había visto antes. Era una auténtica ventisca. Los copos volaban en todas direcciones y eran enormes. El limpiaparabrisas del *Le Baron* funcionaba a plena potencia y apenas era capaz de despejar el cristal, con lo que la visibilidad era escasa. La nieve estaba cuajando en la autovía y los dos carriles se convirtieron en uno solo, por el que circulábamos despacio los vehículos en fila india. Todos llevábamos las luces antiniebla activadas y seguíamos las rodaduras que dejaba nuestro predecesor. Al llegar a las puertas de la ciudad de León, se hizo evidente que no podríamos avanzar sin la ayuda de las cadenas. Bajo el puente de una carretera que cruzaba la autovía, la Guardia Civil nos hizo detenernos. Nos advirtió de la imposibilidad de seguir si no era con las cadenas puestas en los neumáticos. Lo peor de todo era que aún quedaba lo más duro hasta llegar a Oviedo: había que cruzar la Cordillera Cantábrica. Y esta no era de juguete, como Sierra Morena. Eran auténticas montañas, algunas de ellas gigantescas, con una verticalidad que quitaba el aliento.

Me apeé y saqué del maletero el juego de cadenas. Hacía un frío horrible. Cortaba la piel y quemaba como el fuego. Los copos se clavaban como aguijones en el rostro y apenas podía mantener los ojos abiertos. Se me entumecieron las manos al instante, pero no podía utilizar guantes para ejecutar la operación con éxito; los eslabones eran demasiado pequeños para poder sujetarlos si lo

hacía.

Los agentes de la Guardia Civil alumbraban con linternas para facilitarle el trabajo a la gente y también ayudaban a quienes eran incapaces de instalar las cadenas, ya fuera por desconocimiento o nerviosismo. A mí me llevó un buen rato ponerlas, alumbrándome con una pequeña linterna que sujetaba con la boca, pero al final lo conseguí.

Me incorporé de nuevo a la autovía, avanzando despacio, con la dificultad que generaba el metal en la goma. El coche se agarraba bien a la nieve y las ruedas motrices hacían su trabajo, impulsando al Chrysler por las lomas nevadas de la provincia de León. Antes de entrar en las montañas, la autovía se convirtió en una autopista de pago: la AP66, que se adentraba hasta el Principado de Asturias, evitando el puerto de Pajares de la antigua nacional, por el túnel del *Negrón*.

Crucé los enormes y desolados páramos leoneses, cubiertos por la ventisca, a una lentitud exasperante. Las cadenas traqueteaban rítmicamente, como un diapasón, firmes, fuertes y fiables. La fila de vehículos avanzaba despacio, igual que una caravana beduina en el desierto. Poco a poco fuimos devorando kilómetros, hasta que el terreno empezó a ascender al penetrar en las montañas de León. El tiempo era cada vez más infernal. Los copos tenían un espesor tal y se movían a tanta velocidad, que a veces el limpiaparabrisas no daba abasto y se colapsaba.

Me paré en una zona de servicios en Rioseco de Tapia, a casi mil metros de altitud, para cenar y descansar un poco. El aparcamiento del restaurante estaba lleno a rebosar. Eran las diez de la noche.

El ambiente era cálido en el local. La gente hablaba de un único tema: el tiempo. Decían los parroquianos autóctonos que la que estaba cayendo era algo de lo más normal por aquellos lares en el mes de enero. Pero incluso los asturianos se sorprendían, y eso que ellos estaban más que acostumbrados a grandes nevadas. Tuve que esperar un rato para que me dieran mesa, ya que todas estaban ocupadas.

Pedí un caldo caliente y un chuletón de ternera de la zona, una de las mejores razas del país. Me lo sirvieron a la parrilla, al punto y sazonado con sal marina y pimienta negra. Cuando terminé el atracón, pedí un café y la cuenta. Al abonarla, calculé mentalmente que llevaba gastados casi cien euros. Si seguía derrochando a ese ritmo, el dinero se acabaría antes de que encontrara un empleo en Oviedo.

Salí de nuevo al exterior y continué la marcha hacia el interior de las montañas. Llegué al pantano de Caldas de Luna y crucé el túnel del *Negrón*, de cuatro kilómetros de longitud. Las cadenas

crujían al chocar con el asfalto, que lógicamente estaba libre de nieve. Esto me hizo dudar si debía quitarlas para evitar que se rompieran, pero la pereza de tener que volver a montarlas después me decidió a no hacerlo y encomendarme a la suerte.

Al salir del túnel entré en territorio del Principado de Asturias, en el valle del Huerna. El tiempo seguía igual de complicado que en León, o incluso más, porque en Asturias los valles son más cerrados y sombríos, y las montañas más verticales. Por suerte, las máquinas quitanieves mantenían la calzada transitable, aunque fuera con cadenas. Crucé varios túneles más y luego la autopista empezó a descender, buscando niveles más cercanos al mar. Conforme fui bajando, la nieve fue decreciendo en intensidad. Al llegar al peaje de Campomanes, pregunté por la situación más adelante y me informaron de que en la zona de las cuencas mineras, la carretera estaba libre de nieve y el tiempo mucho más calmado.

Y en efecto, así fue. Cuando llegué a Mieres, apenas si llovía, la carretera estaba despejada y el tráfico fluido. Me desvié a una gasolinera y quité las cadenas. Había rodado con ellas casi doscientos kilómetros y estaban tan maltrechas que las tuve que romper con unos alicates. Se habían incrustado en los neumáticos y no los habían destrozado de puro milagro. Continué la marcha y llegué a Oviedo después de las una de la madrugada.

No conocía la ciudad, así que me moví por pura intuición. Entré por la Ronda Sur y después me desvié hacia el centro. El tráfico era escaso, dada la hora que era y en un día laboral. El suelo estaba mojado, pero libre de nieve, y en aquellos momentos no llovía. Me dije que lo más urgente en aquellos momentos era encontrar un sitio donde dormir y un parking para el coche. A la mañana siguiente haría las oportunas gestiones para buscar un lugar definitivo donde instalarme y descargar las cajas del vehículo.

Me decidí por un aparcamiento subterráneo situado en el subsuelo de una gran plaza en la que se alzaban varios edificios históricos y el Teatro *Campoamor*, que tantas veces había visto por televisión en las entregas de los premios Príncipe de Asturias. Encontré un hueco con facilidad y estacioné entre dos pilares maestros. Apagué el motor y me quedé unos segundos escuchando el sonido que hacía al enfriarse, después de 800 kilómetros de viaje. Se había comportado como un campeón, tras un periplo tan accidentado y lleno de obstáculos meteorológicos. Suspiré, cogí la mochila de mano y me bajé del coche, cerrándolo a conciencia. Esperaba que las cajas de los asientos posteriores no llamasen demasiado la atención.

Cuando salí al exterior estaba empezando a caer una helada importante. Eché a andar, sin saber hacia dónde dirigirme. Caminé

por una calle peatonal y al fondo distinguí la torre de la Catedral. En la acera izquierda, a medio camino, se veía un cartel horizontal en el que se leía: Hotel Principado. Tenía tres estrellas y parecía un establecimiento cómodo y limpio. Una luz difusa iluminaba la recepción, mientras un empleado leía algo en el mostrador y tomaba notas en un cuaderno. Me dije que era un lugar tan bueno como cualquier otro para descansar unas cuantas horas antes de buscar un sitio idóneo donde vivir.

Crucé las puertas abatibles y el recepcionista me dio la bienvenida con una sonrisa. Pagué los cincuenta y dos euros que me pidió por la habitación y me dio la llave con el número 312, indicándome que el desayuno estaba incluido en el precio. Asentí cansado y le di las gracias mientras me dirigía a los ascensores. En la tercera planta busqué mi puerta que resultó estar situada al final del pasillo, junto a una ventana exterior desde la que se apreciaba la plaza de la catedral, iluminada en la noche por una luz plateada que parecía irreal.

La habitación era espaciosa y estaba limpia y ordenada. La temperatura era agradable: ni demasiado cálida ni demasiado fría. Me acerqué al radiador de la calefacción. Al poner la mano en él, noté el calor que desprendía, suave pero sin quemar. Me desnudé y me metí en la ducha. Dejé que el agua relajase mis músculos agarrotados por tantas horas de viaje, mientras intentaba mantener mi mente en blanco y no pensar en el giro que acababa de darle a mi existencia. Casi lo logré. Al cerrar la ducha y empezar a secarme, también comenzaron las dudas. ¿Qué se suponía que había hecho? ¿Tirar mi vida por la borda y comenzar una búsqueda de no se sabía bien qué? ¿Por qué demonios nunca pensaba en lo que hacía? ¿Por qué? Esa era la pregunta clave y repetitiva como un mantra: ¿Por qué? Me había largado al otro extremo del país, cortando amarras con mi vida y quemando los puentes detrás de mí. Sólo podía seguir en una huída hacia delante que no sabía dónde me llevaría.

Mientras me afeitaba en el lavabo, mirando mi rostro difuso en el espejo empañado, pensé en mi situación más inmediata. Lo urgente a la mañana siguiente sería encontrar un lugar donde instalarme y luego buscar un trabajo que me permitiera tener tiempo y recursos para buscar a Rachel. Necesitaba encontrarla. De repente, se había convertido en mi *leit motiv*. Y tenía una sensación de estar llegando tarde a donde quiera que fuese que ella estuviera.

Cuando terminé de rasurarme la barba, me lavé los dientes, mirando la hora en el reloj: eran las dos de la madrugada. Salí a la habitación y saqué un cigarrillo de la mochila. Lo encendí con un mechero de plástico y me senté en la cama. Aunque debería estar

agotado, después del largo viaje y la hora tan intempestiva, me sentía despabilado y alerta, como si acabara de beberme un litro de café. Le fui dando caladas con calma, intentando relajarme, en tanto mi cabeza bullía sin descanso recordándome que la gente normal y corriente no hacía las cosas que hacía yo. Las personas normales seguían con sus vidas, aunque no fueran perfectas, aunque odiasen sus trabajos y estuviesen enamoradas de otras que vivían a cientos de kilómetros. La gente normal no hacia borrón y cuenta nueva por un calentón. Simplemente, se acostaba, lo consultaba con la almohada y al día siguiente volvía a hacer lo que se suponía que debía hacer. El problema residía en que yo nunca me había considerado una persona normal. Mejor dicho: sí que me consideraba normal. Los anormales eran los demás.

Cogí el teléfono móvil y estuve tentado de enviarle un mensaje a mi ex, explicándole dónde me encontraba y pidiéndole disculpas, una vez más. Deseché la idea y también la de enviarle otro a algún amigo o a mi familia: no era la hora apropiada ni la ocasión más propicia. En lugar de eso, trasteé el menú y fijé la alarma a las 8:30. Apagué el cigarrillo y me acosté. Al apagar la luz, me quedé con los ojos abiertos mirando el techo, en la oscuridad. Se oía una música suave, muy bajita, quizás en alguna habitación cercana. Quizás alguien, solo como yo, había puesto la radio para sentirse acompañado y pasar mejor las horas de insomnio. O puede que se hubiera rendido por fin al sueño y la música permaneciera sonando, acunándolo como una nana.

Intenté dormirme, pero no lo conseguí. Mis ojos parecían tener muelles y se abrían por su cuenta, sin obedecer las órdenes de mi cerebro. Encendí la luz, salté de la cama y caminé descalzo por la moqueta hasta la mochila. Saqué el libro de bolsillo que llevaba en la mochila. El título era *Ancho mar de los Sargazos*, de Jean Rhys. Me senté en una silla, junto a un escritorio situado en un lateral de la estancia y me enfrasqué en su lectura, suspirando. Presentí que aquélla podría ser la primera de una larga lista de noches de insomnio. Los días se volverían extraños y fríos, posiblemente. Tendría que reorganizar mi vida por completo, de arriba abajo.

Pero la parte más dura sería la noche.

# Fire makes steel

Cuando sonó la alarma del teléfono, me costó la misma vida despertar. Me había acostado muy tarde, por puro agotamiento, no sin antes terminar el libro de Jean Rhys. Supuse que no había dormido más de cuatro horas. Me arrastré de la cama al baño, vacié la vejiga y me eché agua en la cara para intentar espabilar un poco. Me miré en el espejo y casi no reconocí mi rostro: estaba macilento y gris, y mis ojeras llegaban al suelo. No parecía la cara de un hombre joven de treinta y un años, sino la de alguien que ya va por la mitad de la cuarentena. Suspiré y comencé a vestirme. El día que se avecinaba iba a ser largo y duro. Recogí mis escasas pertenencias y salí.

En la recepción, me dio los buenos días un empleado distinto al de la noche. Me indicó dónde se encontraba el comedor del hotel, informándome de que podía elegir el tipo de desayuno buffet que deseara: continental o americano. Me decidí por el americano ya que me había levantado con hambre y me apetecían más proteínas y grasas de lo habitual. Me serví café y zumo de naranja, huevos revueltos con beicon y tostadas con mermelada. Mientras daba buena cuenta del festín, observé a mi alrededor. Había pocos clientes: algunos hombres de negocios solitarios que devoraban sus platos con prisa, una pareja de turistas extranjeros de edad avanzada que desayunaban con calma y sin dirigirse apenas la palabra y poco más. Enero no es el mejor mes para los hoteles (algunos incluso echan el cierre por vacaciones en esa época del año), pero el ambiente en el Principado era muy agradable, incluso con pocos clientes.

Pregunté a una camarera que se afanaba con la cubertería de las mesas si había algún periódico para leer y salió para volver, segundos después, con un ejemplar de *La Nueva España*, edición de Oviedo. Me lo tendió con una sonrisa y prosiguió con sus quehaceres. Eché un vistazo a los titulares con escasa curiosidad y me fui directamente a los anuncios de alquileres. Aunque más tarde podría acercarme a alguna inmobiliaria, sería bueno echar un vistazo para ir familiarizándome con los precios. Tampoco sería una mala idea alojarme en una pensión barata; al menos hasta que tuviera un trabajo que me permitiera pagar un apartamento. Hice

unos sencillos cálculos mentales y llegué a la conclusión de que, después de los gastos en gasolina, peajes, comidas, aparcamientos y alojamiento, me quedarían unos mil trescientos euros. Eso daba para mantenerse un mes, o poco más, gestionándolos bien. Con el reciente cambio de moneda la vida se había encarecido muchísimo.

Antes de salir del hotel, el empleado, quizás confundiéndome con un turista despistado, me facilitó un plano callejero de la ciudad y me indicó los monumentos más cercanos. No le aclaré el malentendido. ¿Para qué? De todas formas, me vendría bien ese mapa para empezar a moverme por la ciudad. Y otra cosa importante era sacar el coche cuanto antes del parking subterráneo o me costaría un ojo de la cara. Por otra parte, dejar un vehículo cargado de cajas aparcado en la calle, no me parecía muy buena idea. Así que me dije que lo más urgente era buscar un lugar donde vivir.

Al salir al exterior, el frío me golpeó sin avisar. El cielo estaba gris y no terminaba de amanecer, derramando una luz pálida y débil sobre el mundo a ras de tierra. Estaba en una calle peatonal. A mi izquierda podía ver la torre de la catedral, destacando como un faro vigía, y antes de ésta, una gran plaza con algunos edificios antiguos y esculturas de metal. A mi derecha estaba la otra plaza, junto al *Campoamor*, en la que descansaba mi Chrysler bajo tierra. Estaba situada justo enfrente de un gran parque que resultó ser el Campo de San Francisco, que yo conocía de oídas. Hacia allí me dirigí para caminar un poco y entrar en calor porque el frío era muy intenso.

Era un espacio verde de calles asfaltadas y limpias y árboles inmensos, con bancos en los laterales. Recordé que Rachel se había sentado en estos mismos bancos y tuve un ramalazo de melancolía. Yo la había visto por última vez en el verano de 1986, a casi mil kilómetros de allí. Estábamos en el invierno de 2003. ¿No era una locura andar buscándola? ¿Tendría razón mi mujer cuando decía que había tirado toda mi vida por la borda para perseguir a un fantasma? Había pasado toda la década de los noventa y parte de la del dos mil sin acordarme de ella a causa del accidente y había vivido… ¿feliz? ¿O quizás cada cosa llegaba en su momento y ahora tocaba encontrarla? Ella me había regalado la historia de su vida en forma de narración, que yo había leído con ansiedad, pero no conocía qué había sucedido en los últimos diecisiete años.

Me contó en su relato que unos demonios la perseguían. Eran unos demonios reales, no un eufemismo. Estaban encarnados y hacían el mal por doquier. Se habían encaprichado de ella y le habían sucedido cosas terribles en su casa familiar, en Cudillero. Huyendo de ellos había acabado en el sur y me había conocido a

mí. Nos habíamos enamorado, en una relación imposible que ella trató de impedir. Después se había marchado para protegerme y protegerse a sí misma, y había vuelto a su tierra natal. ¿Era *real* todo lo que me había contado? Lo cierto era que su historia sonaba tan verosímil, que no me había quedado más remedio que creerla. Intenté sacar estos pensamientos de mi cabeza. Ni siquiera sabía por dónde enfocar la búsqueda. Lo principal, lo más urgente, era organizarme con la vivienda y el trabajo. Lo demás tendría que esperar. No podía empezar la casa por el tejado, por mucho que una voz interior me avisara de que había que darse prisa porque el tiempo se acababa.

Salí del parque por una calle lateral y desemboqué en la famosa calle Uría, la arteria principal de Oviedo; la calle más comercial y representativa de la ciudad, que antaño había comunicado el casco antiguo con el ensanche y la Estación del Norte y que hoy había quedado enclavada en el centro urbano. Poseía una buena colección de edificios históricos (algunos neobarrocos, otros modernistas e incluso alguno de *art decó*) y los negocios más selectos se daban cita en sus bajos. El tráfico rodado estaba bastante restringido, pero aún así, era importante. El flujo de peatones por sus amplias e impolutas aceras también era constante, con personas que iban de un lugar a otro, comprando en los negocios, dirigiéndose a sus trabajos o simplemente paseando. Era la misma calle que Clarín había descrito en su inmortal obra maestra, *La Regenta*, ciento veinte años antes.

Cuando iba por la mitad de la vía, justo al lado de unos famosos grandes almacenes, vi un cartel en un segundo piso en el que se leía: PENSIÓN ROMERO. Crucé por un paso de peatones y me acerqué al edificio. Era antiguo, aunque muy bien conservado. Me pareció que una pensión tan bien situada seguramente sería cara, pero aún así supuse que valía la pena preguntar. Pulsé el botón del portero automático y segundos después la puerta se abrió sin que nadie preguntase.

El portal estaba en penumbra y era tan frío como el propio exterior. Al fondo había un ascensor anticuado y desvencijado, pero en uso aún. Subí al segundo piso oyendo traquetear el mecanismo de la polea igual que el elevador de una mina. Cuando se paró en mi planta, lo hizo con una sacudida que por poco me provoca una luxación en el cuello. Salí al pasillo y miré a los lados. Había dos puertas. En la de la izquierda se leía: GESTORÍA. En la de la derecha: PENSIÓN ROMERO. En la puerta se advertía una de esas antiguas mirillas de rejilla. Pulsé el timbre y escuché un ding-dong en algún lugar del interior. Se oyeron pasos y la rejilla se abrió. Un ojo me escrutó con curiosidad y pareció dar el visto bueno a mi presencia.

La puerta se abrió y apareció una mujer de unos cuarenta y cinco años, de figura delgada y atractiva. Tenía el pelo castaño (posiblemente teñido) y unos preciosos ojos verde esmeralda, protegidos por unas pestañas arregladas con *rimmel*. Su mirada brillaba con un leve destello de ironía, como si estuviera de vuelta de todo y ya nada le pudiera sorprender, pero a la vez poseía esa simpatía y bondad de quien es amable por naturaleza y está acostumbrado al trato directo con los demás. Vestía un traje azul de dos piezas y calzaba zapatos sin tacón. Se veía elegante sin llegar a resultar ostentosa.

—¿En qué puedo ayudarle? —inquirió sin rodeos. Moduló la voz con el acento asturiano que ya había escuchado antes en los empleados del hotel.

Carraspeé antes de contestar, como disculpándome por tener que hablar.

—Estoy buscando alojamiento en la ciudad y he visto el cartel de la pensión desde la calle. Me preguntaba si podría informarme sobre las tarifas

Echó un vistazo a mi mochila y sonrió. Al hacerlo, se le marcaron unas profundas patas de gallo en las comisuras de los ojos. Me tendió una mano y la estreché. Era suave y cálida al tacto y tenía las uñas pintadas de rojo carmín.

—Me llamo Rosalía Romero, pero puede llamarme Rosa. Todos aquí lo hacen. Soy la propietaria del establecimiento.

Me sorprendió la acogida tan grata, la verdad. Me gustó desde el principio. Creo que en ese momento decidí quedarme, independientemente del precio y las condiciones.

—Toni Hernández. Encantado de conocerla.

Sonrió otra vez, pero su gesto fue menos profesional y más cercano.

—¿Del sur?

Ahora me llegó a mí el turno de sonreír. Era imposible esconder mi acento. Tampoco me apetecía hacerlo. Cada uno es de donde es. Es algo tan aleatorio como ser rubio o moreno.

—¿Tanto se me nota?

Rió con suavidad y simpatía.

—Bastante. He tratado mucho con gente de su zona. Muchos llegan buscando trabajo. La mayor parte de la vía férrea de Asturias la construyeron andaluces, murcianos y extremeños, hace mucho tiempo. También llegaban para trabajar en las minas. Mi marido siempre decía que la gente del sur había dejado aquí su sangre, sudor y lágrimas.

No supe discernir si el marido había muerto o ya no estaba con ella. La gente tiene la curiosa costumbre de hablar en pasado de sus

ex-parejas. Como si ya no existieran. Se hizo a un lado y me invitó a entrar en la pensión, con un ademán de la mano.

—Por favor, pase. Sea bienvenido.

Le di las gracias y obedecí. Ella cerró la puerta y me acompañó a un pequeño mostrador de madera con forma de L. Pasó al otro lado y sacó un folleto con toda la información. Detrás de ella había un tablero con las llaves de las habitaciones colgadas en alcayatas.

—Las tarifas varían según la duración de la estancia y los servicios contratados. Dormir una noche cuesta 20 euros. Si además quiere hacer las tres comidas principales aquí, el precio sube a 35. Tenemos descuentos para estancias de larga duración en los que se incluyen las comidas y un servicio de lavandería. Acompáñeme. Le enseñaré el establecimiento.

El recibidor se dividía en dos pasillos. En el de la izquierda se encontraban las habitaciones. Había ocho, cuatro a cada lado. Al final del corredor se encontraba una pequeña salita llena de estanterías de libros. Tenía un par de sofás y una butaca mecedora.

—Las habitaciones tienen todas baño independiente y calefacción. Y esa salita es una especie de santuario para la lectura. Yo misma la utilizo mucho. La limpieza se realiza a diario, excepto los domingos. Las sábanas se cambian cada tres días, salvo casos excepcionales. Una vez tuve un cliente que sudaba en exceso y había que hacerlo a diario, pero no es lo habitual.

Nos detuvimos delante de las habitaciones siete y ocho, junto a la salita de los libros. Las abrió para mostrármelas. Eran prácticamente idénticas, pero con los muebles dispuestos al revés, como el reflejo de un espejo. En la ocho había una cama de matrimonio, una mesita de noche, un armario empotrado, una mesa-escritorio con una silla y una pequeña estantería al lado. Bajo la mesa vislumbré una papelera metálica. Encima del cabecero de la cama, un cuadro con una fotografía ampliada de la torre Eiffel. En el lado contrario a la ventana se encontraba el cuarto de baño, pequeño pero completo. Tenía bañera y un cesto de mimbre para la ropa sucia. Todo brillaba impoluto. Eran habitaciones ascéticas, como las de un monasterio. Pero tenían el encanto de lo simple y estaban limpias y ordenadas.

—Esta habitación da a la calle Uría y la siete a un patio de luces. Puede elegir la que guste: son las dos únicas que quedan libres. La del patio de luces es más tranquila, pero tiene menos luz natural. En esta, a veces se oye el ruido del tráfico, pero para mi gusto es más alegre. Asomarse a la ventana para ver pasar la vida es muy agradable. A mí me relaja. Desde aquí se ve el Paseo de los Álamos, del Campo de San Francisco. Acompáñeme, le enseñaré el resto de la pensión.

Desandamos el pasillo y entramos en el otro. A la izquierda había dos baños (uno para cada sexo) y una cocina inmensa con una mesa cuadrangular rodeada de sillas. Estaba equipada con todo tipo de electrodomésticos y brillaba tanto como la de un restaurante de lujo. La encimera de acero inoxidable reflejaba la luz del techo.

—Los huéspedes tienen derecho a utilizarla siempre que quieran, aunque casi nadie lo hace: les gusta más que les sirvan en el comedor, lógicamente. No obstante, si alguna vez le apetece un vaso de leche o un yogur de madrugada, el frigorífico está a su disposición. Es importante dejarlo todo ordenado y limpio, tal y como lo encontró antes. También puede hacerse un café cuando le apetezca.

Asentí sin decir palabra y salimos de nuevo. En la pared contraria, justo en frente de la cocina, se encontraba un enorme comedor, con una mesa ovalada para, al menos, diez comensales. Estaba montada con cubiertos y platos, lista para la próxima comida.

—Solemos hacer la comida todos juntos, como en una gran familia. Puedo decirle con orgullo que somos como las pensiones de antaño. Y eso es algo difícil, hoy día. La gente va demasiado a su aire y socializa poco. Con el grupo de ahora, los horarios de trabajo nos permiten organizar el almuerzo de manera que todos lo hagamos a la vez.

La estancia contigua al comedor era un salón con televisión. Había un sofá de cuatro plazas y varios sillones independientes. También una mesa baja de cristal con varias revistas encima y algún libro que otro. Un viejo televisor negro de pantalla curva y muchas pulgadas, presidía la habitación encima de un mueble de color caoba.

—Los huéspedes descansa aquí, charlan y ven la tele. Algunos, incluso echan una siesta. Es su sitio de reunión en los ratos libres que les dejan sus trabajos. La mayoría lo hacen en jornada partida. Desayunan aquí, van al trabajo, regresan para la comida y después vuelven por la tarde a sus obligaciones. Algunos cenan aquí y otros lo hacen por ahí, en algún *chigre*.

—¿*Chigre*? —inquirí, levantando una ceja. No había oído la palabra en mi vida.

La dueña de la pensión sonrió.

—En alguna sidrería o taberna. Las hay excelentes y se come muy bien por poco dinero. ¿Conoce Oviedo?

Negué con la cabeza.

—Apenas acabo de llegar. Todo lo que conozco, es de oídas.

Salimos otra vez al pasillo. Quedaba una última habitación al fondo. Y una lavandería que me enseñó sin detallar demasiado.

Había un par de lavadoras, una enorme secadora y un centro de planchado profesional.

—Le encantará la ciudad, ya verá. Es preciosa. Y limpia como ella sola. Cada año le dan el premio *La escoba de plata* a la ciudad más limpia de España.

Una chica de veintipocos años salió de la habitación del fondo y se dirigió a nosotros. Era pequeña y rellenita, pero se movía con agilidad.

—Ella es María —me la presentó Rosalía—. Me ayuda con todas las tareas del negocio. Más que mi empleada, es mi amiga.

La joven sonrió y me saludó con un movimiento de cabeza. Luego fijó su atención en su jefa.

—He terminado con tu habitación, Rosa. ¿Empiezo ya con los menús de hoy? Hay mucho que hacer.

La dueña asintió, dando el visto bueno.

—¿Qué tenemos hoy para comer? —preguntó.

—De primero ensalada y de segundo fabes con almejas.

—De acuerdo, ponte con ello, María.

La dejamos en la cocina con su faena y fuimos otra vez hacia el mostrador de recepción. La pensión me había causado una muy grata impresión, tanto por lo limpio y moderno que se veía todo, como por el trato que había percibido allí en tan poco tiempo. Me dije que era una suerte encontrar un sitio tan bueno y bien situado a la primera y no pensaba dejar escapar la oportunidad de alojarme allí. Le comenté a Rosalía que me encantaría quedarme en su establecimiento y preveía una estancia larga. Ella sonrió de nuevo. Aún tenía que pasar un filtro, no sólo dependía de mí. La dueña de la pensión también tenía algo que decir al respecto, así que comenzó a sondearme sin ambages.

—¿En qué trabaja usted, señor Hernández? La estancia de larga duración, con todo incluido (comidas, alojamiento y lavandería), cuesta 500 euros mensuales. ¿Podrá pagarme cada mes o tendremos problemas para llevarnos bien?

Me tocó a mí sonreír. Me gustaba esa mujer. Iba directa al grano y no le gustaba perder el tiempo. Era el tipo de persona en la que yo siempre había querido convertirme: alguien sin dobleces. Decidí ser sincero. Al fin y al cabo, era la mejor opción. Lo contrario solía ser una mala idea casi siempre.

—La verdad es que ahora mismo me encuentro sin trabajo. Pero puedo pagarle dos meses por adelantado. También tengo un coche aparcado cerca de aquí que puedo presentar como fianza. Si quiere, puedo firmarle cualquier documento válido que le garantice quedarse con el vehículo, si fallo en los pagos.

Arqueó las cejas a modo de respuesta y ensayó una sonrisilla

irónica. Me dio la impresión de que ya me había aceptado en el hostal, pero estaba jugando conmigo porque le divertía. Aquello no me molestó. Al contrario, me resultó gracioso.

—¿A qué se dedica? ¿Cuál es su profesión?

Carraspeé y le sostuve la mirada. Le brillaban los ojos, risueños. Parecía leer mis pensamientos dentro de mi cabeza.

—Soy escritor —contesté—. Aunque he desempeñado muchos otros trabajos, me considero escritor por encima de todo.

Asintió despacio sin perder su preciosa sonrisa. Me indicó con un gesto que me sentara en una silla junto al mostrador. Ella hizo lo propio.

—Así que escritor… ¿Y ese oficio le permite vivir? ¿Pagar las facturas y comer?

Ahora fui yo quién sonreí con escepticismo. Era la misma maldita pregunta de siempre. La que te hacía todo el mundo, fueran familia o desconocidos. Como si escribir pudiera sólo traducirse a una cuestión numérica y financiera. Como si el escritor no necesitase escribir para sentirse vivo, cobrase o no por ello.

—Me temo que no es lo habitual. Es difícil vivir de lo que uno escribe. Ni siquiera los escritores famosos suelen hacerlo. Sólo unos cuantos lo consiguen. Los demás compaginan otros trabajos con la escritura: talleres, cursos literarios, columnas en periódicos, charlas en universidades y asociaciones, programas en radio o televisión… Incluso trabajan en cosas que no tienen nada que ver con las letras.

Ella cruzó las piernas y su semblante se tornó un poco más serio, sin perder del todo la mueca amistosa.

—En ese caso, tendrá que encontrar alguna actividad que le permita compaginar su escritura y disponer de dinero. Y en cuanto a escribir, aquí estará muy tranquilo. Por las mañanas sólo estamos María y yo con las faenas de la pensión. Se puede instalar en la sala de los libros, si le apetece. ¿Está escribiendo algo interesante?

Esa era otra de las preguntas habituales: "¿Estás escribiendo algo interesante?" No cualquier cosa. Si no era interesante, no valía la pena perder el tiempo con ello. Comprendí que había aceptado mi solicitud en el establecimiento, de forma implícita. Me guardé muy mucho de decirle que yo no había venido a Asturias a trabajar (al menos, como actividad principal), ni siquiera a escribir, sino a buscar a Rachel. Pero me vendría bien estar ausente del hostal, investigando, mientras simulaba buscar un empleo por centros comerciales y polígonos. Ensayé mi mejor sonrisa, esa que yo también sabía explotar según las necesidades del momento. Me puse la careta de buen chico.

—En realidad, ahora mismo no estoy trabajando en ninguna novela —mentí—. Me encuentro un poco bloqueado. Así que será

mejor buscar algo para poder subsistir, hasta que la cosa cambie. ¿Entiendo que me acepta como huésped?

Rosa asintió y me dio la mano.

—Acepto su solicitud y espero no tener que arrepentirme, señor Hernández. Venga conmigo y rellenaremos los formularios.

Nos levantamos y nos acercamos otra vez al mostrador.

—Por favor, llámeme Toni. Y tutéeme. Cuando me dicen "señor Hernández", siempre miro a mi alrededor para ver a quién están nombrando. Luego me doy cuenta de que estoy solo y me deprimo.

Se echó a reír.

—Como quieras, Toni. Por favor, tutéame a mí también. Y llámame Rosa, no Rosalía. No me gusta. Por cierto, ¿dónde tienes el coche?

—En un parking subterráneo, cerca del teatro *Campoamor*.

Ella asintió, mientras me entregaba un formulario para que fuera escribiendo mis datos en él.

—Entiendo. En la Escandalera. Tengo un par de plazas de garaje allí. Te cederé una de ellas, sin cargo. ¿Te parece bien? Así tendrás el coche a buen recaudo. El aparcamiento en la calle está complicado por esta zona. El poco que hay es casi todo de pago. Además, estos últimos días del mes no te los cobraré. Pagarás sólo febrero y marzo por adelantado. La fianza del coche de la que hablabas antes no será necesaria. ¿Qué te parece?

Levanté la vista del impreso y sonreí.

—Me parece genial. Muchas gracias. Me vendrá estupendo porque tengo un montón de cajas de libros en él, que no sé dónde voy a meter. Y tendré que traer mi maleta, por cierto.

—En el garaje hay unos trasteros que se alquilan baratos. Pregunta a ver si puedes dejar tus cosas allí, mientras decides qué hacer con ellas.

Me dio la llave de la habitación ocho y otra de la puerta del hostal, por si algún día regresaba tarde. También me facilitó una tarjeta de propietaria de la plaza de garaje, que me permitiría entrar y salir de él sin pagar. Saqué un fajo de billetes y conté veinte de cincuenta euros. Se los entregué y también el formulario con mis datos, firmado.

—Una última cosa —anunció, mirándome a los ojos con su sonrisa luminosa—. Nunca me meto en la vida privada de mis huéspedes. No soy una persona chismosa, porque no que gusta que lo sean conmigo. Lo que quiero decir es que si algún día quieres traer a alguna chica a la habitación, puedes hacerlo, pero con discreción, por favor. No estoy en contra de ello, pero tampoco quiero que la pensión se convierta en un picadero, ¿comprendes? Es necesario guardar ciertas formas. Aquí hay gente de todo tipo y

condición y tengo que nadar y guardar la ropa, ¿me explico?

Me eché a reír. Aquella mujer me caía bien, no podía evitarlo. Me encantaba su espontaneidad.

—Perfectamente, Rosa. No te preocupes, no tendrás ningún problema conmigo por eso.

Sonrió y me miró a los ojos unos segundos en silencio. Luego compuso un gesto solemne. Era la primera vez que dejaba de sonreír desde que yo había entrado en su casa.

—Hay algo que buscas, Toni Hernández. Lo sé, lo veo en tus ojos. No sé si lo encontrarás o no, pero espero de corazón que lo hagas. Hay algo que te agobia y que llevas amarrado a tu espalda, como un peso del que no te puedes deshacer. Recuerda algo que dicen por aquí: "El fuego fabrica acero". Es un dicho de los mineros. Viene a significar que necesitas sufrir mucho para forjar tu alma, que nada es fácil y que tienes que pagar para ser feliz.

Me quedé en silencio, mirándola. Sus ojos traspasaban mi cerebro y leían más allá de mis pensamientos.

—Cree en ti y cree en lo que buscas, sea lo que sea. Sé fuerte, no te detengas y no te rindas ante la adversidad. Te ocurrirán cosas terribles que tendrás que afrontar como un hombre. Es tu destino, Toni. Tienes que vivirlo tú, nadie más puede hacerlo.

Permanecí mudo, sin saber qué decir. Su discurso me parecía tan surrealista como un sueño. Ella volvió a sonreír y su gesto iluminó todo el recibidor más que la propia luz del techo.

—Y ahora ve a por tu equipaje. Pero antes date un paseo. Espero verte para la hora de la comida. Se sirve a las dos y media. Te encantará comer aquí. No encontrarás nada mejor en toda la ciudad.

## Heroes die young

Cuando salí de la pensión eché un vistazo al reloj. Eran las doce del mediodía. El cielo seguía encapotado y no se veía ni rastro del Sol. Lo primero que hice fue dirigirme al parking para abonar el coste que debía y presentar mi flamante nueva tarjeta de abonado en la caseta del vigilante. Alquilé un trastero por cincuenta euros al mes y moví el coche hasta la plaza de aparcamiento de Rosa. Trasladé las cajas al trastero y después salí a dar una vuelta por el casco antiguo. Me orienté gracias al plano que me habían facilitado en el Hotel Principado. Atravesé algunas calles peatonales hasta desembocar en el casco antiguo de Oviedo, en la zona del Fontán. Esta parte de la ciudad me resultaba familiar de habérsela oído mencionar a Rachel en su diario, aquél que me había entregado mucho tiempo atrás y en el que me narraba toda su vida antes de conocerme. Caminar por las mismas calles que ella me provocaba una extraña emoción, mezcla de nostalgia y estupor. Me parecía imposible estar allí y casi sentía vagar su fantasma por esas aceras, junto a mí.

Se apreciaba el trasiego de gente propio de un día laborable. Paseé junto a un mercado de abastos, junto a los soportales del Fontán y después me dirigí hacia el Ayuntamiento por la calle Magdalena. Desde allí, fui caminando hasta la plaza de la Catedral, observando la famosa torre que aparecía en la portada de algunas ediciones de *La Regenta*. La propia Ana Ozores estaba representada en una escultura de metal, con su tocado y su vestido de época, en uno de los laterales de la plaza, como un símbolo imperecedero de Vetusta, la ciudad con la que Clarín había disfrazado Oviedo para evitar suspicacias y críticas que de poco le sirvieron, visto el revuelo y el escándalo que se formó después de su publicación.

Entré en la Catedral, eché un vistazo rápido y volvía salir. Admiré las tumbas de los reyes asturianos, muy cerca de allí, y seguí caminando por plazuelas y calles peatonales llenas de encanto y siglos a su espalda. Me encaminé hacia la calle Argüelles observando los negocios y edificios antiguos, y entonces me detuve con un escalofrío que no era producto del clima asturiano. Me encontraba justo en la puerta del restaurante Casa Conrado. En aquel local, Rachel había cenado una noche con Adrián, Carlos y

Cristina, las tres “personas” que habían acabado amargándole la existencia. Aquello había ocurrido en enero de 1984, casi veinte años atrás, pero el restaurante se veía tal cual lo había descrito ella; al menos hasta donde yo alcancé a ver desde el exterior.

A Adrián lo había conocido antes, en un viaje en tren desde Cudillero a Oviedo. Ella se dirigía a la capital y se habían encontrado por *casualidad.* Rachel estaba en un momento de bajón anímico, después de la muerte de toda su familia y su posterior duelo. Habían entablado conversación (principalmente, literaria) y después se habían despedido en Oviedo porque Adrián continuaba viaje hasta Santander, donde ejercía de profesor en la Universidad. Días más tarde se habían encontrado en el restaurante. Adrián estaba acompañado de su pareja, Cristina, y de un amigo de ambos, Carlos. Se habían vuelto a saludar y Adrián le presentó a los otros, rogándole que cenara con ellos. Ella aceptó. En aquella reunión ocurrió algo que acabó condenándola de por vida: firmó un pacto con el diablo, sin ser consciente de ello y a raíz de entonces comenzaron sus problemas de verdad.

Me contó algo tan increíble que me costó asimilarlo. Llegué a dudar de su cordura, pero me dio tantos detalles que no me quedó más remedio que creerla. Básicamente, me dijo que aquellos tres seres no eran personas, sino demonios encarnados (alguno de ellos, con miles de años de existencia) y que se dedicaban a sembrar la discordia allá donde les apeteciera hacerlo. Habían provocado la muerte de varias personas a su alrededor, una de ellas una chica joven, Ana, amiga que ellos mismos le habían presentado y que había muerto con veintipocos años, intentando avisarle de la verdad. Se habían encaprichado de Rachel, o más bien lo había hecho Adrián, el jefe de los tres. Después de pedir ayuda a un exorcista y tras la posterior muerte de éste, la habían hecho prisionera en su propia casa. Tras una serie de rocambolescos acontecimientos, Rachel había acabado pactando con otro tipo de demonios (los *Aéreos*), para acabar con estos tres. Esa ayuda tampoco era gratis. Los *Aéreos* le exigieron fidelidad y un pago indeterminado que se cobrarían veinte años después. Estos hechos habían ocurrido a primeros de 1985, con lo cual muy pronto se cumpliría ese lapso de tiempo y vendrían a reclamar su deuda. Eso, contando con que siguiera viva.

Al final, Rachel había logrado escapar, no sin antes abandonar a su suerte su mansión indiana en Cudillero y había acabado llegando, casi por casualidad, a Jaén, mi ciudad, donde yo la había conocido como mi profesora de literatura en mi escuela, siendo un adolescente. El posterior enamoramiento entre nosotros dos no vino sino a empeorar las cosas, con lo que Rachel acabó marchándose

otra vez al norte, dejándome el diario en el que me explicaba estos acontecimientos para que lo leyera cuando fuera lo suficientemente maduro para entenderlo.

Lo peor de todo era no saber qué había sido de ella: si la habrían vuelto a localizar Adrián y compañía, o los propios *Aéreos* para recordarle su inminente cobro de la deuda con ellos. No sabía por dónde empezar a buscar, aunque lo más lógico parecía ser el hacerlo en Cudillero y localizar la vieja mansión familiar de Rachel, llamada *Villa Luna*. La historia era tan surrealista e inverosímil que provocaba una desazón profunda en mí. Si resultaba ser cierta, era tan terrible que no sabría cómo tomármela y actuar en consecuencia. Y si resultaba ser un delirio de Rachel el panorama no era mucho mejor, porque en ese caso yo me había enamorado de una loca. Una demente que había fabulado esta extraña historia por cualquier motivo que yo desconocía. Y que sólo me traería problemas a mi vida, como de hecho había comenzado a provocar con la deserción de mi matrimonio y mi huida hacia adelante.

Me marché de allí con la sensación de que los recuerdos aún dormidos en mi mente, a causa del accidente y posterior amnesia, continuarían despertándose en diferentes momentos siempre y cuando determinadas causas actuaran como detonante. Era como estar formando un rompecabezas al que le faltaran piezas o no encajaran como debían hacerlo: un auténtico despropósito. En aquel momento me sentí de nuevo como aquel adolescente que se había enamorado de la persona equivocada, en un tiempo y lugar muy lejanos. Y sabía que aquel error sólo podría traer consigo una nueva concatenación de errores que acabarían haciendo de mi vida un infierno en la Tierra. Por cómo se desarrollaron los acontecimientos después podría decir que me quedé corto en mi apreciación. La realidad siempre acaba superando a la ficción. Esa fue la lección más grande que terminé aprendiendo al final.

***

Llegué a la pensión sobre las dos y cuarto, no sin antes acercarme al coche para recoger mi maleta. Había empezado a caer una lluvia de gotas finas y muy frías, casi aguanieve. Me cambié de ropa en mi habitación, dejé la maleta encima de la cama para deshacerla más tarde y crucé el pasillo para dirigirme al comedor.

En la mesa había varias personas sentadas, esperando sus platos. Entre ellas se encontraba Rosa, la anfitriona. Se dirigió a mí en cuanto me vio aparecer por la puerta.

—Te estábamos esperando, Toni. Nos gusta que María sirva de una sola vez a todos juntos. Intentamos comportarnos como una

familia de las de antes, ya sabes.

Me senté entre ella y una pareja de ancianos de aspecto agradable. Sonreí con mi máscara de pedir disculpas.

—Lamento la tardanza. La lluvia me ha entretenido demasiado. Prometo ser más puntual la próxima vez. Estaba haciendo un poco de turismo y se me ha ido el santo al cielo.

Rosa aceptó mis disculpas sacudiendo una mano, como quitándole importancia al asunto. Se dirigió a los demás con un ademán de su cabeza. Además de la pareja, había un señor mayor de aspecto serio y poblada barba entrecana, una mujer de mediana edad muy guapa, otro tipo de edad indeterminada entre los cuarenta y los sesenta años, de rostro simpático y un par de chicas jóvenes, de veintipocos, que no paraban de charlar entre ellas.

—Este es Toni, el chico del sur del que os hablaba —anunció—. Ya lo iréis conociendo. Se quedará una temporada con nosotros.

Hice un recorrido con mi mirada por los rostros que me observaban al otro lado de la mesa. Algunos sonrieron y otros hicieron un gesto de saludo cordial, nada especial.

—Es un placer —contesté, sintiéndome como un animal en el zoo.

María entró en el comedor arrastrando un carrito de camarera lleno de platos de ensalada que fue disponiendo para cada comensal. Al llegar a mi lado, me sonrió y lo puso frente a mí. Observé que la ensalada constaba de lechuga, tomate, canónigos, espárragos blancos, huevo cocido a rodajas y un buen pedazo de lomo de atún. Era muy completa. En el centro de la mesa había una hogaza de pan enorme cortada a rebanadas y jarras de agua y vino tinto.

—Esa parejita de ancianos encantadores que hay junto a ti, son mis padres —me informó Rosa, mientras aliñaba su plato con aceite, vinagre, sal y pimienta—. Viven aquí, con nosotros. Y no irán a ninguna residencia mientras yo viva. Se llaman Juan e Isabel.

Los dos abuelos sonrieron e hicieron un gesto amistoso con la cabeza. No dijeron palabra y siguieron a lo suyo.

—Ese señor tan serio que está junto a ellos es Alberto. Es profesor de instituto jubilado. A veces, quizá una vez al mes, sonríe un par de minutos y luego vuelve a su estado natural, que es la circunspección.

La broma no hizo mella en el aludido que prosiguió imperturbable con la tarea de masticar un espárrago. Cuando lo tragó, se limpió con una servilleta y dijo:

—Bienvenido a Asturias, Toni.

Le di las gracias y la emprendí con mi propia ensalada. Estaba deliciosa y yo tenía hambre, como solía ser habitual en mí.

—La preciosidad que está a su lado, frente a nosotros, se llama Lucía —continuó Rosa su detallado inventario personal—. Trabaja en "El Corte Inglés", al otro lado de la calle. No es asturiana, sino de León. Aunque, leoneses y asturianos…primos hermanos.

La mujer me ofreció su mano desde el otro lado y tuve que levantarme para estrechársela. Me miró a los ojos, sonriendo.

—Estoy en la sección de perfumería, por si necesitas algo.

Dejé los cubiertos encima de la mesa y yo también sonreí. No me iban a dejar comer hasta que conociera a la última cucaracha de la pensión.

—Gracias, Lucía.

Rosa sí que comía, pero eso no le impedía seguir ejerciendo de maestra de ceremonias. Los demás también masticaban. El único que no comía era yo y mi estómago rugía.

—El caballero tan simpático que está junto a Lucía se llama Luis y tiene un pequeño negocio en la calle Nueve de Mayo —me reveló la dueña de la pensión, cortando un trozo de atún.

El aludido se levantó y me estrechó la mano.

—Una ferretería —aclaró—. Nada espectacular, apenas me da para vivir.

No dije nada, porque no había nada que decir. Intenté pinchar un trozo de tomate. Lo conseguí, pero no llegó a mi boca.

—Y esas dos chicas tan bonitas y dicharacheras —concluyó Rosa —, son Mónica y Beatriz. Estudian en la universidad. Tampoco son de aquí. Vienen de Valladolid. Mónica es la morena y Beatriz, la rubia.

Saludé sonriendo y ellas hicieron lo propio. Parecían simpáticas.

—¿No hay universidad en Valladolid? —pregunté, extrañado.

Las chicas asintieron a la vez. Contestó la rubia.

—Sí, pero no hay ingeniería de minas. Pudimos elegir entre Salamanca, León o Asturias. Y nos vinimos al norte.

—Está más lejos de casa —dijo Mónica, la morena.

Se miraron y se echaron las dos a reír.

—Qué curioso es el mundo —dijo el ferretero, sirviéndose vino de una jarra de cerámica—. Dos chicas de Valladolid, estudiando para ingenieras de minas.

Mónica lo miró.

—¿Y qué tiene de especial?

El otro sacudió la cabeza y siguió comiendo su ensalada.

—Nada.

Yo también pude por fin emprenderla con la mía. Tenía tanto apetito que la acabé en un santiamén. Los demás también terminaron. María se llevó los platos y dispuso nuevos, de los hondos. Trajo dos ollas de fabes con almejas con sus respectivos

cucharones para que cada comensal se sirviera lo que le apeteciera. Rosa me despachó un plato hasta el borde. Olía de maravilla.

—No te acostumbres —dijo al pasarme el plato—. Mañana te servirás tú. Esto es sólo una excepción de bienvenida.

El sabor de las fabes estaba en consonancia con el olor: era una delicia. Las almejas eran de las grandes, de Carril. Me sorprendió que utilizaran un producto tan exclusivo y caro para la comida de diario. Las propias fabes, grandes y muy tiernas (se deshacían en la boca), no eran nada baratas. Durante un minuto nadie habló. Sólo se oía el entrechocar de las cucharas en los platos y el rumor del masticar. Me serví un poco de vino para acompañar la comida. Cuando pasó el minuto, el ferretero rompió ese silencio sagrado para dirigirse a mí.

—Y bien, Toni… ¿te está gustando nuestra preciosa ciudad?

Tragué con dificultad y sonreí.

—Lo poco que llevo visto me ha encantado, la verdad. Es muy bonita. En los próximos días espero explorarla con más profundidad. Y otras partes de Asturias.

—Asturias es el paraíso —intervino Lucía, la empleada de "El Corte Inglés"—. La gente es agradable, los paisajes son majestuosos y la gastronomía, insuperable. ¿De qué parte del sur eres, Toni?
Bebí de mi copa de vino y carraspeé antes de contestar.

—Del norte del sur. De Jaén. Su nombre significa "paso de caravanas", debido a su carácter fronterizo a través de los siglos. Es la puerta de entrada a Andalucía por Sierra Morena, a través del puerto de Despeñaperros.

Lucía asintió. El resto de comensales seguían la conversación con interés.

—La tierra del aceite de oliva —anunció el ferretero, muy ufano. Yo asentí sin decir nada—. No la conozco. ¿Es muy antigua tu ciudad?

Sonreí.

—Lo es. Por allí han pasado todos los pueblos que se instalaron en la península; desde íberos, romanos, godos y árabes, hasta la repoblación de aquellas zonas por parte de cristianos del norte, después de la Reconquista. Mayoritariamente de La Rioja, Navarra y Aragón. Por eso en Jaén se utilizan mucho los diminutivos terminados en "ico" (pobrecico, angelico, etc), igual que lo hacen los maños, navarros o riojanos. Y por eso los trajes y bailes regionales tienen más que ver con las "jotas" de estas zonas, que con otros bailes típicos de la zona occidental de Andalucía, como las sevillanas. Se notan las influencias que trajeron desde sus tierras nuestros antepasados.

—¡Qué interesante! —exclamó Luis.

Alberto, el profesor jubilado de instituto, salió de su mutismo para decir:

—Andalucía es una región tan grande como Portugal. A la fuerza tienen que tener diversidad en costumbres y acentos.

Lo miré y asentí.

—De hecho hay tres o cuatro acentos distintos. Y formas de ser que no tienen nada que ver. En Granada, Jaén y Almería, se parece más al acento de Murcia. Y no tenemos (ni queremos tener) la "gracia" y el "arte" de Andalucía Occidental. Huelva, Cádiz y Sevilla tienen una idiosincrasia particular. Y Córdoba tiene en su habla un seseo que comparte con algunos pueblos de Jaén, cercanos a su provincia. Málaga es una mezcla de las dos Andalucías, aunque geográficamente, pertenece a la Oriental. En líneas generales, la gente del oeste, nos consideran a los del este, más "esaboríos", como ellos dicen. Más "malafollás", como se denominan en Granada. Los de Cádiz dicen que a los niños de Jaén los amamantan con vinagre.

Se echaron todos a reír, especialmente las dos chicas de Valladolid.

—Yo creo que no dejan de ser tópicos —sentencié—. En todas partes hay gente de todo tipo, en mi opinión. Pero una vez que te cuelgan el sambenito, no hay manera de deshacerse de él. Es como el cliché de los madrileños chulos, los catalanes tacaños o los andaluces vagos. Mirándolo fríamente, es una tontería. Pero todos lo llevamos impreso en el subconsciente.

—Eso mismo pienso yo —contestó Rosa, a mi lado—. Y lo digo con conocimiento de causa. En casi treinta años que llevo en este negocio he visto gente de todo tipo y condición, de los cuatro puntos cardinales. Los tópicos se hicieron para romperlos, no para perpetuarlos. España es un país de lo más diverso y rico. Hay pocos en el mundo iguales.

Terminamos el potaje y se repartieron los postres. Había fruta del tiempo y natillas. Casi todos nos decantamos por el dulce; parecíamos ser bastante golosos los huéspedes de aquella pensión. Cuando dimos buena cuenta de ellos, María preguntó si alguien quería café. Los padres de Rosa se retiraron a la sala del televisor. Luis, el ferretero, se marchó a su habitación alegando que quería echarse la siesta antes de volver a abrir el negocio. Lucía se despidió de nosotros y se fue a trabajar, explicando que tenía el turno extendido en su trabajo. Nos quedamos Rosa, Alberto, las dos estudiantes pucelanas y yo, tomando unos cafés solos y hablando de mil temas distintos, de lo divino y lo humano.

Un rato después, Mónica y Beatriz se marcharon a la biblioteca a estudiar. Avisaron a la dueña de la pensión de que volverían tarde,

porque después irían a la calle Gascona a tomarse unas sidras y de paso cenarían allí. Rosa también se levantó para, según dijo, echarle una mano a María en la limpieza de la cocina. Antes de que quisieran darse cuenta, habría que preparar la cena.

Alberto y yo también nos levantamos y nos fuimos a la sala de los libros situada al fondo del pasillo de las habitaciones. El viejo profesor cogió *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski y se sentó en un sillón individual. Sacó unas gafas para ver de cerca y se enfrascó en la lectura. Yo curioseé por las estanterías hasta dar con un autor que me agradaba especialmente: Paul Auster. Un escritor al que había conocido años atrás gracias a su *Trilogía de Nueva York*. Me decidí por otra de sus obras, *La música del azar* y la estuve ojeando en el sofá.

Cuando llevaba un rato leyendo, Alberto me interrumpió:

—¿Fumas, Toni?

Levanté la vista del libro y asentí.

—Sí. Hace tiempo que quiero dejarlo, pero no lo logro. ¿Se puede fumar aquí?

Se encogió de hombros y sacó una pequeña pipa de un bolsillo interior de la chaqueta. Después hizo lo propio con un paquete de tabaco en hebras.

—Todos lo hacemos, incluso Rosa.

Llenó la cazoleta de la pipa y apretó el tabaco con una minúscula cucharilla ideada para tal fin. Más tarde le prendió fuego con una cerilla. Un dulce y agradable olor se expandió por toda la habitación. El tabaco de pipa tenía algo especial que los cigarrillos no lograban igualar, ni de lejos. Toda la liturgia relacionada con el encendido poseía una especie de vida propia. Fumar así no podía ser malo para el cuerpo, al contrario, proporcionaba paz y relax. Los cigarrillos, en cambio, habían vulgarizado el acto de fumar y el propio humo que producían poseía tantas sustancias nocivas que era sorprendente el éxito que tenían en la sociedad actual. Quizá todo se debiera simplemente a la prisa. Ya nadie se tomaba su tiempo en preparar una buena pipa (como tantas culturas habían hecho a lo largo de la historia), sino que tiraba por el sendero fácil: el de sacar un pitillo y prenderle fuego en un instante. La prisa solía tener la culpa de casi todo lo malo que ocurría en el mundo.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó el profesor, mirándome a través de la bruma perfumada.

Cerré mi libro y lo señalé, sonriendo.

—Soy escritor. Pero aún no he publicado nada. Espero que algún día la cosa cambie.

Se permitió una sonrisa que apenas era un atisbo. Chupó de su pipa y expulsó el humo en volutas.

—Ese es el mejor oficio del mundo, pero tienes que tener cuidado con él, Toni.

Saqué mi propio paquete de tabaco y encendí un pitillo. Sonreí.

—¿Por qué? No me parece más peligroso que trabajar en la construcción de un edificio o arando de sol a sol.

El profesor dejó el libro a un lado y cambió de postura en el sillón.

—Escribir es un trabajo de héroes. Y los héroes mueren jóvenes. Hablo del escritor de verdad, el de raza. El que lleva en su sangre la maldición de tener que contar historias para poder vivir, para sentir que su vida vale la pena. No te hablo de los que creen que son escritores, pero no lo son. Son mil cosas más y además son escritores, pero no son escritores. No sé si me explico bien.

Asentí despacio, rumiando sus palabras dentro de mi cabeza.

—Se explica a la perfección. Quiere decir que pueden vivir sus vidas perfectamente, intercalando la escritura con otras profesiones. Pero el verdadero escritor sólo quiere escribir, aunque se muera de hambre.

Ahora sí que sonrió de verdad, no fue una mueca como la de antes. Su rostro cobró otra dimensión y supe que esa sonrisa llevaba años dormida dentro de él. Sentí una rara sensación al comprender que había sido yo quien había desencadenado ese sentimiento de fugaz felicidad en aquella persona que acababa de conocer.

—Exacto. El verdadero escritor necesita escribir sobre todas las demás facetas de su vida. Es su oxígeno, su alimento. La sangre que circula por sus venas. Sin su trabajo se muere. Literalmente. ¿Tienes hijos, Toni?

Negué con la cabeza. Nos llegaba el sonido del tráfico en la calle, amortiguado por la distancia y las ventanas cerradas. Casi como un rumor imperceptible. La habitación estaba envuelta en los dos tipos de humo que se mezclaban con la furia de dos amantes. Noté que el tiempo se ralentizaba. Cuando una conversación es realmente interesante, el tiempo fluye más despacio. Creo que el universo lo hace así para que seamos conscientes de la importancia de la palabra. Para que valoremos en su justa medida el don que supone para el ser humano la comunicación del lenguaje.

—No tengo hijos ni creo que los llegue a tener nunca. No me veo siendo padre. Es demasiada responsabilidad.

Alberto miró hacia la ventana. Estaba oscureciendo fuera y se empezaban a encender las luces de la ciudad, como balizas para navegantes que están llegando a casa después de un viaje largo y accidentado.

—Nadie se ve siéndolo, créeme. Hasta que lo es y no le queda más remedio que aceptar la nueva situación. Yo tuve un hijo que

quiso ser escritor. Se llamaba Álvaro. Se suicidó con 19 años, cuando comprendió que nunca podría serlo. Vivía para la escritura. A los once o doce ya escribía relatos que nos enseñaba con orgullo. Una navidad le regalamos una preciosa máquina de escribir: una Olivetti "Línea 98". También era un lector voraz y leía clásicos con la misma facilidad que puede hacerlo un adulto acostumbrado a los libros desde siempre.

Escuché la lluvia golpeando en el cristal, como los dedos fantasmales de un recuerdo de otro tiempo, pugnando por entrar en la habitación y hacerse visible en la conversación. El viejo profesor siguió mirando las luces, más allá de la ventana. Los ojos le brillaban, quizás por el efecto de las lágrimas. Me pregunté por qué un desconocido me contaba algo tan íntimo a mí. Quizás era el momento oportuno de compartir su dolor con alguien y aliviar la carga del sufrimiento. Y puede que fuera cierto aquello que decían: a veces es más fácil desahogarse con alguien que no conoces, que con tu propia familia o amigos.

—En los años del instituto siguió escribiendo mucho, perfeccionando su estilo. Era muy bueno. Lo que muchos escritores tardan toda una vida en aprender, él ya lo sabía siendo un adolescente. Cuando terminó el bachiller, me dijo que no quería ir a la universidad, que su único interés era escribir y no necesitaba pasarse unos años encerrado allí para ello. Tuve una tremenda bronca con él por esta causa. Yo insistía en que debía formarse y estudiar alguna carrera, preferiblemente de ciencias, porque tenían más salida a la hora de encontrar trabajo.

Chupó de su pipa y volvió su mirada hacia mí. Al otro extremo de la pensión oíamos el rumor de una conversación entre María y Rosa, discutiendo algún asunto de la cena. Nos llegaba lejana y entrecortada, como una comunicación entre astronautas con la Tierra.

—Álvaro decía que era una pérdida de tiempo para él y de dinero para mí y su madre. Ella siempre se mantenía al margen en estas discusiones, observando cómo nos tirábamos los trastos a la cabeza, sin intervenir. A mí me exasperaba su actitud de quedarse a un lado, sin apoyarme. Luego, cuando todo terminó, entendí que había tomado la decisión correcta. Fui yo el que se empeñó en hacerlo mal.

Apagué el cigarrillo en un cenicero que había en la mesita, junto a nosotros. Tuve ganas de encender otro, pero me conformé con aspirar el humo de la pipa que impregnaba la habitación.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Realmente no quería saberlo. Es mejor no saber nada de nadie. Se sufre menos y se es menos consciente de lo triste que es la

existencia humana. Se vive mejor en la ignorancia, como un árbol que va llenando su tronco de anillos o un animal que va perpetuando su especie al reproducirse y morir.

—Le dije que al menos se decidiera por una carrera de letras. Alguna filología, algo que le permitiera después dar clases o ganarse la vida como traductor en una empresa multinacional. Le insistía en que, de algún modo, debía ganar su propio dinero en el futuro para poder subsistir. Él me contestaba que viviría de sus libros. Lograría un buen contrato editorial, estaba convencido de ello. Sabía que tenía talento y era trabajador. Yo le contestaba que el talento no era suficiente y que en España, muy pocos logran vivir de lo que escriben. También era necesaria la suerte. Su respuesta siempre era la misma: la suerte ayuda a quienes la buscan, no llega porque sí. Él quería escribir, *necesitaba* escribir. Intenté hacerle entender que estudiar una filología le ayudaría a tener las herramientas necesarias para dominar ese arte de la escritura: mataría dos pájaros de un tiro. Se negó en redondo a intentar comprender mi punto de vista.

La pipa se le apagó. Volvió a encenderla con una lentitud deliberada para calmar sus nervios. Las manos le temblaban.

—Durante un tiempo, no supe qué hacer. Es algo terrible intentar proteger a tu hijo de sí mismo. El idealismo mata tanto como la rutina. No sabía cómo hacerle entrar en razón; ni siquiera sabía cómo debía actuar yo. Supuse que lo mejor sería dejar que se desengañara por su cuenta y riesgo. Que comprendiera de primera mano lo que yo trataba de explicarle. Así que llegamos a un entendimiento forzoso: le propuse que se tomara un año sabático para escribir e intentar publicar. Si no lo conseguía entraría en la universidad al año siguiente y empezaría alguna carrera que le gustara, me daba igual que fuera de ciencias o de letras. Accedió, más que nada porque ganaba tiempo. Para él era una victoria parcial.

Encendí otro cigarrillo y bebí un vaso de agua de un dispensador que había en un rincón. Le ofrecí uno al profesor, pero negó con la cabeza. Miré el reloj y vi que eran más de las siete. Lo insté a continuar.

—Durante ese año escribió dos novelas. Hay que reconocer que trabajaba cada día muchas horas. Tenía un horario de oficinista. Nos levantábamos a la vez y desayunábamos juntos. Yo me iba a dar clase y Álvaro se quedaba escribiendo en su habitación. A veces, yo llegaba a mediodía y él continuaba encerrado tecleando en su máquina de escribir. Pulía y repasaba lo escrito por la tarde y después se marchaba a dar un paseo con sus amigos. Amigos que habían empezado en la facultad, todos ellos. Si trasnochaba y se

acostaba tarde, nada le impedía madrugar al día siguiente y seguir su plan. Tenía una determinación inquebrantable. Los fines de semana, mientras yo descansaba y me levantaba tarde, mi hijo seguía su rutina habitual y escribía sin parar. Yo le animaba a que saliera a hacer deporte y él sonreía y seguía dándole a la tecla. Decía que lo haría por la tarde. Y lo cumplía.

Terminó la pipa y se dedicó a limpiarla a conciencia, mientras seguía con su relato. Oí a lo lejos la puerta de pensión abriéndose y cerrándose, en un trasiego de gente incesante.

—Cuando terminó el primer libro, me dijo que hiciera copias del manuscrito al salir del trabajo. Le dije que me gustaría leerlo primero y valorar su calidad, que necesitaba al menos una opinión ajena a la suya, pero me respondió que lo leería cuando estuviese publicado. Tenía una confianza tremenda en sí mismo y creía a pies juntillas que le aceptarían el libro. Obedecí sus deseos y le traje un montón de fotocopias del original. Los envió a una veintena de editoriales y en todas ellas la respuesta fue la misma: le contestaban que no estaban interesados en publicar su novela. Cada carta que recibía, minaba un poco su moral y lo que antes había sido una fe a prueba de bombas, empezaba a convertirse ahora en una mezcla de dudas y decepción.

—¿Y qué hizo entonces? ¿Ingresó en la universidad?

Negó con la cabeza, guardando su pipa de nuevo en el bolsillo, ahora que ya se había enfriado.

—Se puso a escribir otra. Algo, según decía, completamente distinto a la anterior. Estaba entusiasmado con su escritura. Decía que estaba creando una historia realmente buena. Que sería un éxito seguro, que se lo publicarían en alguna gran editorial, de esas que están representadas en todo el país y convocan concursos millonarios. Mientras tanto, seguían llegando cartas de rechazo de la anterior, pero apenas les hacía caso. Estaba obsesionado con la historia que se traía entre manos. Insistía en que había aprendido de los errores y que esta nueva novela era más madura y estaba mejor escrita. Cuando la terminó, tampoco me dejó leerla. Volvió a hacer copias y a enviarlas a todas partes. La mandó a más de cincuenta editoriales. Nos gastamos un dineral en envíos y manuscritos, pero los resultados fueron los mismos: cartas y más cartas de rechazo. Le contestaban con mucha educación (las que lo hacían, porque algunas ni respondían), que su novela no entraba en su línea editorial, o que la crisis que azotaba el sector les impedía apostar por autores noveles, o qué sé yo qué cosas más.

Se calló unos segundos, pensando. No quise preguntar y lo dejé recordar hasta donde él quisiera.

—Esta vez le afectó mucho más que la anterior. Decía que no

entendía cómo las editoriales podían dejar pasar la oportunidad de publicar algo que era bueno. Yo le contesté que probablemente todos los escritores del mundo se hacían la misma pregunta. Le recordé que su año sabático había concluido y que debía ingresar en la universidad, como había prometido. Se enfadó muchísimo y me dijo que estaba a punto de conseguirlo. Que alguna editorial aceptaría el manuscrito y que además tenía en su cabeza ideas de sobra para empezar una tercera historia. Y esta sería la definitiva. No les quedaría más remedio que reconocer su talento y la publicarían.

»Me negué en redondo. Le advertí que debía estudiar y no perder más el tiempo. Aunque ya era mayor de edad, si quería seguir viviendo bajo mi techo, debía acatar mis normas. Yo sólo hacía lo que creía que sería lo mejor para él y su futuro. No iba a permitir que siguiera haciéndose unas falsas ilusiones con algo que no tenía consistencia y que era tan improbable que sucediera como que nos tocara la lotería de Navidad. La pelea casi acabó derivando en las manos y estuvimos varios días sin hablarnos, pero al final aceptó matricularse en Derecho. Le pregunté por qué quería hacer esa carrera y me contestó que le daba igual esa que cualquier otra. Si iba a matricularse en la universidad lo hacía para satisfacer mis deseos, no los suyos.

»Así comenzó la última etapa de su vida. Se puso a estudiar y se lo tomó en serio. Cada día iba a la facultad por la mañana y la tarde se la pasaba estudiando en casa o en la biblioteca. Su humor cambió: dejó de ser el joven cariñoso y alegre que siempre había sido, ilusionado con escribir y se convirtió en alguien amargado y taciturno que se limitaba a hacer lo que le habían dicho que hiciera. Su madre no abría la boca, pero me miraba preocupada, culpándome a mí por lo que le estaba pasando al chico.

»Un día entré en su habitación y le pregunté por su tercera novela. Quería saber si la estaba escribiendo en sus ratos libres. Tardó unos segundos en levantar la vista de sus apuntes y me respondió: “Nunca más escribiré. Eso se ha acabado para siempre”. Le regañé por intentar culparme de lo que le sucedía. Ningún padre quiere lo peor para sus hijos y a veces se toman decisiones difíciles en pro de su beneficio, aunque sea a largo plazo. No me contestó y me pidió por favor que saliera de la habitación porque necesitaba estudiar para el próximo examen. Lo miré, me miró, no dijimos nada más y salí.

»Poco tiempo después de cumplir los 19, se suicidó. Me lo encontré colgado de la lámpara del salón, al volver de trabajar. Su madre estaba de visita en casa de un familiar cuando sucedió, así que tuve que enfrentarme a todo aquello yo solo. En un bolsillo

había escrito una nota breve: “No puedo vivir sin ser yo. Tú no tienes la culpa”.

Nos quedamos los dos en silencio, cada cual con sus pensamientos. Vi que el viejo profesor estaba llorando y aparté la mirada, por respeto. Yo no sabía qué decir, si es que podía decir algo. Encendí otro cigarro y bebí otro vaso de agua para intentar llenar el vacío que se había instalado entre nosotros.

—Pero yo *sí* que tenía la culpa —las manos le temblaban mientras me hablaba. Se levantó y se asomó a la ventana para intentar calmarse—. Mi mujer me abandonó poco después. Ni siquiera sé donde está ahora, o si está viva o muerta. Vendí mis cosas y me vine a vivir aquí. No podía aguantar la soledad y el fantasma de mi hijo ahorcado me perseguía a cada minuto, como si fuera el príncipe Hamlet.

Yo también me levanté y me acerqué a la ventana, junto a él. Puse una mano en su hombro y se sobresaltó, como si hubiera olvidado que me estaba explicando lo sucedido y se lo estuviera contando a sí mismo.

—Alberto —dije—. Lo siento.

Él asintió, sonriendo sin rastro de buen humor.

—Lo peor de todo vino más tarde. Un mes después de instalarme aquí, me hicieron llegar una carta de una editorial muy importante. Como no respondí, me llamaron por teléfono. Ni siquiera sé cómo me localizaron. Se habían enterado de lo sucedido y me dieron el pésame. Querían publicar las dos novelas que mi hijo les había enviado. Pensaban que tenía mucho talento y que sus obras serían un gran éxito. Yo, como beneficiario legal, tendría derecho a las ganancias que generaran los libros. Estaban seguros de que serían *best-sellers* internacionales. Contesté que no estaba interesado en convertir en un circo la muerte de mi hijo y les rogué que no volvieran a llamarme. Colgué y me fui a mi habitación. Me emborraché y después me atiborré de pastillas para suicidarme yo también y acompañarlo, allí donde estuviera. Rosa me llevó al hospital y allí salvaron mi vida, o lo que quiera que ésto sea ahora. Sólo leer, fumar en pipa y compartir este espacio con estas personas me alivia un poco el dolor y la culpa tan profundos que siento. Me estoy deshaciendo por dentro. Soy un hombre demolido, Toni.

Le apreté el hombro mostrando mi propio dolor con su historia e hice la única pregunta que podía hacer.

—¿Ha leído esos dos libros que su hijo escribió?

Se volvió y me miró a los ojos.

—No, no lo he hecho. Y no lo pienso hacer. Si lo hiciera volvería a intentar quitarme la vida. Y esta vez no fallaría.

Asentí. Oí que nos llamaban para la cena. Era increíble. Ya eran

más de las ocho. Salimos de la habitación. En el pasillo me detuvo, agarrándome del brazo.

—Toni, si alguna vez tienes un hijo, apóyalo en sus decisiones. No trates de imponer tus deseos sobre los suyos. Ninguna persona debería decidir sobre la vida de otra. Todos somos especiales e irrepetibles. Y ten mucho cuidado con esa profesión que has elegido. Puede salvarte, pero también puede ser tu perdición y ahogarte para siempre dentro de ti mismo.

Volví a asentir y caminamos hacia el comedor. Tiempo después y en otro lugar, muy lejano de allí, volví a recordar aquella conversación y aquellas recomendaciones. Y sentí una gran pena por el profesor y por mí mismo.

# Is anybody there?

Después de la cena me fui derecho a mi habitación. Algunos huéspedes se trasladaron a la sala del televisor para ver algún programa nocturno y me invitaron a unirme a ellos, pero decliné la oferta alegando cansancio. Lo cierto era que me apetecía estar solo. Deshice primero mi maleta, que aún se encontraba intacta, y coloqué mi ropa y calzado en el armario empotrado. Luegosalí a la sala de lectura y me llevé la novela de Auster para continuar con ella. Era una ironía que tuviera el trastero del parking lleno de libros y necesitase recurrir a los que había en la pensión. No tenía ni pizca de sueño y aproveché para escribir un buen rato y leer después*La música del azar* en la cama. De vez en cuando escuchaba a alguien retirarse a su habitación para acostarse.

Hacia las dos de la madrugada, me picaban los ojos y empecé a sentir sueño, pero fue un espejismo. Cerré el libro, apagué la luz y me dispuse a dormir. Sólo lo hice media hora. Después mis ojos se abrieron como platos, igual que si hubiera descansado ocho horas seguidas. La reciente y trágica historia que me había relatado el profesor jubilado aún pululaba por mi mente, danzando como un murciélago en la noche. Suspiré y cogí del cajón de la mesita de noche mi pequeño Mp3. Me puse los auriculares y comencé a escuchar música para intentar relajarme y volver a coger el sueño. Me fue imposible hacerlo. Mi cuerpo y mi mente estaban en tensión, como si se prepararan para afrontar una inminente desgracia. Pensé en darme una ducha de agua caliente, pero luego descarté la idea porque no me parecía bien armar tanto jaleo a esas horas en mi primera noche en la pensión.

A las cuatro oí llegar a las estudiantes vallisoletanas. Las escuché susurrar y reírse junto a sus habitaciones. Seguramente estaban un poco borrachas. Yo también sonreí en la oscuridad al pensar que la vida del universitario es agradable. Como era la madrugada de un viernes, al día siguiente no tenían clase. Estaban lejos de sus casas, con dinero en sus cuentas corrientes proporcionado en su mayoría por sus padres, mucho tiempo libre y nadie que las controlara. Hablaron en voz baja un par de minutos, volvieron a reírse y cada una se metió en su habitación, deseándose buenas noches. Escuché a una de ellas (ignoraba cuál tenía de vecina al otro lado del tabique) pasear por la habitación, oí la cisterna del baño y mil sonidos más, hasta que por fin se hizo el silencio.

Como continuaba sin poder dormir, dediqué el tiempo a pensar

en lo que haría al día siguiente. Era sábado. Podría aprovechar para empezar a indagar el paradero de Rachel. Quizá sería buena idea viajar a Cudillero y buscar su mansión; la casa donde había vivido y se habían desarrollado los terribles acontecimientos que le habían obligado a abandonarla. Una vez allí, podría preguntar a algún vecino del pueblo si conocía su paradero. Era un sitio tan bueno como cualquier otro para comenzar la investigación. De hecho, me apetecía hacerlo así. Me serviría de excusa para simular que estaba buscando trabajo.

Pasé el resto de la noche sin pegar ojo. A las siete, harto de dar vueltas en la cama, me levanté y me di una buena ducha. Sentía el cuerpo cansado y tenso. Cuando me miré en el espejo para afeitarme, vi unas profundas ojeras que amenazaban con llegar al lavabo.

Antes de vestirme me asomé a la ventana. Aún no había amanecido, pero pude observar que no llovía. El suelo estaba seco y las estrellas titilaban en el cielo, así que haría frío. Me puse unos vaqueros, un jersey grueso de lana y unas botas. También cogí una cazadora de piel para cuando saliera al exterior y mi mochila con todos mis enseres personales.

Fui a la cocina para prepararme un café y comer algo ligero. Al entrar vi que María y Rosa ya estaban allí, preparando el desayuno. Se sorprendieron al verme tan temprano.

—¡Buenos días, madrugador! —exclamó Rosa. María hizo lo propio, mientras calentaba leche en un microondas—. ¿Qué tal tu primera noche en Asturias?

Una cafetera eléctrica goteaba en la jarra de cristal, mientras varias rebanadas de pan saltaban en la tostadora. Un agradable olor a café recién hecho se expandía por la cocina, despertando mis sentidos.

—Mal —gruñí—. Casi no he dormido.

Rosa se me acercó. Se puso tan próxima a mí que percibí su perfume y me hizo sentir un poco incómodo. Era una mujer atractiva, incluso tan temprano. No perdía aplomo ni encanto. Me miró el rostro y frunció el ceño.

—Lamento oír eso. Tienes mala cara. ¿Quieres desayunar aquí o en el comedor?

Me encogí de hombros.

—Aquí mismo me va bien. ¿Os echo una mano?

Sonrió y negó. Me señaló la mesa que había en un rincón, con unas cuantas sillas dispuestas alrededor. Había tazas, platos y cubiertos preparados. También un azucarero, un bol con mantequilla y un tarro de mermelada de fresa.

—Siéntate ahí. Desayunaremos los tres juntos. Los demás no se

levantarán hasta más tarde. ¿Café, zumo y tostadas?

Obedecí y asentí. La cabeza me zumbaba debido a la falta de sueño. Me sentía como si hubiera corrido una maratón nocturna. Sobre todo porque la noche en el hotel Principado apenas había sido mejor. María se acercó con una jarra de café en la mano izquierda y una de leche en la derecha. Me sonrió.

—¿Cómo quieres el café, Toni?

—Cortado con muy poca leche, por favor.

Lo sirvió y me eché dos cucharadas de azúcar. Hizo lo propio con ella misma y con Rosa, pero los preparó más cargados de leche. Rosa me acercó una jarra de zumo de naranja recién exprimido y una fuente llena de tostadas de pan de hogaza. Tomé un sorbo de café. Estaba delicioso. Noté cómo la cafeína y el azúcar me iban despejando la cabeza. Me serví zumo y bebí un vaso entero del tirón. Me preparé una tostada con mantequilla y fui generoso con la mermelada. Rosa y María se sentaron frente a mí y se echaron a reír al verme devorar a dos carrillos.

—Tienes buen apetito, tan temprano —dijo Rosa mientras degustaba su café—. Y eso que cenaste fuerte. ¡Pareces más vasco que andaluz, Toni! Por Dios, cualquiera diría que te has pasado toda la noche trabajando.

Me reí yo también, mientras terminaba la tostada y me preparaba otra.

—Siempre he sido así. Supongo que soy un chicarrón del sur. Además, como no he pegado ojo, habré gastado más calorías, digo yo.

María me sirvió más zumo y yo se lo agradecí con un gesto.

—Y sin embargo no engordas. ¡Menuda suerte la tuya!

Me señalé la cintura y sonreí.

—Sí que engordo, pero me da igual.

Rosa empezó a untar su tostada con calma.

—A los hombres os da igual todo. Si engordáis, os da igual. Si no tenéis ropa limpia, os da igual. Si no hay comida en casa, os da igual. Mi marido era un desastre. Jamás he conocido un tipo más despreocupado de todo. Incluso de mí…

Tragué y dejé la tostada en el plato. Terminé el café y María se dispuso a servirme otro, pero la detuve con un gesto. Miré a Rosa.

—¿Qué pasó?

Ella se encogió de hombros y tomó un sorbo de zumo.

—Lo que pasa siempre: o se mueren, o se van con otra. El caso es que las mujeres siempre nos quedamos solas, sea por la causa que sea. Los maridos son una cosa inconsistente, que se rompe y se deshace con facilidad. El mío me abandonó. Se largó a San Sebastián con una pelandrusca a la que sacaba veinte años. Un día

me desperté y me di cuenta de que se había marchado y no volvería.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Recordé mi propio caso. Yo había abandonado a mi mujer por otra. O más bien por un fantasma que no veía desde hacía diecisiete años. Lo mío era peor. Bastante peor.

—Lo siento —dije, aunque en realidad no lo sentía en absoluto. Estaba harto de sentirme mal por todo el mundo. La empatía puede llegar a ser agotadora.

Ella pareció leer dentro de mí y no creerse mis condolencias.

—Bah, no pasa nada. Al principio me costó hacerme a la idea, pero luego me acostumbré e incluso llegué a pensar que era lo mejor que me había sucedido. Además, me quedé con el negocio para mí sola. Lo heredé de mis padres. Mi marido sólo trabajaba aquí. A veces dormía conmigo, y a veces, con la pelandrusca de San Sebastián. Una vez que se fue me sentí liberada, no voy a engañarte. Fue como quitarme un gran peso (o un gran cerdo) de encima.

Se hizo un silencio mucho más incómodo que el de antes. María se levantó y empezó a fregar platos. Decidí no volver a preguntar nunca más, a nadie, por su vida personal. Por supuesto, no lo cumplí. Me centré en terminar la tostada y el segundo zumo.

—¿Y cuáles son tus planes para hoy, chicarrón del sur? ¿A qué se debe el madrugón?

¿Por qué la gente me preguntaba a mí por mi vida privada, si yo había decidido no volver a preguntar? Ah, sí. El Karma. Yo acababa de preguntar antes por el marido. *Quid pro quo*. Contesté vaguedades.

—Tengo cosas que hacer por ahí durante algún tiempo.

Rosa terminó de desayunar y se levantó. Yo también lo hice y empecé a recoger la mesa.

—Señor Hernández, es usted un libro abierto. Cómo se nota que es escritor —dijo con una mueca irónica, en absoluto desagradable.

Me eché a reír.

—Es que no lo sé ni yo, de verdad.

Me cogió los platos de la mano, sonriendo todavía.

—Anda, dame eso. Y lárgate ya, donde quiera que vayas. ¿Vendrás a comer a mediodía?

Cogí mi chaqueta del respaldo de la silla y me la puse.

—No creo que me dé tiempo.

—¿Quieres que te preparemos algo de comer para que te lo lleves?

Negué con la cabeza.

—No hace falta. Tomaré algún bocado por ahí.

La ironía volvió a asomar a sus ojos al responder.

—Viéndote comer, dudo mucho que sea sólo “un bocado”, pero en fin... Como quieras. Espero verte para la cena. La de los sábados suele ser especial.

Me tocó a mí replicar.

—¿Más aún? Hasta luego, entonces.

Salí de la cocina, cogí mi mochila y abandoné la pensión.

Al salir a la calle sentí el frío del amanecer. El cielo estaba limpio de nubes, pero caía una helada importante. Me ajusté la cazadora y subí la cremallera hasta arriba. Había poco tráfico. Los tubos de escape de los coches levantaban volutas de humo y las respiraciones de los viandantes se congelaban en el aire, formando vaho.

Entré en el parking por el acceso peatonal y bajé hasta donde estaba el Chrysler. La suspensión tenía mejor aspecto, al haber liberado el coche del tremendo peso que suponían las cajas de libros, discos y cd’s. Arrancó a la primera, sin problemas. Observé la aguja del combustible y comprobé que tenía algo menos de la mitad del tanque. La última vez que lo había llenado, había sido en la provincia de Valladolid. Supuse que aguantaría hasta Cudillero sin tener que repostar. Saqué una vieja guía de viaje de la guantera y busqué el mapa de carreteras. La distancia hasta allí era de apenas 60 kilómetros. Podía coger la autovía A-66 en dirección norte y luego girar hacia el oeste, cerca de Avilés, hasta tomar la salida a Cudillero. Calculé que el viaje no me llevaría más de tres cuartos de hora. Al ser sábado, habría mucho menos tráfico de gente que se desplazaba por carretera a sus trabajos, en las distintas localidades del norte de Asturias.

Salí de la ciudad, puse música y conduje a 110 km/h rezando para no encontrarme tramos helados en la carretera. Al cambiar de autovía y desviarme hacia la A-8, el tiempo empezó a empeorar y el cielo se nubló. Cuando llegué a Cudillero, la mañana despejada y clara que había amanecido en Oviedo, se había tornado en un día desapacible, ventoso y gris.

Aparqué el coche en la parte alta, fuera del casco urbano y bajé andando por un sendero hasta llegar a las estrechas, empinadas y tortuosas calles del pueblo. El viento me azotaba con fuerza desde el puerto, como si no quisiera que bajase a la plaza principal. A mitad del camino y al girar la vista hacia atrás, vi la casa y supe que era *Villa Luna*. Era enorme y destacaba en el horizonte dominando todo el casco urbano con su presencia, como un faro vigía. Tenía un color azul desvaído, con los ventanales y las columnas en blanco. Incluso en la distancia podían distinguirse los desconchones en la pintura y el mal estado general. Parecía un gigante a punto de desmoronarse de puro agotamiento. Se apreciaba la falta de grandes

trozos de mampostería. Tenía varias plantas y dos torreones en perpendicular. Los tejados se veían en un estado lamentable. Casi toda la fachada estaba invadida por las plantas enredaderas, como una enfermedad extendiéndose por un organismo vivo. Las balaustradas de la parte alta estaban destrozadas y los cristales de las ventanas y rosetones, rotos o agrietados. Daba la impresión de que estuviera afectada por una lepra que la estaba devorando sin compasión.

Sentí una congoja que me provocó angustia sin poder evitarlo. Me identifiqué con el personaje del cuento de Poe, *La caída de la casa Usher*; triste y desamparado, sin saber muy bien por qué. Aquella era la mansión de Rachel, donde había vivido toda su vida, pero saltaba a la vista que no la habitaba nadie desde hacía mucho tiempo. Recordé el relato que me había contado de su niñez en la casa, de las muertes de sus familiares y cómo se había quedado sola. Recordé que los seres que había conocido la habían raptado en su propio hogar y encerrado en el sótano, junto al sacerdote al que pidió ayuda. Rememoré el enfrentamiento con ellos, el exorcismo que se produjo, la confrontación entre demonios y la infestación de todo tipo de energía negativa en la mansión. Era un relato tan demencial que mi mente se negaba a creerlo. Pero Rachel juraba y perjuraba que había sucedido de verdad; no era el producto de su imaginación.

Pero… ¿y si lo era? Ella misma me había contado en el diario que había escrito para mí que su padre había tenido problemas mentales en su juventud, allá en Inglaterra. ¿No decían que la locura se heredaba en los genes? ¿Y si esa capacidad que tenían las mujeres en su familia (en particular, su hermana Emma), de ver a los muertos y poder comunicarse con ellos, no era más que un delirio? ¿Y si sus padres eran dos enfermos mentales que habían legado la demencia a su progenie? ¿No les había advertido su propia tía Virginia en un viaje al Reino Unido que todo era producto de sus mentes, aunque ellas lo hubieran negado? Sin embargo, Rachel insistía al final de su relato en que lo que había sucedido era completamente cierto; no estaba loca, las cosas que me había contado eran horribles, pero reales. Me pedía que la creyera, que hiciera un esfuerzo de comprensión para dar verosimilitud a la historia que me contaba.

Mirar la casa desde aquel sendero, con el viento helado azotándome desde un lateral, activó todos los recuerdos no vividos de primera mano como si me hubieran sucedido a mí. Experimenté durante unos segundos todo el terror que Rachel había sufrido allí dentro, toda su angustia y desesperación, todo el horror que la había llevado a marcharse muy lejos de allí, a mi propia ciudad.

¿No era este motivo suficiente como para creer en la veracidad de sus palabras?

Seguí descendiendo hasta llegar abajo, donde el pueblecito se ensanchaba y formaba una plaza llena de tiendas, tabernas, casas de colores, una lonja para el pescado y el pequeño puerto, un poco más allá. Cuando llegué al centro mismo, miré de nuevo arriba y observé otra vez a *Villa Luna.* Su silueta destacaba recortada contra el cielo gris, entre los árboles, como una presencia ominosa y amenazante hacia el pueblo, advirtiendo a los que vivían allí de que debían mantenerse alejados de ella. Los ventanales parecían ojos fijos en la población, vigilando a los habitantes que paseaban y vivían sus vidas ajenos a lo ocurría en lo alto, dentro de la mansión indiana. Todos la recordaban desde siempre como un símbolo más del pueblo, como el cementerio o el faro. Era tan grande que su presencia lejana imponía un respeto incómodo; era una advertencia hecha piedra, madera y cristal. Algo sublime pero desagradable. Que se admira pero se rechaza inconscientemente porque en nuestro interior sabemos que representa el mal.

Me senté en la terraza de una cafetería, aunque el tiempo no se prestaba a ello porque el viento no cesaba y amenazaba con llover de un momento a otro. El camarero llegó y pedí un café y un vaso de agua. Me miró como si estuviera loco por sentarme allí, con el día que hacía. Desde la mesa en la que me encontraba seguí mirando la casa, intentando decidir qué hacer a continuación. Encendí un pitillo. No sabía dónde había leído que la nicotina potenciaba las sinapsis. El problema era que también te mataba provocándote cáncer de pulmón o garganta y te obstruía las arterias, volviéndolas rígidas. Y además de todo eso, era carísimo.

El camarero llegó con una bandeja, haciendo malabarismos para que el viento no se la llevara. Era un tipo alto y delgado, y parecía hecho para cualquier cosa menos para servir cafés en una terraza. Depositó un cortado y una copa de cerveza con agua del grifo, junto a un platito metálico con el tique de la cuenta. Le di un billete de diez euros. Antes de que se marchara para traerme la vuelta, lo detuve con un gesto y lo interpelé.

—Disculpe. Si me responde un par de preguntas, podrá quedarse con el cambio. No le robaré mucho tiempo, se lo prometo.

Él miró alrededor, observando las mesas vacías, el local desierto y el día desapacible y pareció decidir que tenía todo el tiempo del mundo. Se guardó el dinero en un bolsillo del delantal negro.

—Claro. Dígame en qué puedo ayudarle.

Señalé la mansión de Rachel en lo alto de la colina y el camarero siguió la mirada en esa dirección, entornando los ojos para protegerlos del viento.

—¿Qué puede contarme de esa casa? ¿Qué sabe de ella?

Me di cuenta de que se estremecía y no lo hacía por causa del aire. El frío parecía venir desde el *interior*. La miró un segundo y enseguida apartó la vista de ella, enfocándola en mí.

—Es *Villa Luna*. Los paisanos del pueblo la conocen por *La casa del inglés*. Tiene una historia trágica detrás.

Ensayé mi expresión de curiosidad e ignorancia.

—¿Qué ocurrió?

Se puso la bandeja debajo del brazo y encogió los hombros.

—Dicen que casi todos los miembros de la familia murieron, hace muchos años. Que una de las hijas enloqueció y los mató a todos. Hay un panteón en el cementerio donde están enterrados: hermanos, padres y abuelos.

Aquello era nuevo para mí. ¿Había inventado Rachel la historia de los accidentes en la casa y los demonios para cubrirse y era una asesina? Sentí un escalofrío en la espalda, y tampoco fue a causa del clima norteño.

—¿Y qué pasó con ella? —pregunté, ofreciéndole un cigarro. Negó con un gesto. Le insté a sentarse frente a mí, pero tampoco quiso hacerlo.

—Yo llegué desde Galicia al pueblo hace sólo unos años. Pero algunos de por aquí cuentan que nunca la cogieron. Muchos piensan que sí que lo hicieron y está en la prisión de Villabona. Otros creen que está en El Dueso, en Cantabria. También hay quien asegura que la encerraron en un manicomio, lejos de Asturias. No lo sé con seguridad y no creo que nadie lo sepa en Cudillero.

Tomé un sorbo del café y asentí.

—¿Y a quién pertenece la casa, hoy día? ¿La compró alguien?

Negó con la cabeza y se cambió la bandeja de brazo.

—Según tengo entendido, el Estado expropió la finca al no haber herederos de por medio. Pero parece que no lograron venderla, debido a la mala fama que tenía. Supongo que al final la acabarán derribando, si es que antes no se cae de vieja. Tiene más de un siglo.

—¿Sabe si hay alguna manera de entrar allí y verla *in situ*?

Sonrió con escepticismo.

—Supongo que no será difícil hacerlo. Pero yo no entraría allí ni por todo el oro del mundo, créame. No es un sitio agradable. Muchas personas de una misma familia fallecieron trágicamente entre esas paredes. Si es verdad que somos energía y nos trasformamos al morir, ese lugar tiene que estar cargado de manera negativa.

Ahora me tocó a mí componer una mueca parecida a una sonrisa.

—¿Nadie del pueblo ha entrado allí?

Negó poniendo especial énfasis.

—A la gente de aquí le da miedo ese sitio. Dicen que por la noche se oyen gritos, a veces. Y que se ve cómo se iluminan algunas habitaciones sin venir a cuento. Yo mismo he oído a la casa crujir en las noches ventosas de invierno. Está expuesta a las peores rachas de aire, allí arriba, y el sonido se propaga con facilidad por todo el pueblo. Parece como si la casa *hablara*. Créame, es algo horrible.

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo los dos, miramos a la vez hacia la mansión. Ella también nos miró a nosotros, muda en la distancia. Parecía escuchar nuestra conversación, atenta a cada palabra, sin dar su aprobación a lo que hablábamos. Aunque supe que era un pensamiento irracional, pensé que estaba enfadada. No sólo eso. Estaba *furiosa*.

—Una vez, una racha de viento arrancó parte del tejado y acabó aterrizando aquí mismo —dijo señalando la plaza, unos metros más allá—. Fue hace un par de primaveras. Los turistas que había sentados en las terrazas o visitando la lonja, se llevaron un susto tremendo. Y lo raro es que ese día no hacía un viento especialmente malo. Incluso hoy está peor. No pasó nada de puro milagro. Deberían derribarla antes de que ocurra una verdadera desgracia o nos tocará lamentarnos cuando sea demasiado tarde.

Quedamos en silencio durante unos instantes. Terminé el café y di un sorbo al agua. Me levanté y le di las gracias. Él puso las tazas vacías en la bandeja. Me abroché la cazadora, mientras me decía que debía haberme traído una bufanda y un gorro. Le dije adiós y me di media vuelta. Antes de dar tres pasos, me llamó.

—Señor —dijo mirándome a los ojos. Los suyos eran grises y parecían expresar una sincera preocupación por mí. Un golpe de viento volcó la taza vacía del café—. Hágame caso, no entre allí. Pase de largo: visite el faro o el Palacio de los Selgas, pero no entre en *La casa del inglés*. Es un mal sitio. Hace que las personas se maten o se vuelvan locas. O las dos cosas a la vez.

Asentí, le di las gracias otra vez y me marché. Cuando comencé a subir de nuevo por las empinadas calles del pueblo hacia el bosquecillo donde se asentaba *Villa Luna*, supe que no le iba a hacer caso a aquel supersticioso camarero gallego. La casa me atraía como un imán y yo acudiría a su llamada.

Cuando llegué arriba, sudaba a pesar del frío. Pasé junto al apeadero del tren que Rachel había utilizado habitualmente para desplazarse a Oviedo y Santander. Localicé el carril de tierra que llevaba hasta la casa y eché a andar por él. Estaba tan abandonado como la propia mansión, con el terreno lleno de vegetación y

socavones. En esta zona, según el relato de Rachel, había conseguido escapar de sus captores después de una temporada secuestrada en el sótano de su propia casa. Sometida a toda clase de vejaciones físicas y mentales, les había robado el coche en un descuido, huyendo seguidamente al sur.

Al cabo de unos minutos llegué a la verja de entrada de *Villa Luna*. Un viejo cartel pegado a la columna derecha anunciaba sin mucho éxito que se vendía aquella propiedad. Observé que correspondía a una inmobiliaria con sede en Oviedo y me prometí investigar más en ella. La casa se veía al fondo, enorme e imponente, incluso en su evidente decadencia. Su fachada de azul desvaído destacaba entre el verde de los árboles que la rodeaban.

Me acerqué a la verja. Tenía dos puertas inmensas formadas por rejas de hierro oxidado, con la parte de arriba en forma de puntas de lanza. Saltar la puerta era complicado y peligroso, así que lo descarté de inmediato. Supuse que el muro que circundaba la finca tendría algún punto débil; tal vez alguna zona derruida o de una altura más accesible. Me desvié por la parte derecha, entre los árboles, supervisando todo el perímetro de la valla de piedra. La altura rondaría los tres metros y los bloques que la formaban encajaban tan limpiamente, que impedían la escalada. Parecía una fortaleza inexpugnable.

Anduve un centenar de metros hasta llegar a la parte trasera de la finca, desde la que se apreciaba otra perspectiva diferente, hasta el punto de parecer otra vivienda completamente distinta. Los destrozos en esta zona eran más evidentes al estar expuesta a los fuertes vientos que llegaban desde el mar. Rodeé toda la parte orientada al norte y seguí pegado al muro, quedando siempre la casa a mi izquierda. Cuando estaba a punto de completar el perímetro, observé una sección semiderruida, con grandes trozos de mampostería acumulada en un montículo. Era perfecta para escalar.

Me icé por ella sin pensarlo mucho y atravesé el hueco que se formaba arriba, como la mella que queda en la boca al caerse un diente. La parte interior estaba igual, lo que facilitaba el descenso y la posterior salida. Cuando me vi dentro sentí una extraña sensación, motivada por el hecho de pensar que Rachel había paseado por aquel terreno mucho tiempo atrás. Me dirigí hacia la casa sin demora. Pasé junto a un estanque lleno de agua verdosa y muerta, con un par de bancos de piedra al lado que apenas aguantaban en pie. El jardín se había convertido en un bosque que crecía sin control, como un tumor sin extirpar. Los árboles habían ganado la batalla al terreno y se habían multiplicado buscando las zonas de luz. En algunas partes la vegetación era tan densa como una selva y el asfalto de varios senderos que confluían en la casa se

había agrietado y dejado el paso a las plantas, que habían vuelto a tomar lo que era suyo desde el principio.

Por fin llegué junto a la puerta principal de *Villa Luna* y miré hacia arriba. Reconocí las descripciones que Rachel me había hecho de ella. Miré los torreones en perpendicular y las balaustradas de las azoteas. Era realmente enorme, como un edificio actual de tres o cuatro plantas. De cerca, los desperfectos se veían en toda su dimensión. Las grietas cruzaban la fachada de norte a sur y de este a oeste. Parecían las arrugas en el rostro de la mansión, dándole la apariencia de un ser vivo gigante que está viviendo sus últimos tiempos.

En ese momento, el viento que venía desde el puerto arreció, trayendo consigo lluvia. Al principio era débil, apenas unas gotas minúsculas como las de un difusor, pero pronto se convirtieron en un aguacero en toda regla; furioso y frío. Me cobijé bajo el tejadillo que cubría la puerta de roble de la casa. El viento y la lluvia se aliaron. El agua pasó de caer en línea recta, a hacerlo en diagonal, con un ritmo constante y efectivo.

Eché un vistazo al reloj y vi que era cerca del mediodía, pero el cielo se había oscurecido tanto que parecía que iba a anochecer. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada a cal y canto, y era tan sólida como la de un castillo. Recordé que Rachel había hablado de una puerta trasera, más pequeña y funcional, que el servicio utilizaba a veces, en sus idas y venidas. Me dispuse a buscarla y empecé a rodear la casa por su parte derecha, protegido de la lluvia por el porche que la circundaba.

Al pasar junto a un gran ventanal de la planta baja, observé que carecía de cristales. Alguien había serrado concienzudamente varios barrotes y se podía entrar y salir libremente por allí. Me acerqué y eché un vistazo. El interior estaba en penumbra. Encendí el mechero y vi que era una enorme cocina. Estaba totalmente destrozada; no se veía ni un electrodoméstico y los azulejos de las paredes estaban en el suelo, la mayoría. Supuse que habían saqueado la casa, tiempo atrás. E incluso que la habían habitado clandestinamente, ya fueran okupas o vagabundos.

Me colé dentro con cierta dificultad. Hacía un frío glacial, casi más que en el exterior. Una vez que acostumbré los ojos a la penumbra que imperaba allí dentro, pude ver con más facilidad y prescindir de la llama del mechero. Salí de la cocina hacia un recibidor. De él partían unas escaleras y se veían otras puertas que llevarían a quién sabía dónde. En el aire flotaba el polvo acumulado de lustros. Me acerqué a la que supuse que era la puerta principal, aquella por la que había intentado acceder. No tenía echada la llave, simplemente alguien había corrido un enorme cerrojo desde

dentro. Entonces me dije que si había algún vagabundo allí, viviendo escondido de manera ilegal, podría tener problemas con él.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté en voz alta, en mitad del recibidor.

Me sorprendí de la seguridad de mi voz, que rebotó y se expandió por todos los rincones de la casa. Repetí la pregunta varias veces con el secreto deseo de que nadie contestara. El silencio fue la única respuesta. Tiré del cerrojo y me costó Dios y ayuda conseguir descorrerlo. Estaba oxidado y el metal se agarraba igual que una lapa. La puerta era pesada como un puente levadizo, hecha de madera maciza claveteada. Cuando la abrí, el viento y la luz entraron en la casa, como unos visitantes inesperados y no invitados.

Me acerqué a una puerta por la que accedí a un salón de proporciones titánicas. Una enorme chimenea que aún conservaba parte de su esplendor, presidía la estancia como un rey en su trono. Observé que quedaban restos de antiguas hogueras, pero el carbón estaba enmohecido, síntoma inequívoco de que hacía mucho tiempo que nadie habitaba aquella vivienda. Ninguna persona en su sano juicio hubiera dejado de encender fuego para tratar de paliar el frío imperante.

Miré a mi alrededor. Había muebles antiguos por doquier, pero estaban deteriorados por la humedad y el paso del tiempo. Junto a un ventanal desde el que se divisaba el Cantábrico entre los árboles, había un sofá de terciopelo rojo. Estaba roto por mil sitios distintos, con el tapizado rajado y lleno de polvo. Hacia el fondo de la habitación había una robusta puerta de doble hoja tirada en el suelo, a un lado. Miré dentro y vi una biblioteca tan grande como una sala de lectura pública. Pasé al interior. En la pared del final había una chimenea idéntica a la del salón. Tenía estanterías en todas las paredes de la estancia, pero los libros habían pasado a mejor vida, porque no quedaba ni uno. La habían expoliado a conciencia. Sentí una gran tristeza al ver los estantes vacíos. Parecía una ciudad que ha sufrido las consecuencias de una fuga nuclear y ha quedado desierta, dejando atrás sus habitantes los edificios intactos.

Allí era donde Rachel había pasado tantas y tantas horas de lectura; donde se había sumergido en mundos imaginarios que le habían proporcionado el escape necesario para poder sobrevivir a la desaparición de toda su familia. Allí había leído los clásicos de la literatura y había estudiado las asignaturas de su carrera. Y también en esa enorme habitación había tenido lugar la última confrontación entre unos seres que ella definía como los *Aéreos* y los demonios que la habían acosado y encerrado en el sótano para

someterla a todo tipo de vejaciones físicas y mentales. Esa alianza con los *Aéreos* no era gratuita y también habían exigido su pago aplazado, una vez que se hubieran cumplido veinte años desde su pacto.

Abandoné la biblioteca, crucé el salón y salí de nuevo al *hall*. Junto a la escalera que ascendía a las plantas de arriba se veía una puerta cerrada. Supuse que correspondía al sótano donde Rachel había sido encerrada junto con el viejo exorcista que la había ayudado hasta su muerte, en una lucha contra varios demonios. Y donde había sellado su pacto con los *Aéreos* para poder librarse de sus enemigos que se habían adueñado de la casa. Pensé una vez más que era una historia tan alucinante, tan increíble y descabellada, que era imposible darle crédito.

No me vi con la fuerza y el valor necesarios para descender a ese sótano-cárcel donde Rachel había pasado los peores días de su vida a finales de 1984 y primeros de 1985. Así que ascendí las escaleras que llevaban a los dormitorios. Las ventanas que salpicaban rellanos y pasillos daban algo de luz por allí arriba y no era necesaria la utilización del mechero para poder ver donde pisaba. Fui abriendo puertas y mirando dormitorios, salas de plancha, trasteros y cuartos de baño. Todo estaba en tan mal estado como en la planta de abajo. Los pocos muebles que quedaban se encontraban destrozados; daba la impresión de que alguien se hubiera ensañado con ellos en un ataque de furia homicida.

Seguí ascendiendo escaleras y llegué a los torreones donde ella, su padre y sus hermanos subían a observar el cielo nocturno con un telescopio y su progenitor les contaba historias de otros mundos para hacerles más llevaderas las calurosas noches veraniegas. Eran estancias cuadradas, llenas de cachivaches sin ningún provecho, juguetes rotos y ropa vieja que habían roído las ratas. A través de ellas se accedía a la azotea que se erigía en la cima de la mansión: el sitio por el que Rachel había intentado escapar de sus captores sin conseguirlo. Miré hacia afuera a través de una puerta acristalada, observando la lluvia golpear las baldosas del exterior. Me la imaginé allí, aterrada, temblando a causa del frío y del miedo. Viendo cómo sus enemigos la miraban desde el mismo sitio que me encontraba yo, jugando con ella como el gato con el ratón antes de darle el zarpazo definitivo.

Sentí un escalofrío intenso y descendí de nuevo a la planta baja. La casa tenía muchísimas escaleras. Parecían perderse en la inmensidad de aquellas estancias de techos altos, abovedados y llenos de manchas de humedad y desconchones. Al llegar al rellano que dividía la mansión en dos, observé por un ventanal el exterior. Llovía con más fuerza aún que antes. Se veía el pueblo allí abajo,

escondido en su ensenada, mirando hacia el mar como llevaba haciendo siglos. Miré las olas golpeando el puerto sin cesar, con la persistencia que proporciona el tiempo lento que se desgrana durante milenios, sin prisa y de manera concienzuda. Una pequeña villa marinera, cuna de balleneros norteños que en sus primeros tiempos había sido saqueado por los vikingos, como tantos lugares costeros de toda Europa y África. Cudillero era un microcosmos, un ecosistema minúsculo, un lugar con sus propias reglas para vivir de cara al mar que traía la vida y la muerte, a partes iguales. Le daba la espalda a *Villa Luna* con desdén. Y la casa parecía saberlo y odiar al pueblo por ello.

Al echar un vistazo al reloj me di cuenta de que eran casi las dos de la tarde. Llegué abajo y entré otra vez en el salón. Fui hacia el sofá aterciopelado y me senté. Me sentía agotado, como si llevara días enteros andando casi sin descansar. Tenía la respiración agitada y los músculos de mis brazos temblaban bajo el jersey de lana. Empecé a tiritar a causa del frío. Las dos noches sin dormir empezaban a pasarme factura y me sentía débil como un perrito moribundo abandonado a su suerte en una cuneta.

Cogí varios pedazos de madera viejos que encontré. Logré destrozar una silla desvencijada y metí todos esos restos en la chimenea junto a algunos pañuelos de papel que saqué de la mochila. Temblando de frío, con unos escalofríos propios de un enfermo de gripe, les acerqué la llama del mechero y el fuego fue creciendo hasta acabar formando una hoguera consistente. Me sentí algo mejor, pero seguía muy cansado. No tenía hambre, sólo mucho sueño. Me tumbé en el viejo sofá. Necesitaba descansar, nada más. Reponerme un poco, quitarme de encima ese frío que me estaba destrozando por dentro y me provocaba calambres en los músculos. Puse la mochila bajo mi cuello, a modo de almohada, y me acomodé. Sentía la cabeza dándome vueltas, igual que si estuviera sufriendo las consecuencias de una resaca especialmente intensa. Miré las llamas bailando en la chimenea, hipnotizándome como la danza de una cobra antes de atacar. Cerré los ojos durante unos segundos. Escuché la lumbre crepitar, devorando la madera. También oía la lluvia a lo lejos; era un rumor lejano y agradable que me acunaba como las nanas que me cantaba mi madre en mi infancia. El viento se había calmado, pero la lluvia no cesaba. Permanecí con los ojos cerrados. Me quedaría allí un ratito, descansando y a resguardo del frío y el agua. Si salía me pondría empapado y pillaría una pulmonía. Con estos pensamientos crucé al otro lado casi sin darme cuenta y me dormí.

# Desperate dreams

*Estoy con Rachel. Vuelvo a ser un adolescente. Estamos en clase y nada me produce más placer que estar sentado escuchándola impartir su asignatura. Está tan guapa como siempre, mientras nos explica el significado oculto de algún relato de Poe o nos recita una poesía de Machado con voz cadenciosa. De ver en cuando cruza su mirada cómplice con la mía y me parece ver una sonrisa en esos preciosos ojos negros, profundos pozos de alquitrán en los que he quedado atrapado hace tiempo y de los que no quiero escapar. Mi pupitre está tan cerca de ella que puedo oler su perfume con toda nitidez.*

*Está apoyada en su mesa, de pie, leyéndonos un fragmento. A veces su pelo le tapa la mitad del rostro y tiene que apartarlo con su mano derecha, en un gesto encantador del que ella ni siquiera es consciente. Casi no presto atención al texto; sólo me interesa el timbre de su voz, dulce y suave, como el murmullo de un arroyo en el deshielo primaveral. Acaricia mis neuronas, provoca la producción de endorfinas dentro de mi cabeza y me siento tan feliz como los fumadores de opio en la Inglaterra victoriana.*

*Toda la clase la escucha en silencio. Permanece hechizada, presa del ensalmo colectivo que sólo ella es capaz de provocar en un grupo de chicos hiperactivos y con las hormonas en ebullición. No se oye ni el vuelo de una mosca, tan sólo su voz modulando palabras y frases escritas hace mucho tiempo; escenas que vuelven a la vida por arte de magia porque Rachel les está insuflando su aliento. El corazón de las palabras vuelve a latir con alegría, despertando de un letargo antiguo, como el de la princesa Aurora en el cuento. El libro ha resucitado, igual que Lázaro saliendo de su sepulcro con el rostro alucinado, víctima de su propia incredulidad.*

*Durante un segundo levanta la vista de la lectura y fija su mirada en la mía. Sus ojos se funden con mis ojos y el Padre Tiempo nos hace un regalo: se detiene como medida excepcional sólo para que podamos demostrarnos nuestro amor. En ese instante dormido en el que los segundos dejan de fluir en el reloj, ella lee mi mente y yo leo la suya gracias a esa conexión visual que nos hace llegar a lo más recóndito de nuestras conciencias. Sus pensamientos y los míos se mezclan y comparten, convirtiéndose al final en uno solo que ambos estamos viviendo en algún otro lugar, lejos de esa aula en la que estamos presos y no podemos ser nosotros mismos.*

*Estamos en una habitación, en penumbra. Ya soy adulto, como ella. Soy más alto y mis músculos se han desarrollado por completo. Se me*

*acerca, apoya las palmas de sus manos en mi pecho y aproxima su boca a la mía. Quiero besarla pero ella no me deja; se aparta un poco y sonríe. Me ayuda a quitarme la camiseta. Me acaricia los hombros y el pecho. La suavidad del roce de su piel contra la mía provoca una corriente eléctrica dentro de mí y noto cómo se me eriza el vello de los brazos y un escalofrío bajando por mi espalda. Sus dedos van hacia mi nuca, enterrándose entre mi pelo; noto el roce de sus uñas afiladas en el cuero cabelludo. Su boca se acerca a la mía, entreabierta. Su aliento es tan dulce como una fruta madurada en el árbol y recién cogida.*

*Apoya su cuerpo contra el mío y nos besamos. Sus labios están ardiendo y su calor me quema por dentro. Noto cómo mi cuerpo reacciona al instante provocándome una erección tan brutal que me llega a doler. Ella lo nota y se ríe, satisfecha del efecto que provoca en mí, como una diosa que es consciente de su superioridad sobre los mortales. Nuestras lenguas se encuentran en mitad del camino y empiezan a bailar una danza ancestral, explorándose, mimándose, reconociéndose, sintiendo todas las sensaciones que el hombre y la mujer han ido acumulando desde el principio de los tiempos.*

*Mis manos están detenidas en la curva de sus caderas. Las suyas no dejan de acariciarme la nuca, las orejas y el cuello. Su cuerpo se pega aún más al mío; noto sus pezones a través de la blusa rozando la piel desnuda de mi pecho. Mis manos bajan hacia sus glúteos. Tiene un culo perfecto: compacto, suave, de una curvatura dulce y apetecible. Apoyo las palmas en él y la empujo hacia mí un poco más, provocando un gemido de satisfacción en ella.*

*Separamos nuestras bocas un instante para poder respirar y nos reímos, presos los dos de una excitación nerviosa que nos hace jadear como un perro enfermo. Intento desabrochar los botones de su blusa, quiero desnudarla y tocar su piel, es lo que más deseo en ese instante, pero ella me lo impide agarrando mi mano, sin dejar de sonreír. Se agacha y me desabrocha el cinturón. Baja mi pantalón y mi ropa interior de un solo y violento tirón, arrancándomelos y haciendo lo propio con zapatos y calcetines, dejándome como Dios me trajo al mundo. Mi sexo está tan rígido como una barra de metal, presto a cumplir con su función.*

*Ella lo mira y se relame, como una gata hambrienta que por fin recibe su ración de alimento. Me empuja con suavidad a la cama que hay detrás de mí. Se queda de pie, mirándome. Se quita la blusa por fin. No lleva sujetador. Sus pechos me miran desde arriba, con los pezones afilados apuntando hacia mí. Su piel posee el tono dorado del trigo listo para ser segado. Los hombros tienen una curva delicada y misteriosa, igual que las siluetas de los astros en el cielo, orbitando. Pienso que me encantaría acariciar esos hombros y pasear mis labios por ellos, besarlos hasta la última pulgada de piel.*

*Rachel se quita la falda con un movimiento rápido, felino. Tiene unas braguitas negras minúsculas que enmarcan el triángulo sagrado que forman sus piernas al juntarse. Sus caderas atrapan mis ojos, como la miel a las moscas. No puedo dejar de mirarlas. Su curvatura es perfecta, como si hubieron sido creadas por las manos de un alfarero. Se acerca a mí con una sonrisa tan lasciva que me deja sin respiración. Sabe que estoy a su merced y parece disfrutar del momento, alargándolo. Se recrea en mostrarse ante mí y deja que la mire cuanto desee. Cuando siento que soy incapaz de soportarlo más, la cojo de la mano, atrayéndola y ella se sienta a horcajadas sobre mí.*

*Volvemos a besarnos, bebiendo el uno del otro con ansiedad, como dos fugitivos en el desierto al encontrar un manantial. Acaricio la piel suave de su cintura, bajo hasta las caderas, subo hasta los pechos y los moldeo con las palmas de mis manos. Ella me acaricia el tórax, clavándome la punta de las uñas en los hombros. Sus cabellos acarician mi rostro, provocándome cosquillas y empiezo a comprender que tengo que penetrarla ya o me moriré por la excitación. Mi corazón golpea tan rápido que parece haber emprendido una carrera hacia ninguna parte.*

*Arranco sus braguitas tan fuerte que las rompo, desgarrándolas por un lateral. Ella se echa a reír, sorprendida. Se finge escandalizada, muerde el labio inferior y ese gesto, unido a su risa cantarina, me excita más que todo su cuerpo. Rachel coge mi miembro con una mano y se lo introduce despacio. Cuando estoy dentro de ella siento el calor de una supernova, abrasándome. Su cuerpo es ligero y tiene la elasticidad de la juventud. Empieza a moverse encima de mí, gimiendo. Cierra los ojos y parece estar muy lejos de allí, en algún lugar que sólo ella conoce. Arquea la espalda hacia atrás, apoyando las palmas de sus manos en mis piernas. Después hace el recorrido distinto y se inclina hacia mí. Acaricio sus pezones con suavidad, admirado por su tacto y dureza.*

*Ella abre los ojos despacio, como un dragón que despierta encima del tesoro y vuelve a la vida. Me sonríe de una forma que nadie ha hecho antes. Comprendo que si sigue haciéndolo así, me correré antes de tiempo. Sus gestos me aceleran, me llevan a la excitación extrema de mis sentidos. Todos mis músculos están en tensión, igual que el alpinista que escala un tramo especialmente peligroso.*

*Pongo las manos en su trasero y acaricio esa piel tersa y llena que me vuelve loco. Su culo golpea encima de mí con la cadencia perfecta de un reloj bien afinado. Se empieza a mover en círculos, sin dejar de sonreír ni gemir. Tiene la experiencia de una puta y la inocencia de una adolescente, mezcladas en una extraña alquimia que la eleva a un nivel superior. Siento que no voy a poder aguantar mucho más y pronto estallaré. Mi corazón corre desbocado. Mi respiración está al borde de la hiperventilación. Estoy sudando por todos los poros de mi piel.*

*Rachel está igual: cada vez gime más y sube el tono de su voz. Su*

*cuerpo brilla y parece estar bañado en aceite. Nuestros movimientos están tan perfectamente sincronizados como los de un pistón en la sala de máquinas de un transatlántico. Deprisa, deprisa. Un poco más deprisa. Y aún más. Desprendemos mucho calor: estamos quemando el combustible de una estrella en el espacio profundo. Ella se muerde los labios a causa del placer, hasta hacerse sangre.*

*Llegamos al final de manera casi simultánea. Siento que algo explota en mi interior para no volver a recomponerse jamás. Rachel tiene un orgasmo mucho más largo y tiembla como una hoja, encima de mí. Miro su cara y veo que se está transformando: van apareciendo los rostros de distintas mujeres, a cual más bello y excitante. De alguna manera comprendo que estoy viendo los semblantes de todas las diosas de la historia de la Humanidad. Sus pechos oscilan en un movimiento giratorio e hipnótico, contrario a las agujas del reloj. Mientras ella se está corriendo, me incorporo, acerco mi cara a ellos y empiezo a besarlos. Ella sujeta mi cabeza para que no sienta la tentación de apartarme. Rachel chilla junto a mi oído, en el punto álgido de su propio clímax. Lo hace tan alto que hasta las paredes de la habitación se estremecen. Grita, grita, grita…*

*Grita tan fuerte que me despierta y el sueño termina.*

# In the darkness

Abrí los ojos de improviso y me vi rodeado de oscuridad. Durante unos segundos no supe dónde me encontraba ni por qué. Sentí un miedo atroz. Hacía mucho frío y tenía el cuerpo entumecido y rígido a causa de una mala postura. Me incorporé en el sofá y me senté. Mi cuello protestó, crujiendo como la madera vieja de un barco a la deriva. Poco a poco, fui recordando. Me sentí un estúpido por quedarme dormido en una casa desconocida y abandonada. Miré hacia la chimenea. Se había apagado al consumir todo su combustible, tan sólo quedaban unos pequeños rescoldos que brillaban de forma tenue.

Eché un vistazo al reloj y sus manecillas fosforescentes me indicaron que eran las ocho. Se había hecho de noche hacía un par de horas. Había dormido seis seguidas por puro agotamiento. Me puse en pie despacio, sintiéndome mareado, débil y desorientado. No veía casi nada. A tientas, saqué el móvil de la mochila y lo encendí. La pequeña luz que produjo apenas logró despejar las sombras más cercanas. Observé que no tenía cobertura. Ni siquiera aparecía el típico mensaje: SOLO LLAMADAS DE EMERGENCIA. Supuse que se trataría de alguna avería del sistema de red, porque la mansión estaba tan cerca de Cudillero que era imposible que allí no hubiera cobertura. Debía haber alguna torre de telefonía que abasteciera la zona por pura lógica: era un núcleo de población demasiado grande. Las compañías tendrían que dar servicio a tantos clientes potenciales.

Saqué el mechero del bolsillo y lo encendí. La luz que proporcionaba la llama apenas me sirvió para ver un par de metros delante de mí. Eché un vistazo y no reconocí el salón donde me había quedado durmiendo. El sofá y la chimenea estaban allí, sí. Pero el lugar había cambiado, no era el mismo. El ventanal que debería estar a mi espalda ya no existía. La disposición de las paredes era desigual y el tamaño de la habitación, también. Sin embargo, no supe discernir si era mayor o menor. El lugar estaba sumido en un silencio denso y antinatural.

Anduve con cuidado, tratando de no tropezar. Bajo mis pies crujían los cascotes de escombro y trozos de madera viejos. Busqué alguna salida. La biblioteca no estaba donde debería, a la izquierda.

En su lugar había una puerta tapiada. Sentí un escalofrío largo, como producido a cámara lenta. Giré al lado contrario, donde supuse que se encontraría la puerta que conectaba con el recibidor. Eché a andar y la vi. Me costó una eternidad llegar hasta ella. Daba la impresión de que se alejaba de mí cuando intentaba alcanzarla.

Cuando la crucé me di cuenta de que no estaba en el recibidor, sino en una estancia completamente idéntica a la que acababa de dejar atrás. Empecé a sentir un frío intenso a pesar de las capas de ropa que llevaba encima. La mano que sostenía el mechero empezó a temblar y la llama se apagó, dejándome otra vez sumido en la oscuridad.

Entonces escuché un susurro a mi izquierda que me dejó petrificado. Fueron sólo un par de palabras que no supe identificar y luego se hizo el silencio, más espeso y opresivo que antes. Encendí el mechero de nuevo y el móvil con la otra mano para obtener algo más de luz con la que orientarme. Miré alrededor pero no vi a nadie. Observé que había otra puerta, unos metros delante de mí. Salí por ella y me encontré en un pasillo inmenso que no reconocí. Estaba casi seguro de que en la planta baja no había visto pasillos. Las estancias surgían alrededor del *hall*: la cocina, un baño, un dormitorio de invitados, la puerta del sótano, el salón y más allá la biblioteca… era imposible que un corredor tan largo me hubiera pasado desapercibido. La mansión era grande, pero la había explorado toda. Excepto el sótano.

Además, ¿dónde estaban las ventanas? Por muy oscura que fuera la noche, debería verlas y escuchar el sonido de la lluvia a través de ellas, si es que aún llovía. Sin embargo, no había visto ninguna. Todo estaba sumido en una oscuridad que se pegaba al cuerpo, fría como la piel de un reptil.

Caminé por el pasillo sin llegar a ningún sitio. Era como si al avanzar, el suelo que había bajo mis pies me devolviera al lugar de origen. Miré a los flancos: había puertas en uno y otro lado. Penetré por una de ellas y de pronto me vi de nuevo en el mismo corredor. Era demencial. Me fijé en los ángulos de las puertas: estaban torcidos. Como si un fuego hubiera derretido la estructura de las líneas, volviéndolas difusas e irreales. Parecía un cuadro de Salvador Dalí.

No sé cuánto tiempo estuve caminando por aquel pasadizo sin llegar a ninguna parte. Al mirar el reloj comprobé que era la misma hora: las ocho de la tarde-noche. Era imposible; supuse que se habría parado. Quizá se había agotado la pila. Miré la hora en el teléfono móvil y no hubo lugar a dudas. Eran las ocho, por mucho que yo me empeñara en demostrar lo contrario.

La llama del mechero comenzó a oscilar y se apagó. Lo sacudí al

comprender que se le había acabado el gas. Me quedé con la luz mínima que proporcionaba la pantalla del móvil. Si se acababa la batería, me quedaría completamente a oscuras. Entonces sí que tendría un problema. Mi mente no dejaba de preguntarse cómo era posible perderse en una casa, por grande que fuera, pero eso era exactamente lo que me estaba sucediendo.

Al cabo de un lapso de tiempo que no supe determinar, desemboqué junto a la barandilla de unas escaleras que descendían. Por alguna razón que se me escapaba al entendimiento, me encontraba en una de las plantas de arriba. ¿Cómo era posible que hubiera subido hasta allí? No tenía constancia de ser sonámbulo y sin embargo me encontraba en el otro extremo de la casa. Me pellizqué para asegurarme de que no continuaba durmiendo y seguía soñando. Sentí el dolor en el brazo: estaba en estado de vigilia, no cabía duda.

Descendí por las escaleras despacio, agarrándome a la baranda para evitar un accidente, como un anciano que no está demasiado seguro de si sus piernas lo sostendrán sin caer. Llegué a un descansillo, exactamente igual al que acababa de dejar. Seguí bajando hasta verme de nuevo en el mismo sitio. ¿Cuántas plantas tenía la casa? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cien? De pronto, tuve la sensación de que aunque estaba bajando lo que había hecho era subir.

Cuando me disponía a seguir escaleras abajo, oí de nuevo los susurros junto a mi oído y sentí una respiración en la oreja. Tampoco entendí las palabras que me decían, pero su tono era cortante y contenía una amenaza velada. Una ráfaga de aire frío cruzó el descansillo y me azotó el rostro con violencia. La piel se me erizó al convertirse en un témpano de hielo. El aliento se me congeló en vaharadas tan espesas como el humo que expulsa un motor viejo que está terminando su vida útil.

Empecé a asustarme de verdad. No era el simple miedo a lo desconocido o a la oscuridad. Estaba aterrorizado y podía sentir el rechazo de la casa. Comencé a temblar a causa del frío y el espanto que me poseían. Mientras volvía a bajar (o subir), escuché pasos que pasaban veloces junto a mí y me encogí del susto. Un par de segundos después escuché un gran golpe, abajo, como si alguien se hubiera caído desde las escaleras. Me llegó el sonido de una gran algarabía: gente llorando y chillando abajo. Me senté en la escalera. Mi cuerpo se negaba a seguir, estaba bloqueado por el pánico. Apagué el móvil y permanecí atento. Estaba todo en silencio de nuevo. Entonces volví a escuchar una multitud de susurros, como una conversación clandestina llena de pesadumbre. No supe si hablaban de mí,si hablaban conmigo o yo estaba en mitad de algo en lo que no debería estar. Las palabras eran ininteligibles, pero

transmitían tristeza y malestar. Y también se percibía una furia sutil, como en una segunda capa, subterránea, pero más aterradora. Percibí una sensación de amenaza real hacia mí.

Me levanté, encendí de nuevo la pantalla del teléfono y seguí descendiendo aquellas escaleras infinitas. Empecé a perder la esperanza de escapar de aquella casa. Me imaginé a mí mismo vagando por esos corredores interminables hasta que muriera de inanición o de puro terror. Apoyé la mano en la madera de la barandilla y comprobé que estaba tan helada como mi propia piel. Miré el reloj otra vez: seguían siendo las ocho. El tiempo continuaba estancado, como si la escena que estaba viviendo se estuviera desarrollando dentro de un inmenso paréntesis.

Sin saber cómo ni por qué, me encontré en el recibidor de nuevo. Yo había dejado la puerta de la entrada abierta, pero ahora estaba cerrada. En cambio, la puerta del sótano, junto al hueco de la escalera, estaba abierta de par en par, semejando una invitación silenciosa a penetrar por ella. Yo sabía las cosas terribles que habían sucedido allí abajo: las repetidas violaciones a Rachel, el encierro allí junto al exorcista que la había ayudado hasta el final, el enfrentamiento con los demonios y el pacto con los *Aéreos*. Escenas dantescas que ella había descrito en su diario con todo lujo de detalles para que yo pudiese hacerme una idea de lo que le había ocurrido, sin dudar de su cordura. Ese sótano era un lugar de dolor; un sufrimiento casi físico parecía subir desde la escalera como el calor del foco principal de un incendio. Ese sitio era el Infierno y yo no tenía ninguna intención de bajar a él.

Y sin embargo, lo hice. Bajé al Infierno y logré salir de allí.

Cuando subí otra vez las escaleras, después de permanecer en el sótano un tiempo que no supe determinar, me di cuenta de que la puerta principal estaba abierta de nuevo, de par en par. Suspiré aliviado y pisé el exterior. Por alguna causa que desconocía, la casa me había permitido salir. Había dejado de llover y el cielo se estaba despejando. Aparecía cuajado de estrellas y hacía mucho frío. La noche era muy oscura, sin luna, lo que me impedía ver con claridad por dónde pisaba.

El jardín estaba salpicado de charcos que tuve que ir sorteando. Aunque estaba ansioso por salir de la finca, me obligué a caminar despacio para evitar un esguince. Me llevó un buen rato localizar la zona derruida de la tapia, pero al final lo conseguí. Escalé en mitad de la oscuridad y salí al otro lado. Respiré hondo, aliviado. Incluso el aire olía mejor lejos de esos muros. Eché a andar hacia el camino de gravilla, en dirección al pueblo. Miré el reloj y me quedé de piedra: eran las doce de la noche. Observé el teléfono móvil. Marcaba la misma hora y ya mostraba cobertura total, sin ningún

problema, aunque apenas le quedaba batería debido al uso que le había dado en la casa, para alumbrarme.

Unos minutos después, llegué a la parte alta de Cudillero, cerca del andén. Tenía el coche aparcado justo al lado. Aún estaba mojado por la reciente lluvia y comenzaba a formarse una finísima capa de hielo en el parabrisas, debido a la helada que estaba empezando a caer. Me quité la mochila de la espalda y abrí la puerta del Chrysler. Arranqué el motor, puse la calefacción a tope y pulsé el mechero electrónico. Encendí un cigarrillo y metí un cd en la ranura del autorradio. Mientras escuchaba música, fumé despacio, intentando relajarme y digerir lo que me acababa de suceder. Tenía una sensación de irrealidad constante, como si estuviera contemplando mi vida desde fuera, en la pantalla de un cine o entre las páginas de una novela. O tal vez como si le estuviera sucediendo a otro y yo observara en un discreto segundo plano.

Allí dentro me habían ocurrido cosas que mi mente se negaba a asimilar. La dislocación del tiempo y el espacio era sólo una de ellas y quizá no la más importante. Me sentía confuso y muy asustado. No poder analizar algo racionalmente es una sensación de desamparo terrible, como si tus defensas se estuvieran viniendo abajo y los virus te atacaran, aprovechándose de tu debilidad. Al rato empezó a dolerme la cabeza, apagué el cigarro, reduje la potencia de la calefacción y abrí un poco la ventanilla. Las náuseas me hicieron salir del coche y vomitar fuera la bilis que tenía en el estómago. No había comido nada desde el desayuno y el café en la lonja de Cudillero.

Cuando me repuse un poco, volví a sentarme al volante y salí hacia la autovía. Puse la música alta para centrarme en ella y en la conducción. No quería pensar ni un solo segundo más en *Villa Luna*; necesitaba entretener la mente como fuera. Miré el salpicadero y vi que el tanque necesitaba combustible: se había encendido la lucecita roja que indicaba que había entrado en la reserva.

Paré en una estación de servicio, llené el depósito y me compré un sándwich y una coca-cola. Estaba famélico después del día de ayuno y los vómitos. Cuando me sentí un poco mejor, con el estómago lleno y el efecto de la cafeína en mi cabeza, continué el viaje sin problemas.

Llegué a Oviedo de madrugada, pero había tráfico y animación en las calles gracias a la gente que salía de fiesta por bares y pubs. Aparqué el coche y me fui dando un paseo desde el subterráneo. Grupos de jóvenes alegres por la ingesta de alcohol alborotaban por la calle Uría y aledañas. Cuando entré por la puerta de la pensión estaba aterido de frío. El lugar estaba desierto y silencioso;

probablemente se hubieran ido todos a acostar.

Entré en la cocina, tomé un vaso de agua y me fui a mi habitación. Me di una ducha rápida y eché la ropa sucia en una bolsa para entregarla luego a la dueña de la pensión. Volvía a estar con los ojos como platos. No tenía ni pizca de sueño y lo achaqué a la siesta prolongada en *Villa Luna*, así que me senté a leer el libro de Auster que había comenzado el día anterior. A las cinco de la mañana, a punto de terminarlo, decidí que ya era hora de acostarme e intentar dormir un poco.

Ajusté el Mp3 y puse música tranquila para relajarme, pero me fue imposible desconectar. Mi mente volvía a los acontecimientos de Cudillero, una y otra vez. Al cabo de un rato conseguí dormir veinte minutos, pero desperté sobresaltado y ya no pude volver a dormirme. La pensión permanecía silenciosa: al ser domingo no madrugaba nadie. A las ocho me levanté, me vestí, cogí el libro y mi inseparable mochila y salí de nuevo a la calle. Llevaba tres noches sin dormir, aunque me había recuperado un poco gracias a la larga siesta en la mansión de Rachel. Pero era claramente insuficiente. Miré mi reflejo en el escaparate de una tienda de ropa. Mi cara tenía mal aspecto: parecía que un tanque alemán le había pasado por encima varias veces. Me dije que si seguía así, tendría que ir al médico y contarle el problema.

# Talkin' bout love

Entré en una cafetería de la calle Uría y me pedí un chocolate caliente y unos churros. A esas horas del domingo el local estaba poco concurrido. Tan sólo había alguna pequeña reunión de jóvenes que remataban la noche de juerga y alcohol con un buen desayuno. Me senté en una mesa tranquila, junto al escaparate, y estuve leyendo *La música del azar* hasta que la terminé. Después, me limité a mirar la calle y ver pasar a la gente. Encendí un cigarrillo y fumé con parsimonia, disfrutando de la sensación de ser dueño de mí mismo y de mi tiempo. Por supuesto, fue una impresión falsa y efímera.

El sonido y la vibración del móvil, encima de la mesa, me sacaron de mi abstracción. Lo cogí y le eché un vistazo: era un mensaje de mi ex. Estuve a punto de borrarlo sin leerlo, pero al final se impuso la curiosidad. Además podía ser algo importante; si no le apetecía hablar conmigo (ni a mí con ella), la comunicación por texto era una buena opción. Abrí el sms y lo leí:

"Hola. Necesito tu dirección para enviarte los papeles del divorcio y otros documentos como la baja en la cuenta conjunta del banco."

Joder. Sí que se había dado prisa en redactar el convenio regulador para repartirnos los bienes y poder interponer la demanda en el juzgado. Estaba aprovechando bien el fin de semana. Aunque, mirándolo fríamente, era lo más sensato. Cuanto antes pusiéramos fin a lo que nos ataba, mejor para los dos. Escribí mi respuesta en el teléfono y le indiqué la dirección de la pensión en la que me alojaba. "Espero que te encuentres bien", añadí. Su contestación no se hizo esperar:

"No estoy nada bien y eso ocurre gracias a ti. Mañana te enviaré esos documentos."

La frase destilaba rencor, pero tampoco le di mayor importancia. Era algo perfectamente normal. Tampoco iba a esperar que se pusiera a dar saltos de alegría. El tiempo se encargaría de curar las heridas y llegaría el día en que yo me convertiría en un mal sueño para ella. Un recuerdo lejano y gris de alguien que no merecía la pena y con quien había compartido algunos años de su vida. Una equivocación, un error, un obstáculo en el camino. Un sendero mal iluminado y tortuoso. Algo que se borra de la memoria, se olvida y se continúa viviendo.

Pagué la cuenta, encendí otro cigarrillo y me marché. Me fui

andando por el campo de San Francisco y lo crucé hasta llegar a las calles peatonales que conducían al casco antiguo. Había amanecido un día luminoso; frío, pero despejado. En la plaza del Fontán estaba instalado el rastro de los domingos. Estuve deambulando por los puestos, curioseando entre la multitud que se congregaba allí. Recordé que en ese mismo lugar mi amigo Enrique se había encontrado a Rachel por casualidad en unas vacaciones que había pasado en Asturias. Había ocurrido en el verano de 1986, casi diecisiete años atrás, lo cual era todo un mundo. Enrique nos había contado, a mis amigos y a mí, que Rachel y él habían tenido una agradable conversación, habían desayunado juntos y curioseado por los tenderetes. Rachel le había regalado un libro (*El árbol de la ciencia*, de Pío Baroja) y al final, se habían despedido. Ella le había dado recuerdos "muy especiales" para mí. Recordé aquella charla con Enrique, en mi adolescencia, y se me empañaron los ojos. Quise achacarlo al frío de la mañana, pero no pude.

Cuando me cansé del Fontán, me fui hasta el *Campillín*, el mercadillo de "los pobres". Estaba menos concurrido, pero tenía un encanto especial. Los vendedores eran muy humildes. Apenas tenían puestos en los que ofrecer sus mercancías. La mayoría exponía el género encima de una sábana en el suelo. Libros, discos, cintas de vídeo, vajillas, piezas de repuesto de automóviles, radiocasettes, ropa de segunda mano… todo era susceptible de cambiar de dueño si alguien pagaba unas míseras monedas. Los vendedores se quitaban el frío de encima dando patadas al suelo, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro y bebiendo cafés con leche en vasos de plástico. Algunos voceaban sus productos; a otros les faltaban las energías o los arrestos necesarios para hacerlo y se dejaban llevar por la propia inercia de los clientes, que miraban, preguntaban y se largaban sin decir adiós. El viejo vicio europeo de los mercados al aire libre se desarrollaba en su máximo esplendor, tan antiguo como la propia humanidad.

Al caminar entre aquellos puestos humildes y tristes, de pronto tuve una idea: yo podría vender mis libros, cómics y discos allí. El dinero empezaba a escasear, aunque tenía pagada la pensión hasta finales de marzo. No me apetecía nada buscar un trabajo en una fábrica o un almacén. Necesitaba tiempo y libertad para buscar a Rachel e investigar sobre su paradero. La venta en aquel sitio los domingos podría solucionarme el problema de la liquidez de dinero. Durante unos segundos, mi conciencia habló: "¿Vas a vender los libros? ¿Lo único que te mantiene cuerdo, anclado a la realidad? ¿Lo único que has salvado de tu matrimonio, aparte de un coche viejo de importación? *¿Vas a vender tu vida?"*. La parte racional y práctica de mi cerebro, aquella que casi nunca se manifestaba y

solía mantenerse al margen en todas mis discusiones internas, respondió sin dudar: “Sí, eso es lo que voy a hacer. Venderlos para vivir. Los libros ya están dentro de mí, leídos y asimilados. Y existen las bibliotecas públicas. Los voy a vender. Nada es imprescindible. Y si tengo que vender también el Chrysler, lo haré”.

Las dos voces de mi cerebro se estuvieron peleando un rato más, pero decidí ignorarlas y seguí caminando por el *Campillín*, un parque precioso, lleno de robles y verdor como un islote en medio de tanto edificio. Me senté en un banco y tuve un extraño pensamiento: puede que en ese mismo asiento hubieran descansado Rachel y Enrique en 1986 para charlar de lo divino y lo humano. Una nostalgia cálida y agradable, como la brisa marina en una mañana de bochorno, me invadió. Llegó, se sentó a mi lado y me estuvo susurrando al oído largo y tendido. Cuando mis ojos volvieron a empañarse y alguna lágrima se deslizó despacio, no tuve valor de echarle la culpa al frío dominical que envolvía la ciudad de Oviedo.

Pasé el resto de la mañana en la biblioteca pública “Ramón Pérez de Ayala”, en la plaza de Daoiz y Velarde, junto al Fontán. Me sorprendió que estuviera abierta en domingo. No sólo eso sino que, además, estaba llena de gente. Me fui a la sala de los periódicos y eché un vistazo a los titulares, sin profundizar demasiado en las noticias. Hacia la una me cansé y fui dando un paseo hasta la plaza del Ayuntamiento y desde allí por la calle Cimadevilla, en dirección a la Catedral.

A pesar de estar en lo más crudo del invierno, los restaurantes y bares de la zona estaban llenos de turistas y paisanos que aprovechaban la mañana luminosa de domingo y trasegaban sidras, vinos y tapas en las terrazas de los establecimientos. Grupos de gaiteros pasaban interpretando alguna canción típica del folklore asturiano, alegrando el ambiente y haciendo sonreír a los paseantes y a los clientes de los bares.

Llegué hasta la Catedral y bajé por la calle del Águila hasta Jovellanos y de ahí crucé a la famosa calle Gascona, lugar de esparcimiento de ovetenses y foráneos, lleno de sidrerías y restaurantes de gran prestigio en la ciudad. Me senté en una terraza en la que vi sitio y pedí una botella de sidra y algo para picar. Recordé una vez más a Rachel y su costumbre de venir por aquí, primero de niña, con su familia, y después de adulta. El camarero me caló rápido y supuso que no sabría escanciar la bebida, así que se ofreció a hacerlo, alzando la botella por encima de su hombro y dejando caer la sidra en el cristal del vaso. Después me lo pasó diciéndome que bebiera el *culín* de un trago. Obedecí, mientras aún veía las burbujas que se habían formado en la superficie. El sabor

era exquisito: dulce y ácido a la vez. Dejó la botella en la mesa, prometiendo volver de vez en cuando para continuar el ritual y se fue a atender a otros clientes tan neófitos como yo. Al rato me trajo un surtido de quesos y unos escalopines al *Cabrales* que devoré con buen apetito. Cuando me harté de comer y beber, me marché caminando medio mareado. La sidra se me estaba subiendo más rápido de la cuenta. Eran cerca de las cuatro cuando llegué a la puerta de la pensión. Abrí yo mismo con mi llave y me fui directo a la sala de lectura para dejar allí el libro de Auster. Al entrar, me encontré a Rosalía sentada leyendo alguna novela romántica del XIX.

Levantó la vista del libro y sonrió al verme.

—¡Vaya! Pero si es el señor Toni Hernández en persona que se digna a honrarnos con su presencia…

Dejé el libro en la estantería y asentí, distraído.

—El mismo que viste y calza.

Puso un marcador en el libro y lo cerró.

—Anoche te perdiste nuestra famosa cena del sábado. Esta mañana no te visto en el desayuno y tampoco has tenido el honor de probar el asado de hoy. ¿Seguro que te compensa pagar por unas comidas que no consumes?

Resoplé y me dejé caer en un sillón, junto a ella.

—He estado…hummm…ocupado.

Frunció el ceño y me observó con ojo crítico y experto.

—¿Estás borracho, Toni Hernández?

Moví la cabeza de derecha a izquierda. La habitación empezó a dar vueltas como un tiovivo, pero tampoco era tan desagradable como recordaba de adolescente.

—No. Sí. Estoy mareado —concluí—. Me he bebido una botella de sidra. Y por cierto: no hace falta que nombres mi apellido cada dos por tres. No hay más "Tonis" por aquí, que yo sepa.

Se echó a reír con un gesto encantador. No pude dejar de admirarla. Tenía mejor cuerpo que muchas otras con la mitad de edad. Esa mujer era condenadamente atractiva.

—¡Tampoco es tanto! Yo me bebo tres y ni me entero. Los jóvenes de ahora no tenéis aguante, por Dios.

Me llevé la mano a las sienes. Me empezaba a doler la cabeza.

—No puedo estar más de acuerdo. De todas formas, hace mucho que no bebo. Será la falta de costumbre.

Se levantó y se acercó a mí. Tenía unas piernas de infarto.

—Beberse una botella de sidra con la comida no es "beber". Beber es ventilarse una botella de whisky al día, como hacía el cabrón de mi marido. Espero que la vasca lo esté envenenando con arsénico en las comidas.

No tuve más remedio que echarme a reír en mitad del dolor de cabeza.

—Joder, Rosa…

Se acercó más aún y se rió.

—"Joder, Rosa", ¿qué?

La miré y yo también sonreí.

—Nada. Que me duele la cabeza. ¿Dónde está todo el mundo?

Se agachó quedando su mirada a la altura de la mía. Apoyó las palmas de sus manos en mis rodillas.

—Los que quedan están durmiendo la siesta —respondió con la sonrisa juguetona—. ¿Quieres echar la siesta conmigo?

Me quedé sorprendido unos segundos y luego me rehíce.

—¿Todas las asturianas son tan directas como tú? ¿Ni siquiera vamos a hacer manitas antes?

Se echó a reír sin disimulo.

—No, algunas se meten a monjas. En cuanto a tu segunda pregunta, te diré que ya no tengo edad para perder el tiempo en tonterías, Toni. Cuando quiero algo, lo cojo. Cuando me apetece acostarme con alguien le pregunto y ya está. Si me dice que sí…me acuesto y santas pascuas.

La miré. De cerca era aún más espectacular. No supe discernir si el marido que se había ido con otra era imbécil o ciego. O las dos cosas a la vez.

—No sería buena idea, créeme. No estoy en mi mejor momento, ni anímica ni físicamente —respondí sacando el tabaco y poniéndome un cigarrillo en los labios—. Además, estoy enamorado de otra.

Puso los ojos en blanco y se levantó.

—*Todos* están enamorados de otras y si no lo están, fingen estarlo para acallar sus conciencias —me miró con severidad—. No te he dado permiso para fumar.

La interrogué con la mirada. Recordé que mi mechero no tenía gas. Lo había agotado en *Villa Luna*. *¿No?* El recuerdo empezaba a hacerse confuso.

—Puedes fumar —sonrió Rosalía—, a condición de que lo compartas conmigo. Iré a por unos cafés. Te vendrá bien la cafeína para el dolor de cabeza. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza y señalé el cigarro.

—Me parece genial. Trae también cerillas, por favor.

Volvió unos minutos después con una bandeja en la que se veían dos tazas pequeñas de café solo, un azucarero de porcelana blanca y unas pastas en un plato de postre. La depositó en la mesita del centro y me entregó un mechero de plástico con el logotipo de una marca de coches de lujo. Me dijo que podía quedármelo y se sentó a

mi lado, pidiéndome un pitillo. Le entregué un *Lucky Strike* y se lo encendí. Después hice lo propio con el mío. Le eché dos cucharadas de azúcar al café y le pregunté si ella deseaba. Negó, alegando que había comenzado recientemente a apreciar el sabor del café sin ningún aditivo, sólo café puro y duro. Además, añadió, "el azúcar engorda". Sonreí y miré el plato con pasteles. "Las pastas no cuentan", respondió, leyendo mi mente.

Me bebí el café en un par de sorbos. Me eché hacia atrás y apoyé la espalda en el sofá, expulsando el humo. Rosa cogió una galleta, la mordisqueó e hizo lo propio.

—Bueno, ¿quién es ella? —preguntó volviéndose hacia mí—. ¿Quién es la chica de la que estás enamorado y eso te impide acostarte conmigo?

Sonreí y dejé caer la ceniza en un cenicero de cristal que había en la mesa.

—Es complicado de explicar y de entender. A veces me lo parece tanto como un teorema de matemáticas.

Rosa se incorporó, terminó el café y cogió dos pastas más, una para cada uno. Me tendió la mía y empecé a masticar. Ella asintió, mostrándose de acuerdo.

—Las cuestiones del amor siempre lo son. Como decía aquél: "El corazón tiene razones que la razón no entiende". El otoño pasado fui a los cines Clarín para ver una película de Garci: *Historia de un beso*. Era una peli romántica, llena de grandes personajes, como todas las de este director. Había una relación de amor entre un escritor maduro y una "jovencita" de 35, que obviamente no podía salir bien, pero eso no quita que sea una historia preciosa, con la que me emocioné. En un momento determinado de la película (creo que al final), la voz en off del escritor dice: "El amor es como la risa; cuando llega, nadie puede resistirse". Me impresionó mucho esa frase. Creo que resume a la perfección ese sentimiento.

Me quedé callado, fumando despacio, desgranando mis propios recuerdos.

—Hay otra escena en la que los dos se dan cuenta de que su amor nunca llegará a nada serio en la que él le dice a ella: "Te quiero tanto, Andrea, que no sé si habrás notado que, últimamente, en el mundo apenas queda amor para nadie más." Me pareció una frase de una belleza sublime, la verdad. Cuando salí del cine me fui a cenar muy impresionada por la gran película que había visto. Es mi favorita de Garci, y mira que las tiene buenas. Espero que siga haciendo buen cine durante muchos años.

Terminó su galleta y se volvió hacia mí. Cogió mi paquete de cigarrillos y extrajo otro. Se lo puso en la boca, lo encendió y dijo:

—Cuéntame. Haré un esfuerzo por comprender tu "complicada"

historia de amor.

Le hice un resumen bastante detallado, empezando por los tiempos en que había conocido a Rachel, siendo mi profesora. Le expliqué cómo nos habíamos enamorado, y cómo Rachel había cortado de raíz aquello que casi no había existido. Le narré lo más significativo de aquel curso y cómo ella me había entregado su diario para que lo escondiera sin leerlo hasta que fuera mayor de edad. Yo siempre pensé que me había protegido de una relación que no podía llegar a buen puerto, pero después de leer la historia de su vida, empecé a tener mis dudas.

Luego le conté que había estado a punto de ir a buscarla, con apenas diecinueve años, pero que un accidente de tráfico me lo había impedido al quedarme en coma seis meses y despertar después, amnésico. Aquello había dado un giro total a mi existencia y me había llevado doce años recordar a Rachel. En esos doce años me había dado tiempo a salir con otras chicas, tener distintos trabajos, casarme con la persona equivocada y empezar una dubitativa carrera de escritor. Cuando le expliqué lo que me había sucedido apenas unos días antes, dejando plantada a mi mujer, para recorrer ochocientos kilómetros y buscar a Rachel, abrió un poco los ojos por la sorpresa, pero tampoco pareció excesivamente impresionada.

Dudé entre contarle todo el contenido del diario, pero al final me decidí por lo más “normal”, es decir, las desgraciadas muertes de toda la familia de Rachel y cómo se había quedado sola en su gran mansión y había entrado en una profunda crisis. Me guardé de mencionar la parte más increíble del texto: la aparición de esos seres que se habían aprovechado de ese bajón moral para secuestrarla y extorsionarla. Y la confrontación final, en la biblioteca de la casa, entre los *Aéreos* y la *Sombra*, que había acabado con ella huyendo de su propio hogar, poniendo tierra de por medio hacia el sur. Le dije que el día anterior había estado en Cudillero, visitando la casa en ruinas de Rachel, pero tampoco mencioné que había dormido seis horas dentro de ella, y luego había estado perdido entre sus corredores unas cuantas más hasta poder salir. No le hablé de las sospechas de buena parte de los vecinos de Cudillero respecto a que ella fuera la culpable de las muertes de su familia y hubiera acabado en la cárcel, como me había dicho el camarero en la terraza de la Lonja.

Me dio la impresión de que sabía que no le estaba contando todo, pero, o bien no le importó, o respetó mi decisión y no me dijo nada al respecto. Se limitó a escucharme sin interrumpir, fumando sin cesar y asintiendo de vez en cuando. Cuando me desahogué, el cenicero estaba lleno de colillas y en la calle se había hecho de

noche. Las galletitas habían desaparecido del plato y la habitación de los libros olía a humo. Rosa se levantó y abrió la ventana para airearla un poco.

—¿Y qué vas a hacer? Supongo que lo de buscar trabajo no lo contemplas ahora mismo…

Me encogí de hombros.

—Tengo que concentrar todas mis energías en encontrarla. No te preocupes, venderé mis libros en el Rastro para ir sacando algo de liquidez e ir pagando la pensión y otros gastos.

Ella negó sonriendo. Tomó un vaso de agua del dispensador y me ofreció otro a mí.

—No me preocupa eso; sé que eres un chico formal. Lo que me preocupa es que estés perdiendo tu tiempo en buscar a un fantasma. Ni siquiera sabes por dónde empezar. Podría estar en cualquier parte, incluso muerta. Además, tendrá una edad más cercana a la mía que a la tuya.

—Eso me da igual —sonreí—. Mañana iré a la inmobiliaria que vende la casa. Tiene una delegación aquí, en Oviedo. Preguntaré dónde está la dueña, fingiendo querer comprarla.

Ella se echó a reír.

—No te ofendas, Toni. Pero mucha pinta de millonario, no tienes. Más bien pareces el que les cortaría el césped a los dueños de una mansión y luego se marcharía al bar más cercano a gastarse el dinero en cerveza.

Fingí enfadarme con ella por su apreciación.

—Muchas gracias por la parte que me toca y por la confianza. Pero puedo ser muy persuasivo si me lo propongo.

Rosalía cerró de nuevo la ventana. Estaba entrando frío y el aire de la estancia se había renovado.

—Eso sí que no lo dudo. Aún así, ándate con cuidado.

Me levanté del sofá y me acerqué a una de las estanterías de libros para elegir otra lectura. Opté por *Los inconsolables*, de Kazuo Ishiguro. A Rachel le gustaba este autor británico, de origen japonés.

—¿Por qué?

—No lo sé —contestó—. Pero no me gusta este asunto. Hay algo que me inquieta.

Ella se acercó a mí y me besó en una mejilla, con un gesto espontáneo de cariño. Apoyó una mano en mi brazo.

—¿Cenarás con nosotros hoy?

Sonreí y asentí.

—Hay que socializar.

Antes de salir se volvió hacia mí. En sus labios bailaba una sonrisa, pero sus ojos brillaban, tristes y lúcidos. Era un gesto de lo

más contradictorio, como una discusión de las emociones de su dueña reflejada en el rostro.

—¿Estás seguro de que ella te ama, Toni? Las mujeres podemos llegar a hacer de la mentira un arte.

Recordé el beso que me dio Rachel en la puerta de su casa y cómo se enfadó conmigo después para protegerme de lo que le acechaba. Recordé su manera de mirarme en clase, como si sólo existiéramos nosotros dos en el Universo.

—Los hombres también —respondí—. Me temo que no tenéis la exclusiva. Sí, me ama.

Rosalía dejó de sonreír y su expresión cambió hacia la solemnidad. Entonces me pareció más vieja y sabia. Como el chamán de la aldea.

—Si tanto te amaba… ¿por qué no te buscó después, cuando cumpliste dieciocho años? ¿No crees que hubiera sido lo más lógico?

Tardé un par de segundos en responder. Aguanté su mirada. No sé cómo, pero supe que en sus ojos había miedo por mí. Por lo que me aguardaba.

—Quizá no pudo hacerlo. Quizás algo o alguien se lo impidieron. Además, ella decía que tenía que protegerme. Me lo dijo en persona y me lo dijo por escrito.

—¿De quién? ¿De ella misma?

—No lo sé —mentí—. Pero da igual, me ama. Dentro de mí, lo sé.

Suspiró y volvió a sonreír con tristeza, dándose por vencida.

—Ojalá sea así. De verdad lo espero, por tu propio bien. Has apostado mucho y puedes perderlo todo si el juego te sale mal, Toni.

Me dio la espalda y se fue a la cocina para supervisar la cena con María, dejándome sumido en mis propios pensamientos.

Después de la cena, que fue multitudinaria y sabrosa, algunos huéspedes se fueron al salón, a ver la televisión. Yo alegué cansancio, me despedí y me fui a mi habitación para intentar dormir. Lo del cansancio era cierto, me sentía agotado. Repetí el ritual de las últimas noches. Me di una larga ducha con el agua tan caliente como pude soportar, intentando relajar mi cuerpo y mi mente. Luego me cepillé los dientes y me afeité. Después me senté un rato a leer el nuevo libro que tenía entre manos. Hacia las doce me entró sueño y me acosté. Cerré los ojos y me quedé dormido, pero desperté de nuevo a la media hora. Ni siquiera la música logró calmarme y pasé otra noche en blanco.

A las siete de la mañana me levanté. Fui al baño y miré mi rostro en el espejo. Tenía peor aspecto que nunca. Parecía un

zombie que acaba de salir de la tumba, dispuesto a deambular por el mundo. Las ojeras formaban ya parte de mis facciones habituales y tenía los ojos inyectados en sangre. Salí de la habitación, me tomé un café doble en la cocina y me marché de la pensión sigilosamente, como un fantasma triste en la oscuridad de su castillo.

# That time of year

El primero de febrero había amanecido gris y era el paradigma del día central del invierno en el norte. La bruma matinal se pegaba a mí, llena de humedad y frío, como un amante que quiere robar algo de calor a su pareja de baile. Caminé hasta el Campo de San Francisco y me senté a leer, haciendo hora para ir a la inmobiliaria. Consulté el plano callejero y vi que estaba a diez minutos de allí, así que tenía tiempo de sobra para disfrutar del libro de Ishiguro.

A las nueve, me levanté del banco y crucé hasta el paseo de los Álamos, en uno de los laterales del parque. Desde la calle Uría bajé por Argüelles un buen trecho. Después giré a la izquierda, por la calle Foncalada (que debía su nombre a una antigua fuente de origen romano) y finalmente divisé la inmobiliaria en el margen izquierdo de la vía.

Entré en el local. Estaba casi vacío; tan sólo había una mujer de mi edad, sentada detrás de la pantalla de un ordenador, tecleando sin cesar mientras le daba sorbos a un café en un vaso de plástico. Levantó la vista al verme entrar, sonrió y me dio los buenos días. Me invitó a sentarme y preguntó qué deseaba. Cuando le hablé de la mansión de Cudillero, me dijo una cifra de venta muy alta, más por la finca que la rodeaba que por la propia casa, pero era un precio negociable. Intenté sondearla. Le dije que había conocido a la dueña, muchos años atrás, pero que me era imposible localizarla. No tardó en comprender que estaba más interesado en ella, que en cualquier transacción de negocios. Negó con la cabeza.

—Por lo que yo sé, el Estado expropió la finca cuando pasaron años sin que la dueña diera señales de vida y dejara de hacerse cargo de los impuestos. Después la cedió al Gobierno Regional. Hubo un intento de rehabilitación para presentarla como modelo de arquitectura indiana en la zona e intentar convertirla en museo. Salió a concurso, pero quedó desierto. Nadie quiso hacerse cargo del proyecto.

Dudó un segundo y quedó en silencio, como si no estuviera segura de continuar la aclaración.

—Supongo que sabe la fama que arrastra la casa —dijo bajando la voz, de manera inconsciente—. No puedo hablar abiertamente de según qué cosas…

Su cara decía todo lo contrario. Asentí con gravedad y la animé a continuar, prometiéndole que guardaría el secreto para siempre. Después compuse mi mejor sonrisa de confesor mudo o psiquiatra

simpático, para apoyar las palabras con gestos. Ella pareció confiar en mí y continuó.

—En esa mansión ocurrieron muertes violentas. Algunas de tipo accidental, pero según cuentan, hubo también crímenes. Ya sabe lo que pasa con este tipo de historias. A veces se exageran y eso acaba perjudicando a quien necesita deshacerse de la vivienda. Lo cierto es que nadie quiso ocuparse de la rehabilitación y la Junta Regional del Principado nos dio la opción de intentar venderla y destinar lo obtenido a realizar alguna obra pública de la zona, dado que el dinero que se destina desde los presupuestos generales del estado, siempre es poco. Con lo cual se mataban dos pájaros de un tiro. Sin embargo, no hay manera. Es imposible. Y eso que estamos dispuestos a negociar lo que haga falta. Lleva más de una década en venta y no lo conseguimos. Los pocos que se han mostrado realmente interesados en el asunto, se han echado para atrás en el último momento.

Le pregunté si había alguna forma de averiguar el paradero de la dueña. Era muy importante para mí y se lo agradecería eternamente.

—Quizá tenga suerte investigando en el Ministerio de la Vivienda o en el Catastro. No sé hasta qué punto le ayudarán allí o cuánto sabrán sobre eso, pero no pierde nada con intentarlo.

Me levanté, le di la mano y las gracias por toda su ayuda e información. Y por su amabilidad. Ella sonrió, complacida por mis buenos modales.

—No hay de qué. Mucha suerte. Espero que encuentre lo que busca.

Le di las gracias una vez más y me marché.

Tanto en el Catastro como en el Ministerio de la Vivienda, recibí sendas negativas. En uno y otro organismo oficial me aclararon que no disponían de la información que buscaba. Para la oficina del Catastro, el dueño actual de la mansión era el Gobierno Regional, y como tal, era el único que constaba. Los dueños anteriores no eran relevantes para ellos y no aparecían en sus archivos. En el caso del Ministerio, un funcionario me comentó que no podían dar ese tipo de información a cualquiera que preguntara por una vivienda. No era su cometido, ni estaban autorizados para ello. Así que me fui de allí con un palmo de narices, y con la sensación de que no sería tan fácil dar con el paradero de Rachel.

A mediodía me metí en la biblioteca pública del Fontán y pedí un ordenador con acceso a internet. Cuando me lo facilitaron, busqué en Google el nombre de “Rachel Weiss”. Ningún resultado apareció que fuera relevante. La hija adolescente de Kathleen Turner se llamaba igual y había una actriz de cine que atendía al

nombre de Rachel Weisz. Luego aparecían algunas mujeres de negocios o de mil profesiones distintas que no tenían nada que ver con ella. Al fin y al cabo, no era un nombre tan raro. No sé por qué, había pensado que habría algo importante en la red. Recordé que el camarero de Cudillero me había contado que algunos paisanos del pueblo decían que estaba en la cárcel de Villabona o en algún sanatorio psiquiátrico. Si era verdad que estaba recluida, esa información no aparecería (a menos que fuera de interés público), por lo tanto no tenía mucho sentido buscar ahí. Debía moverme por los cauces de toda la vida: es decir, pedir ayuda a determinadas personas y ver si había suerte en la búsqueda.

Cuando salí de la biblioteca, el sol también había hecho acto de presencia en el mundo del norte. De repente, sentí que estaba en esa época del año en la que buscas que el sol te acaricie y te de calor y fuerza. Lo necesitas igual que las plantas, para poder vivir. Cuando el astro rey me iluminó la cara noté que recargaba energía. En ese momento preciso comprendí que nunca pararía hasta encontrar a Rachel, aunque fuese la última cosa que hiciera en el mundo.

Como ya era la una del mediodía y no había desayunado nada, aparte del café de la pensión, me metí en una sidrería cercana al mercado de abastos y pedí un pincho y una cerveza. Mientras lo terminaba, cogí el Nokia y tecleé el número de la casa de mis padres. Hablé con mi madre, contándole lo que había sucedido y dónde me encontraba ahora, obviando el "pequeño" detalle de que estaba buscando a Rachel y alegando que necesitaba poner tierra de por medio. Le dije que le explicara ella al resto de la familia lo que había pasado, ya que a mí no me apetecía demasiado hacerlo. No se sorprendió de mi separación y fue comprensiva con el asunto, pero me rogó que me cuidara mucho y la mantuviera al tanto de mis idas y venidas. Cuando colgué me pregunté por qué ella no se había sorprendido de que hubiera roto con mi esposa. ¿Tan evidente era para los demás que lo nuestro nunca llegaría a buen puerto? ¿Tan distinta es la imagen que un matrimonio proyecta hacia afuera, a la realidad de esa relación? Quizá sólo se trataba del famoso "sexto sentido" de las madres.

Busqué en los contactos del móvil y marqué el número de Marcos, uno de los componentes de mi círculo de amigos íntimos de toda la vida. *El Negro*, el jefe de la S.S.B, nuestro particular club secreto de adolescencia. Uno de mis cuatro muros de contención, mi paño de lágrimas y mi confidente desde los días lejanos de la escuela. Cogió el teléfono al cuarto o quinto timbrazo.

—¡Toni! —exclamó—. Ya me he enterado de tu espantada. ¿Cómo estás? Y sobre todo… ¿dónde *coño* estás?

El sonido alegre y despreocupado de la voz de mi amigo me

animó el día. Durante un segundo mi mente voló al pasado, a los tiempos en que éramos jovencitos y estúpidos, pero nos lo pasábamos condenadamente bien. Marcos trabajaba ahora de funcionario en la Universidad y tenía una vida tranquila junto a su esposa, Eva. Aún no tenían hijos y dedicaban su tiempo libre a viajar por el extranjero.

—¡Hola, *Negro*! —lo saludé por su mote—. ¿*Ya* lo sabes? ¿Cómo te has enterado?

—Tu mujer llamó a la mía por teléfono y le contó la historia, con pelos y señales. Joder, estaba hecha un basilisco. Me pregunto cómo cojones la has aguantado tanto… ¡tiene un genio de mil demonios! ¿Dónde estás?

Sonreí detrás del teléfono al escuchar a mi amigo.

—En el norte, en Oviedo. Llegué el jueves, de madrugada. Estoy viviendo en una pensión.

Se echó a reír.

—¡Cabrón, qué envidia! ¡Tómate mil sidras por mí! Y cuando bajes, tráeme queso de *Cabrales* y de *Afuega'l*.

Me tocó a mí reírme.

—La verdad, no sé cuando volveré al sur, Marcos. Tengo cosas importantes que hacer por aquí.

Se hizo un silencio en la línea que duró unos segundos. Marcos cambió el tono festivo y lo pasó al confidencial.

—¿A quién estás buscando, Toni? ¿La conozco? Tu mujer (o más bien debería decir ya "ex-mujer"), le contó a la mía que habías recordado a alguien de tu pasado y le habías pedido el divorcio, porque decías que estabas enamorado de otra antes de que te ocurriera el accidente que te dejó amnésico. Sólo se me ocurre una persona, pero…

Le confirmé que era Rachel en quien estaba pensando.

—¿Rachel? ¿*Nuestra* Rachel? Toni… ¿te has vuelto loco? Llevas diecisiete años sin verla. Además, ¿cuántos tendrá ella hoy? ¿Cuarenta y cinco? Tú tienes treinta, Toni. Son demasiados años de diferencia. Casi sois de generaciones distintas, joder.

—Treinta y uno —corregí—. Y calculo que ella tendrá unos cuarenta y tres.

—Da igual, siguen siendo un montón de años. Igual ni se acuerda de ti.

Cerré los ojos y sonreí. O *creo* que sonreí. No estoy seguro.

—Se acordará, créeme. Ella me quería a mí, tanto como yo a ella. Escúchame, te contaré algo.

Le relaté todo lo relacionado con el cuaderno que Rachel había escrito para mí, contándome su pasado y los problemas que le afligían cuando había llegado a nuestra escuela para dar clase.

—¿Y dónde está ese diario? —preguntó Marcos, después de oír toda la historia con paciencia.

Me encogí de hombros al otro lado de la línea.

—No lo sé. Debí perderlo después del accidente y ya no me acordé de él hasta que la recordé a ella. Quizá esté por algún trastero en la casa de mis padres.

Mi amigo resopló despacio.

—Pero todas esas cosas que dices que Rachel te contó… parecen un delirio. No hay quien se crea esa historia, Toni. No hay por dónde cogerla. No me gusta decirte esto, pero creo que te estás fiando de algo que no existe.

Se hizo un incómodo silencio entre los dos. Marcos era un tipo racional, pragmático y poco dado a fantasías. Era uno de sus puntos fuertes… y también su debilidad. No creía en lo que no podía tocar. Hablarle de los demonios que habían perseguido a Rachel era como hablarle de la existencia de extraterrestres en la Luna.

—*Yo* sí lo creo, Marcos. A pies juntillas. Y cuando tú lo leas no te quedará más remedio que creerlo también. Te aseguro que nadie en su sano juicio inventaría algo así.

—Tú lo has dicho: "Nadie en su sano juicio". Puede que Rachel no lo esté. ¿Se te ha ocurrido esa posibilidad?

Recordé al camarero de Cudillero contándome los rumores sobre una Rachel que había asesinado a toda su familia. Alejé el recuerdo de un manotazo mental, como se espanta una mosca especialmente molesta.

—Sé que parece una locura, pero te aseguro que todo lo que se cuenta en ese cuaderno es cierto.

Otro silencio, éste más denso que el anterior, se materializó como por arte de magia. Marcos lo rompió otra vez.

—Toni, descansa en el norte. Sube a los lagos de Covadonga, carga las pilas, respira aire fresco, aliméntate bien, bebe mucha sidra y relaciónate con los paisanos: son muy buena gente. Cuando estés repuesto, vuelve por aquí. Tus amigos te estaremos esperando con los brazos abiertos. Nos iremos de excursión, escucharemos buena música y nos emborracharemos, como en los viejos tiempos. Entiendo que estuvieras harto de tu matrimonio y que no desees volver con ella. Está bien. Si quieres divorciarte, hazlo. Tienes todo el derecho del mundo. Nadie tiene la obligación de estar con alguien que no soporta.

*Pero yo sí soportaba a mi mujer. Incluso la quería, porque no me acordaba de Rachel.*

—Pero tus amigos estamos contigo y te queremos, coño —continuó Marcos—. Cuando los otros se enteren de todo esto, te van a freír a llamadas y preguntas, joder. Roberto será capaz de coger

un avión desde Palma a Asturias para hacerte entrar en razón, dejar tu vida de eremita y volver a casa. Y de Enrique y Fernando, ni te cuento. Ya sabes lo convincentes que pueden llegar a ser. Y en este caso, tendrían razón.

Saqué un cigarrillo y lo encendí para calmar los nervios. Expulsé el humo y contesté.

—Marcos, te agradezco tu preocupación, de verdad. Pero no necesito sermones. Lo que necesito es tu ayuda para encontrar a Rachel.

Mi amigo suspiró en la distancia.

—Está bien. Ya veo que eres tan tozudo en el norte como en el sur. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—No puedo localizar a Rachel, por mucho que lo intento. He probado varios caminos, pero no hay manera. ¿Aún mantienes amistad con aquel poli que conociste cuando trabajabas en la discoteca? Quizá podrías pedirle que indagara su paradero. Tú también puedes ser muy convincente. La gente confía en ti y todo dios te debe favores. Si alguien puede conseguir información privilegiada, ése eres tú.

No respondió al instante. Pareció pensarlo bien. Casi pude oír los mecanismos de su mente, funcionando con precisión.

—Toni, es un tema delicado. Sí, lo veo de vez en cuando por cuestiones burocráticas. Hablaré con él, pero no te prometo nada. Si lo pillan pasándome información sobre algo así, lo expulsarán del cuerpo o le impondrán un expediente disciplinario. Además, no creo que sea rápido. Esas cosas requieren su tiempo. Primero para convencerlo a él y luego para que investigue por su cuenta, sin llamar la atención. Ojalá haya suerte. Ya te contaré en cuanto tenga algo fiable.

Asentí con el teléfono pegado a la oreja sin pensar que él no podía verme.

—Te debo una, Marcos. Muchas gracias, amigo.

Él se rió.

—Ya lo puedes jurar. Y me lo cobraré en cerveza. En *mucha* cerveza. Cuídate mucho, Toni.

—Tú también. Dale un beso a Eva y un abrazo a nuestros amigos.

Colgué, terminé la caña y el pincho y pagué en la barra. Cuando salí, me acerqué a una confitería cercana y compré unos dulces típicos de Oviedo, llamados “Carballones” que quise llevar a la pensión, como un detalle hacia huéspedes y dueña. Fue un impulso sin ninguna motivación en concreto, más allá de sorprenderlos con los dulces para el postre.

Entré en la pensión y después de dejar mi inseparable mochila

en mi habitación, me fui a la cocina para dárselos a Rosa, que se afanaba junto con María en los últimos retoques de la comida: hoy tocaba pote asturiano. Se echó a reír cuando los vio y me dio las gracias con entusiasmo. Dijo que le vendrían genial porque andaban justos de fruta y no habían preparado natillas ni arroz con leche.

Aquel día estábamos todos y comimos entre una agradable conversación. Luego, Rosa sacó los dulces y me agradeció en público el regalo que les había hecho a todos. Los huéspedes me dieron las gracias entre risas, bromeando acerca de la bomba de calorías que íbamos a ingerir, justo después de una comida contundente como el pote.

Después de la comida, me quedé tomando una infusión con Rosa mientras algunos se marchaban a la sala de la televisión para ver los programas de sobremesa. Otros se fueron a echar una breve siesta antes de volver al trabajo o a clase. Cuando acabé el café, fui a mi habitación para lavarme los dientes y después me dirigí a la salita de los libros. Allí me encontré a Alberto, el profesor jubilado. Seguía con la lectura de *Los hermanos Karamazov* y había encendido su inseparable pipa. Yo también prendí un cigarrillo y me senté con *Los inconsolables*, de Ishiguro. Nos enfrascamos cada uno en su propia novela y estuvimos un par de horas en silencio, sólo interrumpido por Rosalía que vino a preguntarnos si nos apetecía un café. Los dos quisimos un cortado y yo me ofrecí a ir a por ellos. No me gustaba que me tratasen como a un señorito, ni siquiera aunque estuviese pagando por unos servicios. Rosa se negó en redondo y me dijo que me quedase sentado, disfrutando de la lectura, la tranquilidad y el "ambiente insano" que teníamos allí dentro con el humo del tabaco.

Regresó minutos después portando una bandeja con tres cafés. Abrió la ventana para ventilar la habitación y se quejó de que el olor del tabaco se pegaba al papel de los libros y volvía sus páginas amarillentas. Miré mi propio ejemplar y no pude sino darle la razón.

Nos tomamos los cafés haciendo un alto en la lectura para charlar sobre los libros que estábamos leyendo. Rosa estaba con alguna historia romántica decimonónica y también aportó su punto de vista. Un rato más tarde, cerró la ventana, se marchó con las tazas vacías y nos dejó solos de nuevo. Cuando íbamos a retomar nuestras respectivas lecturas, se me ocurrió una idea. Me dirigí a mi compañero.

—Alberto… ¿usted trabajó en un instituto, verdad?

Asintió encendiendo la pipa de nuevo. El dulce humo del tabaco me llegó como un perfume embriagador.

—A decir verdad, trabajé en tres. En dos de ellos, en Gijón. Y el

último aquí, en Oviedo.

—Estoy intentando localizar a una antigua profesora que tuve en mi adolescencia. Era de Cudillero, pero impartió clase en el sur durante un año, antes de volver a Asturias. Tengo entendido que trabajó por aquí, pero no sé dónde. Me pregunto si usted la conoció. Se llama Rachel Weiss.

Se quedó pensando unos segundos y luego negó con la cabeza.

—No. Ese nombre lo recordaría. Siempre he tenido buena retentiva para ello, incluso con los nombres de antiguos alumnos. Pero puedo hacer alguna averiguación. Tengo los teléfonos de compañeros que después trabajaron en otros centros y puede que se cruzaran con ella. Si me das un par de días seguro que la localizamos. Si trabajó en Asturias, alguien la recordará. Incluso si no es demasiado mayor, puede que aún trabaje en la docencia.

Le dije que lo creía poco probable, pero posible. Tendría unos cuarenta y dos o cuarenta y tres años. Le conté varias anécdotas de ella en mi época y creo que empecé a hablar tanto de Rachel y con tanta fascinación, que acabó por entender de qué trataba el asunto. No se anduvo por las ramas y fue al grano.

—Estás enamorado de ella, ¿no es cierto? —preguntó con la sonrisa del que ha visto en la vida tantas cosas, que ya nada le sorprende.

Le conté a grandes rasgos lo que había pasado con mi matrimonio, mi amnesia anterior y mi posterior llegada a Asturias, buscándola. Asintió comprensivo y en ningún momento censuró mi actitud ni me juzgó. Lo bueno de las personas que han vivido mucho es su capacidad para empatizar con sus congéneres y su tolerancia con las debilidades del ser humano. Alberto era una de esos seres extraordinarios que uno quisiera cruzarse en cualquier ciudad del mundo. Me sorprendí a mí mismo desnudando mi alma a alguien que era poco más que un desconocido y lo mejor es que me sentí reconfortado después de hablarle un buen rato del asunto.

—Una vez oí una frase que me impresionó —anunció expulsando el humo de la pipa con calma—. “El infierno es la distancia que separa a dos personas que se aman y no pueden estar juntas”. Creo que tanto ella como tú sufristeis ese infierno en aquella época. De hecho, creo que aún lo sufrís. Haré lo posible por localizarla, si ello sirve para aliviar ese sufrimiento.

Le di las gracias y nos quedamos unos segundos en silencio. Cuando dos personas que apenas se conocen acercan sus corazones, quedan durante unos instantes en estado de shock, como si hubieran recibido una descarga eléctrica de alto voltaje. Y el silencio debe romperse si esas dos personas quieren seguir viviendo.

—¿Me acompañas al comedor a cenar, antes de que Rosa venga

a por nosotros y nos lleve de las orejas? —preguntó el viejo profesor, levantándose.

Yo lo imité, echándome a reír.

—Desde que llegué a Asturias no hago otra cosa que comer. Debo haber engordado varios kilos.

Me palmeó la espalda sonriendo y salimos por el pasillo hasta el comedor.

Aquella noche no dormí ni un par de horas. Permanecí con los ojos abiertos en la oscuridad, pensando en Rachel. Su imagen me acompañó durante las horas de insomnio. En algún momento, quizás, estuve llorando.

Porque mi almohada amaneció empapada.

# Bridges are burning

A la mañana siguiente me levanté relativamente tarde. La noche en vela había acabado venciéndome y me dormí cuando ya era de día. El trasiego de huéspedes levantándose para ir a trabajar me despertó. Me di una ducha rápida y me afeité frente al espejo del lavabo observando preocupado mi rostro, que empezaba a dar alarmantes muestras de agotamiento. Después de vestirme, conté el dinero que me quedaba: poco más de cien euros. Necesitaba conseguir efectivo cuanto antes o me vería en serios apuros.

Fui a la cocina y saludé a María y Rosalía que estaban terminando de recoger los platos de los desayunos. La dueña de la pensión me dijo que me sentara en el comedor y ella me serviría allí.

—Acércate antes a la recepción y mira en la casilla del correo —me pidió—. Ha venido algo para ti.

Obedecí y al acercarme al mostrador de la entrada vi una cestilla de rejilla adosada a la pared. Había un único sobre de tamaño folio. Al cogerlo reconocí la letra redonda e infantil de mi ex. Volví al comedor y me senté mientras rasgaba el paquete. Estaba solo. Todos se habían marchado ya a sus quehaceres. Saqué unos cuantos folios mecanografiados. Era el convenio de reparto de bienes y la demanda de divorcio que debíamos presentar en los juzgados. En una única nota pequeña pegada a la primera hoja, había escrito: "Por favor, *fírma* TODOS los papeles y envíamelos de vuelta lo antes posible". Había escrito la palabra "todos" con mayúscula para dejar patente mi imbecilidad y torpeza con los temas burocráticos. En cambio había puesto una tilde en el vocablo "firma" de manera incorrecta y no se había percatado. En ese momento llegó Rosa con una bandeja que depositó junto a mí. Había café, zumo de naranja y una montaña de tostadas. Miró los folios y alzó las cejas con una mirada de interrogación.

—¿Algo malo? ¿Va todo bien?

Encogí los hombros y sonreí.

—Bueno, depende de a quién le preguntes.

Movió la cabeza de un lado a otro y se rió.

—¡Cómo sois los del sur! Te pregunto a ti, merluzo.

Asentí y pensé en mi mujer preparando los papeles del divorcio con un cabreo monumental. Seguro que ya estaría haciendo inventario de todo lo que me había dejado en casa para quemarlo en la chimenea.

—Sí, va todo bien —contesté, satisfecho—. ¿Podrías facilitarme un bolígrafo, por favor, Rosa?

Ella se acercó a mi oreja y susurró:

—Si me lo pides así yo te facilito lo que quieras, guapo.

Salió de la habitación moviendo un culo de campeonato y yo sacudí la cabeza, riéndome. Le eché un vistazo rápido a los papeles. En el reparto estaba todo especificado. Yo me quedaba con mi ropa (¿?), mis libros y cd's musicales (¿?) y el Chrysler *Le Baron* de 1994. Ella se quedaba con todo lo demás: casa de 150 metros cuadrados con jardín, chimenea, garaje y piscina, enseres, muebles, electrodomésticos, Mercedes LK *Kompressor* modelo 2002, dinero en efectivo de nuestra cuenta corriente y hasta con el canario que teníamos en el patio interior. Qué generosa. Aunque había sido idea mía el quedarme en la ruina y cederle casi todo a ella (la culpabilidad era mala consejera para asuntos de divorcios), en mi interior había confiado en que reconsiderara el tema y fuese ecuánime, como buena abogada que era. Supuse que era la rabia la que le hacía actuar así. Ya era tarde para quejarse, a lo hecho, pecho. Durante unos segundos me pregunté si el pájaro seguiría vivo o ya la habría palmado de hambre o sed. Ella nunca se ocupaba de él. Sin embargo (increíblemente), lo había metido en el reparto de bienes, supongo que buscando más una manera de intimidarme que porque tuviera verdaderos deseos de conservarlo.

Rosa regresó con un bolígrafo *Bic* de los de toda la vida y me lo entregó. Le di las gracias y empecé a firmar en todas las cláusulas, mientras ella ejercía de notaria observándome con curiosidad. Cuando terminé le puse la capucha al bolígrafo y se lo devolví. Se sentó a mi lado.

—¿Has terminado ya con este asunto? ¿Lo has cerrado para siempre?

Noté un nudo en la garganta y tragué saliva con dificultad.

—Creo que sí.

Ella cogió mi mano. Sabía que yo no estaba bien. La culpabilidad volvía a dejarse caer por mi mente, como un viejo enemigo que no quieres volver a ver.

—Entonces échale la llave y tírala por el sumidero. Quema los puentes y sigue avanzando por tu camino. Hazme caso. No le des más vueltas a lo que ya no va a cambiar. Te lo digo por experiencia. Cuando una relación se rompe, nunca es culpa de uno solo. O lo es de los dos o no es de nadie. Simplemente sucede. Todos tenemos que asumir nuestra parte de responsabilidad en la pareja. Los que abandonan y los que son abandonados.

Asentí y nos quedamos unos segundos callados. Ella retiró la mano y se levantó.

—Te dejo desayunar tranquilo y me voy a continuar con la faena. ¿Vendrás a comer hoy? Hay asado de ternera con guarnición de patatas y verduras.

Tomé un sorbo de café y empecé a untar la tostada.

—Aún no lo sé, tengo que hacer varias gestiones hoy. Pero guárdame un plato por si acaso. Suena muy bien.

Se echó a reír, dándose media vuelta y saliendo mientras decía:

—¡Eres un caradura de cuidado, Toni Hernández!

Me quedé mirando el vaivén de su culo, hipnotizado, hasta que desapareció por el pasillo y la emprendí con la tostada.

Salí de la pensión con los papeles del divorcio metidos en la mochila. Paré en un estanco en la misma acera de la pensión. Compré tabaco, recargué el teléfono móvil que estaba casi sin saldo, y adquirí un sobre grande. Allí mismo escribí las señas y metí los folios dentro, sellándolo.

Me acerqué al edificio de Correos, junto al teatro *Campoamor*, y envié la carta al sur certificada. Me sentí mucho mejor, como si me hubiera quitado un peso enorme de encima. Como cuando un virus intestinal que te ha tenido postrado en cama desaparece y te permite hacer vida normal. Después me fui al Ayuntamiento y pregunté en información qué requisitos eran necesarios para poder vender artículos en el rastro del domingo. Me explicaron que debía abonar una tasa mensual de 25 euros (que me daba derecho a vender los cuatro o cinco domingos del mes), si lo hacía en el *Campillín* y el doble si lo que pretendía era tener un puesto en el Fontán. Me decidí por el *Campillín*, no sólo porque era más barato, sino porque no estaba tan saturado de vendedores, era un espacio grande y abierto y encima estaba lleno de árboles. Si bien era cierto que solía tener menos flujo de público, también era verdad que era la zona habitual de los vendedores de libros, música y cine, mientras que en la plaza del Fontán se agrupaban más los de antigüedades y ropa. Mediante un plano, me explicaron la zona donde debía ponerme: apenas un cuadrado de un par de metros. En realidad era más que suficiente para exponer mis libros y cd's e intentar sacar un buen dinero por ellos.

Pagué la tasa, salí de allí y fui a la biblioteca pública. Me senté en uno de los sillones de la hemeroteca. Saqué el móvil y le envié un mensaje a mi ex, informándole de que los papeles del divorcio ya iban de camino a su casa. Le pedí también que cuidara del canario y se cerciorara de que tenía alimento y agua. A los cinco minutos me respondió: "Ok, cuando presente el trámite en los juzgados te avisaré. En cuanto a lo del pájaro, es demasiado tarde. Esta mañana me lo he encontrado muerto". La frialdad de sus palabras me enfureció y estuve a punto de responder. Luego pensé

que era probable que estuviese mintiendo para hacerme daño: sabía cuánto adoraba yo a aquel pajarillo que alegraba mis mañanas con sus cantos. Así que ignoré el envite y apagué el teléfono.

Me senté a leer el periódico y no pude evitar pensar que en aquella misma sala, Rachel se había enterado leyendo el diario de que había ardido la casa de su amiga Ana, en Cantabria, supuestamente por culpa de aquellos que querían hacerle daño, como una especie de advertencia al modo mafioso. Una vez más me pregunté si la historia sería cierta o formaría parte de un delirio gigantesco que hubiera inventado su mente. Además, ella misma me había hablado de los conatos de locura de su padre, en su juventud. Había estado entrando y saliendo de hospitales psiquiátricos en Inglaterra, hasta que conoció a su madre y se trasladó a España. Al parecer, aquello lo había curado, pero… ¿no se transmitía la locura de padres a hijos?

Se me ocurrió que podría corroborarlo allí mismo. Rachel había leído aquella noticia en el verano de 1984, en *El Diario Montañés*, según me parecía recordar. Me dirigí al mostrador y pregunté si había algún servicio de archivo de periódicos antiguos. Quería consultar una noticia ocurrida casi diecinueve años antes, en la comunidad vecina, Cantabria. La mujer del mostrador me aseguró que sólo se guardaban ejemplares físicos de hasta diez años de antigüedad. Los periódicos anteriores se microfilmaban para su posterior archivo. Disponían de un programa informático que me permitiría echarles un vistazo.

Me hizo pasar a una estancia cercana, repleta de monitores donde otros usuarios consultaban sus propias noticias añejas y me señaló un ordenador libre. Me enseñó el programa y cómo usarlo: era muy simple, con un buscador por fechas. Al pulsar la que se deseaba consultar, se abrían varios enlaces de los distintos periódicos archivados. Sólo era cuestión de elegir y echarle paciencia al asunto.

Empecé por el mes de julio de 1984, revisando día a día los ejemplares de *El Diario Montañés*, buscando una noticia que explicara los hechos que yo buscaba: el incendio de una antigua mansión situada en la localidad de Comillas. Al cabo de un par de horas, empecé agosto y ahí fue donde la encontré. En la edición del día 5 de ese mes. Amplié el titular con el programa informático del microfilm y empecé a leer:

*ARDE HASTA LOS CIMIENTOS UNA CASA COLONIAL DEL SIGLO XIX EN COMILLAS SIN PROVOCAR DAÑOS PERSONALES.*

*Informa Sebastián Suárez desde Comillas.*

*Un incendio de dimensiones espectaculares tuvo lugar en la ciudad costera de Comillas, en la madrugada del tres al cuatro de agosto, devorando por completo una mansión de 1893, que estaba construida*

*junto al Prado de San José, en una de las colinas sobre las que se asienta la población. Se da la particularidad de que la inmensa vivienda era una de las más fotografiadas por los turistas, debido a su belleza y su estratégica posición, frente al mar y dominando el pueblo, entre la Universidad Pontificia y el Cementerio Gótico.*
*Las investigaciones periciales apuntan en un primer momento a la formación de un cortocircuito que provocó las llamas en el salón y éstas se propagaron por el resto de la casa. La antigüedad de la instalación eléctrica, que según parece, tenía más de cincuenta años, puede ser la causa principal de tan infausto suceso. De todas formas, los investigadores no han descartado otras hipótesis, como el sabotaje. Hasta que no haya más datos que esclarezcan el caso, el cortocircuito es la que cobra mayor fuerza.*
*Se da la afortunada circunstancia, dentro de la gravedad de la noticia, de que no hubo que lamentar desgracias personales. La familia de tres miembros (según informan fuentes fidedignas, un cuarto miembro habría fallecido de manera trágica, unos meses antes), no se encontraba en la casa en el momento del fatal incendio. Al parecer, se hallaban en Bilbao visitando a unos familiares del cabeza de familia, un conocido industrial local, muy apreciado y querido por los vecinos de la zona. Según informa nuestro corresponsal Iñaki Azpeitia, desde el País Vasco, esos mismos familiares han acogido a la familia de Comillas hasta que se resuelvan las investigaciones pertinentes y los peritos del seguro de incendios hagan una valoración del siniestro.*
*La casa ha quedado reducida a cenizas y toda la finca se ha convertido en sitio de peregrinación de vecinos y curiosos que aún no pueden creer que una mansión que el pueblo consideraba un monumento más, haya desaparecido dejando un vacío negro y humeante. Incluso algunos árboles de los alrededores ardieron también, contagiados por las terribles llamas que según testigos oculares salían desde la vivienda.*
*Seguiremos informando desde Comillas de posteriores investigaciones del caso.*

La noticia acababa ahí y por más que busqué en días posteriores no se ampliaba la información. Quizá los reporteros del periódico no habían considerado oportuno hacerlo o se habían olvidado de ello porque otras crónicas más importantes reclamaban su interés. Lo cierto era que la noticia estaba allí y Rachel la había leído, sin duda. Pero aquello no aclaraba nada. Quizá simplemente la había *acomodado* a su propia imaginación, para darle mayor verosimilitud a la historia. Pero… ¿para qué? ¿Qué necesidad tenía ella de inventar una fábula tan descabellada? Quizá todo había ocurrido de verdad y era yo quien no quería ver nada que no pudiera ser analizado desde una óptica racional. Al final, salí de la biblioteca más confundido de lo que entré.

Al volver a la pensión, comí en la cocina el plato de asado que Rosa me había guardado, ya que se había pasado la hora del almuerzo hacía rato. Después me metí en mi habitación e intenté dormir la siesta para recuperar un poco del sueño que tenía atrasado, pero fue en vano. Mis ojos se negaban a cerrarse, así que me levanté y me fui a la sala de la televisión para tomarme un café y ver algún programa de tarde. De allí me volví a la habitación de los libros y seguí leyendo *Los inconsolables* hasta la hora de la cena, una historia surrealista apasionante que me estaba encantando.

Cuando me fui a la cama, comprendí que mi insomnio estaba empezando a hacerse crónico. Di muchas vueltas hasta que conseguí dormirme un par de horas. De madrugada, volví a despertar y ya no cerré los ojos más. Escuché las noticias del día en la radio, con los auriculares puestos esperando que se hiciese de día. Cuando me aburrí, me senté en el escritorio y me puse un rato a escribir.

Al amanecer, me di una ducha, me afeité y me puse el chándal y las zapatillas deportivas. Fui al comedor para desayunar y allí me encontré a Alberto y a los padres de Rosa. El resto de huéspedes se habían marchado ya. Di los buenos días y me senté junto al viejo profesor, que leía el periódico con atención. Rosa y María nos sirvieron tostadas, magdalenas caseras, café y zumo de naranja. Como siempre, el desayuno era de lujo.

—¿Vas a salir a correr, Toni? —me preguntó Rosa—. Ándate con ojo, no vayas a caerte. Está lloviznando.

Asentí, mientras ingería la mayor cantidad de calorías de una sola vez.

—Tendré cuidado, no te preocupes. Mis zapatillas tienen la suela antideslizante.

Rosa terminó de servir a sus padres y se sentó con nosotros. Vertió café en una taza pequeña y empezó a darle sorbos intentando no quemarse.

—Por cierto, disculpa que te lo diga, pero tienes cada día peor cara. Parece que haya pasado una horda de zombies hambrientos por encima de ti. ¿Sigues sin dormir bien?

Sonreí, procurando no atragantarme.

—Sigo sin dormir. Punto.

—Pues si ahora no puedes dormir, prepárate a no pegar ojo cuando seas viejo, *guaje* —intervino el padre de Rosa—. Te pasarás las noches enteras con los ojos como platos.

Volví a reír. Cogí una magdalena y la mojé en el café con leche.

—No sé si llegaré, la verdad. A este paso me quedaré en el camino.

El abuelo se colocó bien la dentadura postiza y después se ajustó las gafas. De pronto, la magdalena me pareció menos apetitosa.

—¡Bah! Los jóvenes de ahora no valéis un duro. Yo luché en la batalla del Ebro y aquí estoy. Dando guerra.

—Papá, no empieces con tus batallitas —intervino Rosa—. Nos las sabemos de memoria.

Su padre se volvió hacia ella, sonriendo.

—Tú y tu madre, sí. Pero este *pollo pera*, no.

Me eché a reír, sin poderlo evitar. Parecía el abuelo de *Los Simpsons*.

—Da igual —replicó su hija—. No creo que le interese lo más mínimo. Sigue desayunando, anda. Que luego estás hambriento a las doce del mediodía.

Su padre obedeció como un corderito, mientras Rosa y su madre intercambiaban una mirada cómplice. Un rato después, los dos abuelos se levantaron y se fueron a ver la tele. Rosa también hizo lo propio para seguir con sus quehaceres diarios. Alberto despegó un momento la vista de *La Nueva España* y se dirigió a mí.

—Por cierto, Toni. Anoche hice las gestiones oportunas sobre el tema del que hablamos. Te he concertado una cita para esta tarde, en un instituto en la calle Santa Susana, muy cerca de aquí. ¿Te va bien?

—Perfecto —asentí, interesado.

—Es el instituto Alfonso II. Sólo tienes que cruzar el Campo de San Francisco. Hace esquina con la calle Federico García Lorca. Al parecer Rachel impartió clases allí. Es uno de los centros más antiguos de la ciudad y siempre ha tenido fama de poseer un buen profesorado.

Sentí un cosquilleo en la espalda al pensar que iba a visitar el lugar donde Rachel había pasado parte de su vida después de abandonar nuestra escuela, en el sur. Me pregunté cuánta de su esencia habría quedado en ese edificio y en las mentes de los alumnos.

—Hablarás con Carmen Espinar, una compañera de ella, de su misma edad más o menos. Yo no la conozco personalmente. Ha sido a través de un compañero común, también jubilado, que he contactado con ella y le he contado tu problema por teléfono. Me ha dicho que a las seis tiene un hueco entre tutorías y podréis charlar un rato. Espero que puedas sacar algo en claro de esa conversación.

Asentí varias veces, emocionado.

—Seguro que sí. Alberto, no sé cómo darle las gracias. De veras, me ha hecho un gran favor que espero devolverle algún día.

El viejo profesor sonrió. Aún no había perdido la capacidad, a pesar de su pena interior, y al hacerlo, su rostro irradiaba luz. Hizo un gesto con la mano, quitándole importancia al asunto.

—No es para tanto. Ya me regalarás algún ejemplar de tu primer libro publicado algún día.

Me eché a reír, nervioso. ¿Quién sabía si algún día publicaría? Terminé de desayunar, le di las gracias una vez más y me fui a correr.

Salí a la calle, me coloqué los auriculares del Mp3 y puse un disco de *hard rock* a todo volumen. Había dejado de llover, pero el cielo seguía con aspecto plomizo. En la calle, todo era trajín de idas y venidas: el pulso normal de un día laborable en la capital del Principado. La gente siempre tenía algo que hacer. Empecé a trotar suavemente, calentando los músculos. Subí por la calle Conde de Toreno, paralela al Campo de San Francisco y enfilé la avenida de Galicia. Al llegar al barrio de los Olivares, giré a la derecha y descendí por sus calles residenciales, llenas de hermosas mansiones y vehículos de alta gama. Pasé junto al Nuevo Estadio *Carlos Tartiere* y corrí por el Parque del Oeste. Otros aficionados, desocupados como yo, hacían lo propio con buena disposición a pesar del día frío y gris. Al fondo se veía la cordillera del Aramo, con sus cumbres nevadas, tan lejanas como una enfermedad de la infancia.

Como me había estudiado bien el plano de la ciudad, volví por un sitio distinto: los barrios de La Argañosa y Vallobín, hasta llegar a la estación del tren y de ahí a la calle Uría de nuevo. A pesar de ello, me perdí un par de veces y tuve que corregir la ruta. Mientras corría, me sentía emocionado por la entrevista que tenía esa tarde con la compañera de Rachel. Si todo iba bien y la mujer tenía buena disposición para hablarme, podría reconstruir buena parte de la vida de Rachel tras su vuelta a Asturias. Con un poco de suerte averiguaría dónde se encontraba.

Hacia la una llegué de nuevo a la pensión. Me di una ducha y me sentí como nuevo. Incluso había recuperado un poco la tonalidad en la piel del rostro y se veía menos ajada. El ejercicio me había sentado bien. Después de comer me eché una pequeña siesta. En esta ocasión pude al menos dormir una hora sin problemas. Al levantarme, terminé *Los inconsolables* de Ishiguro y cogí *El perro de los Baskerville*, de Sir Arthur Conan Doyle. Rosa, fiel a su costumbre, me trajo el café y se sentó a leer conmigo sus interminables novelas decimonónicas. A las cinco y media me despedí de ella y salí de nuevo, rumbo al instituto “Alfonso II” para encontrarme con la “profe” Carmen Espinar y charlar sobre mi amor perdido: Rachel Weiss.

Paseé un rato por el parque, haciendo tiempo, y a las seis menos diez llegué a la puerta del instituto. Era un edificio antiguo construido siguiendo la típica arquitectura franquista, sobria y funcional. Una verja de color gris desvaído rodeaba el perímetro del centro. La puerta principal estaba abierta. Había grupos de chicos jugando al fútbol en las pistas deportivas. Supuse que eran alumnos del centro que ampliaban su horario fuera de casa con actividades extraescolares.

Al entrar en el interior, me dirigí a secretaría. Un bedel me atendió, preguntándome qué deseaba. Le informé de mi cita con la profesora y me indicó la clase en la que podía encontrarla: estaba en el primer piso. Subí las escaleras y me acerqué al aula, situada al final de un largo pasillo. El aspecto general del instituto era el de un centro que ha visto llegar muchas vidas allí, y también las había visto marchar. Se notaba el paso del tiempo entre aquellas paredes.

Llamé a la puerta de la clase y me abrió una mujer de aspecto agradable, cuarentona y de figura esbelta. Me tendió la mano y sonrió.

—Hola, soy Carmen Espinar. ¿Eres Toni?

Asentí mientras le estrechaba la mano. La tenía suave y cálida, como un almohadón nórdico.

—Toni Hernández —respondí—. Muchas gracias por recibirme.

Se hizo a un lado y me invitó a pasar con un ademán de la cabeza.

—Adelante, tengo una tutoría dentro de un rato, pero podemos hablar unos minutos.

El aula era espaciosa, con varias filas de pupitres desgastados por las manos destructivas de multitud de alumnos. En un lateral, junto a los ventanales que daban a la calle Santa Susana, estaba su mesa, invadida de folios, carpetas, lapiceros, bolígrafos y un ordenador portátil. Se sentó en su asiento y me invitó a hacerlo en otra silla que había dispuesto delante, como en la consulta de un médico.

—Tengo un termo de café con leche que he traído de casa. ¿Te apetece uno?

Aunque acababa de tomar en la pensión, le respondí que yo nunca decía que no a un buen café. Sacó un termo de acero inoxidable de un bolso enorme y dos tazas de plástico que tenía adosadas a la embocadura. Repartió de manera equitativa

asegurándome que ya tenía azúcar en cantidad y me lo acercó. Las tazas humeaban: era un buen recipiente y cumplía bien su función de mantener el líquido caliente.

—Bueno, el profesor Alberto Méndez me dijo que querías preguntarme sobre mi antigua compañera: Rachel Weiss. Me explicó que te dio clase en los ochenta, en el sur.

Asentí, dando pequeños sorbos a mi bebida.

—Sí, fue mi profesora de literatura en el curso 1985/86. Necesito dar con su paradero. Estoy haciendo indagaciones, pero sin resultado.

—¿Puedo preguntar para qué necesitas encontrarla?

Me quedé un par de segundos en silencio, tragando el café ardiente y espeso, como lava fundida.

—Es un asunto privado. Algo entre ella y yo.

Me miró, intentando descifrar algo más que una explicación tan simple, pero se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto. Pareció descartar que yo fuera un peligro potencial para ella.

—Bueno, no es mucho lo que puedo contarte. Fue mi compañera aquí, durante siete u ocho años. Después le perdí la pista. Era una mujer muy especial. Muy *peculiar*, diría yo.

—¿En qué sentido? —indagué.

Ella suspiró.

—En todos. No era una persona corriente, una de esas que van a trabajar cada día, vuelve a casa casi a la hora de cenar y tiene una vida anodina y rutinaria. Ella le ponía pasión a todo lo que hacía. A veces era excéntrica y eso chocaba mucho con el pensamiento formal que tiene mucha gente por aquí. No era nada convencional, si entiendes lo que quiero decir.

Asentí. Una leve sonrisa curvó mis labios. *No era nada convencional*. No, no lo era.

—Una vez la oí mantener una charla con el director que me dejó muy sorprendida. Insistía en que había que cambiar el sistema pedagógico. Que no podíamos educar a los jóvenes para que repitieran las cosas de memoria, como los papagayos. Que había que formarlos para que aprendieran a pensar por sí mismos, a cuestionarse todo lo que sabían o creían saber. Que había que enseñarles a ser ciudadanos que se preocuparan por sus congéneres y por la vida en el planeta. Decía que había "fuerzas ocultas" que manejaban al ser humano por medio de los gobiernos del mundo, como si fuéramos marionetas, títeres en manos de nuestros amos. Que el Hombre debía despertar de una vez para tomar las riendas de su destino y eso sólo lo conseguiría si empezaba a hacerse preguntas cada día y a dudar de todo lo que podía ver, oler, oír y tocar. No valía la educación de siempre, había que inventar una

nueva. Una que permitiera salir de la edad de oscuridad en la que nos hallábamos inmersos. Necesitábamos luz que alumbrara nuestro camino. Nuevos desafíos, nuevos caminos, nuevas ideas. Los niños, decía, eran el futuro. Había que proteger el futuro, protegiéndolos a ellos.

Me quedé mirándola, sorprendido. Rachel siempre llegaba más allá que cualquier persona que yo hubiera conocido. ¿Los gobiernos eran los culpables del mal que se propagaba por el mundo, como una plaga destructiva? Quizá.

—Si enseñábamos a los jóvenes a cuestionarse todo, mejoraríamos el sistema; le daríamos la vuelta. La sociedad estaría al servicio de la propia sociedad, no de las élites que dominaban el mundo. Los hombres y mujeres dejarían de comportarse como esclavos; sus vidas y sus trabajos tendrían un sentido verdadero, no serían un fin, sino un medio. La manera en que permitiría al ser humano avanzar de verdad, evolucionar a un nivel superior. Seguir con los viejos sistemas, era seguir anclados a nuestra propia autodestrucción. Había que inculcar a los jóvenes, desde muy niños, a pararse cada día un rato a pensar. No hacer nada más. Pensar en cómo podían mejorar su propia vida y la de quienes los rodeaban. El servicio a los demás era el fin último de la creación, decía Rachel. Si servíamos a los demás, nos servíamos a nosotros mismos. Éramos un único organismo vivo, formado por miles de millones de seres interconectados, como células formando un tejido indisoluble. Todos formábamos parte de todos y nos acababa repercutiendo la manera en la que actuábamos. De la misma manera en que las células del cuerpo corren a taponar la herida en la piel para evitar la pérdida de sangre, así debíamos actuar nosotros con nuestra raza y con el propio planeta, que era un organismo tan vivo como nosotros y al que debíamos nuestra misma existencia.

Carmen hizo un alto y sacó cigarrillos del bolso. Me ofreció uno y se lo acepté. Encendió los dos con un mechero de plata. Expulsamos el humo a la misma vez.

—La conversación tuvo lugar en la sala de juntas. Algunos compañeros nos dejábamos caer por allí, ocupado cada uno con sus cosas. Pero llegó un momento en que todos dejamos lo que estábamos haciendo para escucharla a ella. Su voz nos tenía a todos encandilados. Era una mujer extraordinaria. Y los chicos la adoraban. Al menos… la mayor parte de las veces.

Recordé cómo también nos encandilaba a los alumnos en clase y cómo me encandiló a *mí.* Carmen expulsó el humo de sus pulmones y cambió el semblante, tornándolo más serio. Quizás, incluso preocupado.

—Esa es la parte buena. Pero había una parte oscura. Era como

si Rachel fuera dos personas a la vez. Extraordinarias ambas, pero tremendamente antagónicas. Cuando surgía la Rachel *oscura*, era mejor apartase de su camino. Su bondad y generosidad se transformaba en un profundo odio hacia todo lo que le rodeaba y su mal genio era legendario en esos días en que parecía metamorfosearse en alguien distinto. Entonces se convertía en la comidilla de todas las reuniones de profesores. Los propios alumnos también temían esos raptos de antipatía hacia el mundo y procuraban no tentar mucho a la suerte cuando no estaba el horno para bollos. Por suerte, no ocurría a menudo.

Me pareció estar reviviendo lo que ocurría en mi propia escuela, en aquellos lejanos años de adolescencia. Rachel era temida y admirada a la vez.

—Pero cuando ocurría… —continuó la profesora—, el frágil equilibrio general que había en el instituto, se rompía. Era como un tsunami que se lo llevaba todo por delante. El último año tuvo problemas con un par de alumnos. Ella les exigía muchísimo; decía que podían dar mucho más de sí y que eran unos vagos. Los padres intervinieron y la dirección tuvo que tomar cartas en el asunto, dándole a Rachel los avisos pertinentes. Ella se lo tomó como una afrenta personal y acusó a la jefatura de no respaldarla y plegarse a los deseos de unos progenitores ignorantes e irresponsables, pero no le quedó más remedio que aceptar la reprimenda.

Apagamos los cigarrillos los dos a la vez, en una lata de coca-cola llena de agua que servía de almacén de colillas.

—Quizá no creas lo que te voy a decir, pero te aseguro que es cierto. A Rachel le cambiaba el color de los ojos cuando era poseída por esa otra personalidad. Sólo lo pude observar un par de veces y fue durante un segundo. Pero una vez se le pusieron negros por completo y en otra ocasión parecían llamas, te lo juro. No tenía pupilas, era sólo fuego ardiendo en sus ojos. Te lo juro por mis padres, que están muertos desde hace años.

Nos quedamos en silencio los dos. Yo podía creerla a la perfección, porque también había visto esos cambios fisiológicos.

—¿Cree que tenía algún problema mental? ¿Algún desorden psicológico?

Carmen sacudió la cabeza despacio de un lado a otro. Parecía pensarlo con detenimiento, sin arriesgarse a dar una respuesta precipitada.

—En teoría estaba bien. Pasaba sin problemas los chequeos médicos, tanto a nivel físico como mental. Pero… no sabría decirlo con claridad, discúlpame. Algo no iba bien dentro de ella.

Me incliné hacia la mesa. Había empezado a hablar en voz más baja, inconscientemente.

—¿Algo, como qué?

La profesora apuró el café y vertió un poco más en la taza. Tapé la mía con la palma de la mano para indicar que no quería más.

—A veces decía que la perseguían. Que estaba en peligro constante. Los compañeros empezaron a murmurar, acusándola de estar paranoica. Yo le preguntaba: "¿Quién? ¿Quién te persigue, Rachel?" Ella sonreía con tristeza y respondía: "Si te lo dijera, también te perseguirían a ti. Y no quiero que te suceda nada malo. Eres una de mis pocas amigas en este centro". Le dije que acudiera a la policía. Que denunciara y pidiera protección. Me contestó que era inútil. Que nadie podía protegerla de "ellos". Que era mejor intentar pasar desapercibida.

Sentí un escalofrío muy largo en mitad de la espalda. Como a cámara lenta.

—¿Sabe dónde vivía en esa época?

Negó con la cabeza.

—Nunca me lo dijo. Ni siquiera lo sabían en Dirección. Había habilitado un apartado de Correos para todo lo referente al papeleo que se genera en el trabajo. Allí le enviaban contratos, nóminas, notificaciones, etc… Varias veces intenté sonsacarle y le insinué que podía recogerla en su casa para irnos juntas al cine o a tomarnos unas sidras por ahí, pero fue inútil. Protegía su vida privada con un celo como no he visto nunca. Me llegaron rumores de que tenía una mansión indiana en la costa occidental, pero la había abandonado por causas ajenas a su voluntad. Algo que parecía estar relacionado con la gente que la perseguía.

Me guardé de asegurarle que aquella información era cierta y seguí escuchando sin abrir la boca.

—Supongo que tendría algún apartamento alquilado, lejos de esta zona, porque a veces la veía coger el autobús, si salíamos juntas del trabajo. En otras ocasiones se marchaba andando y nunca lo hacía en la misma dirección. Yo lo achacaba a las obligaciones que tiene todo el mundo: comprar en el supermercado o cualquier otra gestión por el estilo, pero algunos compañeros insistían en que simplemente lo hacía para despistar. Daba rodeos y cambiaba los itinerarios, como esas personas amenazadas de muerte por los terroristas de ETA. De manera que igual tiraba hacia el *Campillín*, que hacia la Avenida de Galicia, que hacia la torre de Cajastur.

Echó un vistazo rápido al reloj, como dándome a entender que debíamos cortar pronto la conversación para atender sus próximas citas con los padres de alumnos. Decidí quemar mis últimos cartuchos.

—No la entretendré mucho más. ¿Quedaban fuera del trabajo los fines de semana, usted y ella?

Asintió despacio, recordando y sonriendo.

—Alguna vez lo hicimos, sí. Pero no tanto como me hubiera gustado. Quedábamos para tomar unas cervezas, pero siempre estaba inquieta, mirando a su alrededor. Estaba alerta, temerosa. Un día le pregunté si había estado casada y si su ex la acosaba. Se echó a reír (pero no estaba nada alegre, créeme) y me respondió que ojalá se tratase de eso. Esa respuesta me horripiló. ¿Qué podía ser peor que eso? Yo misma estoy divorciada, y aunque nunca he tenido problemas de ese tipo, sí que conozco a quien los ha tenido, y de los gordos.

Me miró fijamente, retándome a contradecirla, pero me limité a guardar silencio y asentir.

—Prefería ir al cine o al teatro. Así pasaba desapercibida en la oscuridad. Cuando nos sentábamos en alguna terraza casi nunca disfrutábamos de la comida y la conversación. Estaba en tensión y se marchaba en cuanto pasaba un rato. A veces me dejaba a mitad de una comilona y se largaba, disculpándose.

—¿Alguna vez vio algo sospechoso? ¿Alguien que quisiera hacerle daño?

Se levantó de la silla, obligándome a mí a hacer lo propio y dando de este modo por concluida la charla.

—Nunca. Pero ella sí que parecía verlo, fuese lo que fuese. Le cambiaba la cara y se quedaba horrorizada, como si una legión de muertos vivientes viniera a por ella. Me preocupaba muchísimo verla así. Un día le dije: “Deberías ir al médico, Rachel. Acabarás enfermando de los nervios”. Me respondió: “El médico no puede ayudarme, Carmen”. Yo la miraba. No sabía cómo ayudarle y me desesperaba. “¿Qué te ocurre, Rachel”, le preguntaba. “Sólo puedo estar sola. Sólo puedo hacer eso”. Entonces se marchaba con lágrimas en los ojos y me dejaba allí, haciéndome mil preguntas sobre ella.

Se detuvo y sus ojos también parecían brillar por culpa de los recuerdos.

—Siento tener que cortar aquí, Toni, pero tengo una tutoría en cinco minutos. Espero haberte ayudado en algo. Aunque la verdad, lo dudo muchísimo.

Sonreí y le di la mano. Carmen también sonrió. Por un momento, tuve el impulso de abrazarla. Había compartido mucho tiempo con Rachel y eso la hacía más atractiva a mis ojos, como si compartiéramos un secreto dicho en voz baja. Parte de la esencia de Rachel había estado en contacto con ella y eso era como un tesoro escondido en la infancia que yo hubiera encontrado décadas después.

—Gracias por tu tiempo, Carmen —la tuteé—. Me has ayudado,

créeme.

Me despedí, abrí la puerta y salí al pasillo. La profesora me llamó en el último momento.

—Toni.

Me volví y la miré.

—Quizá sería mejor que te olvidaras de Rachel y volvieras al sur. Quizá no sea buena idea que continúes buscándola. Déjala marchar.

Sonreí (o creo que lo hice) y noté un escozor en el fondo de mis ojos.

—No puedo hacerlo. Rachel es mi vida y no puedo vivir sin mi vida.

Ella comprendió, asintió y cerró la puerta de la clase, dejándome solo en mitad del pasillo. Bajé las escaleras y salí al exterior. Cuando eché a caminar a través del Campo de San Francisco, un nudo me oprimía en la garganta y una garra me apretaba fuerte el corazón.

# Hold on

Cuando llegó el domingo de aquella primera semana de febrero, mi cara al levantarme parecía haber sido pisoteada por el ejército de Alejandro Magno, elefantes incluidos. Mi insomnio no remitía; al contrario, cada vez era más acusado. Apenas dormía una hora o dos en toda la noche y esa falta de sueño empezaba a pasarme factura. Estaba todo el día cansado y de mal humor. Caminaba como un zombie, arrastrando los pies y con los ojos enrojecidos. Sólo me faltaba gemir como ellos y practicar el canibalismo.

Yo intentaba contrarrestarlo haciendo ejercicio a diario, para llegar cansado a la noche y caer rendido, pero era inútil. Aunque cogía el sueño rápido, me despertaba más rápido aún y a partir de ahí, dormir era misión imposible. El sábado por la mañana Rosa me echó la bronca del siglo (como si yo tuviera la culpa de no pegar ojo) y me recomendó que visitara el médico de una vez y no lo demorara más. Le contesté que no me había empadronado en la ciudad y no sabía ni el centro de salud ni el médico que me correspondería. Me urgió a hacerlo, o en su defecto, que fuera a alguna clínica privada: ella misma se ofrecía a pagarla si yo no podía.

Aproveché ese momento para hacerle saber que iba a vender mis cosas en el *Campillín* y preguntarle si podía facilitarme un par de mesas. Me aconsejó que buscara en el trastero del garaje y cogiera lo que necesitara. No hizo ningún comentario sobre mi intención de vender mis libros y discos; simplemente lo aceptó sin hacer preguntas. Aquella tarde saqué varias cajas al azar del trastero, una silla plegable y dos mesas portátiles de buen tamaño: no necesitaba nada más para montar mi puesto de venta. Lo cargué en el coche, dejándolo todo listo para el día siguiente.

El domingo salí temprano hacia el garaje. Por suerte no llovía y lucía un día radiante, aunque frío. Saqué el coche al exterior, bordeé el Campo de San Francisco y me dirigí hasta el *Campillín* por la calle Arzobispo Guisasola. Tuve suerte y encontré aparcamiento allí mismo, a unos metros del parque. A esas horas ya empezaba a notarse el trasiego de vendedores colocando sus humildes mercancías. La mayoría extendían una sábana en el suelo, donde exponían el género y permanecían de pie. Yo era un privilegiado por tener silla para soportar mejor las largas horas pasando frío.

Busqué primero mi sitio, con las mesas playeras en mis manos. Estaba situado entre dos árboles inmensos y flanqueado por otros

dos vendedores: una mujer mayor que había expuesto sus cosas en el suelo (sobre todo menaje y ropas viejas) y un joven negro que tenía cachivaches de todo tipo y artesanía africana de imitación. Me presenté y saludé dando los buenos días y ambos me respondieron al saludo por pura cortesía. Desplegué las mesas y fui dando varios viajes hasta el coche para transportar las cajas. Había traído tres llenas de libros y una de discos. Expuse mis productos lo mejor que supe, ordenando los discos por bandas y los libros por autores. Decidí no poner precios a la vista para intentar negociar con quien llegara preguntando, según se diera la ocasión.

La vendedora de mi derecha nos ofreció café caliente de un termo al chico africano y a mí, en vasos de plástico. Se lo agradecimos vivamente porque hacía un frío brutal y no había manera de entrar en calor. El sol apenas se dejaba ver aún entre los jardines del *Campillín* y la tierra estaba escarchada por la helada del amanecer. La mujer no tenía donde sentarse, así que le ofrecí mi silla portátil y la aceptó con una sonrisa. Al chico le di un pitillo y yo encendí otro, mientras esperábamos que fueran llegando los clientes y charlábamos de temas triviales. Me di cuenta de que la generosidad de las personas modestas, aquellas gentes sencillas que tienen poco y necesitan aún menos, es la más pura de cuantas existen. Es fácil ser un filántropo cuando se es millonario, y además sirve para acallar la conciencia y sentirse útil. Pero compartir lo básico cuando ni siquiera se dispone de eso, es la más bella de las cualidades de la pobreza.

Poco a poco fueron llegando visitantes al mercadillo. Curioseaban sin mucho interés; acaso sólo para matar el tiempo libre del domingo de alguna manera, justo después de salir de las iglesias y antes de tomar el vermú del mediodía. Yo miraba mis libros y discos con un ramalazo de tristeza interior que no me hacía cambiar de opinión respecto al destino que les aguardaba. Había decidido venderlos con todas las consecuencias. Muchos ejemplares llevaban conmigo desde la adolescencia, formaban parte de mi educación sentimental, pero si debían ir a la hoguera para poder disponer de dinero, allí que irían. Si para resistir tenía que deshacerme de algo que en su día me había llegado al alma, lo haría. Me decía a mí mismo que las sensaciones que esos libros y discos me habían procurado en su día, ya estaban en mi interior: eso era inalterable. Lo de menos era el objeto físico. Lo espiritual importaba más, era más tangible aún para mí que la propia presencia material de esos objetos. *Resiste*, me decía a mí mismo. *No dejes que te invada la nostalgia por desprenderte de algo que ya es pasado. Lo importante es sobrevivir. Lo importante es mantenerse firme; buscar a Rachel. Rachel es lo único que existe. Lo demás, es superfluo.*

*Puedes prescindir de ello sin problemas. Los libros y los discos son dinero para comer, para mantenerte en pie un día más. Sólo importa Rachel. Rachel, Rachel, Rachel…*

A mediodía, el parque estaba lleno de visitantes. Los jóvenes me compraban, sobre todo, discos de Hard Rock y cómics. La gente de mediana edad adquiría libros de todo tipo: best-sellers, novelas de género, ensayos… Las personas mayores, en cambio, se llevaban clásicos de la literatura Universal. No había puesto precios a la vista. Los clientes preguntaban y yo negociaba, por pura intuición. Casi siempre llegaba a un acuerdo: a veces tenía que ceder yo y a veces el comprador, pero así era el negocio. En otras ocasiones ni siquiera tenía que hacerlo porque había personas que pagaban el precio que se les pedía sin rechistar. Otras se marchaban sin dar siquiera la opción de regatear, pero eran menos. También había curiosos que sólo querían mirar y no tenían ninguna intención de adquirir nada. A esos se les veía venir desde lejos; algo en su mirada los delataba, una especie de hastío existencial que les hacía vagar de aquí para allá sin hacer otra cosa que permanecer en movimiento, sin una meta o dirección fijas.

A las dos de la tarde, el *Campillín* se quedó casi desierto, a excepción de los vendedores que aguantábamos allí, intentando apurar el poco género que nos quedaba. La gente se iba marchando a bares y restaurantes, para después finiquitar el día de fiesta en alguna cafetería y acompañar el café o la infusión con algún "moscovita" o "carbayón", los dulces oficiales de la ciudad. Muchos se irían después al cine, al fútbol o al teatro, para exprimir al máximo las horas de asueto y cargar las pilas de cara al madrugón del lunes y su rutina inmisericorde.

Mis compañeros de los laterales recogieron sus pertenencias y se marcharon. Yo decidí quedarme hasta las tres por si algún despistado trasnochador decidía darse una vuelta, antes de comer. Hice bien, porque un poco antes de recoger, una pareja joven que paseaba un perrito y tenían pinta de hippies, se llevaron una buena remesa de libros y discos. Me desearon una buena tarde con una sonrisa y se fueron cogidos de la mano, contentos y felices con sus vidas libres y sencillas. Los admiré en secreto y les deseé mentalmente toda la dicha posible para el resto de sus existencias. Me dije que había en el mundo almas buenas que se afanaban por disfrutar de su propia existencia y la de los demás. No había demasiadas personas así, pero las que había resplandecían como faros de luz para seres desorientados y perdidos como yo, que aún no habían encontrado el camino ni lo encontrarían nunca.

Recogí los pocos libros y discos que me quedaron (los cómics se habían vendido todos) y plegué las mesas. Lo transporté todo al

coche y me senté en el asiento delantero para hacer cuentas, mientras escuchaba música. Había vendido dos cajas de libros, una de cd's y otra de cómics. Conté el dinero con la avaricia del personaje de Dickens y comprobé que había conseguido 250 euros, lo que no estaba nada mal para un alguien como yo, que no tenía experiencia en el regateo ni sabía ajustar los precios al producto que ofrecía. Supuse que sería la suerte del novato. Aquel dinero me permitiría pagar los pequeños gastos que tuviera: tabaco, gasolina, recargas para el móvil y algún almuerzo fuera de la pensión. Como el alojamiento y la mayor parte de las comidas estaban abonadas hasta finales de marzo, no tenía una urgencia real de encontrar un trabajo "de los de verdad" que me tuviera atado a una jornada laboral interminable y no me dejase tiempo para lo que era importante: encontrar a Rachel.

Cuando llegué a la pensión, Rosalía me preguntó con una sonrisa cómo me había ido en mi faceta de "buhonero". Me eché a reír y le conté las novedades sin entrar en muchos detalles. Me felicitó y me mandó a la cocina para comer una ración de asado que hacía los domingos y que me había reservado. También había guardado un plato de natillas. Lo devoré todo en un santiamén. Estaba famélico después de toda la mañana fuera, sin otra cosa en el cuerpo que dos cafés con leche.

Después me fui a la cama y conseguí dormir un rato de siesta. Mi cuerpo pedía a gritos descanso. Sin embargo, treinta minutos después estaba despierto y alerta. Aproveché para escribir unas horas en la mesita de mi habitación, poniendo negro sobre blanco mis impresiones desde que había llegado a Asturias y mi búsqueda de Rachel. Hacerlo así, me ayudaba a aclararme la mente y despejarla. Y también la mantenía activa y no olvidaba mi rutina de escribir a diario.

A las ocho me di una ducha y le dije a la dueña de la pensión que no pensaba cenar, ya que aún me notaba pesado de la comida tardía. Frunció el ceño y me dijo que me veía más delgado y con más ojeras que nunca; parecía Lázaro recién salido de la tumba. Le di las gracias por el piropo y me fui a la sala de leer. Cuando estaba terminando *El perro de los Baskerville*, sonó el teléfono móvil que descansaba a mi lado, en el sofá. Miré la pantalla y sonreí. Era mi amigo Roberto, que llamaba con su número fijo de Palma de Mallorca. Pulsé el botón verde del Nokia.

—Hola, Roberto —saludé, imaginándolo en su casa de *La Bonanova,* uno de los mejores barrios de la ciudad. Él y su mujer eran enfermeros en el Hospital de *Son Dureta.*

—¡Qué pasa, chaval! Me ha dicho un pajarito que estás en el norte, congelándote los huevos y poniéndote ciego a sidra y fabada.

¿Es verdad eso?

Me eché a reír. Aunque uno quisiera evitarlo, siempre acababa riendo con Roberto. Daba igual si estabas de fiesta o en el funeral de tu abuela. Tenía esa capacidad innata. Era una de sus bendiciones. Tenía otras como ser un tío guapo, simpático y servicial. Y sobre todo, amigo leal.

—¿Has hablado con el *Negro?* —pregunté.

—En realidad, me lo ha contado Fernando. Marcos se lo contó a él y a Enrique. Ya sabes que de vez en cuando se juntan para beber cerveza.

Asentí con el teléfono en la oreja.

—¿Cómo está Maribel?

Roberto se rió despacio como el zorro viejo que era.

—Bastante mejor que tú, que tienes el culo plano y estás blando como un flan.

—¿Y *Chucky*? —pregunté entre risas. *Chucky* era su perro. Un mestizo de mil razas distintas, negro como el carbón y más nervioso que una comadreja.

—¡Hecho un cabrón! Se come mis muebles, el *hijoputa*. Le voy a cortar las pelotas, a ver si se tranquiliza de una vez y deja de dar la murga.

Nos echamos a reír a carcajadas. Dios, sentaba a las mil maravillas reírse así. Era como volver a 1986 por arte de magia. En aquella época nos reíamos de cualquier cosa. No hacía falta un motivo especial. Cuando recuperamos la compostura, se puso serio y me preguntó:

—¿Cómo estás, amigo?

Yo sentí un nudo en la garganta. Nunca pensé que añoraría más a mis amigos que a mi propia familia.

—Estoy bien, Roberto. Sólo… un poco perdido, ya sabes. Estoy buscando a Rachel y puede que la cosa vaya para largo.

Me pareció que mi amigo asentía al otro lado del teléfono.

—Es tu vida. No seré yo quién te diga cómo tienes que vivirla. Sólo quiero que seas feliz. Así que encuéntrala, encuéntrate a ti mismo y ven a hacerme una visita a *La Roca*. Tenemos un tiempo genial, últimamente. Te haré un arroz de chuparse los dedos. Con bogavante. Y después iremos a la playa, nos tostaremos al sol y veremos pasar tías macizas desde la tumbona. No tendremos ni que movernos. Seguro que estás pálido y a dos velas por allí arriba.

Me brillaron los ojos y durante un par de segundos me quedé en silencio.

—Eso suena genial. Ojalá pueda ir pronto.

Roberto carraspeó. Oí cómo encendía un cigarrillo. Me dio gana a mí por pura empatía e hice lo propio.

—¿Tienes idea de por dónde puede andar?

Solté el humo despacio y me cambié de postura en el sofá.

—Estoy investigando, pero aún no tengo nada claro. Quizá me lleve más tiempo de lo que esperaba. Pero más tarde o más temprano… la encontraré. Tenía una casa en la costa, pero está abandonada. En Oviedo no la localizo, así que no sé… Tengo a Marcos moviendo unos hilos con alguno de sus contactos para intentar sacar algo en claro. Ya veremos qué sucede.

—Entonces, no te preocupes. Al *Negro* siempre le deben favores. Conoce hasta a la madre que parió a Cristo, así que seguro que te echa un cable.

Nos quedamos unos segundos en silencio, como rumiando nuestra conversación.

—Oye —preguntó con cautela—, ¿por qué nunca nos contaste que estabas enamorado de Rachel? Éramos tus amigos, joder.

Suspiré y solté el humo del pitillo a la vez.

—No lo sé. De verdad, no tengo ni idea. Supongo que me daba vergüenza que lo supieseis y lo que pudierais pensar de mí.

Se rió suavemente.

—¿Y qué íbamos a pensar, gilipollas? De todas formas lo intuíamos.

Me eché a reír yo también. Apagué el cigarrillo en el cenicero.

—¿Lo sabíais y no me dijisteis nada, cabrones?

—¿Y cómo no saberlo, con la expresión que se te ponía en la cara cada vez que la veías o hablábamos de ella? No podías disimularlo, joder. Eras un libro abierto. Seguramente no te dijimos nada para no incomodarte.

Rememoré los ojos de Rachel fijos en los míos, mientras daba sus explicaciones en clase. Parecían acariciarme mientras hablaba a los demás de lo bueno que era Shakespeare haciendo sonetos y obras de teatro.

—Sí, supongo que no podía esconderlo. Era superior a mis fuerzas. Y éramos jóvenes, Roberto.

Mi amigo carraspeó de nuevo y tosió con su tos de fumador empedernido.

—¡Aún lo somos, mamón! Estoy mejor ahora que con dieciocho, créeme. Pregúntale a mi mujer.

Me eché a reír otra vez.

—No hace falta, te creo. Me refiero a que la vida se ve muy distinta cuando eres un adolescente. Cuando empiezas a acumular años en la espalda te das cuenta de que los problemas son reales. Existen de verdad.

—No te diré que no. Pero yo no quiero ser otra vez adolescente. Que le den a eso. No tenía un puto duro, siempre estaba estudiando

o currando gratis y mis padres me echaban la bronca por cualquier mierda. Y encima no follaba ni por casualidad. Me gusta mi vida de ahora. Soy feliz, tengo una mujer maravillosa, gano pasta, disfruto de la vida… ¿Quién coño quiere volver a los ochenta o noventa?

*Yo*, pensé. *Yo quiero volver. Quiero echar el reloj atrás y enmendar los errores que están por venir. Quiero estar con la persona que amo, cogerla de la mano y no soltarla jamás hasta el día de mi muerte. No dejar que se escape. Besarla cada día como si fuera la primera vez y hacerle el amor hasta la madrugada. Contar las pecas de su rostro y aprenderme los senderos de su piel de memoria, hasta desgastarlos.*

Como aquello iba a sonar demasiado cursi, no lo dije. Lo que dije fue:

—Me alegro por ti. Tu vida va como quieres que vaya. La mía está descarrilando y me estoy cayendo por un terraplén. Debo enderezar el rumbo o me iré a tomar por culo al fondo del abismo.

Roberto se quedó unos instantes en silencio.

—Al menos sabes lo que quieres, Toni. Ese es el primer paso. Los demás vendrán solos, créeme. No te rindas y continúa. Tienes la obligación moral de intentar ser feliz. Y no pienses más en nuestros años dorados. Aquello ya pasó. Nuestros años dorados son los que estamos viviendo ahora.

Suspiré profundamente y me estiré como los gatos. El cansancio adquirido por no dormir me estaba pasando factura.

—Seguramente tienes razón. Pero me cuesta vivir el presente. A veces pienso que mi vida se paró el día del accidente. Que el Toni que surgió después del coma y recuperó la memoria, poco a poco, es un impostor. Alguien que usurpó mi identidad y que vive la vida como él quiere, no como quiero yo.

Roberto se quedó un par de segundos callado y luego se volvió a reír.

—¡Vaya gilipolleces dices! Tienes mucha imaginación. Se nota que eres escritor. Tú eres tú y ya está. Antes y después del accidente. Por cierto, ¿estás escribiendo algo bueno?

—Estoy escribiendo, pero mucho me temo que dista de ser bueno. Aunque al menos no pierdo la rutina de intentarlo cada día.

—¿Estás haciendo ejercicio?

—Sí, salgo cada día a correr. Llueva o luzca el sol.

—Sigue haciéndolo cada día. "Mens sana in corpore sano", que decían los griegos.

Me eché a reír.

—Lo decían los romanos, Roberto…

Él también lo hizo y me lo volvió a contagiar a mí.

—¡Bah! Griegos… romanos… ¿qué más da? Tíos con falda y sandalias que estaban siempre peleándose, follando y haciendo

obras de teatro y acueductos.

Nos estuvimos riendo un buen rato, hasta que los dos empezamos a toser como viejos asmáticos. Seguimos bromeando unos minutos más, hasta que llegó el momento de despedirnos.

—En fin, Toni. Mucha suerte con tu nueva vida y con la búsqueda de Rachel. Mantenme informado de las novedades, ¿vale?

—Lo haré, no te preocupes —respondí sin saber si realmente lo haría.

—Cuídate mucho, compañero.

—Tú también. Y dale un beso a tu chica.

Colgamos los dos. Me quedé unos minutos pensando en mi amigo y la conversación que habíamos tenido. Me sentía mejor después de haber reído con él, pero también experimenté cierta nostalgia por la distancia que va separando a las personas que se quieren, porque es ley de vida y así debe ser. Encendí otro cigarrillo, terminé el libro y me quedé un rato más allí, pensando y fumando. Al final llegué a una conclusión muy básica y elemental: mis amigos estaban lejos. Y yo estaba solo en el norte. Debía encontrar a Rachel. Era mi única aspiración en la vida, mi único objetivo verdadero.

Una hora después me fui a la cama. Por supuesto, tampoco esa noche pegué ojo.

# Day by day

Durante aquellos meses de febrero y marzo, mi vida se convirtió en una serie de actos rutinarios que se desarrollaban día tras día. Cada mañana me levantaba temprano, sin apenas dormir, con el rostro mostrando los síntomas del cansancio extremo que empezaba a acosarme y desayunaba en la cocina de la pensión, con Rosalía y María. Ellas miraban con preocupación mi cara y me insistían en que fuera al médico y no lo dejara más. Rosa decía que el insomnio era un problema muy importante y había que hacerle caso. Yo asentía y callaba, mientras masticaba las tostadas y ayudaba a pasarlas por el gaznate con sorbos de café y zumo de naranja.

Después salía a correr un par de horas. Poco a poco iba recorriendo la ciudad entera, cambiando los itinerarios y descubriendo nuevos parques y barrios. El ejercicio me servía para sentirme en forma y equilibrar lo poco que quedaba en pie de mí. Corría escuchando música siempre y creo que aquel era el mejor momento de la jornada, porque no pensaba en nada. Dejaba la mente en blanco y me limitaba a ejercitar los músculos y respirar acompasadamente, escuchando mis discos favoritos y disfrutando del aire frío y la sensación de libertad que me embargaba.

Cuando terminaba, volvía a la pensión, me duchaba y escribía hasta la hora de comer. Después intentaba echar la siesta. A veces lo conseguía y otras veces no. Pero creo que esos minutos de cerrar los ojos me salvaban de caer desplomado al suelo por culpa del insomnio nocturno. Por la tarde leía en la salita de los libros. A menudo coincidía allí con Alberto, al que había explicado mi entrevista con Carmen Espinar y nuestra conversación acerca de Rachel. En otras ocasiones era Rosalía quien me acompañaba allí y tomábamos el café juntos, mientras leíamos o charlábamos. Al resto de inquilinos de la pensión apenas los veía, porque iban y venían a sus trabajos y quehaceres, aunque a veces coincidíamos en las cenas.

Y al acostarme cada noche me era imposible dormir. Al menos, varias horas seguidas. De vez en cuando tenía períodos cortos de sueño plagados de pesadillas que me hacían levantarme más cansado de lo que me había acostado. Perdí algo de peso y los pantalones empezaron a bailarme en las caderas. En conjunto, mi aspecto era deplorable. Sólo el ejercicio y la buena alimentación de la pensión me mantenían medianamente sano.

Los fines de semana procuraba hacer algo distinto. Algunos

domingos me iba al fútbol para ver al Real Oviedo al *Nuevo Estadio Carlos Tartiere*, en el parque del Oeste. En un par de ocasiones acompañé a Rosalía al teatro: una vez al *Filarmónica* y otra al *Campoamor*. Vimos dos obras clásicas de Shakespeare: *Hamlet y Macbeth.* También íbamos al cine juntos, casi siempre a las salas *Clarín* para ver pelis de Garci o de Woody Allen. Después nos metíamos en algún restaurante barato para cenar y charlábamos de mil cosas. Rosa se arreglaba mucho para salir y cuando lo hacía parecía tener diez años menos. A veces la gente nos confundía con una pareja normal, paseando y divirtiéndose. Pero lo nuestro nunca iba más allá de una grata amistad que ambos sabíamos que sería temporal. No había vuelto a proponerme que me acostara con ella; ni siquiera lo había insinuado. No era de esa clase de mujeres. Había recibido una negativa y la había aceptado con naturalidad, sin malos rollos. Rosa sabía que esa negativa no tenía nada que ver con la opinión que yo pudiera tener de ella, sino que se debía a mis propios demonios interiores que no me dejaban pensar en alguien que no fuera Rachel.

Disfrutábamos mucho con nuestras conversaciones. Era una persona sumamente agradable y culta; tenía un particular sentido del humor (a veces, un poco negro) y sabía escuchar a su interlocutor. Me aportaba sabiduría y serenidad en mis días más negros y supongo que a ella le agradaba charlar conmigo porque encontraba interesante mi manera de ver la vida. Una vez le pregunté si había pensado en volver a casarse. Negó con la cabeza y respondió: “Nunca volveré a tener una relación seria con nadie. No merece la pena. La gente te hace demasiado daño. Sólo buscan su propio interés. Son egoístas, maleducados y aburridos, en su gran mayoría. No lo necesito. Mi vida está bastante equilibrada, no puedo quejarme.”

Con Alberto trabé una amistad especial, basada en los libros, la enseñanza, la literatura y la complicidad que nos unía: él conocía mi historia con Rachel, y yo la desgraciada situación que había vivido con la muerte de su hijo y su posterior divorcio. Leíamos juntos durante horas en la sala de los libros. También conversábamos y fumábamos; él en su inseparable pipa y yo un *Lucky Strike* tras otro. Caí en la cuenta de que desde que había llegado al norte había perdido definitivamente mi batalla contra el tabaco. Antes tenía períodos de abstinencia y los pasaba sin excesivos problemas. Ahora necesitaba fumar para calmar los nervios que se habían agarrado a mi estómago, como un parásito alimentándose de mi salud.

Los domingos seguía vendiendo mi mercancía de libros y discos en el *Campillín*. Tenía suerte; casi nunca llovía. Recuerdo que fue un

invierno especialmente lluvioso en Oviedo (e incluso nevó algún día), pero cuando llegaba el domingo el tiempo nos regalaba una tregua y la gente salía a disfrutar del sol, como las lagartijas después de su hibernación. Las ventas en esos días festivos me permitieron ahorrar sin problemas, porque mis gastos eran mínimos. Prácticamente no cogía el coche, con lo cual no tenía que echarle gasolina y mis otras compras eran pequeñas, casi testimoniales.

Las ventas fueron aumentando progresivamente y pasaron de 250 euros a 350. Después a 450 ó 500. De la misma manera, se redujo la cantidad de género por vender. En general, los discos se cotizaban mejor y sacaba más dinero por ellos, pero también tenía ediciones de lujo de literatura clásica por los que la gente pagaba un dineral. Recuerdo que vendí a un señor mayor una edición en piel y letras de oro del *Quijote*, con ilustraciones de Gustavo Doré, por la que saqué 100 euros. El hombre se marchó contento y yo me quedé muy satisfecho con la recaudación.

Los discos se vendían casi solos, sobre todos las ediciones raras: japonesas, suecas, canadienses… Tenía clientes asiduos y habituales. Chicos (veinteañeros en su mayoría) de pelo largo y sudaderas de sus grupos favoritos que cada domingo aparecían por el parque para curiosear entre todo lo que traía nuevo ese día y adquirir varios cd's y vinilos. Yo veía sus caras de ilusión ante el hallazgo de tal o cual Lp y sentía un regocijo interior, porque me reconocía en ellos. Yo también había disfrutado en el pasado de esas maravillosas sensaciones y había experimentado esa excitación de tener algo especial entre mis manos que acabaría escuchando en mi equipo de música.

El invierno terminó y dio paso a una primavera extrañamente cálida. Pasé la última semana de marzo un tanto preocupado. Había vendido lo poco que me quedaba el último domingo del mes. Para ello, puse precios muy populares y lotes baratos. No me había quedado ni un solo libro para mí. En la pensión tenía de sobra y estaban las bibliotecas públicas, así que me daba igual. Disponía de algunos cd's (en su mayoría grabados), para escuchar música en el coche. Y en el MP3 tenía cientos de álbumes descargados. No tendría problemas para escuchar lo que me gustaba.

El motivo de mi preocupación se debía al hecho de que tenía que volver a pagar la pensión en abril y me encontraba sin ingresos. Había ahorrado unos dos mil euros, pero se irían pronto por el sumidero si no conseguía un trabajo que no me apetecía conseguir. El hecho de que mis investigaciones para localizar a Rachel se encontraran en un punto muerto, tampoco me ayudaba demasiado. Y sólo de pensar que tendría menos tiempo aún para ello y para

escribir me desmoralizaba. Sin embargo, el 31 de marzo me salvó una llamada telefónica de Marcos que cambió el rumbo de mi búsqueda. Y no sólo hizo eso. Cambió mi destino para siempre.

Era por la mañana. Acababa de llegar de correr y me estaba dando una ducha. El móvil empezó a sonar encima de la cama. Lo dejé, pensando en devolver la llamada después, pero el timbre insistía después de varias pausas. Me puse una toalla en la cintura y salí a la habitación para contestar. Tanta insistencia había logrado intrigarme. Miré la pantalla y vi que era Marcos el que trataba de ponerse en contacto conmigo. Descolgué el teléfono.

—¡Hola, Marcos!¿Qué pasa?

—Hola, Toni —respondió mi amigo al otro lado. El tono de su voz era cauto—. Tengo una noticia buena y otra mala. ¿Cuál quieres primero?

Sentí frío en la espalda. Lo achaqué a que aún estaba mojado por la reciente ducha, pero no me lo terminé de creer del todo.

—Primero la buena, *Negro*. Dame una alegría, hombre.

Marcos rió.

—¿Recuerdas el contacto que me debía un favor? Bien, pues me lo ha pagado. Después de mover un montón de hilos hemos localizado a Rachel, por fin.

Sentí una flojera en las piernas que me hizo sentarme en la cama, mareado. Me quedé en silencio sin saber qué decir. No acababa de asimilar la noticia.

—Toni, ¿estás ahí? —preguntó mi amigo, preocupado.

Inspiré aire profundamente y noté cómo el mareo pasaba de largo.

—Sí, aquí estoy. ¿Cuál es la mala?

Ahora fue él quien permaneció unos segundos callado. Parecía decidir cómo dármela sin fastidiarme demasiado.

—La mala es que está ingresada en un hospital psiquiátrico, en Teruel, a las afueras de la ciudad. Está en la antigua carretera de Zaragoza. No tiene pérdida. Es un edificio histórico muy antiguo, al parecer.

Se me detuvo el corazón durante un segundo y sentí que me ahogaba. Luego volvió a latir con una cadencia arrítmica que me asustó.

—¿En Teruel? ¿En un manicomio? —simplifiqué.

Marcos asintió a muchos kilómetros de mí.

—Así es. Mi contacto no sabe por qué está tan lejos de Asturias y por qué está ingresada. Lo ha intentado de mil formas distintas, pero no hay manera. Tendrás que trasladarte allí y averiguarlo por ti mismo, Toni. Lo siento, yo no puedo ayudarte más.

Suspiré despacio. Me acerqué a la mesita de noche y cogí un

pitillo del paquete de *Luckys*. Me temblaba la mano cuando apliqué la llama del mechero al cigarrillo.

—Ya has hecho muchísimo, amigo. Has hecho más que yo, de hecho.Mil gracias, te debo una.

—No puedo decir que haya sido un placer, pero sé que era necesario para ti. No voy a sermonearte; no soy tu padre. Pero ten cuidado, Toni, ¿de acuerdo?

Sonreí. De repente sentí todo el agotamiento acumulado de dos meses largos de insomnio. Los ojos empezaron a cerrárseme.

—Lo tendré, Marcos. Te lo prometo. Iré allí y averiguaré qué pasa con ella.

—Buen viaje y buena suerte, amigo mío. Un abrazo fuerte.

—Igualmente, *Negro*. Y gracias una vez más.

Colgué el teléfono y me tumbé en la cama. Intenté pensar en la noticia que acababa de recibir, pero mi cuerpo decidió que estaba demasiado cansado. Cerré los ojos y me dormí al instante.

***

Me despertaron unos golpes en la puerta de mi habitación y una voz llamándome. Abrí los ojos desorientado y tardé unos segundos en reaccionar. Me levanté, aún con la toalla enrollada en mi cintura, y abrí la puerta frotándome la cara. En el pasillo estaba Rosalía.

—¿Estás visible? —preguntó sonriendo. Parecía mirarme con preocupación.

Me aclaré la garganta para contestar. Me dolía al tragar. Seguramente había cogido frío al dormirme medio mojado y sin taparme con las mantas.

—Sí. Es que… después de la ducha me he quedado dormido. Estaba muy cansado.

Ella asintió.

—¿Estás bien? Al no verte en la comida, me he imaginado que estarías descansando o no tendrías hambre. Pero al ver que pasaban las horas y no dabas señales de vida me he preocupado.

Fruncí el ceño y me percaté de que la luz que entraba desde la calle era artificial.

—¿Qué hora es? —pregunté, aún desorientado. Me parecía estar soñando todavía.

Ella sonrió, comprensiva.

—Son casi las once. Ya hemos cenado. Todos se han ido a la cama, excepto mis padres que están viendo la tele y Alberto, que está leyendo en la biblioteca. Cuando he visto que no aparecías tampoco para la cena, me he empezado a mosquear. No has comido

nada desde el desayuno y venías de correr. Pensé que te habrías desmayado o algo por el estilo.

Abrí los ojos, incrédulo.

—¿Las once? Joder, ¿quieres decir que llevo doce horas durmiendo? No me lo puedo creer…

Rosa rió, más por compromiso que porque le hiciera gracia la cosa. Se le veía intranquila.

—Nos tenías preocupados. Supongo que es normal que hayas dormido tanto. Llevas mucho tiempo con el insomnio y tu cuerpo habrá dicho basta. Te he guardado algo para que comas. Estarás hambriento. Ponte algo y ven a la cocina.

Se marchó por el pasillo. Me di cuenta de que tenía razón. Podría zamparme un buey sin pestañear. Y también estaba sediento y tenía la vejiga llena. Oriné, me eché agua en la cara para espabilarme un poco y quitarme las legañas de los ojos y me enfundé un pijama. Dadas las horas que eran, no merecía la pena ponerse otra cosa. Antes de salir, miré mi habitación. Había intentado dormir sin éxito dos meses largos ahí. Sólo el último día había conseguido hacerlo sin sobresaltos. Sentí esa nostalgia anticipada que había experimentado en mi casa, antes de marcharme. Había empezado a considerar la pensión como algo más que un sitio de paso o un refugio provisional. Sentía que era un auténtico hogar, poblado por personas buenas. Ahora tocaba empezar de cero, a cientos de kilómetros al sureste de allí. Experimenté una mezcla de emociones: excitación por lo novedoso y tristeza por abandonar lo conocido. El solo hecho de saber que al final del camino me aguardaba Rachel me provocaba cosquillas en el estómago. Saber que estaba ingresada en un hospital psiquiátrico no empañaba esa sensación de urgencia por verla, al contrario, la exacerbaba.

Me senté en la mesa de la cocina. Rosa me había preparado un plato de ensalada de pasta con atún y un filete empanado. Me puso una cerveza de las caras delante y un buen montón de rebanadas de pan de Los Oscos. Comí despacio, a pesar del hambre que tenía. Masticaba a conciencia, centrándome en ese acto exclusivamente para no tener que pensar en la conversación que había tenido por teléfono con Marcos, pero al final desistí. Las imágenes de Rachel ingresada en un manicomio venían a mi cabeza con insistencia, como un virus que no termina de abandonar el organismo y provoca recaídas periódicas.

Rosa me miraba comer, apoyada en la encimera de granito de la cocina. Se tomaba una infusión digestiva a sorbos cortos, sin decir nada. Tan sólo me observaba con el ceño ligeramente fruncido; evidentemente seguía preocupada por mí. Decidí que debía contarle ya que al día siguiente me marcharía de Asturias, rumbo a mi nuevo

destino. Me sentí mal por ella y por mí. Era una bonita amistad la que habíamos logrado crear entre los dos y no le haría ninguna gracia perderla, igual que a mí. Terminé la comida y le di el último trago a la botella de cerveza.

—¿Quieres postre, Toni? —preguntó mi anfitriona.

Negué con la cabeza y sonreí, palmeando mi estómago.

—No, gracias. Estoy lleno. Me has preparado un auténtico banquete.

Ella sonrió a su vez y empezó a recoger los platos y cubiertos.

—Como el de todos. No creas que he hecho una excepción contigo, Toni Hernández.

Yo sabía que era mentira, pero no dije nada.

Me levanté y le ayudé a fregar los platos, a su lado.

—Rosa, mañana me marcho de la pensión —anuncié.

Ella ni siquiera me miró. Siguió con la mirada fija en el estropajo, frotando los cacharros. Sus labios temblaron un poco, pero nada más.

—Lo sé. No entiendo cómo, pero de algún modo lo sabía, aunque no me hubieras dicho nada.

—Lo he decidido esta mañana, antes de quedarme durmiendo como una marmota —me excusé.

Asintió en silencio y me pasó un plato para que lo secara.

—¿Has encontrado a tu chica, por fin? —preguntó con un hilo de voz.

Pasé un paño por la vajilla y la dejé en la encimera, junto al resto de menaje utilizado en la cena.

—Un amigo me ha llamado esta mañana por teléfono y me ha dicho que está en Aragón —respondí—. Tengo que ir a buscarla cuanto antes.

Ella asintió otra vez y se dio la vuelta hacia mí. Tenía el semblante serio, pero se las apañó para sonreír y le salió bastante bien.

—Me alegro mucho por ti. ¿Marcharás temprano?

—Había pensado salir a las seis. Tengo un largo viaje por delante. Me gustaría estar allí a primera hora de la tarde para buscar algún sitio donde instalarme, antes de nada.

Ella se acercó un poco, con la mirada fija en la mía.

—Quería darte las gracias. Por tu ayuda, tu hospitalidad, tus comidas, tu amistad… por todo —recité—. En estos dos meses me he sentido aquí mejor que en mi propia casa.

Rosa sonrió, se puso de puntillas y me abrazó, largo y tendido. Su cuerpo temblaba en mis brazos. Después se separó y me miró con lágrimas en los ojos.

—Ha sido un placer conocerte, Toni. Rachel es muy afortunada

de tener a alguien como tú. Alguien que se preocupe de ella y sea capaz de seguirla al fin del mundo. Y que salga a buscarla, aunque hayan pasado muchos años. Que anteponga el amor a todo lo demás. La gente normal no suele hacerlo.

Sentí un nudo en la garganta, como una especie de premonición funesta.

—Supongo que no soy muy "normal". El placer ha sido mío. Despídeme de todos mañana, por favor. No podré hacerlo personalmente.

Ella asintió.

—Descuida, lo haré. De Alberto puedes despedirte tú mismo. Está leyendo en la sala.

Salió de la cocina, pero antes de hacerlo se volvió.

—Cuídate mucho, amigo. Espero que me mandes una postal, de vez en cuando.

Sonreí. Los dos sabíamos que no lo haría.

—Cuenta con ello. Cuídate tú también, Rosa.

Se fue por el pasillo hacia su dormitorio y yo en dirección contraria. Me acerqué a la biblioteca antes de entrar en mi habitación. Alberto estaba allí, enfrascado en la lectura de algún clásico y fumando en su pipa, incansable. Levantó la vista del libro al verme entrar y me invitó a sentarme. Le expliqué que quería despedirme de él y que había dado con una pista para encontrar a Rachel y me marchaba a la mañana siguiente. Se alegró sinceramente por mí. Cuando le dije que debía irme a mi cuarto para preparar la maleta, se levantó y me estrechó la mano.

—Te deseo toda la suerte del mundo, Toni. Espero que encuentres lo que buscas y seas todo lo feliz que la vida te deje serlo.

—Igualmente, Alberto. Mucha suerte para el futuro.

Nos dimos las buenas noches y me fui al dormitorio. Preparé mi maleta. Toda mi ropa estaba limpia. Dejé fuera alguna prenda cómoda y unas deportivas para conducir en el largo trayecto y guardé todo lo demás. En el neceser metí los utensilios de afeitar y el cepillo de dientes. El resto de mis pertenencias cabían en la mochila: móvil, tabaco, mechero, llaves, pañuelos, cartera, etc.

Puse el despertador del teléfono a las seis menos cuarto y me acosté. Naturalmente, no logré pegar ojo. No sólo por mi insomnio crónico, o por las doce horas seguidas que acababa de dormir, sino por los nervios previos al viaje y a las nuevas expectativas que se abrían. Me pasé la noche escuchando la radio y pensando en Rachel.

El primero de abril, a las seis de la mañana estaba saliendo por la puerta de una pensión todavía dormida. Se cerraba otra etapa de mi

vida y dije adiós mentalmente a aquel lugar amable, lleno de personas que me habían acogido como si fuera de su familia y que llevaría para siempre en mi corazón.

# Segunda Parte

## Aragón

# Still the night

Aunque últimamente sólo lo había cogido para transportar libros los domingos hasta el *Campillín*, el Chrysler arrancó a la primera sin mayores problemas. Saqué el coche del parking, no sin antes devolver la tarjeta de abonado en la oficina del vigilante, avisándole de que Rosalía la reclamaría después.

Aún era de noche y había poco tráfico. Era un martes laborable y la ciudad empezaba a desperezarse poco a poco. Puse música y enfilé la ronda sur para coger la autopista A-66 en dirección a León. Al salir de Oviedo, miré por el espejo retrovisor y observé las luces de la población con pena por tener que despedirme de una tierra tan maravillosa. Crucé la cordillera Cantábrica y al llegar a León me desvié hacia la autovía A-231 que la conecta con Burgos. En las afueras de esta ciudad, llené el depósito del *Le Baron* y desayuné en la cafetería de la propia estación de servicio. Había amanecido un día frío pero radiante, con el sol insuflando de vida el terreno para empezar a despertar a la primavera, que por estos lares de la meseta norte tarda un poco más en llegar.

Me reincorporé a la carretera por la nacional 234. Crucé los inmensos y desolados páramos burgaleses y llegué a las tierras altas sorianas, junto al Parque Nacional del Cañón del río Lobos, cuajadas de pinos, abetos y naturaleza indómita. Arribé a la capital y me desvié hacia el sur, cruzando kilómetros y kilómetros de terreno deshabitado, hasta atravesar la parte más meridional de la provincia de Zaragoza. Hacia las dos paré en Calatayud para comer en un restaurante, a las afueras de la cuidad. Pedí el famoso ternasco de Aragón (un cordero de gran calidad, con denominación de origen) y una cerveza. Después de la comilona, tomé un café solo para evitar la somnolencia propia de las digestiones pesadas y seguí camino hacia Teruel, *La Ciudad de los Amantes*.

Cuando entré me sorprendió su pequeño tamaño, más parecido a un pueblo grande que a una capital de provincia. Más adelante pude comprobar que era diez veces más pequeño que Oviedo, tanto en población como en extensión. Desde la carretera había visto la silueta de sus edificios, en un altozano. Destacaban varias torres mudéjares y una especie de alcázar, que después descubriría que era el Seminario Conciliar, reconvertido una parte de él en residencia y

hostal.

Callejeé un poco por la ciudad intentando encontrar aparcamiento y un sitio adecuado para explorarla a pie y buscar alojamiento. No había semáforos y apenas se veía tránsito de gente. Era la hora de la sobremesa y la mayor parte de comercios estaban cerrados. Crucé desde el casco antiguo hacia el ensanche por un viaducto que salvaba un enorme precipicio. Junto a éste había otro, mucho más antiguo, pero exclusivamente peatonal. Logré aparcar en una avenida larga y sin apenas tráfico, cerca de un hospital. Desde allí, maleta en mano, desandé mis pasos y volví hacia el centro buscando un buen lugar en el que hospedarme. Lo hice a través del viaducto peatonal. Un viento frío y seco me azotó lateralmente, sin compasión. Ahí comprendí en toda su dimensión la fama del frío de Teruel. La ciudad estaba situada a casi mil metros de altitud, rodeada de montañas y riscos punteados de pinos. A pesar de estar ya en primavera y en las horas centrales del día, la temperatura era gélida. No tenía nada que ver con el frío del invierno en Oviedo, que era más húmedo y benévolo. Este era cortante y áspero como el papel de lija, y tan seco que cuarteaba los labios.

Llegué arrastrando las ruedas de mi maleta y con la mochila a la espalda a la plaza más universal de Teruel: la de Carlos Castel, conocida popularmente por la del *Torico* y llamada así por el pequeño animal metálico que coronaba una columna situada dentro de una fuente pública con varios caños, en la parte central de la plazuela. Era porticada como la de las poblaciones castellanas (una especie de Plaza Mayor), y todo su perímetro estaba lleno de bares, terrazas y negocios varios, bajo los soportales. Algunos turistas despistados tomaban el sol en las mesas, mientras bebían café y miraban sus planos de la ciudad. Desde esta plaza varios callejones partían a otra, unas decenas de metros más allá, donde se hallaba la catedral, con un impresionante tejado de artesonado mudéjar.

Miré a mi alrededor y vi un par de hotelitos, pero no me terminaron de convencer, dada su ubicación en un sitio tan señalado. Serían caros y tendrían mucho trasiego turístico y yo buscaba un lugar más sosegado y tranquilo. Pregunté a un tipo que parecía paisano por algún sitio que cumpliera con mis premisas, y me envió a unos centenares de metros de allí, cruzando un par de solitarias plazas, al Seminario Conciliar (el que había visto desde la carretera, con torres que le daban aspecto de fortaleza). Me dijo que se trataba de una residencia sencilla, tipo hostal, con habitaciones austeras, casi monacales, pero limpias y prácticas. Sin lujos, pero muy adecuadas. Si lo que quería era tranquilidad y un trato correcto, ese era el sitio adecuado.

Estaba situado en el lateral izquierdo de una plaza cuadrangular. Justo al lado había otro palacete que albergaba una biblioteca pública de la red autonómica. A la derecha, una enorme torre mudéjar dominaba el lugar con su presencia imponente. La plaza era muy tranquila; apenas tenía tráfico rodado y estaba apartada de la catedral y la plaza del *Torico* lo suficiente como para no tener problemas de ruidos y turistas molestos. Recé para que el hostal no estuviera lleno.

El empleado del mostrador me informó de las tarifas y habitaciones disponibles, después de comentarle que no tenía reserva. Me explicó que aquel lugar era residencia habitual para sacerdotes jubilados, pero que disponía de un par de plantas dedicadas a los huéspedes externos. Había un restaurante donde se servían desayunos, almuerzos y cenas, siempre dentro de un horario bastante estricto. También disponían de un servicio de auto lavandería en el sótano. La tarifa para largas estancias y pensión completa rondaba los 500 euros mensuales, una cantidad más o menos igual que la pensión de Oviedo. El pago se hacía por semanas, abonando 125 euros los lunes. Las habitaciones eran sencillas, sin televisión (pero había una sala común muy confortable para ello), limpias y luminosas. Disponían de calefacción central (Teruel era muy frío de noche, hasta bien entrado mayo) y baño independiente.

Saqué ciento veinticinco euros y aboné la primera semana de abril. El tipo deslizó el dinero por debajo del mostrador y lo hizo desaparecer con la habilidad de un trilero. Me extendió una ficha para que la rellenara con mis datos personales y la firmara, y después me dio un recibo y una llave sencilla. Me indicó que mi habitación estaba situada en la última planta y señaló el ascensor, al otro lado de la recepción.

En cuanto entré en mi estancia, supe que aquel cuarto me iba a resultar cómodo. Tenía lo justo para descansar y asearse y además una pequeña mesa y una silla, muy sencillas ambas. El baño era pequeño, con plato de ducha, lavabo, espejo y retrete, pero parecía estar limpio. La ventana daba a la plaza por la que había accedido al hostal y justo en frente quedaba la torre mudéjar de San Martín. Bajo el marco había un antiguo radiador adosado a la pared que permanecía encendido.

Deshice la maleta y coloqué la ropa y los zapatos en un armario empotrado con olor a naftalina. También vacié el neceser y puse todos los productos de aseo personal en el lavabo del baño. Saqué mis cuadernos y bolígrafos y los dejé en la mesa, junto a la ventana. Después me di una ducha para relajar el cuerpo después del largo viaje en coche.

Mientras el agua caliente me acariciaba la piel y me lavaba el pelo, empecé a meditar mis próximos pasos. Resolví que lo mejor sería buscar el hospital donde Rachel estaba ingresada a la mañana siguiente, ya que esa misma tarde me parecía demasiado precipitado y además estaba rendido con el madrugón y los 700 kilómetros que me había metido entre pecho y espalda, sin haber descansado la noche anterior.

Después de la ducha me afeité a conciencia y luego me eché una siesta de una hora. Me levanté, algo más descansado y me vestí con unos vaqueros, un suéter fino y una cazadora de piel. Salí de la habitación y prescindí del ascensor para bajar. En uno de los rellanos encontré una máquina de café y otra de agua y refrescos. Saqué un capuchino que sabía a cualquier cosa menos a capuchino y me lo tomé allí mismo, en un sillón que había al lado. El hostal se veía bastante desierto a aquellas horas y apenas me crucé con algún huésped.

Eran alrededor de las siete de la tarde cuando salí a la calle. Seguía haciendo bastante frío, aunque el día era soleado, con un cielo azul brillante. Decidí entrar en la biblioteca pública para investigar un poco acerca del hospital donde se encontraba ingresada Rachel. Crucé la plaza cuadrada, mirando la torre majestuosa y luego el palacete donde se ubicaba la biblioteca. Era un bello edificio de porte recio, de aspecto regionalista, con la fachada de ladrillo rojo y dos torreones. Ocho impresionantes columnas de mármol blanco soportaban el balcón situado encima de la puerta de entrada.

Subí las escaleras hasta la primera planta. En mitad del tramo un enorme ventanal mostraba una vidriera con el escudo de España de la bandera pre-constitucional, con el águila de San Juan y la banda con las palabras: “UNA, GRANDE, LIBRE”. Me pareció un anacronismo superviviente de épocas pasadas que se encontraba fuera de lugar en un sitio como ése, símbolo de la cultura y el pensamiento libre.

Entré en la sala de lectura y estuve curioseando por sus estanterías, hasta que di con la sección de temática local. Busqué algún ensayo de edificios histórico-artísticos y encontré uno escrito por un arquitecto en que narraba la construcción en 1858 del Hospital San Juan de Dios, en la antigua carretera de Zaragoza. Después ojeé otro escrito por el Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Teruel. En un párrafo, decía lo siguiente:

*“Ubicado en la antigua carretera de Zaragoza desde 1858 y dependiente de la beneficencia provincial, encomendada durante casi 150 años a la Exma. Diputación Provincial de Teruel, fue trasferido al Gobierno de Aragón en 2001. El antiguo hospital psiquiátrico figura*

*actualmente en el Catálogo Nacional de Hospitales como Hospital de Salud Mental."*

Un par de fotografías mostraban varios edificios de distintos estilos, feos e impersonales, evidentemente reconstruidos varias veces. El hospital poseía áreas de rehabilitación intensiva y un centro de día para 20 plazas. También tenía 85 plazas psicogeriátricas y 70 de tipo general. Se desarrollaban terapias psicológicas, psiquiátricas y talleres ocupacionales, además de medicina general. Resumiendo, era un manicomio bastante completo, sobre todo para una provincia tan despoblada como Teruel. Sentí un escalofrío al pensar que Rachel estaba ingresada allí dentro. Sola. Quién sabía en qué condiciones.

Pregunté en el mostrador a qué distancia se encontraba el Psiquiátrico de allí y la bibliotecaria, una señora con pinta de estar pidiendo la jubilación a gritos, me aseguró que estaba muy cerca. Podría ir incluso andando. A esa antigua carretera de Zaragoza ahora se le llamaba Avenida de Zaragoza, y era la salida natural de Teruel hacia esa ciudad. Pero suponía que a esas horas se habría acabado el horario de visitas. En los hospitales los enfermos cenaban pronto. Y en los psiquiátricos los horarios eran mucho más estrictos que en los generales. Mejor ir por la mañana.

La bibliotecaria me miró con una cara muy expresiva, retándome a contradecirla. Le di las gracias y me largué. Bajé las escaleras, pasé de nuevo junto al águila del escudo franquista y salí a la calle. Estaba empezando a ponerse el sol y la temperatura descendió de golpe. Un vientecillo desagradable empezó a moverse por las calles. Encendí un pitillo y me fui hacia el centro para dar un paseo y conocer un poco la ciudad. Era tan pequeña que en media hora la había recorrido de cabo a rabo. Tenía una parte más antigua, llena de torres mudéjares, templos, plazas recoletas, callejuelas e incluso un pequeño acueducto. Y también la parte más moderna (El Ensanche), al que se accedía a través de los viaductos. Estos barrios estaban llenos de enormes edificios de viviendas, como los de cualquier otra ciudad del país, supermercados, jardines, un hospital y el campo de fútbol municipal. Aproveché para asegurarme de que el coche estaba aparcado en una zona libre de pago y di una vuelta por el parque de "Los Fueros", mientras observaba cómo anochecía al ocultarse el sol tras las montañas.

Entonces, con ese ímpetu sorprendente con el que llegan las malas sensaciones, empecé a experimentar una mezcla de miedo y tristeza. Me sentí solo allí, en aquel lugar lleno de árboles y ardillas que correteaban buscando comida. Rachel estaba más cerca de mí de lo que había estado en los últimos diecisiete años. Al día siguiente confiaba en que podría verla, pero había algo que me

angustiaba y no sabía identificar bien. Sentía excitación y temor a la vez ante el hecho de volver a tenerla frente a frente, después de saber todo lo que sabía de ella. Y todo lo que sabía no hacía sino acentuar aún más lo que desconocía. Sus sombras se volvían más alargadas, como si quisieran tapar sus secretos más ocultos.

Salí del parque con esa sensación de congoja encima de mi espalda, como un fantasma pegado a mí intentando arrebatarme la energía vital. Encendí otro cigarrillo y volví al centro de Teruel buscando algún sitio donde tomar una cerveza antes de regresar a la Residencia. No me apetecía encerrarme aún entre cuatro paredes. Sabía que no me dormiría. Sabía que la noche se había convertido en mi enemiga; me volvía débil e insignificante, me mostraba que vivir sin dormir puede ser como estar muerto en vida. Tu cerebro empieza a quedarse vacío de buenas ideas y sólo se instalan las malas dentro de él, como un gusano corroyendo la manzana sana que acaba pudriendo.

Me metí en un bar situado bajo los soportales de la plaza del *Torico* y pedí unas tapas del famoso jamón de Teruel. Me pusieron la especialidad de la ciudad: las *Delicias de Teruel*. Que no era otra cosa que jamón cortado en lonchas finas y pequeñas tostadas de pan con tomate especiado y aceite de oliva para acompañar. Estaban deliciosas. Comí lo suficiente como para descartar la cena en el hostal. Lo acompañé con una cerveza Ámbar (de Zaragoza) y quedé satisfecho hasta el punto en que mis oscuros sentimientos anteriores quedaron eclipsados por este chute de felicidad.

Volví a la residencia hacia las once. El frío empezaba a ser serio y tuve que abrocharme la cremallera de la cazadora y subirme el cuello para protegerme la garganta. Saludé en la recepción y subí a mi habitación por las escaleras. Estaba caldeada y el ambiente era agradable. Como no tenía ningún libro (decidí sacarme el carnet de la biblioteca al día siguiente), me dediqué un buen rato a escribir a mano en mis libretas hasta que el sueño se dignara a venir. Garabateé ideas sueltas, pensamientos inconexos, frases sin sentido… lo primero que se me venía a la cabeza y que pugnara por salir y quedar impreso en un papel, negro sobre blanco.

Pero el sueño no vino. Me acosté más por el cansancio de la postura en la silla que por tener ganas verdaderas de dormir. Me puse los auriculares y escuché el *Oxigene* de Jean Michel Jarre, para intentar relajarme y dejar vagar la mente hacia el otro lado.

No lo conseguí. Permanecí toda la noche en vela, pensando en Rachel, una vez más. Cuando me levanté de la cama y me miré en el espejo, tuve la sensación de que mi reflejo desaparecería en poco tiempo y me volatilizaría como un fantasma que ha permanecido demasiado tiempo en el mismo sitio.

# Calling on you

Bajé a desayunar al comedor del hostal. Saludé a una camarera bajita, con el pelo moreno recogido en una coleta y gafas de pasta, que me pidió el número de habitación y lo apuntó. Me informó de que sólo servían las mesas a medio día y por la noche; el desayuno era de tipo autoservicio. Había café, infusiones, zumos de bote, pan para hacer tostadas y algo de bollería industrial: nada del otro mundo. Opté por el café y una tostada de aceite de oliva. Me había levantado con poco apetito y el estómago encogido ante el día que se me presentaba. En un cuarto de hora había terminado.

Pedí un plano callejero en recepción y me lo facilitó el mismo tipo que me había atendido al llegar. Le pregunté por el Hospital Psiquiátrico y me lo indicó en el plano, detallando también la dirección que debía coger al salir a la plaza. Bajé hasta la calle San Francisco y de ahí salí a la Avenida de Zaragoza. Llegué tras un paseo de diez minutos. Primero estaba el Hospital Público de San José y seguidamente el Psiquiátrico; ambos en la acera derecha de la calle. Reconocí el edificio que había visto en la fotografía del libro. De arquitectura franquista al ser rehabilitado, era sencillo, sobrio y funcional. Había algunos vehículos aparcados junto a la verja que delimitaba la entrada y los jardines del complejo.

Crucé hasta la entrada y me dirigí a recepción. Había poco movimiento de visitantes a aquella hora tan temprana. Tan sólo se veía el trasiego típico de distintos profesionales por los pasillos. Me acerqué al mostrador de información y pregunté por la habitación de Rachel Weiss a una funcionaria joven, sentada tras el monitor de un ordenador. La chica me pidió que esperara un minuto y llamó por teléfono. Apareció una enfermera de mediana edad y aspecto agradable que se acercó a mí desde el pasillo principal.

—¿Es usted familiar directo de la señorita Weiss? —me preguntó, evaluándome con la mirada.

Me dio mala espina aquella pregunta, pero respondí la verdad.

—No, sólo soy un amigo. Que yo sepa, ella no tiene familia.

Ella sonrió.

—La verdad es que en el tiempo que lleva aquí, nunca ha venido nadie a verla. Lo lamento, pero sólo puede recibir visitas de familiares cercanos.

La noticia me cayó como un jarro de agua fría.

—Pero yo soy lo más parecido a un familiar cercano que ella tiene —protesté. Aquello no tenía necesariamente por qué ser

verdad. Quizás Rachel se había casado con alguien.

La enfermera encogió los hombros.

—Órdenes del doctor. Lo siento, yo me limito a cumplirlas.

Me quedé mirándola a los ojos. Los tenía de un precioso color verde esmeralda.

—Por favor —supliqué—, déjeme verla. He venido desde muy lejos sólo para eso. *Necesito verla.* Necesito saber que está bien. Le prometo que sólo estaré cinco minutos y me marcharé. *Por favor.*

Ella sonrió con tristeza y comprensión, como si realmente le doliera darme una respuesta negativa.

—Lo lamento. Son las normas. Créame que siento de verdad no poder ayudarle.

Al oírla noté cómo las piernas me temblaban. Experimenté un cansancio infinito, más allá del puro agotamiento físico que arrastraba por la falta de sueño. Me volví despacio, como un anciano. De repente tenía cincuenta años más encima y era un ser humano arrugado y tembloroso que está esperando que se acabe la función y se baje el telón definitivamente. Anduve hacia los asientos de la entrada y me senté con una imperiosa necesidad de llorar. No de echar un par de simples lagrimitas de frustración, sino de llorar hasta que me secara por dentro, hasta que me evaporara y dejara de existir. Noté un vacío en mi interior cargado de tristeza y desolación. Rachel estaba allí. Era mi sol. Yo era el planeta que giraba alrededor de ella. Pero el sol estaba eclipsado y hasta mí sólo llegaba un frío que se metía en mis huesos. Sin ella, yo era un planeta moribundo, un mundo en vías de extinguirse y apagarse para siempre, vagando en la oscuridad del espacio.

La enfermera me observó desde el mostrador e intercambió un par de frases con la oficinista. Parecía preocupada e indecisa. Llenó un vaso de agua de un dispensador cercano. La vi acercarse y mi alma se estremeció, esperanzada. Se sentó a mi lado y me puso una mano en el hombro izquierdo. Me ofreció el vaso y yo bebí con avidez, como un peregrino perdido en el desierto.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

La miré y logré sonreír. Mi rostro debía parecer un poema, con los estragos causados por el insomnio y los ojos brillantes por las lágrimas a punto de salir. Ella me observaba con la misma cara de preocupación de antes.

—No —respondí—. Lo cierto es que no.

Pareció apiadarse de mí y frotó mi hombro suavemente, con un gesto de apoyo universal. Sonrió. Aquello me hizo sentir mejor.

—No le prometo nada, pero voy a intentar que pueda verla. Hablaré con el médico que lleva su caso y le explicaré lo que ocurre, ¿de acuerdo? Insisto, no le prometo que sirva de mucho,

pero al menos lo intentaré.

La miré y asentí despacio.

—Se lo agradezco de todo corazón.

Sonrió de nuevo y se levantó del asiento.

—Deme diez minutos. Veré qué puedo hacer. Necesito que me diga su nombre.

Se lo di y ella se marchó taconeando con sus zuecos blancos. Yo permanecí allí sentado, terminando el vaso de agua y pensando en cómo reaccionaría si conseguía ver a Rachel. Y sobre todo, en cómo reaccionaría ella. Casi media hora después, apareció un médico de unos 60 años, delgado y casi calvo, embutido en una bata blanca y con una carpeta bajo el brazo. Se dirigió a mí sin titubeos y yo me levanté como si tuviera un resorte debajo del culo.

Me tendió la mano y sonrió de manera cordial. Era una sonrisa fría y profesional. La de alguien acostumbrado a tratar con personas de toda índole y condición y que ha mirado la locura de frente demasiadas veces. Se la estreché. Su apretón era firme y duradero: el de alguien de fiar.

—¿Señor Hernández? Soy Rafael Valcárcel, psiquiatra de la señorita Weiss. Mi enfermera me ha comentado su intención de visitar a mi paciente… aunque no sea familiar directo. Supongo que entiende que no es una petición habitual en esta clase de enfermos. Necesitan mucha tranquilidad. Cualquier cosa que venga a trastocar su rutina, debe ser estudiada a fondo para que no recaigan y que toda la terapia utilizada con ellos sea inútil.

Asentí y mostré mis cartas sin guardarme ningún as. Mejor ir con la verdad por delante.

—Comprendo perfectamente sus motivos. Le quedaría muy agradecido si hiciera una excepción. Rachel y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Le prometo que la molestaré lo menos posible.

Él asintió en silencio y pareció reflexionar sobre lo que debía hacer.

—Acompáñeme a mi despacho. Hablaremos allí. Necesito hacerle unas preguntas y ponerle en antecedentes sobre la situación de Rachel.

Nos fuimos por uno de los pasillos laterales de la planta baja, hasta llegar a una pequeña habitación llena de archivadores y mobiliario de oficina. Me indicó que me sentara en una de las sillas que había por allí y que la acercara a una mesa-escritorio repleta de papeles, lapiceros y un monitor de ordenador. Él lo hizo al otro lado. Se acomodó y tecleó algo, mirando la pantalla durante un par de minutos. Permanecimos los dos en silencio mientras transcurría ese lapso de tiempo. Después se volvió hacia mí con expresión

amistosa, pero seria.

—Bien. Dígame, señor Hernández: ¿de qué conoce a mi paciente?

Me aclaré la garganta antes de responder. A pesar de haberme bebido el vaso de agua un rato antes, sentía la boca seca y pastosa. Decidí contar la verdad desde el principio, aunque me costara hacerlo. No tenía sentido disimular nada, y menos aún a alguien acostumbrado a escuchar a la gente y dilucidar lo cierto de lo falso.

—Fue mi profesora de Literatura en 1986, en el sur. Nos enamoramos, pero lógicamente nuestra relación no pudo ser, porque yo era menor de edad. Después se marchó al norte y le perdí la pista. Me dejó escrita en un cuaderno la historia de su vida y los problemas que la aquejaban. Me hizo prometer que lo leería cuando alcanzara los dieciocho años. Cuando leí aquel cuaderno, decidí salir en su busca. La mala suerte quiso que yo tuviera un accidente de moto y quedara en coma durante meses. Perdí la memoria y me costó mucho recuperarla, poco a poco. Mi vida tiró por otros derroteros y olvidé lo que había habido entre nosotros. De repente, a primeros de este año la recordé a ella y también su historia. Comprendí que debía encontrarla y me trasladé a Asturias, su tierra natal y donde me había contado que volvería. No la pude encontrar allí en los dos meses y pico que estuve. Un amigo hizo averiguaciones y me informó de que estaba ingresada en este hospital. Así que viajé desde el norte hace un par de días y aquí estoy, dispuesto a verla, después de tantos años.

El psiquiatra me miró, negando con la cabeza.

—Eso es imposible. Completamente imposible.

Me removí incómodo en la silla.

—¿Se refiere a poder verla?

Negó de nuevo. Jugueteó con un lápiz entre sus dedos, haciendo malabares con él.

—No. En ese sentido quizá podamos hacer una excepción y enseguida le contaré por qué. Me refiero a que no es posible que estemos hablando de la misma mujer. Mi paciente no aparenta más de 25 o 26 años. Por lo tanto es imposible que fuera su profesora de literatura en 1986. Así que, una de dos: o usted me está mintiendo y ha fabulado esa historia, o Rachel tiene una capacidad extraordinaria para conservarse joven.

Me quedé de piedra.

—Le juro que le he contado la verdad. Cuando yo la conocí, tendría esa edad. No más de 26 años.

—¿Puede describírmela, físicamente?

Lo hice sin omitir ni un solo detalle. También le di datos de su personalidad, de su voz, y gestos habituales en ella. El doctor

Valcárcel se quedó callado escuchándome, serio e impresionado como yo.

—Rachel apareció hace unos meses por aquí, como recién salida de la nada —aclaró—.No tenía documentos de ningún tipo para comprobar su identidad. De hecho, la llamamos así porque ella misma nos dijo que ese era su nombre. Estaba desorientada y decía frases inconexas el día que la policía la trajo al hospital. Estamos estudiando su caso a fondo. Hemos intentado localizar a algún familiar, pero nos ha sido imposible. Dimos parte a la policía de que esta persona estaba ingresada y desconocíamos su procedencia, nombre, dirección, etc. Ellos se pusieron a investigar el asunto y hasta la fecha no han logrado averiguar nada. Nos percatamos de que tenía graves problemas mentales en cuanto la vimos.

—¿Qué clase de problemas?

El psiquiatra negó con la cabeza, sonriendo con profesionalidad.

—Eso es confidencial, señor Hernández. No es algo que pueda contarle… al menos de momento. Comprenderá que es un diagnóstico que aún está en marcha y además sólo puede saberlo el paciente, o algún familiar directo, en caso de incapacidad. Ya sabe, el secreto profesional y todo eso.

Asentí en silencio.

—Si le he recibido y me he prestado a hablar con usted— continuó—, se debe a una extraordinaria casualidad.

Se detuvo, dejándome con la intriga durante un breve lapso de tiempo que aprovechó para seguir haciendo las más variadas cabriolas con el lápiz.

—Cada día hacemos terapia con ella. Se trata de unas charlas extensas en las que tratamos de que el paciente vaya contando sus pensamientos: aquello que le aflige o preocupa, detalles de su pasado, problemas que no se resolvieron… No soy muy partidario de utilizar medicación, excepto en casos muy concretos y especialmente delicados. A través de esas conversaciones, el enfermo va sacando fuera toda la “basura” que le provoca el malestar. En otras ocasiones, el mal que opera en sus cerebros es algo completamente físico: un tumor, un cavernoma, un ictus que provocó el deterioro de algún área concreta… en esos casos es necesaria la medicación, como le decía antes, e incluso la intervención en forma de cirugía. Y a veces, ni siquiera así se les logra curar. Tan sólo queda paliar esos efectos negativos aquí, haciendo talleres ocupacionales para evitar que la cosa vaya a más y se conviertan en enfermos crónicos desahuciados. Aquí los cuidamos, entre todos: médicos, enfermeras, auxiliares, celadores… Cada cual se implica en su tarea para tratar de hacer la vida de estas personas un poco menos dura.

—¿Está Rachel muy mal, doctor? —pregunté. Quería dejar de escuchar su dictamen y verla de una vez, pero también temía hacerlo en según qué condiciones.

El médico ignoró mi pregunta y siguió con su verborrea.

—La fama de este tipo de hospitales es nefasta, señor Hernández. Aún se les llama "manicomios" en el lenguaje vulgar. Y casi siempre de manera despectiva. Este tipo de enfermos son los más incomprendidos e infelices de cuantos existen. Todo el mundo se compadece de alguien con cáncer, pero casi nadie se pone en el lugar de un enfermo mental. A todo el mundo le da miedo y aprensión estar cerca de alguno. La empatía brilla por su ausencia en estos casos.

No tuve más remedio que reconocer que tenía razón en lo que decía y así se lo hice saber, asintiendo.

—La gente los llama "locos". Yo creo que son personas extremadamente sensibles y extraordinarias. Creo que los locos están en los despachos de los gobiernos de los países. Y esos sí que son dañinos para la salud mental del planeta entero.

Aquí también me mostré de acuerdo. Justo era reconocerlo: aquel hombre decía verdades como puños.

—Antes le hablaba de la "casualidad" y le voy a explicar a qué me refería. Rachel tiene períodos de lucidez. En otros no recuerda ni su propio nombre. En uno de esos períodos buenos lo nombró a usted. Me dijo: "Necesito hablar con Toni". "¿Qué Toni?", le pregunté yo. "Toni Hernández, el amor de mi vida", contestó. Intenté averiguar algo más, pero se negó en redondo. Pasó a otra de sus fases de lucidez: permanecer en absoluto silencio. Es consciente de todo cuanto le rodea, pero se niega a decir palabra, por propia voluntad.

Sentí un nudo en la garganta al oír al médico. Y sentí un deseo irrefrenable de verla de una vez. Pero no dije nada y me limité a seguir escuchando.

—Cuando mi enfermera me ha dicho su nombre, he recordado que era el mismo que Rachel había comentado, y eso ha logrado intrigarme. Voy a permitirle que la vea, pero entraré con usted a su habitación porque quiero observar su reacción y comprobar si ella le reconoce. Por otra parte, no entiendo el tema de la edad, la verdad. Es una mujer joven (o al menos, lo parece), así que las fechas y edades no me cuadran. Según lo que usted me cuenta ella debería tener cuarenta y tantos. Y permítame que le diga que parece más joven que usted. ¿Cómo es posible? Quiero salir de dudas y ver si estamos ante alguna gran confusión o hay un motivo que lo explique todo.

Sentí un profundo cosquilleo en el estómago. La explicación

podía venir del propio relato de Rachel. Algo de lo que ella me hubiera contado podría ser la clave de este asunto.

—Está en la última planta del edificio, en una de las habitaciones individuales. Tenga en cuenta que esto no es una cárcel, señor Hernández. Los pacientes están aquí por propia voluntad. No se puede obligar a nadie a permanecer ingresado. Pero precisamente por eso, hay que tratar de concienciarlos de que tienen que recibir los cuidados oportunos. Que se les dé el alta antes de tiempo porque ellos lo pidan, puede acabar resultando nefasto para su salud.

Supuse que, de alguna manera, me estaba avisando para que no influyera en Rachel y ésta pidiera el alta voluntaria. De todas formas, era pronto para sacar conclusiones.

—Acompáñeme.

Salimos del despacho y cerró la puerta con llave. Atravesamos el pasillo y nos dirigimos a los ascensores. Entramos y pulsó el botón de la tercera y última planta.

—Como le he dicho, entraré con usted y la observaré. Si creo que todo está bien, les dejaré solos para que puedan hablar con tranquilidad e intimidad. Espero que entienda la importancia que tiene el gesto de dejarle que la vea, Toni. Es una excepción. Valórela y no me defraude.

Asentí repetidas veces sin decir ni una palabra.

El ascensor se abrió y salimos a un rellano circular que se dividía en dos pasillos. Tomamos el de la derecha y caminamos casi hasta el final. Las paredes estaban pintadas en un alegre color azul celeste y había algunos cuadros de paisajes campestres. Olía a ambientador mezclado con productos de limpieza y desinfectante. La habitación de Rachel era la última de la pared izquierda. La puerta estaba cerrada. Mis latidos podían oírse desde fuera del edificio. Mi corazón cabalgaba veloz y amenazaba con salirse del pecho. El doctor golpeó con el nudillo un par de veces y penetramos en la estancia.

# Endlessly

El doctor entró delante de mí. Caminó unos pasos y luego se apartó, dejando libre mi campo de visión. Entonces vi a Rachel y se me paró el corazón, entre un latido y otro. Estaba de espaldas a nosotros, mirando por la ventana. Su precioso pelo color miel, colgaba desde sus hombros hasta casi la cintura, suave y brillante como el lomo de un gato criado entre algodones. Vestía un camisón rosa con florecitas azules que parecía estar hecho para una niña. Este detalle me hizo sentir una profunda pena por ella sin comprender bien por qué. Me conmovió más que ninguna otra cosa. Recordé cuánto la amaba. Recordé que hubiera dado mi vida por ella todos y cada uno de los días de mi vida, sin dudarlo.

Se giró al oírnos entrar y entonces tuve la sensación de retroceder en el tiempo. Era Rachel, sí. Y era el mismo rostro que tenía cuando yo me había enamorado de ella el primer día que la conocí. No había envejecido ni un solo minuto. No tenía arrugas. Su piel era tersa y le brillaban los ojos como a una colegiala. Estaba tan bella como un ángel. Su boca sonrió al vernos entrar. Se acercó a nosotros. Me miró a los ojos y vi en su mirada un destello de reconocimiento. De pronto, se lanzó hacia mí y nos abrazamos con todas nuestras fuerzas.

Su cuerpo temblaba como un pajarito asustado entre mis brazos. Estaba ardiendo; una fiebre tropical parecía consumirla. Empezó a llorar en mi hombro y a susurrarme al oído: "¿Por qué has tardado tanto, Toni?" Gruesas lágrimas bajaban también por mi mejilla. Mis ojos se deshacían por fin, como un dique que se ha roto después de que el agua ejerza demasiada presión. Unos ojos que ya tenían patas de gallo. Los suyos estaban suaves y sin una arruga, como los de un recién nacido. Se apartó de mí y sonrió, y toda la luz del mundo en el primer día de la creación pareció derramarse desde esa mirada.

—Te he estado buscando en mis sueños, pero no lograba encontrarte, amor mío —dijo con una vocecita tan débil que parecía la de un moribundo.

Volvimos a abrazarnos bajo la atenta mirada del médico que, unos segundos después, salía de la habitación y nos dejaba solos.

—Rachel… —sollocé, junto a su oído—. Rachel, Rachel, Rachel… perdóname. Yo también enfermé y estuve años sin recordarte. He cruzado un desierto buscándote y por fin te he hallado.

Ella se separó y empezó a limpiarme las lágrimas con la mano

derecha, mientras me sonreía. Tenía las uñas destrozadas. Después me besó. Fue un beso largo y tierno, y serenó mi espíritu. Calmó mi desesperación como la lluvia aplaca la sequía después del duro verano. Sus manos se entrelazaron detrás de mi nuca. Las mías sujetaron su cinturita de avispa, apoyándose en sus caderas. Nuestras lenguas se buscaron, bailando a su propio ritmo, reconociéndose después de diecisiete años, aunque sólo se habían fundido una vez, en una noche agridulce. Mi mente rememoró aquellos pensamientos de antaño y aquella intimidad que nos acercó más que nunca. Cuando nos separamos, a los dos nos faltaba el aliento por el beso de tornillo.

—Toni, tienes que sacarme de aquí —dijo, poniéndose seria de pronto.

Sentí que las piernas volvían a flaquearme. Ella se dio cuenta y me sujetó.

—Rachel, los médicos dicen que estás muy enferma… Dicen que tu mente falla, que tienes momentos de lucidez y otros en los que… —me callé, incapaz de seguir hablando y permanecer en pie a la vez.

Ella me cogió las manos y me llevó a la cama. Nos sentamos, mirándonos frente a frente.

—Ellos dicen muchas cosas, Toni.

La miré. Era la mujer más bella de todo el universo. Hubiera bajado al infierno por ella, sin dudar. Sus ojos ejercían el mismo poder de fascinación sobre mí que antaño, cuando apenas era un jovencito que no sabía nada de la vida ni del amor.

—Tengo que salir de aquí o me encontrarán —susurró, y su voz se quebró como una ramita seca bajo una bota militar.

Tragué saliva y puse mis manos en su cara. Sus mejillas ardían como ascuas. Quemaban tanto que me asusté. Hice la temible pregunta aún a riesgo de conocer la respuesta.

—¿Quiénes, Rachel? ¿Quiénes te encontrarán?

Ella sonrió con una tristeza tan grande como la de los niños que han visto cosas en la guerra que no deberían haber visto.

—Ya sabes quiénes son, Toni. Si estás aquí es porque leíste lo que te conté y sabes lo que me atormenta, noche y día.

Yo empecé a llorar otra vez, de pura desesperación.

—Rachel, estás enferma, amor mío. Todo eso son delirios. Nada de eso ocurrió. Tu familia murió… y tú enloqueciste. No existen esos demonios. Sólo están en tu imaginación.

Ella se apartó, decepcionada. Aquello me dolió en lo más hondo del corazón. Su mirada se endureció

—Si no me crees, ¿para qué has venido, Toni? Si no vas a ayudarme, márchate y déjame luchar contra ellos a mí sola. Llevo

haciéndolo desde hace casi veinte años.

Cogí sus manos y las acaricié entre las mías. Parecían dos gatitos recién nacidos: suaves y minúsculos.

—He venido porque te amo, Rachel. Y no puedo vivir sin ti. Te ayudaré en lo que me necesites. Siempre.

Ella empezó a llorar en silencio, como una niña que se ha perdido en el bosque y siente miedo de la oscuridad.

—Escúchame, Toni. Existen. No estoy enferma. No lo estoy, al menos, en el sentido que crees. Cristina me posee, a veces. Cuando la maté, parte de ella se metió dentro de mí. A veces soy yo quien manda y a veces es ella la que toma el control. No te asustes cuando notes el cambio. Ya no es peligrosa, sólo es una extraña dentro de mí. Me ayudó a combatir a Adrián y a Carlos. Me hizo aliarme con los *Aéreos*. Pactar con ellos para salvar la vida. Pero Adrián sigue buscándome. Lleva haciéndolo todos y cada uno de los días de mi vida. Y Carlos lo está ayudando. Estuve a punto de matarlo, pero Adrián lo "revivió".

Por un momento la creí. Luego pensé que tenía los rasgos de una esquizofrenia paranoide. Aunque el doctor no me lo había dicho, yo sabía algo sobre el asunto.

—Rachel, tú misma me contaste que tu padre estuvo ingresado en un hospital mental en su juventud, allá en Inglaterra. A veces, esas enfermedades se heredan. Son genéticas. Tu hermana tenía la capacidad de ver a los muertos. Tu madre y tu abuela, igual. Tú misma la tuviste hace tiempo. Me lo narraste en ese cuaderno en el que detallabas la historia de tu vida.

Ella resopló, impaciente. Sus ojos brillaron y algo semejante a pequeñas llamas azules se reflejó en ellos.

—Toni, no estoy loca. Lo que sucedió es cierto. No es un producto de mi imaginación. Ojalá… ojalá lo fuera. Así no tendría que intentar convencerte de que me ayudaras. Si tú no me crees, estoy perdida. Eres mi última esperanza.

Apreté sus manos y ella se dejó hacer manteniéndolas laxas, sin participar en el apretón.

—Yo nunca te abandonaré, Rachel. Siempre estaré contigo. Te ayudaré, sea como sea. Me da igual si lo que ocurre está dentro o fuera de tu mente. Te quiero más que a mi propia vida y no te abandonaría ni aunque me lo pidieras tú misma. Moriría por ti.

Ella sonrió con una dulzura tan grande que sentí que me rompería por dentro si seguía haciéndolo durante mucho tiempo.

—Toni, sigues siendo el niño del que me enamoré tan perdidamente que jamás he vuelto a recuperar mi corazón… Lo tienes tú, dentro del tuyo.

La abracé con tanta ansiedad que sentí que nunca volvería a

quererla tanto como en ese momento. Ella hizo lo propio y noté su aliento cálido en mi cuello. La separé y observé su rostro. Era tan bella que dolía mirarla.

—Rachel, ¿por qué no has envejecido? ¿Por qué estás igual que el primer día que te conocí? Estás preciosa…

Ella encogió los hombros y luego volvió a sonreír con más pena que alegría. Era una flor hermosa y solitaria en mitad de un erial.

—No lo sé. Creo que es una especie de "efecto colateral". Ellos lo provocaron cuando pacté para salvarme de Adrián y poder liberarme de su prisión en el sótano de mi casa. O quizás es la propia Cristina quien lo produce. Aunque no sé para qué te lo explico si no me crees.

Asentí despacio y besé sus labios. Ahora estaban más fríos. La fiebre iba pasando, como una estrella errante por el firmamento.

—Prometo creerte. Y prometo amarte todos los días de vida que me restan.

Ella suspiró. Sus ojos brillaron por la emoción y comenzó a llorar, otra vez.

—Toni —susurró—. Toni…

La abracé con fuerza de nuevo. Ella empezó a hablarme despacio al oído.

—Los *Aéreos* vendrán a buscarme en menos de dos años. Me dieron un plazo de veinte en 1985 para pagarles el favor que me hicieron. No sé qué querrán de mí. Y Adrián me sigue buscando, mientras tanto. Y no parará hasta encontrarme. Tengo mucho miedo. Ya no me quedan fuerzas para seguir escapando. Estoy agotada.

Mis brazos la apretaron aún más, como si así pudiera protegerla del mal que le aguardaba. Si su mente quería hacerle daño, yo estaría allí para ayudarle. Aunque fuera fingiendo que creía su historia.

—No dejaré que te ocurra nada, Rachel. Te lo juro. No lo permitiré jamás.

Estuve abrazándola mucho tiempo en silencio hasta que el doctor entró en la habitación y me dijo que era hora de marcharme. El tiempo de visitas había terminado.

***

—Señor Hernández, Rachel tiene varios problemas muy serios y aún no sabemos cómo afrontarlos —me dijo el doctor Valcárcel, sentados otra vez en su despacho—. Su caso exige una evaluación continua, porque es desconcertante. Llevo muchos años de carrera, pero este es el más apasionante reto al que me he tenido que enfrentar nunca, créame.

Me dije a mí mismo que me importaba poco la carrera del doctor y sus desafíos. Yo lo que quería era ver a Rachel sana y fuera de allí, viviendo conmigo. Libre de todo mal y de cualquier locura que acechara su cerebro. Yo le había contado al doctor la conversación que había tenido con ella y lo que me había confesado: sus temores a unos demonios que la perseguían desde hacía años.

—¿Cree que se recuperará y podrá salir pronto?

El psiquiatra hizo un gesto vago, que podía significar tanto que lo veía improbable como perfectamente posible.

—Aún es pronto para responder a esa pregunta. Pero una cosa me ha quedado clara: esa mujer lo reconoce a usted y es evidente que lo quiere. ¿Dónde la conoció, realmente?

Suspiré. ¿Por qué era todo tan complicado?

—Ya se lo dije. Yo era casi un chiquillo. Fue mi profesora en 1986. Me da igual si me cree o no. Comprendo que es difícil de aceptar. Yo mismo no puedo entender por qué no ha envejecido, pero le juro que es la verdad.

No contestó y se quedó mirándome con fijeza, evaluando si le decía la verdad o mentía.

—Hay algo raro en usted, señor Hernández.

—No le diré que no. Por favor, llámame Toni.

—¿Duerme bien?

—Ni bien ni mal: no duermo. Pero, por favor, estamos aquí para hablar de Rachel, no de mí. Ella es más importante que yo, en todos los aspectos. Dígame, doctor, ¿qué le pasa exactamente? Creo que le he demostrado que soy su única familia y que me preocupa lo que pueda sucederle. Puede confiar en mí al darme su diagnóstico. No voy a ir por ahí pregonándolo a los cuatro vientos.

El psiquiatra reflexionó unos segundos, valorando los pros y las contras. Al final asintió, convencido.

—Está bien. Supongo que tiene razón. Creemos que Rachel tiene un tipo de esquizofrenia de tipo psicótico-paranoide. Esa enfermedad le está provocando una amnesia considerable que podría derivar en un Alzheimer prematuro. Además, y lo que es peor, tiene un evidente trastorno de personalidad múltiple. Por eso se observan períodos de lucidez (como el que usted acaba de presenciar), pero incluso en estos períodos mantiene sus delirios. Necesita medicación diaria y mucha terapia ocupacional. Al margen de eso, el caso es especialmente complicado porque no podemos mantenerla aquí si ella no quiere. Usted debe convencerla para que permanezca.

—Ella insiste en marcharse —objeté.

Valcárcel sonrió.

—*Todos* los enfermos quieren marcharse, Toni. No hay ni uno que quiera quedarse aquí ingresado. Es lógico. Para ellos esto es como una cárcel. El problema no es que al salir hagan daño a alguien. Es que se lo pueden hacer a ellos mismos. Sería bueno que la visitara a diario y ella comprendiera que usted puede ser un apoyo fundamental para superar su enfermedad.

—Pero ella insiste en que no está enferma. Y también habla de que alguien la posee, a veces. Alguien que no es ella toma el control.

—Eso forma parte de su delirio. Tanto el hecho de negar su dolencia como el creerse poseída. Hay pacientes que llegan a reconocer que están enfermos y conviven con ello, admitiéndolo, y otros que nunca lo aceptan y se rebelan contra el diagnóstico. Rachel es de estos últimos. Pero le aseguro que lo está. Usted mismo acabará viendo los cambios en su personalidad si sigue visitándola. No se asuste cuando eso ocurra. Es algo normal dentro de su patología.

—Por supuesto que seguiré viniendo, doctor —contesté—. Y también iré a la policía para preguntar por su caso y ver si han avanzado algo en la investigación.

El médico asintió, me escribió en un papel el nombre del subinspector que se estaba encargando del tema y dio por zanjada la reunión. Nos levantamos los dos y salimos del despacho, rumbo a la salida. Él se detuvo en la puerta de la cafetería. Me estrechó la mano.

—Las horas de visita son siempre por la mañana, excepto los fines de semana en que cambia a las tardes. Espero verle por aquí a menudo, Toni. Le hará mucho bien a Rachel. Si no estoy yo mi enfermera le atenderá y le ayudará en lo que necesite para verla. A veces estará en los talleres, y otras en su habitación, pero siempre será bienvenido y le alegrará el día.

Le di las gracias varias veces y nos separamos allí: él para almorzar en la cafetería del hospital y yo para volverme andando al hostal. Mientras caminaba hacia mi destino tuve la extraña sensación de que todo lo que se estaba desarrollando era un sueño dentro de otro sueño. Tuve que pellizcarme fuerte en el brazo para convencerme de que estaba despierto y había sucedido de verdad. Había visto a Rachel, la había abrazado, me había contado sus miedos y el doctor me había explicado la gravedad de la situación. Sentía algo nuevo dentro de mí: expectación y curiosidad por ver cómo se iban desarrollando los acontecimientos. Decidí que iría a la policía esa misma tarde para preguntar por el caso de Rachel. Quizás aquello sirviera para arrojar algo de luz sobre el asunto y me ayudara a comprender lo que estaba sucediendo en la vida de la

persona más importante para mí.

# Intuition

Almorcé hacia las dos y media en el restaurante de la residencia. La comida era modesta, pero tampoco necesitaba más. Pastas, arroces, potajes, ensaladas y algo de carne y pescado era lo habitual, ya fuera a mediodía o por la noche. Nunca me quejé, ni por la calidad ni por la cantidad. Simplemente, la cocina de Rosa en Asturias había sido espectacular y no resistía las comparaciones con ningún sitio.

Después de tomarme un café de postre, me fui a la biblioteca y solicité el carnet de lector. Me dijeron que tardaría poco en estar listo y me emplazaron a recogerlo al día siguiente. Me marché a la comisaría de policía, dispuesto a sacar toda la información que me fuera posible conseguir.

Estaba situada cerca de los viaductos, en una zona semi-residencial de poco tráfico, edificios pequeños y junto al parque de Los Fueros. Lo bueno del tamaño de Teruel era que se podía ir andando prácticamente a cualquier sitio de la ciudad simplemente dando un paseo.

El edificio de la comisaría era de tamaño mediano, con dos alturas y planta baja. La fachada era de granito y ladrillo rojo. Tenía pintadas las ventanas y la puerta de azul y la bandera española colgaba flácida en un mástil, sobre el balcón del primer piso. Estaba flanqueado por pivotes en el suelo que impedían el estacionamiento de vehículos cerca. En la acera contraria había varios coches de policía aparcados. Se notaba a distancia que era un lugar tranquilo y poco acostumbrado a los conflictos de las grandes ciudades.

Crucé el umbral y me dirigí directamente al mostrador de la entrada. El lugar estaba en penumbra y sólo se oían conversaciones lejanas en algún despacho. Una mujer joven vestida de uniforme me preguntó en qué podía ayudarme. Le pregunté por la persona que llevaba el caso de Rachel, un tal Sebastián Rojas y le informé de que el psiquiatra del Hospital San Juan de Dios me había recomendado que hablara con él.

Me pidió mi nombre, me indicó que esperara y levantó un teléfono de líneas interiores. Habló con alguien y le contó mi petición. La conversación duró apenas unos segundos. Instantes después colgó y me indicó que podía pasar al final del pasillo. El despacho de Rojas era el último, a la izquierda.

Golpeé una puerta con el marco de cristal y me dieron permiso para entrar al momento. Lo hice y me encontré con un tipo de

aspecto serio, de unos cuarenta años, con barba bien cuidada y entrecana y vestido de paisano. Olía a humo viejo de tabaco y sudor rancio. Me saludó, se presentó y me invitó a sentarme frente a él. Después, él mismo tomo la palabra.

—Me ha dicho mi compañera que viene de parte del doctor Valcárcel por el tema de la chica que encontramos perdida y está ingresada en el psiquiátrico —buscó entre una montaña de papeles —. Una mujer inglesa. Rachel…

—…Weiss —terminé yo—. En realidad no es inglesa, sino española.

Me miró y frunció el ceño.

—¿La conoce?

Asentí varias veces antes de contestar.

—Sí, fue mi profesora de instituto hace muchos años, cuando yo era adolescente y vivía en el sur.

El subinspector compuso una mueca circunspecta.

—Pero es una mujer joven… ¿Seguro que es la misma?

Sonreí para tratar de quitar hierro al asunto.

—No sabemos cómo, pero se conserva a la perfección.

—¿Y no podría ser su hija? —aventuró.

Simulé reflexionar un par de segundos. Una de las cosas que me había narrado Rachel era su incapacidad para ser madre, después del pacto que había hecho con los demonios *Aéreos.* El problema era darle o no credibilidad a ese relato. Si no se la daba, admitía que estaba loca. Si lo hacía, la opción era aún más terrorífica.

—No podría asegurarlo al cien por cien, pero juraría que no tiene hijos.

El policía suspiró dispuesto a despachar el asunto en pocos minutos. Me dio la impresión de que era un tema que no le quitaba especialmente el sueño. Al fin y al cabo… ¿cuál era el problema? ¿Una loca que había aparecido en la ciudad y que estaba en el manicomio? ¿Qué más daba? Cada día aparecían y desaparecían cientos de personas en el país. Era parte de la vida. Casi nunca las echaba de menos nadie. El mundo estaba lleno de personas solitarias y perdidas. Iban y venían, cambiaban de nombre, de ciudad, de país… o directamente morían sin que ningún alma caritativa rezara una oración por ellas.

—Bien, señor Hernández. Dígame en qué puedo ayudarle. Aunque tengo la impresión de que si la conoce, quizá sea usted quien pueda ayudarnos a nosotros…

Se levantó para acercarse a una cafetera eléctrica situada en el poyete de una ventana. Me preguntó si quería y se lo acepté. Volvió con dos vasos de plástico llenos hasta arriba de un líquido negro con un vago parecido al café. No me ofreció azúcar ni leche y yo

tampoco se lo pedí. Sorbí con cuidado. Estaba tibio y sabía a infiernos. Nunca había probado algo tan asqueroso. Llamarlo café era insultar a Colombia entera. Dejé el vaso con cuidado en la mesa del subinspector.

—En realidad, quería saber todo cuanto pudieran decirme sobre ella. Tuvimos un asunto, pero aquello no cuajó por problemas de edad (yo era menor). Decidí buscarla años después, pero le perdí la pista en Asturias. Ahora la he encontrado aquí, aunque no sé cómo llegó ni cuándo.

El policía entrecerró los ojos, bebió del café e hizo una mueca de desagrado al bajarlo por la tráquea.

—Cuando dice "un asunto"… ¿se refiere a que tuvieron una relación amorosa?

Asentí sin la menor vergüenza. Aquello había pasado a mejor vida. Ya le había contado mis cosas a todo el mundo. Me daba igual lo que pudieran pensar de mí. Si me querían juzgar o querían juzgar a Rachel, que lo hicieran.

—Pero si usted era menor, ella pudo incurrir en un delito. No me malinterprete. Hoy día estaría más que prescrito. Sólo constato un hecho, no entro a valorarlo a estas alturas.

Me tocó a mí suspirar.

—La verdad es que ella cortó aquello de raíz. Siempre trató de protegerme. Sabía que era algo ilegal e inmoral. Pero yo la quería. Y ella a mí, por eso lo hizo.

Lo cierto era que también había tratado de protegerme de aquellos que la perseguían, pero me abstuve de comentar este punto. El inspector asintió y meditó durante unos segundos mis palabras. Luego tomó la iniciativa.

—Apareció por aquí el año pasado, unos días antes de Navidad. Unos chicos se acercaron a la comisaría para informarnos de que en el parque había una mujer que hacía y decía cosas raras. Una patrulla se acercó a comprobarlo y la encontró cerca del kiosco de las bebidas y chucherías. Al principio pensaron que estaba borracha o drogada, pero luego llegaron a la conclusión de que simplemente estaba como una cabra.

Fruncí el ceño y el policía se dio cuenta de que podía ofenderme su manera de describirla.

—Disculpe la vulgaridad de mi lenguaje, no pretendía incomodarle. Lo que quiero decir es que la chica no se encontraba en sus cabales. Era evidente. Hablaba sola y miraba horrorizada a su alrededor. A veces se tiraba del pelo y no dejaba que nadie se acercara. Estaba claro que necesitaba ayuda. Nos costó una barbaridad hacernos con ella. Mordía como un perro rabioso. Uno de los oficiales acabó en urgencias con una dentellada en la muñeca

que se le infectó.

Rojas hizo un alto en el relato y se ventiló de un trago el resto del café. Hizo el mismo gesto que si hubiera ingerido alcohol de 90 octanos.

—Pasó la noche en el calabozo de la comisaría. Estuvo gritando como una bruja enloquecida hasta el amanecer. No paraba de repetir: "¡Abridme, o él acabará conmigo y con todos vosotros, estúpidos! ¡Tengo que salir de aquí y escapar lejos!"

*Adrián*, pensé.

—¿A quién se refería? —pregunté.

El policía se encogió de hombros.

—¿Cómo demonios quiere que lo sepa? A saber las ideas que se esconden en la mente de esa perturbada. Igual era alguien con quien había tenido problemas en el pasado o se trataba de su imaginación, no lo sé. El caso es que estuvo chillando durante horas, hasta que se quedó ronca. Se durmió por puro agotamiento y llegamos a la conclusión de que debíamos hablar con los médicos del Psiquiátrico, porque no se trataba de ninguna borracha inofensiva. Necesitaba tratamiento adecuado de manera urgente.

Asentí despacio, imaginando la escena. Pobre Rachel. Pobre amor mío, desquiciada, durmiendo en los calabozos. Maldije a aquella comisaría entera por no haberla llevado desde el principio al hospital, como requería su estado.

—Así que hablaron con el doctor Valcárcel y la ingresaron…

El tipo encendió un cigarrillo y expulsó el humo en seguida. Me pareció más un detective privado de tres al cuarto, actuando en una mala película de cine negro, que un subinspector encargado de un caso que me atañía directamente y que a él le importaba un bledo.

—Era lo único que podíamos hacer. Antes de llevarla la interrogamos. Parecía que se había calmado, pero seguía dando síntomas de estar desorientada y desequilibrada. Las respuestas no eran coherentes, pero logramos entender que había llegado en un tren desde el norte. Según ella huía de alguien, pero se negó a darnos su nombre. Decía que no podía nombrarlo o "él" la encontraría. Pensamos que podría tratarse de algo relacionado con malos tratos o violencia doméstica, pero ella lo negó de manera categórica. De hecho, físicamente se le veía sana, excepto por las uñas y el pelo que los tenía destrozados. Pero eso era un daño que ella se autoinfligía; nosotros mismos vimos cómo se comía las uñas. Y se pegaba tirones del pelo sin parar. Supongo que todo era producto de los nervios. Además estaba muy delgada, pero tampoco nos pareció que estuviera desnutrida.

Saqué un *Lucky Strike* y le ofrecí otro al poli, que lo aceptó, encendiéndolo con la colilla del suyo. Debía ser un fumador

empedernido. Encendí el mío.

—¿Y sus documentos? ¿DNI, carnet de conducir, tarjetas de crédito? —pregunté.

Rojas negó con la cabeza, enfatizando el mensaje.

—No tenía absolutamente nada, ni siquiera un triste bolso. Lo único que llevaba era el ticket del tren, aferrado y arrugado en la mano. Ni un teléfono móvil, ni un reloj, ni una joya encima… Y por supuesto, no tenía ni un duro. Sólo la ropa que llevaba puesta encima, que tampoco era mucha, por cierto. A finales de diciembre hace un frío terrible en Teruel. Ella no iba lo suficientemente abrigada. Lo extraño era que no hubiera cogido una pulmonía. La semana anterior ya habíamos tenido las primeras nevadas de la temporada.

Sentí una tremenda angustia por su sufrimiento y soledad. Casi pude imaginarme su tristeza y desesperación como algo propio.

—¿Usted no es de por aquí, verdad? —inquirió el policía arrugando el entrecejo.

—No. Ya le dije antes que soy del sur. Pero casualmente yo también vengo del norte. He estado viviendo en Oviedo desde finales de enero, buscándola a ella.

—Espero que comprenda que necesito corroborar esos datos. Debe facilitarme teléfonos y direcciones de donde ha vivido. Es pura burocracia. Sólo se trata de descartar que tenga algo que ver con el mal que alguien ha causado en esa mujer. No se ofenda, ya le digo que es el protocolo habitual. Y déjeme también su número de teléfono móvil, por si tengo que ponerme en contacto con usted.

Sonreí, comprensivo.

—No se preocupe, no me ofendo. Creo que le bastará con preguntar al doctor Valcárcel sobre la reacción de Rachel al verme. Lo primero que hizo fue abrazarme. Y en la pensión Romero, de Oviedo, pueden confirmarle las fechas en las que estuve allí. También creo que le hablarán bien de mí.

El subinspector apuntó en una libreta el teléfono que le facilité de la pensión y el mío propio y asintió con una sonrisa sardónica en los labios. Cuando terminó de escribir, me miró sin dejar esa mueca odiosa en ningún momento.

—En realidad, yo pienso bien de todo el mundo. Es la gente la que se empeña en defraudarme con sus actos y me obliga a enfadarme de verdad…

***

Cuando salí de la comisaría era aún media tarde y el sol empezaba a descender entre las montañas. Crucé el viaducto viejo y

me fui a dar un paseo por el casco antiguo para tratar de ordenar mis ideas. Llegué a la plaza de la catedral, me senté en uno de sus bancos y encendí un cigarrillo. Necesitaba encontrar un trabajo para mantenerme y poder pagar la estancia en el Seminario. Me quedaban unos mil cuatrocientos euros que volarían si no lograba encontrar un empleo. Y era preferible que fuera un trabajo de turno de tarde o nocturno, y así tener las mañanas libres para visitar a Rachel. No quería dejar ni un solo día sin ir al hospital a verla. Mi prioridad era estar con ella la mayor cantidad de tiempo posible. Era necesario que me contara lo que había pasado en esos años en los que no nos habíamos visto, para intentar comprender lo que sucedía de verdad.

Bajé por uno de los callejones desde la plaza del *Torico* hacia una de las torres mudéjares: la del Salvador. Era muy alta y estaba enclavada en mitad de la calle. Bajo ella un arco permitía el paso del tráfico rodado. Entré por unas escaleras laterales y pagué la entrada para subir. Apenas había turistas a esas horas tardías. Me costó un buen esfuerzo llegar a lo alto, porque los escalones eran altos y empinados. Las vistas desde arriba eran espectaculares. Podía verse toda la ciudad, como en un lienzo: los tejados, los edificios históricos, las montañas y las llanuras aragonesas al fondo, las carreteras que llevaban a Zaragoza y Valencia… Sentí una intensa paz allí arriba, oyendo el pulso lejano de una ciudad tranquila, con rutinas de pueblo, poco tráfico, saludos entre vecinos y trabajos sosegados. Una ciudad que parecía estar hecha para venir a ella a descansar el espíritu agobiado, como un santuario de calma y silencio.

Cuando descendí, entré en una cafetería-pub que estaba adosada a los bajos de la torre y fusionada con ella. Una enorme cristalera la unía al monumento, dando la sensación de continuidad en la visita del edificio. Me senté en un taburete junto a la barra solitaria. Unos cuantos parroquianos, la mayoría turistas, estaban sentados en las mesas. Una camarera bajita y agradable me preguntó qué deseaba y pedí una cerveza Ámbar en botella. Me la sirvió y me puso unos frutos secos para picar algo. Cogí un periódico y vi que era el *Diario de Teruel*. Le eché un vistazo sin mucho interés a los titulares. Las noticias eran de poca importancia y relegadas al ámbito local, en su mayoría. Casi sin darme cuenta, llegué a la sección de anuncios por palabras de compra venta y empleo. Revisé por si hubiera algo que pudiera interesarme y llegué a uno que me llamó la atención:

*Se necesita personal en Pub Irlandés "Flanagans", en calle Ainsas, 2, junto a la iglesia de San Pedro y Mausoleo de Los Amantes. Sueldo y horarios a convenir. Interesados diríjanse al local y pregunten por Juan en horario de mañana.*

Aunque nunca había trabajado en la hostelería, supuse que ese trabajo podía ser tan bueno como cualquier otro. Necesitaba un sueldo que me permitiera seguir cerca de Rachel, ni más ni menos. Se me ocurrió que podría preguntar a la camarera de esa cafetería. Seguro que conocía a la competencia perfectamente. Como era jovencita, decidí llamarla tuteándola.

—Disculpa…

Estaba sacando tazas de un lavavajillas y colocándolas en fila encima de la cafetera, para que el propio calor de la máquina las secara. Se volvió hacia mí con una sonrisa radiante en la cara. Me fijé en ella. Era muy bonita. No tendría más de veintidós o veintitrés años. Tenía el pelo cobrizo y rizado y la tez blanca. Sus ojos, de un color azul claro, brillaban inteligentes y burlones.

—Estás disculpado. Dime.

Le mostré el anuncio del periódico y le dije que estaba buscando trabajo.

—¿Qué puedes decirme de este sitio? —pregunté.

Asintió, leyendo el texto de la oferta y me devolvió el diario.

—Sí, el pub *Flanagans*. Tiene muy buena fama en la ciudad. Estuve a punto de trabajar con ellos, pero al final no cuajó la cosa y acabé aquí, montando mi propio negocio. Es un local precioso. Está situado por encima de la plaza del *Torico*, en los callejones que suben a la derecha. El local propiamente dicho está en un edificio antiguo. Del siglo XVII, creo. La decoración es espectacular. Tiene dos plantas, una barra enorme y un pequeño estrado donde actúan bandas de rock and roll y blues los fines de semana. Dicen que tienen una de las mejores colecciones del mundo relacionadas con el grupo U2: guitarras, fotos, autógrafos, etc…

Encendí un pitillo y le ofrecí uno a ella, pero lo rechazó, con un movimiento de cabeza.

—¿Son gente de fiar?

Asintió y sonrió.

—Lo son. Gente seria y formal. ¿Tienes experiencia en este tipo de trabajos?

Expulsé el humo y negué.

—Me temo que no.

Ella sonrió. Cogió una bayeta y frotó la barra, más por costumbre que por verdadera necesidad.

—No es ningún problema. Se aprende rápido, si eres despierto. Son tareas rutinarias y simples. Lo que ocurre es que te ofrecerán menos dinero que si fueras un profesional, ¿comprendes? Y suelen ser muchas horas de pie, tras la barra. Se puede decir que es un trabajo duro, pero sencillo. No sé si me explico bien.

—Perfectamente —respondí sonriendo—. Mañana me pasaré por

allí y solicitaré ese empleo.

—¿Vives en Teruel? —preguntó—. No pareces de por aquí.

Di un largo trago a la Ámbar. Estaba fría y deliciosamente amarga. Todo el mundo me hacía la misma pregunta: mi acento me delataba.

—Me hospedo en el Seminario. Me ha traslado a Teruel para resolver unos asuntos. Necesito trabajar, porque no sé el tiempo que me llevará solucionarlos. Y no, no soy de aquí. Soy andaluz.

Sonrió y me tendió la mano.

—Bonita tierra. Bienvenido a la *Ciudad de los Amantes*. Me llamo Isabel, aunque todo el mundo me llama Isa.

La estreché y casi se perdió entre la mía. Era pequeña como la de una niña.

—Yo soy Toni. Gracias. ¿Qué es eso de la *Ciudad de los Amantes*? ¿Alguna leyenda?

Ella hizo un mohín con la cara que me resultó encantador.

—¿Leyenda? Ni de coña. Ocurrió de verdad. Los amantes fueron Diego e Isabel, una especie de *Romeo y Julieta*. De hecho, se sospecha que Shakespeare se basó en los Amantes de Teruel para escribir su propia obra de teatro. ¿Quieres saber lo que pasó?

Sonreí y terminé la cerveza. ¿A quién no le gusta escuchar una buena historia de labios de alguien que sabe contarla bien?

—Por supuesto. No tengo nada mejor que hacer.

Isabel sacó dos cervezas más del botellero que había junto al lavavajillas. Las abrió y me dio una. Ella se quedó con la otra. Antes de darle un trago la levantó hacia mí.

— A ésta invita la casa. Salud —dijo.

La entrechoqué con la suya y el sonido que produjo el vidrio fue tan alegre como una campana el día de una boda. Le di las gracias y sonreí.

—Salud —respondí, repitiendo el rito ancestral.

Bebimos los dos y la camarera puso otro plato de cacahuetes y almendras tostadas para compartirlo conmigo.

—Esto no lo hago con todo el mundo, no te vayas a pensar… Simplemente, me has caído bien.

Enarqué las cejas y me eché a reír. Yo solía caer bien habitualmente, pero nunca supe por qué.

—¿Te refieres a invitarme a una cerveza o a contarme la historia que me vas a contar?

Isabel también rio y se echó unas almendras a la boca.

—Me refiero a las dos cosas.

Bebimos otra vez. Ella apoyó los codos en la barra y se acercó a mí. Me miró y sonrió, mientras masticaba. Me incomodó un poco y para disimular, saqué otro cigarrillo.

—Eso te matará algún día, ¿lo sabías?

Sonreí y prendí el *Lucky* con la llama del encendedor que me había traído de Oviedo. Aún le duraba el gas.

—Lo sé, pero no será hoy. ¿No fumas?

Negó con la cabeza.

—Me he quitado. Y tú deberías hacer lo mismo. El tabaco es una mierda y encima es carísimo.

—No puedo estar más de acuerdo —dije expulsando el humo de mis pulmones.

—Aprovecha. Pronto prohibirán fumar en los bares. Ya lo han hecho en media Europa.

No respondí. Me pareció algo lógico, sin más. Bebió de su cerveza y yo de la mía.

—Bueno, ¿quieres escuchar esa historia o no? No tengo toda la noche. En algún momento tendré que cerrar y recoger todo esto.

Miré alrededor. El lugar se estaba quedando vacío y afuera había oscurecido.

—Por favor —contesté—. Será un auténtico honor escucharla.

Me miró sonriendo y terminó su cerveza. La dejó en una caja semi vacía de botellas retornables y siguió picoteando entre los frutos secos.

—Allá voy: La historia se remonta al siglo XIII. Había en Teruel un rico mercader que tenía una hija bellísima de nombre Isabel de Segura. Tenía unos quince años. Un día se enamoró de un joven, en el mercado. El joven se llamaba Diego de Marcilla.

—¿Como el café? —pregunté sonriendo.

—Muy gracioso. Sí, como el café. No me interrumpas más o te dejaré sin historia.

—Está bien. Continúa, por favor. Prometo estar callado.

Ella me miró, valorando si debía fiarse o no. Debí ganarme su confianza porque siguió hablando.

—Bien, el caso es que Diego e Isabel se enamoraron, como dos tortolitos. Él le propuso a ella casarse. Isabel estuvo de acuerdo, pero le dijo que no lo haría si sus padres no lo aprobaban. Por desgracia, Diego no era rico y su padre le puso trabas al asunto. Quería que su hija se casase con alguien con más “posibles”. Diego le propuso a Isabel que, ya que el problema era la falta de dinero, marcharía lejos a conseguirlo. Se fijó un plazo de cinco años para regresar más tarde con él y le preguntó si lo esperaría durante ese período de tiempo. Ella le prometió que lo esperaría, aunque surgieran otros pretendientes.

»Así que Diego se fue a pelear contra los moros y consiguió ganar mucho dinero como soldado. Mientras tanto, el padre de Isabel no paraba de insistirle a su hija para que se casara, porque ya

estaba en edad de hacerlo y no dejaban de surgirle ricos pretendientes que querían desposarla. Ella logró convencer a su padre de que había hecho voto de virginidad hasta los veinte, alegando que hasta esa edad una mujer no estaba preparada para llevar una casa y gestionarla bien.

»Pero el tiempo pasaba y Diego no regresaba. Cuando se cumplieron los cinco años, su padre le preparó una boda con un pretendiente adinerado y poderoso. Isabel, creyendo que su enamorado habría muerto en la batalla, accedió a casarse. Pero el mismo día de la boda, Diego se presentó en la ciudad. Observó la ceremonia en la distancia, sin intervenir, pero esa misma noche logró colarse en la habitación donde dormían los recién casados. Despertó a Isabel y le susurró: "Bésame, Isabel". Pero ella se negó, alegando que ya estaba casada y había sido así por la voluntad de Dios. Diego le repitió: "Bésame, Isabel, o me moriré". Ella contestó: "No quiero". Y al instante, Diego de Marcilla, cayó muerto.

»Ella empezó a llorar y despertó a su marido para contarle lo que había sucedido. Él le dijo: "¡Malvada! ¿Por qué no le has besado?" Y ella contestó: "Por no faltar a mi marido". Él respondió: "Ciertamente, eres la mejor esposa que un hombre podría tener".

»Pero el marido empezó a hacer cábalas y a pensar que todo el mundo pensaría que lo habría matado él. Acordaron llevárselo en secreto a la iglesia de San Pedro, para enterrarlo al día siguiente. Isabel no paraba de pensar en cuánto la quería Diego y en cómo había muerto por negarle un beso. Se sentía culpable así que decidió besarlo antes de que le dieran sepultura, sin que nadie se enterase. Así que se acercó al difunto, le levantó la mortaja y lo besó tan profundamente como si estuviera vivo. En ese instante, cayó muerta. El marido, que lo había visto todo, comprendió cuánto se habían amado Diego e Isabel y mandó enterrarlos juntos, para que permaneciesen así por toda la eternidad…

Se calló, observando mi reacción. Sonreí.

—¿Ya?

Isabel también sonrió.

—Ya.

—¿O sea que no hubo final feliz, ni comieron perdices?

Ella resopló, como si estuviera hablando con un retrasado.

—¿Cómo va a haber final feliz? ¿No te he dicho antes que Shakespeare se basó en esta historia para escribir *Romeo y Julieta*? Es una tragedia, hombre. No hay finales felices en las tragedias. Son casi…como la vida misma.

Reí y puse las palmas de mis manos hacia arriba, en señal de paz.

—Vale, vale… Entonces, ¿los hechos ocurrieron de verdad?

—Exacto. Puede que los detalles hayan sido modificados un poco con el paso de los siglos, pero en esencia, son ciertos. Las dos momias de los amantes están expuestas a la vista del público en el Mausoleo de los Amantes, junto a la iglesia de San Pedro. Te aconsejo que les eches un vistazo. Hicieron un par de estatuas preciosas de ellos encima de las urnas en las que están los verdaderos Diego e Isabel. Se les ve rozando sus manos, como una alegoría del amor que no se pudieron tener en vida, pero que les unió en la muerte.

Terminé mi cerveza y me levanté del taburete. Saqué la cartera y puse un billete de diez euros en la barra.

—Es una bonita historia de amor —concedí—, aunque un poco triste.

Ella cogió el billete y lo introdujo en la caja. Me devolvió el cambio en un platito metálico. Como había prometido, sólo me había cobrado una de las cervezas. Cogí las monedas y dejé un euro de propina, por el servicio especial de cuenta cuentos.

—Las mejores siempre lo son. No sé por qué, pero suele ser así. Hace unos años que se celebra una fiesta en Teruel basada en la historia de los Amantes, en febrero. Se hace una representación por la ciudad, con actores que interpretan a los protagonistas. Deberías verla el año que viene, si es que aún sigues por aquí.

Guardé la cartera y me puse la cazadora, abrochándola bien. El anochecer primaveral en Teruel era traicionero. El local estaba vacío a excepción de nosotros dos.

—Te prometo que lo haré —contesté—. Ha sido un placer conocerte. Te dejo para que termines tu jornada en paz.

Ella sonrió.

—Espero que consigas ese trabajo. Y que vengas por aquí de vez en cuando.

—Lo haré. Gracias por la cerveza y la historia. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, Toni.

Salí al exterior y caminé por las callejuelas turolenses, apenas transitadas a aquellas horas y en un día laboral. Hacía un viento desagradable y frío. Me fui directo al Seminario atravesando varias plazuelas solitarias. Al entrar en el edificio noté el calorcito de la calefacción en la recepción. Pedí la llave y subí a mi habitación.

Me di una ducha, mientras pensaba en la tarde tan extraña que había pasado. La conversación en la comisaría no me había despejado grandes dudas; si acaso las había aumentado. Lo cierto era que no tenía demasiada confianza en que el subinspector Rojas lograse averiguar algo verdaderamente importante de Rachel: ni de lo que había ocurrido antes de que llegara a la ciudad, ni de por qué había aparecido así, sin nada más que la ropa que llevaba puesta y

delirando. Ese asunto estaba en punto muerto.

En cuanto a mi posterior visita a la torre y la cafetería de Isabel, debía reconocer que me había divertido. Me había gustado conocerla a ella y también conocer la historia de los Amantes de Teruel. Sí, me lo había pasado bien. Entonces… ¿por qué me sentía tan mal? ¿Por qué me sentía culpable? Reflexioné y llegué a la conclusión de que me sentía culpable porque Rachel estaba ingresada en el Psiquiátrico, sufriendo quién sabía qué clase de enfermedad o alucinación, y yo en cambio, me lo había pasado genial y había conocido a una chica simpática y agradable. Era como si la estuviera traicionando de alguna manera retorcida y extraña. Yo no podía estar bien si ella estaba mal, era así de claro. Mi mente y mi corazón se negaban a disfrutar si no era con Rachel. Noté una intensa oleada de desesperación y tristeza igual a la que había sentido el día anterior, en el parque de Los Fueros.

Me sentía abrumado, apesadumbrado, con un peso que me agobiaba y acababa con mis fuerzas. Sin poder evitarlo, comencé a llorar en silencio bajo la ducha. Las lágrimas acabaron mezclándose con el agua y se llevaron parte de mi pena por el sumidero. Me sentí tan cansado como un anciano que está viviendo sus últimos días y sabe que el final se acerca. Me dejé caer en el plato de ducha, mientras notaba los chorros de agua caliente golpear mi cabeza y mi espalda. Estuve así durante un buen rato, como desconectado de lo que sucedía a mi alrededor. Ajeno al hecho de que el tiempo pasaba en el reloj. No sé cuánto pasó hasta que me incorporé de nuevo y cerré el grifo de la ducha. Sentí un frío intenso y no fue sólo en mi piel. Pude apreciarlo *por dentro*. Igual que esas intuiciones que parecen llegar en el momento más inesperado y nos llenan de un temor irracional.

Salí del cubículo de la ducha y me sequé a conciencia, mirándome en el espejo. No me reconocí. Ese no era mi rostro. Estaba cambiado: macilento, arrugado y gris. Un cansancio sin límites parecía traspasar la expresión de mi cara desde el reflejo. Yo no podía ser aquella persona que se estaba secando el cuerpo. Mis ojos no eran tan tristes, no tenían esa expresión de desesperación tan brutal. Yo no podía mirar así, con esta total ausencia de esperanza. Aquella no era mi mirada. Era la de alguien que ya se había dejado alcanzar por la muerte y caminaba sólo por la fuerza de la costumbre, esperando tan sólo que su corazón dejase de latir y el encefalograma de su cerebro mostrase una línea plana, sin sobresaltos, con un pitido uniforme que confirmase el fin. Mi rostro era el de un fantasma que por algún extraño sortilegio lograba solidificarse en el aire, volviéndose corpóreo durante un corto período de tiempo. ¿Cuánto más duraría esta imagen sólida?

¿Cuándo tornaría a desaparecer del todo? ¿Cuánto tiempo me quedaba?

Me acosté con la firme convicción de que esa noche sí que dormiría. Mi cuerpo y mi mente lo necesitaban sin la menor dilación. Era un hecho incontestable: debía dormir. *Necesitaba dormir*. Era un deseo que tenía que hacer realidad o acabaría volviéndome loco. *Sí*, me dije. *Voy a dormir.*

Por desgracia, me equivoqué.

Bajé a desayunar temprano. Me vestí con el chándal, listo para salir a correr. Tuve que tomarme un café especialmente cargado para conseguir que mi cerebro no se fusionara en un cortocircuito de sinapsis sobrecargadas. Sólo había dormido una media hora, al amanecer. Luego, vuelta a empezar: los ojos abiertos como los de un búho y mi mente funcionando a todo gas, revolucionada como el motor de un coche de carreras.

Decidí que debía recuperar la costumbre de correr que había desarrollado en Asturias. El ejercicio era lo único que me permitía sentirme anclado al mundo, como una especie de hilo de Ariadna invisible a los ojos pero cierto como el sol que salía cada día. Correr me hacía sentir vivo: escuchaba mi corazón latir y lo notaba palpitar en mis sienes. Los músculos respondían estirándose y encogiéndose; cumpliendo su función sin quejarse. Notar el frío de la mañana me hacía forzar la máquina para entrar en calor y recuperar el aliento.

Corrí por toda la ciudad bordeándola por la Ronda de Ambeles, una especie de circunvalación que pasaba junto a lienzos de la vieja muralla bajo un antiguo acueducto y recorría extensas zonas de viviendas residenciales, llenas de árboles, parques infantiles e hipermercados. Me crucé con muchos otros que hacían la misma ruta que yo, tanto en grupos pequeños como en solitario. Escuchaba mi música a todo volumen en los auriculares como una terapia personal contra mi permanente desidia. La música me ayudaba a vivir, igual que el oxígeno que respiraban mis pulmones.

Después de la carrera volví al hostal, me duché y me puse ropa de abrigo, porque el día se presentaba muy frío de nuevo. Mi intención era ir primero al hospital y después, si me daba tiempo, acercarme al pub *Flanagans* para solicitar el empleo que ofrecían.

Llegué al psiquiátrico sobre las diez. Anuncié en información que quería visitar a Rachel y la chica del día anterior llamó a la enfermera que me había facilitado las cosas, haciendo de intermediaria entre el doctor y yo. Me saludó con la misma sonrisa de la otra vez y me dijo que Rachel estaba haciendo unos talleres ocupacionales en la sala destinada a ello. Se presentó como Julia y me rogó que la acompañara.

—Quería darle las gracias por convencer al doctor Valcárcel de que me dejara ver a Rachel —le dije mientras caminábamos por los pasillos—. Ayer no tuve la oportunidad de decirle nada.

—No hay de qué. Estamos para ayudar —contestó sin dejar de sonreír.

Tomamos el ascensor y subimos a la segunda planta. Entramos en una sala enorme, llena de pacientes que participaban en juegos sencillos. Algunos tenían piezas de rompecabezas que intentaban ordenar sin demasiado éxito. Otros componían figuras distintas con piezas parecidas a las de los juguetes de los niños, de colores chillones y llamativos. Había grupitos de hombres y mujeres con el rostro concentrado en juegos de cartas o dominó, y a veces, se oía algún comentario entre ellos, como un rasgo de normalidad impostado. Una enfermera iba pasando de un grupo a otro, asegurándose de que todo estaba bien y ayudando a quien lo necesitaba.

Se respiraba en aquella atmósfera un ambiente de soledad, a pesar de estar todos juntos. Y una infelicidad subterránea mucho más evidente que cualquier enfermedad que padeciera cualquiera de aquellos desdichados personajes. Caí entonces en la cuenta de que la frase "talleres ocupacionales" no era más que un simple eufemismo para referirse al hecho de que había que mantener entretenidas a aquellas personas que estaban en un limbo del que pocas lograban salir.

Vimos a Rachel sentada en una mecedora junto a un ventanal por el que entraban los rayos del sol. Estaba leyendo un libro. La luz le daba en la parte derecha del rostro, que mantenía sereno y concentrado en la lectura. Una vez más, sentí que su belleza me dejaba sin respiración durante un segundo. Era como un querubín que estuviera de visita en la Tierra experimentando el cuerpo físico.

Antes de que hubiéramos dado unos pasos, Julia me detuvo y se dirigió a mí. Me hizo sentarme junto a ella en una mesa vacía y bastante alejada de Rachel. Comprendí que lo que me iba a decir no era nada bueno por la manera en que me miró. Cuando se dice una mala noticia, la mirada siempre delata al mensajero.

—Toni… debes saber algo. Rachel está en otra de sus fases. Lo llamamos "estar fuera". Hoy no reconoce a nadie, ni siquiera a sí misma. Está en uno de sus estados depresivos y su mente se desconecta de la realidad. Lo hace para protegerse, como una especie de defensa interior.

Mi corazón se aceleró por el miedo que sentí a que no me reconociera. Tragué saliva y mi voz apenas salió de mí.

—¿Está amnésica? —pregunté, sabiendo ya la respuesta.

La enfermera asintió con una sonrisa triste y comprensiva.

—Sí. A veces le dura varios días, incluso semanas. Otras, sólo unas horas. Hay cosas que recuerda a la perfección y otras que no. Lo peor de todo es que se "reinicia" cuando la padece y no recuerda

nada de lo que hizo la vez anterior. Como si hiciera borrón y cuenta nueva. Es una especie de "amnesia selectiva". Su mente se aferra a lo que no le hace daño. Tienes que tener paciencia con ella, ¿de acuerdo? Trata de hablarle con tranquilidad. Ten en cuenta que no te va a reconocer. No entenderá que le hables de amor ni de cariño, porque simplemente no lo recordará. Trata de ser comprensivo y hablarle con suavidad para que no se excite. Cuando está así le hace mucho bien leer. Ella misma nos pide los libros. En el hospital hay una pequeña biblioteca que hemos ido juntando entre todos: profesionales, pacientes y acompañantes. De vez en cuando nos pide algún título y si lo tenemos, se lo facilitamos.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Quiere decir que tengo que hablarle como un extraño? ¿Como si yo tampoco la conociera?

La enfermera me puso una mano en el hombro y lo apretó con suavidad. Sabía cuánto sufrían los familiares de los pacientes; sabía cuán duro puede hacerse visitarlos y que ni siquiera sepan tu nombre.

—No exactamente. Puedes decirle quién eres y cuál es vuestra relación, pero sin forzar demasiado. Se trata de que esté tranquila y relajada, ¿comprendes? Si tratas de hacerle entender algo a la fuerza o darle demasiada información de golpe, se cerrará en banda. E incluso puede llegar a ponerse agresiva.

Me quedé con la boca abierta. Luego la cerré temblando.

—¿Se pone agresiva? —repetí más para mí mismo, que para Julia.

La enfermera asintió.

—Gracias a Dios, no lo hace muy a menudo, pero de vez en cuando hay que ponerle sedantes. Hay tres personalidades dentro de ella. Por una parte está la Rachel "real", es decir, aquélla que es consciente de sí misma, pero que ha inventado unos delirios en los que insiste en que unos demonios la persiguen y quieren llevarla con ella. Cree que hay dos encarnados en personas que van a matarla. Y que los que se la quieren llevar, son aquellos con los que pactó para librarse de los dos que la quieren matar.

Sentí un escalofrío bajar desde la base de mi nuca, por toda la columna vertebral. *Carlos y sobre todo, Adrián*, pensé.

—Esa es, digamos, la Rachel más "normal" (dentro de su enfermedad, claro está). Es la que más tiempo domina su mente. Es su "yo". Su "ego". Su consciencia. En otras ocasiones está la Rachel que vas a ver ahora, la amnésica, a veces casi catatónica. Se refugia en ese estado cuando ya no puede soportar más tiempo la realidad. Además, a veces se infantiliza y después vuelve a mostrarse adulta. Es una especie de "intermedio". Una tregua, un descanso de sí

misma y de las alucinaciones que atormentan su mente.

Tuve miedo de preguntar, pero lógicamente tuve que hacerlo. No me quedó más remedio.

—¿Y la última?

Julia suspiró. Era una mujer extraordinaria. Una enfermera que realmente se preocupaba por sus pacientes, con un alto grado de empatía y vocación por su profesión.

—La tercera es la que más miedo nos da, aunque es la menos habitual. Le ocurre quizá un par de veces al mes, aunque últimamente va en aumento. Se convierte en otra persona. Dice llamarse Cristina y ser un *súcubo*. Alguien que se alió también con Rachel para poder escapar del principal que suele nombrar como Adrián. Dice que ella es una *dómine* y Adrián un *dómine de dómines*; una especie de jerarquía diabólica que influye en las decisiones que toman las personas en la Tierra. Niegan el libre albedrío de los seres humanos y los tachan de simples marionetas en manos de ellos, los demonios encarnados. Insiste en que Rachel la mató a ella y por eso poseyó su cuerpo como último acto de venganza, ya que los *dómines* tienen esa capacidad de meterse dentro de su verdugo, al morir.

Todo aquello me lo había contado Rachel hacía mucho tiempo. Sentí que mis manos temblaban de miedo por ella.

—Cuando se "convierte" en Cristina sufre una transformación asombrosa —continuó la enfermera—. Le cambia la voz, le cambia la expresión de la cara y los ademanes, hasta el punto de parecer otra persona completamente distinta. Usa expresiones en idiomas muy extraños. Los exorcistas lo llaman *glosolalia.* Nosotros insistimos en que se trata de un desorden cerebral. El problema persiste a veces varios días y entonces comienza a hacer cosas… inapropiadas.

—*¿Inapropiadas?* —repetí, dudando si habría escuchado bien.

Ella enrojeció, sin saber muy bien cómo encarar la explicación. Bajó la mirada primero y después levantó la vista.

—Le dan ataques de histerismo sexual. Lo que antaño llamaban los médicos *furor uterino*. Empieza a masturbarse delante de todo el mundo, sin el más mínimo reparo ni vergüenza. También comienza a ofrecerse con frases muy explícitas a médicos, enfermeros y celadores. Se quita el camisón y la ropa interior y se queda como su madre la trajo al mundo, haciendo toda clase de contorsiones sexuales. Las palabras que dice cuando se encuentra en ese estado… la verdad es que no me apetece repetirlas aquí, Toni. Sonrojarían a la *madame* de un prostíbulo, créeme. Y las expresiones de su cara son lo peor. Son terribles. *Animalescas.* No parecen de un ser humano.

Me quedé horrorizado.

—Dios mío.

Ella asintió, comprensiva.

—Sí, es muy desagradable. Nos cuesta mucho hacernos con ella para poder sedarla. A veces los medicamentos no le hacen el más mínimo efecto, ni siquiera doblando las dosis. Los psiquiatras del hospital están muy intrigados con su caso. Dicen que es casi imposible que converjan tantos problemas mentales en una misma persona: amnesia, Alzheimer prematuro, personalidad múltiple y esquizofrenia paranoide. Es un auténtico cóctel explosivo el que ella tiene. A veces me pregunto cómo puede mantenerse en pie siquiera, con el maremágnum que hay dentro de su cerebro. Debería estar completamente agotada, tanto física como mentalmente.

*Quizá realmente sí que lo esté. Y yo estoy asimilando lo que a ella le pasa, porque también me siento agotado*, pensé. Entonces hice una pregunta que era una auténtica locura.

—Puede que le parezca raro lo que voy a preguntarle, Julia, pero… ¿se han planteado que pueda estar poseída, *realmente*?

Ella sonrió de una manera un tanto extraña, como si estuviera esperando esa cuestión desde el principio de la conversación.

—Toni, esas hipótesis en un hospital psiquiátrico ni siquiera se contemplan. Los médicos son personas de mentalidad cartesiana. Sólo creen en lo que ven. Para ellos la ciencia es la que ilumina el mundo. Lo demás, incluida la religión, son supersticiones. Plantearse siquiera que ella es víctima de una posesión diabólica, es simplemente tabú, en un sitio como este. Un psiquiatra jamás va a admitir que uno de sus pacientes tiene un demonio dentro. Va a insistir hasta la extenuación en que se trata de un desorden cerebral. La mente es el misterio más grande del universo. Apenas empezamos a entender la milésima parte de lo que esconde.

Asentí. Todo aquello tenía mucho sentido. Dejaba fuera de juego otro inmenso misterio: la fe. Pero tenía sentido. ¿No?

—Bien —acepté—. Esa es la postura oficial de los médicos. Pero, ¿qué opina una enfermera como usted? Ustedes son quienes pasan horas y horas con los pacientes. A veces, tienen una "comunión" con ellos de la que carecen los especialistas. ¿Valora la opción de que algo ajeno a la mente de Rachel pudiera estar actuando de alguna manera?

Julia volvió a suspirar. Me dio la impresión de que la había colocado entre la espada y la pared. Como si se debatiera entre la opinión personal y la profesional.

—Si me preguntas como enfermera especializada en trastornos mentales, te diré que no creo en demonios ni exorcismos. Si me preguntas como persona normal y corriente, con sus certezas y sus dudas, te contestaré que no todo tiene una explicación científica y

racional. Hay cosas que escapan a nuestra comprensión y el cerebro es precisamente un ejemplo claro y evidente. En resumen, no sé exactamente qué ocurre dentro de Rachel. Ni siquiera los psiquiatras lo saben. No descartaría nada. Pero debes comprender que debo ceñirme al guión: Rachel es una enferma mental, con un diagnóstico especialmente complejo. De lo otro… no puedo opinar. No soy una persona religiosa, pero tampoco puede decirse que sea atea. Supongo que no llego más allá porque se escapa de mi raciocinio.

Asentí varias veces.

—Yo también soy agnóstico. Pero supongo que es mejor no descartar nada, por propio sentido común.

Ella se echó a reír.

—Eso díselo a los médicos. La mayor parte son unos descreídos. Sólo creen en lo tangible… aunque algunos trabajen en algo tan intangible como es la propia mente. Fíjate que tremenda contradicción.

Nos levantamos para acercarnos a Rachel e intentar conversar. En unos segundos estuvimos junto a ella. Llevaba el camisón de florecitas del día anterior, o quizás uno igual. Ni siquiera levantó la vista del libro. Seguía ensimismada en la lectura sin hacer ni caso a lo que hubiera a su alrededor.

—Rachel —la llamó Julia con una sonrisa—. Tienes visita. Ha venido Toni a verte.

Ella levantó por fin la mirada hacia nosotros. Dejó el libro a un lado y sonrió. Su sonrisa parecía estar hecha de luz de estrellas.

—¿Quién es Rachel? —preguntó—. ¿Quién es Toni?

Sentí un nudo intenso en la garganta, como un trozo de zarza arañando por dentro. Julia se agachó junto a ella y le acarició el antebrazo en un gesto cargado de ternura, como una loba madre que cuida de sus cachorros cambiando toda la camada de cubil ante la proximidad de los seres humanos.

—Rachel eres tú, cariño. Y Toni es este chico tan guapo. Es amigo tuyo y ha venido para hacerte una visita y charlar contigo. ¿Te apetece?

Rachel me miró y me pareció captar en sus ojos un pequeño destello de reconocimiento durante medio segundo, o quizá sólo fue una apreciación mía. Luego me observó con curiosidad, como si no me hubiera visto en la vida y fuese un completo desconocido para ella. Como si yo no fuera el amor de su vida y ella el mío.

—Me gusta hablar de libros —dijo sonriendo—. Los libros son agradables, no hacen daño. Las personas sí. Las personas son malas. *Malvadas.*

Julia se rio.

—No todas, querida. Algunas son buenas. Este chico lo es, puedes confiar en él. Es tu amigo, ¿recuerdas?

Rachel hizo un puchero, como un bebé a punto de echarse a llorar.

—Yo no tengo amigos. Estoy sola. Siempre he estado sola. No me queda nadie. Mi familia murió porque no me querían y se marcharon para siempre.

Sentí que mi corazón se rompía entre un latido y otro.

—Eso no es cierto, cariño. Tu familia te quería. Murieron porque les llegó su hora, como nos llegará a todos, más tarde o más temprano. Los que trabajamos aquí te queremos. Y Toni también te quiere mucho —Julia se giró, giñándome un ojo—. Para Toni eres la persona más especial del mundo entero, ¿lo sabías?

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para controlar las lágrimas. Me estaba desgarrando por dentro verla en aquel estado de indefensión y tristeza tan profundo. Rachel levantó la vista hacia mí y volvió a sonreír como una niña pequeña que quiere agradar a su padre.

—¿Es eso cierto? ¿Eres mi amigo de verdad? ¿No quieres hacerme daño, Toni?

Dos lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Simplemente no pude controlarlas. Me agaché junto a Rachel, al tiempo que Julia se levantaba para dejarme intimidad junto a ella. Acaricié su cara con suavidad. Ella me dejó hacer complacida por el roce de mis manos.

—Yo nunca te haré daño, amor mío —dije, y entonces me rompí definitivamente y me eché a llorar de verdad.

Julia se apartó de nosotros, conmovida por la escena y se alejó al otro extremo de la sala. Rachel se acercó a mí y empezó a limpiar mis lágrimas con sus suaves dedos de pianista. Sus ojos me miraron con un destello de tristeza, sintiendo mi dolor dentro del suyo.

—No llores. Los hombres no lloran, ¿lo sabías?

Sonreí y negué con la cabeza, terminando de limpiarme yo mismo.

—Algunos sí que lo hacemos. Somos demasiado débiles y no nos queda más remedio.

Ella asintió, comprensiva.

—Yo también lloro, a veces. *Muchas veces.* Me siento triste y pienso que me quiero morir. Que no le importo a nadie y que no tiene sentido vivir cuando a nadie le importas.

Me senté junto a ella y le cogí las manos. Ella miró cómo lo hacía y sonrió agradecida. En ningún momento hizo ademán de retirarlas. Confiaba en mí por alguna extraña razón. Quizá por el amor que nos unía aunque ahora no se acordara de ello. Quizá ese vínculo invisible era lo único que nos salvaba a los dos de caer en

un abismo profundo del que no había salida posible.

—No digas eso, Rachel. A la gente que trabaja aquí y te cuida, le importas. A mí me importas más que nada en este mundo. Y yo a ti. Nos amamos, amor mío.

Su cara cambió. Formó una mueca que mostraba sorpresa e incredulidad.

—Pero no te conozco, no sé quién eres. ¿Cómo puedes quererme si no nos conocemos? ¿Cómo puedo quererte si nunca te había visto antes? No me llames "amor mío". No puedo entender que lo hagas.

Sentí que llovía dentro de mi corazón al escucharla. Hice un enorme esfuerzo y logré sonreír aunque lo que más me apetecía en aquel momento era seguir llorando sin cesar hasta quedarme deshidratado.

—Lo que ocurre es que no lo recuerdas, Rachel. Ayer mismo nos abrazamos y nos besamos en tu habitación. Llevábamos mucho tiempo sin vernos y nos echábamos de menos. Nos queremos… desde siempre.

Ella sonrió con tristeza.

—No puedo recordarlo. No puedo recordar lo que me pasó ayer, Toni. Ni siquiera recuerdo lo que hice esta mañana al levantarme. Lo siento.

Negué con la cabeza, sin soltar sus manos. Las tenía calientes como brasas y me pregunté de nuevo si tendría fiebre.

—No te preocupes. A mí me pasó igual, hace años. Tuve un accidente, me golpeé la cabeza y me olvidé de todo y de todos. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que volví a recordarte. Me había olvidado de ti, igual que tú ahora de mí. Esa parece ser nuestra maldición: olvidarnos el uno del otro. Seguro que en esos años que pasaron me necesitabas y yo no estaba ahí. No podía ayudarte y tú tuviste que afrontar sola aquello que fuera lo que te pasaba. Perdóname por no estar contigo cuando me necesitabas, Rachel.

Ahora fue ella la que me apretó las manos para reconfortarme. Seguía siendo una criatura maravillosa incluso en aquel estado. Sonrió y me mostró toda su blanca dentadura. Reconocí la sonrisa que me había enamorado y que no cambiaba ni aunque estuviese navegando en un limbo de aguas brumosas.

—No puedo perdonarte algo que no recuerdo, Toni. Pero si te hace sentir mejor, lo diré: te perdono. Seguro que si no estabas a mi lado para ayudarme era porque había algo que te lo impedía. ¿Contento?

Sonreí y la miré a los ojos. Esos ojos negros que me fascinaron desde el primer día que la conocí. Ella me devolvió la mirada. Era tan bella que me dolía el solo hecho de contemplarla de cerca.

—Sí, tus palabras son más importantes para mí de lo que piensas. Me ayudan a sentirme liberado y menos culpable.

Permanecimos unos segundos más mirándonos. Ella sonrió. Me pregunté qué se sentiría enamorándonos de nuevo, como si nunca nos hubiéramos conocido. Qué sentiríamos cada uno enamorándonos en aquel momento y cómo se podría detener el reloj y dejar el instante vivir en nuestra memoria para siempre.

—¿Qué estás leyendo, Rachel? —le pregunté—. ¿Puedes enseñarme tu libro?

Ella obedeció y lo cogió. Había quedado atrapado entre su pierna derecha y el brazo de la mecedora. Me lo tendió para que lo viera. Estaba escrito en inglés: "Somewhere in time", Richard Matheson. Sentí un escalofrío en el estómago.

—No es mío, me lo ha prestado Julia. Es una preciosa historia de amor a través del tiempo. Me gusta mucho. Creo… que ya lo he leído antes.

*Como la nuestra. Como nuestra historia de amor. Un amor que resiste el paso del tiempo.*

Cogí el libro y acaricié su solapa.

—Rachel… un día me hablaste de este libro. Fue en tu casa, en 1986. Sí que lo leíste antes, porque me contaste de qué trataba.

Ella se sorprendió y sonrió.

—¿Ah, sí?

Asentí en silencio y después contesté.

—Sí. Y después, cuando me marchaba de tu hogar, me regalaste las "Narraciones extraordinarias", de Poe. Y me dedicaste el libro.

—¿*Yo* hice eso?

—Y después me besaste. A partir de ese día, quedé encadenado a ti. Para siempre, pase lo que pase.

Ella me miró y borró la sonrisa de su cara. Sentí como propio el sufrimiento que le provocaba al contarle cosas que era incapaz de recordar.

—¿Quién era yo? ¿Quién era yo en esa época que mi mente ha olvidado?

Le devolví el libro despacio, con el mismo cuidado que si fuera un objeto delicado y frágil.

—Eras mi profesora de Literatura. Yo era un adolescente y tú una mujer adulta de veintitantos años. Nos enamoramos aunque sabíamos que no podíamos estar juntos. Cuando te marchaste de mi ciudad, me dejaste un cuaderno con la historia de tu vida escrita en él.

—¿Qué fue de ese cuaderno?

Suspiré y sentí frío a la vez. No pensaba decirle las cosas que me contaba en él. No pensaba agravar más su estado actual ni

provocarle más malestar ni preocupaciones.

—Me temo que lo perdí. Igual que el libro de Poe…

Ella me miró con una expresión extraña.

—¿Qué edad tengo, Toni?

Tardé unos segundos en responder. Empezaba a entrar en un terreno pantanoso del que sería difícil salir después.

—Según mis cálculos, unos cuarenta y dos. Puede que cuarenta y tres.

Rachel observó su propio cuerpo. Miró sus manos, sus piernas, su vientre plano y sus pechos pequeños y erguidos.

—¿Y por qué parezco mucho más joven?

La observé. Tenía exactamente el mismo aspecto que aquel primer día que había aparecido en clase para hablarnos de William Shakespeare.

—No lo sé, Rachel —mentí—. De verdad que no lo sé. Buena genética, supongo.

—¿Era una buena profesora? ¿Me gustaba enseñar?

Sentí un escozor en el rabillo de mis ojos. No quería llorar otra vez. Otra vez no, por favor.

—La mejor. Amabas tu trabajo y sabías transmitir tus conocimientos y tu amor por la literatura a los alumnos. Nunca tuve el honor de que alguien me enseñara una asignatura mejor que tú.

La tristeza se dibujó en su rostro, como una niña que no comprende aún la realidad. Cuyo concepto del bien y del mal es distinto al de los adultos y no entiende por qué la han castigado después de robar en una tienda de chuches.

—Y tú y yo… ¿nos enamoramos? —preguntó. Era ella ahora quien lloraba despacio—. ¿Nos amábamos?

Saqué un paquete de pañuelos de papel y se lo di.

—No sólo nos amábamos. Seguimos haciéndolo. Tú lo has olvidado hoy. Pero volverás a recordar, ya lo verás.

Ella se limpió las lágrimas y se sonó la nariz.

—Es extraño. A veces me da la impresión de que voy a rememorar algo, pero la sensación pasa enseguida y no logro atraparla. Es como cuando tienes una palabra en la punta de la lengua, pero no consigues decirla.

Se volvió hacia mí. Sus pestañas estaban mojadas por el efecto de las lágrimas. Si hubiera tenido patas de gallo en los ojos, la sal se hubiera secado allí. Pero su piel estaba suave y tersa como la de una jovencita.

—El médico dice que tengo que curarme. Que tengo que permanecer aquí hasta que logre sanar.

Asentí y volví a cogerle las manos y a acariciárselas. Era frustrante saber que no iba a recordar nada de esta conversación

cuando pasara a otro de sus estados mentales.

—Debes hacerle caso. Yo vendré a verte cada día, pase lo que pase.

Ella miró hacia la ventana. El sol brillaba alto. Debía ser mediodía.

—Pero yo no creo que llegue a sanar nunca. Hay una gran confusión dentro de mí. Es como si quisiera caminar y mis pies no me obedecieran. Siempre estoy en el mismo sitio. Nunca logro avanzar. Estoy perdida en algún lugar extraño. ¿Por qué me ocurre esto? ¿Por qué me ha ocurrido a mí?

Negué con la cabeza. Comprendí que estaba apesadumbrada y que yo era incapaz de servirle de alivio.

—No lo sé, cariño. Ojalá pudiera ayudarte. Me cambiaría por ti ahora mismo, sin dudar.

Sonrió, se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla. Sentí la calidez de sus labios como la caricia de una llama que no quema.

—Eres un buen chico, Toni. Siempre lo fuiste. Siempre fuiste mi alumno prefe…

Nos quedamos los dos sorprendidos, callados. Asimilando sus últimas palabras.

—¿Qué acabo de decir? —indagó—. ¿Qué he dicho? No lo recuerdo…

La miré a los ojos y vi un chispazo de esperanza reflejado en los míos.

—Algo que demuestra que no has perdido toda tu memoria —respondí.

Un celador se acercó a nosotros. Me dijo que lo lamentaba, pero la hora de visita había concluido. Después se marchó por el pasillo.

Rachel sonrió y se puso de pie. Yo la imité. De pronto, me abrazó. Su cuerpo era como el de un gato salvaje: delgado, fibroso y elástico. Me sorprendió que se hubiera decidido a hacerlo, porque yo era un desconocido hoy.

*Pero a veces es más fácil abrazar a un desconocido que a quienes vemos cada día.*

Nos mantuvimos unidos unos segundos. Ella volvió a besarme en la cara. Me susurró un “gracias” junto al oído que me conmovió. Había decidido confiar en mí, a pesar de todo. Quizá su consciencia había tomado el control momentáneamente, apartando a un lado al cerebro analítico y frío.

—Tengo miedo, Toni —dijo al separarse de mí—. ¿Vendrás a verme cada día, aunque yo no me acuerde de ti?

Sonreí y le acaricié el rostro de marfil y el pelo lacio y suave.

—Claro que sí. Puedes contar con ello. Vendré pase lo que pase, am… Rachel.

Ella también sonrió.

—Puedes decirlo. Puedes decir “amor mío”. Ya no me molesta. Me gusta que lo digas. Y que me digas “cariño”.

Me eché a reír con un poso de tristeza. Como esa risa del payaso que no es alegre, sino todo lo contrario.

—Vendré a verte cada día, amor mío. No lo dudes.

Apoyó sus manos en mis hombros, se puso de puntillas y me dio un suave beso en los labios. Sólo fue un piquito, pero venía cargado de una electricidad que me traspasó de norte a sur, como un relámpago en el cielo durante la tormenta.

Volví dando un paseo hacia el centro. Era algo menos de la una cuando llegué al Pub *Flanagans*. Como me habían dicho, estaba situado en el interior de un edificio histórico. La puerta era de recia madera oscura, tachonada de gruesos clavos de hierro y situada bajo una arcada de piedra.

Penetré en el interior. Era un local grande, bien iluminado y con un montón de cuadros y fotografías en las paredes: casi no quedaba un hueco libre para colgar otro marco. Algunas paredes eran de color albero y otras de ladrillo rojo. En el techo se observaban unas vigas negras que sostenían el peso con solvencia. La decoración era variopinta y llamativa: desde vinilos enmarcados, fotografías de artistas y una gran cantidad de artículos relacionados con la banda U2, hasta bafles, lámparas y guitarras eléctricas.

Una barra de madera enorme, en forma de Z, serpenteaba entre columnas forradas de espejos y taburetes. En la pared contraria había otra más pequeña adosada, destinada a depositar las bebidas mientras la gente charlaba y escuchaba música. Por todas partes se veían mesas de mármol y sillas bajas.

Se escuchaba la música de alguna banda que no supe identificar. El ambiente era agradable y festivo. No hubiera desentonado para nada en cualquier barrio de clase media de Belfast o Dublín. A esa hora no había demasiada gente. Tan sólo algunos parroquianos fieles de los que han hecho de su casa el bar y siempre están con una cerveza cerca de los labios. Ese tipo de gente que nunca parece tener nada que hacer, excepto sacar brillo con los codos a la barra y posar los pies en los taburetes mientras se balancean, medio borrachos.

Caminé hacia el centro del pub y vi la planta alta, destinada exclusivamente a degustar la bebida en sillones de piel y mesas de madera. Estaba cercada en todo su perímetro por una baranda metálica que permitía observar las bandas que tocaban abajo los fines de semana. Para llegar a los servicios, había que descender unas escaleras hasta el sótano.

Me acerqué a la barra. Había dos chicas atendiéndola de una edad indefinida entre los veinticinco y los treinta y cinco años. La más joven era rubia teñida y tenía el pelo recogido en una coleta. La otra era pelirroja, con el cabello ensortijado en bucles. Las dos eran más bien tirando a bajitas y se movían detrás del mostrador

con la gracia y agilidad que proporciona la costumbre. La rubia impostada se me acercó y me preguntó con una sonrisa qué deseaba. Le contesté que había venido a solicitar el puesto de trabajo que ofertaban en el periódico y pregunté por el tal Juan del anuncio.

La chica asintió y me dijo que esperase. Desapareció por una cocina situada en el lateral más alejado de la barra. Al pasar junto a su compañera, le susurró algo sonriendo y la otra me echó un vistazo con curiosidad: estaba claro que hablaban de mí. Respondí a la ojeada de la pelirroja con una sonrisa marca de la casa, hasta que ella me correspondió.

Un minuto después la rubia salió acompañada de un tipo fuerte, completamente calvo, de aspecto agradable y unos cuarenta años de edad. Sería cuatro o cinco centímetros más alto que yo. Vestía vaqueros azules y camiseta blanca. Era la viva imagen del *Boss*, pero en calvo. Él vino hacia mí y ella se quedó sirviendo a los clientes. Me estrechó la mano y se presentó como Juan, el dueño del local. Su apretón por poco me destroza la mano y tuve que resistir la tentación de retirarla antes de tiempo.

—Me llamo Toni —contesté—. Venía a solicitar esa vacante que tenéis de camarero.

Juan asintió sonriendo.

—¿Te gustan rubias, negras o rojas?

Temí no haber entendido bien.

—¿Qué?

—La cerveza —aclaró sin dejar de sonreír—. ¿Cuál te gusta más?

Asentí, riendo al pillar la broma.

—Rubia. Los caballeros las prefieren rubias —respondí, siguiéndole el juego.

Se rio detrás de la barra y me señaló con el dedo.

—Buena respuesta. A mí me gustan todas —dijo sacando dos botellas de *Bulmers*—. Siéntate, Toni. Beberemos y charlaremos un rato.

Acerqué un taburete a la barra y obedecí. Él se sentó en un botellero de acero inoxidable y puertas correderas. Abrió las dos cervezas y me dio una.

—¿Quieres un vaso?

Negué con la cabeza.

—Eres de los míos. Punto a tu favor.

Bebimos un trago. Era suave, menos amarga que las cervezas nacionales y estaba fría como el hielo.

—Bien, Toni. Te voy a hacer dos preguntas. Si respondes las dos bien estás dentro. Si respondes sólo una, pero resulta ser la adecuada, también. De lo contrario tendrás que marcharte, pero al

menos te habrás tomado una cerveza de importación gratis. No tienes nada que perder. ¿Listo?

Me sentí como si estuviera participando en un concurso televisivo, pero he de reconocer que aquel tipo me cayó bien desde el principio. Me encantaba su estilo, alegre y desenfadado.

—Dispara —contesté con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

El dueño del pub bebió un trago larguísimo de la botella y después eructó con suavidad, sin estridencias.

—¿Has trabajado alguna vez en este tipo de negocios?

Me rasqué la cabeza y sonreí, disculpándome como un perrito que ha cometido alguna trastada en casa.

—Me temo que no. Nunca.

Juan no pareció sorprenderse. Se echó mano al bolsillo de la camiseta, pero lo encontró vacío.

—¿Fumas? —me preguntó.

Saqué un paquete de *Lucky Strike* arrugado al que le quedaban dos cigarrillos.

—¿Esa es la segunda pregunta? —respondí a la manera gallega.

Se echó a reír y negó con la cabeza.

—No. Buena salida. Otro punto a tu favor. Dame un pitillo, si eres tan amable.

Le di uno de los *Luckies* y yo me puse el otro en la boca. Sacó un mechero del bolsillo trasero del vaquero y me dio fuego. Prendió el suyo después y volvió a dirigirse a mí.

—¿Eres una buena persona, Toni? ¿Eres de fiar? Como ves, en realidad son dos preguntas en una.

Me quedé unos segundos en silencio, mientras expulsaba el humo de mis pulmones tan despacio como me era posible.

*Las buenas personas no hacen daño a aquellos que las quieren. No abandonan a sus esposas para correr en pos de un fantasma que resulta estar mal de la cabeza.*

—No —respondí.

Juan enarcó las cejas. Su calva brillaba bajo la luz directa que había en el techo de la barra. Cruzó los brazos y entrecerró los ojos. Sus bíceps y tríceps se marcaban en la manga corta de su camiseta. Tenía el pecho de un toro. Supuse que podría partirme en dos en menos tiempo del que se tarda en estornudar.

—¿No? ¿No, qué? ¿No eres una buena persona o no eres de fiar?

Bebí un trago de la *Bulmers* antes de contestar. Estaba jodidamente buena.

—No soy una buena persona —hice una pausa y continué—, pero sí soy de fiar.

El dueño del pub descruzó los brazos y volvió a ofrecerme su

mano. Se la estreché otra vez y volvió a dejármela destrozada.

—Esa era la respuesta correcta —dijo sonriendo—. Personalmente, no creo en las personas que se autodenominan "buenas". Creo que son las peores de todas. Todos somos buenos y malos a la vez, pero no todos somos de fiar. Si tú lo eres estás dentro, Toni.

Su filosofía me gustó tanto como él y tuve la sensación de conocerlo de antes. De mucho antes. Tal vez, de una vida anterior.

—Muchas gracias —dije y puse el cigarrillo en mis labios otra vez.

Bebimos otra vez y brindamos al estilo vikingo: *¡Skol!*

—Bueno —continuó Juan—. La parte más difícil ya está hecha. Nosotros te hemos aceptado a ti. Ahora sólo hace falta que tú nos aceptes a nosotros. ¿Quieres conocer las condiciones con las que trabajarás?

Sonreí. Yo ya había aceptado trabajar allí, fuesen cuales fuesen las condiciones, salvo la esclavitud. Ambos lo sabíamos, por eso estaba sonriendo como yo.

—Por favor —contesté.

Mi futuro jefe amplió la sonrisa y terminó la cerveza. Yo hice lo propio y me quedé a la espera.

—Bien. Sólo puedo ofrecerte mil euros mensuales, pagas extra incluidas. Si más adelante me demuestras que lo mereces, cobrarás mil doscientos. No puedo decirte el número exacto de horas que trabajarás a la semana, pero puedo asegurarte que será un buen montón de ellas. Tantas, que a veces te sorprenderás preguntándote a ti mismo cómo era posible que en una semana cupiesen tantas y tú no te hubieses enterado.

No tuve más remedio que echarme a reír por la cara que tenía aquel cabronazo.

—Tendrás cinco días de descanso al mes, nunca en fin de semana, porque son los días de mayor afluencia de público y cuando más te necesitaré. Firmarás un contrato de seis meses, por el que te corresponderán quince días de vacaciones que organizaremos entre los dos para que sean satisfactorias para ambas partes. Otra cosa: puedes beber cuantos refrescos, agua y café te apetezcan. Cerveza sólo una con las comidas (almuerzo y cena) que hagas aquí, porque la comida también es gratis para los empleados. Me parece que es todo. ¿Tienes alguna duda?

Negué sin perder la sonrisa.

—Ninguna. Está todo claro como el agua.

—¿Aceptas?

Asentí.

—Acepto las condiciones.

Juan extendió su mano por tercera vez. Cuando iba a estrechársela, me detuve.

—Por favor, no aprietes tanto o me dejarás lisiado el resto de mi vida.

Se echó a reír y me la apretó más fuerte aún.

—¿Cuándo puedes incorporarte?

Me encogí de hombros.

—¿Esta noche?

Juan negó con la cabeza.

—Mañana a las doce del mediodía. Así tendrás tiempo para asimilarlo. Y empezar por la mañana siempre es mejor que hacerlo con el follón de la noche. Algunas son una locura.

Me mostré de acuerdo. Al fin y al cabo, tenía razón.

—Da la vuelta a la barra por esa esquina —me indicó—. Te presentaré al personal.

Obedecí y entré al otro lado del mostrador. Cuando estuve junto a él, miré hacia afuera y me fijé en los clientes que pululaban por allí. Juan sonrió.

—La primera vez impresiona, ¿a que sí?

Asentí con la cabeza.

—Mucho. Creo que la gente no tiene idea de cuánto.

Me dio una palmada en el hombro que por poco me descoyunta y nos dirigimos a las dos chicas que había visto antes.

—Bueno, estas dos preciosidades son Marta (la rubia) y Pilar (la pelirroja). Chicas, os presento a Toni, el quinto elemento del *Flanagans*. Mañana empieza a currar con nosotros. Viene del sur.

Me dieron la bienvenida al más puro estilo español: obsequiándome con dos besos, uno en cada mejilla.

—Pilar es de Zaragoza. Marta es de aquí, como yo. Ten cuidado con estas dos: son unas pájaras de cuidado. Cuando tengan la suficiente confianza contigo, sabrás de lo que te hablo.

Nos echamos todos a reír.

—Eres un tonto —le dijo Marta a Juan, dándole un puñetazo al dueño en el hombro que no lo inmutó.

—No le hagas caso al calvo —anunció Pilar. Me miró a los ojos al hablar. Tenía la voz sensual y muy agradable a los oídos, con el típico acento maño—. Es un cascarrabias. Nosotras somos dos angelitos.

—Sí, claro —asintió Juan—. Y yo soy san Pedro, no te jode. Ven Toni, vamos a la cocina.

Me volví hacia las chicas, antes de seguirlo.

—Encantado de conoceros.

—¡Igualmente! —respondieron las dos a la vez.

Entramos en una cocina de buen tamaño que brillaba impoluta.

Había acero inoxidable hasta en las paredes. Un tipo enorme, más grande aún que Juan, se afanaba entre las sartenes. Tenía un gorro alto y su rostro era rubicundo y jovial. Sonrió al vernos entrar.

—Este es Peter, nuestro cocinero inglés. Peter, este es Toni. Mañana empezará en el *Flanagans*.

El susodicho me dio otro apretón antológico. Me dije a mí mismo que si esa noche no metía la mano en hielo, acabaría para el arrastre. O yo estaba muy débil o todo el mundo estaba en plena forma en Teruel. Debía ser el aire seco y frío y el jamón con denominación de origen.

—¿Un cocinero inglés en un pub irlandés? Joder.

Se echaron los dos a reír.

—Sí, es el colmo del surrealismo, pero la vida es extraña de por sí. Bienvenido, Toni —me saludó el cocinero con su acento británico de comedia televisiva del *Thames*.

—Gracias, Peter. Es un placer.

Juan me enseñó la cocina de manera superficial.

—Servimos comida sencilla, nada del otro mundo. Bocadillos y platos combinados, básicamente. A veces hay menú del día. Pero el pub es un sitio para beber, en realidad. Cuando los clientes quieren comer de verdad, se bajan al *Torico* a ponerse ciegos de matanza en conserva, paté de aceituna y *Delicias de Teruel*. Aquí les damos cervezas y whisky *Jameson* y se van felices y borrachos a sus casas, para seguir peleándose con sus parejas y vecinos.

Nos echamos a reír los tres. Dejamos a Peter con su tarea y salimos otra vez a la barra. De ahí pasamos a la zona de los clientes. Juan me enseñó el local de cabo a rabo. Me dije que parecía un museo musical. Me enseñó una Fender *Stratocaster* roja, puesta en pie detrás de una vitrina. Me aseguró que había pertenecido a Gary Moore. Fuera verdad o no, era una guitarra preciosa. Subimos a la planta de arriba. Allí había una chaqueta negra de piel con flecos, también detrás de una vitrina. Juan decía que se la había regalado Lemmy Kilmister de *Motörhead,* en un concierto en Zaragoza. Cuando le habló del *Flanagans*, Lemmy aseguró que lo conocía de haberlo visto por internet y le había donado la chupa para su museo particular. Me quedé de piedra. Resultaba que aquel pub escondido en el casco antiguo de una pequeña ciudad de Aragón era mundialmente famoso.

Volvimos a bajar y me dejó lo mejor para el final: toda la colección de objetos de diversa índole relacionados con la banda U2. Había vinilos, posters, entradas, autógrafos, ropa, micros, púas, baquetas y qué sé yo cuántas cosas más. Le dije a Juan que debería pedir entrada sólo por dejar que la gente pudiese admirar todo aquello. Había museos musicales con menos material que mostrar al

público. Se echó a reír y me dijo que para él era un placer mirar la cara que ponían los clientes cuando entraban al pub por vez primera y se quedaban embobados admirando los objetos expuestos.

Salimos a una especie de patio interior protegido por una pértiga para evitar la lluvia o el relente nocturno. Había mesas y sillas por doquier. Me dijo que cuando llegaba el buen tiempo la quitaban y aquella terraza tenía mucho éxito, sobre todo en verano. A la gente le encantaba beber y charlar bajo el cielo estrellado, limpio de polución y baja contaminación lumínica de Teruel.

Bajamos al sótano después y me enseñó los baños y un gran almacén donde se guardaba el género: botellas de todo tipo, conservas, encurtidos y productos de limpieza. También había una pequeña habitación, dividida por una mampara y reconvertida en vestuario.

Cuando subimos nos quedamos en mitad del local, charlando un rato más. Le expliqué sin entrar en detalles cómo había ido a parar a Teruel y asintió escuchando con atención, pero sin hacer preguntas. El pub empezó a animarse de público. Me dijo que las chicas y nosotros dos nos repartiríamos el trabajo entre la barra y las mesas. Peter casi siempre estaba cocinando y apenas salía de sus cuatro paredes, excepto al final del día en que todos limpiaban el local, de punta a punta.

El negocio estaba abierto dieciséis horas diarias, desde las diez de la mañana a las dos de la madrugada. Se hacía así porque había que exprimir su rendimiento al máximo para pagar tanto sueldo y que siguiera siendo rentable. Él se encargaba de abrir cada mañana, para la gente que se dejaba caer por allí a tomar un café o un almuerzo temprano. Las chicas y Peter solían llegar a mediodía y se quedaban con él hasta el cierre, así que de media, echaban unas catorce horas diarias, almorzando y cenando por turnos. Era una absoluta barbaridad, lo sabía a la perfección, pero lo tomabas o lo dejabas. Compensaba a sus empleados con descansos entre semana para que pudiesen hacer sus compras o recados imprescindibles. Y nunca dejaba que nadie viniera a trabajar enfermo, aunque los demás tuvieran que cubrir su puesto currando el doble. El lema era que todos debían saber de todo (incluso Peter, que no se movía de la cocina) para poder echarse un cable en un momento dado y que el negocio no notara la baja.

Insistía en que el ambiente entre compañeros era muy bueno, aunque el trabajo fuese agotador. Era necesario apoyarse unos en otros y llevarse bien para poder sobrevivir allí dentro. A veces había que echar a la calle a algún borracho, o mediar en alguna pelea, pero en general la gente se comportaba bien para tratarse de un local enel que se estaba consumiendo alcohol de manera constante.

Lo mejor era la música en directo de las bandas: animaban el ambiente y arrastraban a muchos clientes al Flanagans; clientes que no paraban de consumir cerveza, comida y licores en las dos horas que duraba la actuación. Me dijo que ese mismo sábado lo comprobaría.

A la una y media me avisó de que tenía que reincorporarse al curro. Era la hora de la comida y tanto los clientes como ellos mismos tenían que almorzar. Me invitó a quedarme con ellos, pero decliné la oferta alegando que tenía cosas que hacer. Me emplazó entonces a vernos al día siguiente, viernes, a las doce del mediodía. Insistió en que trajera ropa cómoda hasta que él pudiese facilitarme la adecuada para trabajar.

Salí del pub y me fui al Seminario a comer. La camarera del restaurante me colocó en el único sitio que quedaba libre. Las mesas eran colectivas y rectangulares, para seis comensales. Me senté junto a un trío de curas jubilados y una pareja de turistas argentinos que estaban de visita en la ciudad. Deseé buen provecho a todo el mundo y empezamos a comer, cada cual en su propio mundo o conversación con el de al lado.

En los postres y el café la tertulia se volvió informal y todos participamos un poco en cada tema que se tocaba: el tiempo, el fútbol, la película de la noche anterior… Me recordó a las charlas de sobremesa en la pensión de Oviedo y sentí un ramalazo de nostalgia de aquel sitio que parecía sacado de una película de Garci y donde había dejado buenos amigos.

Cuando terminé, salí a la calle, crucé la plaza y entré en la biblioteca para recoger mi carnet de lector. Me lo facilitaron y me dijeron que ya estaba listo para ser usado. Vagabundeé un rato entre las estanterías y al final me decidí por un libro de mi paisano Antonio Muñoz Molina: *Plenilunio*. Se trataba de una novela negra, con asesino en serie incluido y ambientada en su ciudad fetiche y natal: Úbeda, descrita bajo el nombre disfrazado de *Mágina*. La empecé allí mismo y después la saqué con el carnet, sentándome en uno de los bancos de la plaza, mientras disfrutaba de los rayos de sol primaverales de la media tarde.

Estaba tan imbuido en la trama del libro que no los vi llegar hasta que los tuve encima. Eran dos. Se acercaron por detrás y se sentaron en mi banco. Al principio casi no me di cuenta. Luego miré a un lado y a otro y sentí una sacudida en el pecho. A mi derecha había un tipo gordinflón, con el pelo ralo, edad indeterminada y una expresión burlona en los labios. Una cicatriz le bajaba zigzagueando desde el nacimiento del pelo por toda la mejilla derecha, hasta la mitad del cuello, en la zona de la carótida. A la izquierda se había sentado alguien de quien había oído hablar a

Rachel en su relato y que nunca hubiera pensado que llegaría a ver con mis propios ojos. Era alto, delgado y fibroso. Tenía el rostro atractivo, barba incipiente, el pelo abundante y rizado y le faltaba el brazo derecho. La manga de una chaqueta de piel negra, colgaba flácida a mi lado. Me estremecí al reconocerlos aunque nunca los hubiera visto antes. O quizá sí: en mis sueños, muchos años atrás. Yo caminaba por mi ciudad, en otro tiempo, admirando palacios y monumentos que ya no existían y de pronto aparecían ellos. Me perseguían y acababan dándome caza. Su aspecto era distinto (uno vestía como un *skin-head* y otro como un *gentleman* con sombrero de copa), pero eran ellos.

*Adrián y Carlos.*

—¿Sabes quiénes somos? —inquirió Adrián, girándose hacia mí y sonriendo como un viejo amigo.

Tenía una voz agradable y bien modulada, como la de un barítono. Negué con la cabeza y me fingí sorprendido.

—No tengo el placer —contesté, aguantándole la mirada—. ¿Debería?

Carlos me arrebató el libro, casi con delicadeza. Le dejé hacer sin oponer resistencia. Observó la portada y leyó el título. Asintió pensativo, como dando su aprobación a mi lectura. Se volvió hacia mí y sonrió, devolviéndome el libro. Me fijé en cómo parte de la cicatriz se le ramificaba hasta la comisura del labio. Le daba la apariencia de estar hecho con trozos de distintos seres humanos, como el *moderno Prometeo* que describió Mary Shelley.

Adrián rio y me guiñó un ojo con complicidad.

—¡Mentiroso! —exclamó como si estuviéramos contándonos batallitas del servicio militar o hazañas amorosas inexistentes—. Men-ti-ro-so. Me estás mintiendo, Toni. Pero lo haces muy mal…

Oír mi nombre pronunciado por él me encogió el estómago. Hice un esfuerzo y mantuve la cara de póquer con apenas una sonrisa de circunstancias.

—Créeme, si le hubiera visto la jeta a éste antes —señalé a Carlos sin mirarlo—, no la habría olvidado nunca. Es feo hasta decir basta.

Se echaron a reír los dos, siguiéndome el juego. Pero debajo de aquella risa alegre se adivinaban la furia y el rencor, muy subrepticiamente. Tan disimulados que casi no se notaban. Pero yo los noté.

—¡No te diré que no tienes razón! —dijo Adrián riéndose todavía—. El muy hijo de puta ya era feo antes de nacer. Creo que sus padres follaron sin ganas la noche que lo engendraron.

El propio Carlos celebró el chiste más que Adrián, pero pude ver que sus ojos estaban fríos e impasibles en los míos, como un aviso

mudo del estallido de una bomba. Yo me limité a mirar a uno y otro lado, alternativamente. Mi cuerpo estaba en tensión, como un lince listo para saltar. Podía notar todos los músculos llenándose de adrenalina.

—Rachel le dejó la cara hecha un mapa, como puedes apreciar —continuó Adrián su diatriba sin descansar—. Tuve que emplearme a fondo para evitar que se muriera. Le había seccionado la arteria carótida y abierto el cráneo por la mitad, como un melón maduro.

Lo miré sin decir nada. Él sonrió un poco menos.

—Sí, esa condenada de Rachel le pegó fuerte —dijo—. Además, tenía a Cristina dentro y me da la impresión de que golpearon las dos a la vez. Qué cabronas… Carlos está muy enfadado con *ellas*, ¿verdad, Carlos?

El otro asintió mirando hacia la torre de San Martín, aparentemente aburrido de la conversación. Se puso de pie. Aunque estaba gordo, era tan alto como yo.

—Tengo ganas de atrapar a Rachel y hacer *cosas* con ella, es cierto… —murmuró para sí. Su voz no me gustó. Sonaba como si estuviera pregrabada y se modulara al mover su boca, como un autómata o una marioneta en manos de su dueño. Me pregunté qué clase de "arreglo" habría hecho su compañero en él y sentí frío en la espalda.

Adrián se volvió hacia mí y se inclinó como si quisiera hacerme una confidencia.

—¿Dónde está Rachel, Toni? —susurró sin dejar de sonreír ni un segundo—. Si me lo dices ahora te dejaré tranquilo, te lo prometo. No me has hecho nada. Serás libre de ir adonde quieras, no tomaré represalias contra ti.

No dije nada. Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Además, no es más que una mujer. Hay muchas, Toni. Muchísimas. Tantas como gotas de agua en el mar. Elige las que quieras y serán tuyas. Yo te las regalaré. Cortesía del *tito Adrián*.

Me guiñó un ojo otra vez al decir la última frase, como un padrino aconsejando al ahijado el día de su matrimonio para que no la pifie en la noche de bodas.

—Pero ninguna es como Rachel… ¿verdad, *Adrián*? —respondí sin pensar—. Hay muchas mujeres, pero ninguna le llega ni a la altura de los zapatos. Es especial. Los dos lo sabemos.

Dejó la sonrisa a un lado y compuso una mueca que fue más una advertencia que una amenaza real.

—*Es mía*—susurró poniéndome su única mano encima de mi antebrazo.

Sentí un dolor intenso, como una quemadura provocada por aceite hirviendo, pero logré contener el grito y disfrazarlo de

indignación. Acerqué mi cara a la suya y percibí un hedor a carne quemada que me provocó náuseas.

—Rachel no es de nadie. Sólo le pertenece a ella misma. No es tuya ni es mía. A estas alturas, deberías saberlo ya.

Me miró, sonriendo otra vez, adaptando la conversación a sus propios intereses para llegar al lugar que quería sin cansarse demasiado.

—Toni, no seas estúpido. Sabes perfectamente quién soy. *Qué* soy. Hasta dónde puedo llegar cuando se me mete algo entre ceja y ceja. ¿Recuerdas aquellos sueños que tenías de adolescente? ¿Aquellos en los que te perseguíamos sin descansar? Soñabas con nosotros. Yo provocaba esos sueños en ti para advertirte de que debías apartarte. Pero tú nunca hiciste caso. Decidiste salir a buscar a Rachel, siendo apenas un chiquillo. Tuviste aquel curioso *accidente* que por poco se te lleva por delante y sólo te dejó sin memoria durante años. Yo lo induje. No fue casual, como se determinó en los informes de la policía de tráfico. Yo provoqué el fallo en los frenos del coche que embistió tu moto por detrás e hizo que cayeras y te golpearas la cabeza. No llevabas casco; en aquella época casi nadie lo llevaba. Pudiste morir, pero sólo quedaste en coma y después amnésico. Me conformé con aquello. Al fin y al cabo, el efecto final era el mismo: te olvidabas de Rachel para siempre.

Debo confesar que oírle contar todo aquello sin poder dilucidar si era cierto o no, me horrorizó. Adrián continuó hablando con un tono monocorde, igual que si estuviera recitando la lista de los Reyes Godos.

—Luego tuviste la malhadada idea de recordarlo todo. Fuiste al norte a buscarla, pero cuando llegaste ya se había ido, ¿verdad? Pobre Toni, buscando a su enamorada sin encontrarla, como un Sigfrido luchando por su princesa Krimilda… Debería recordarte que Sigfrido acabó muy mal y Krimilda, también, amigo mío. Igual que los amantes esos de esta ciudad… ¿cómo se llamaban? Ah, sí: Diego e Isabel. Igual que Romeo y Julieta. Igual que Píramo y Tisbe. Igual que todos, idiota. Todos acaban igual. Y lo vuestro no será una excepción. Yo me encargaré de eso.

No dije nada. Me limité a seguir mirándolo a los ojos. Continuaba con su expresión burlona en ellos, riéndose de mí. Sus labios se curvaron hacia arriba esperando una reacción por mi parte.

—Rachel lleva dieciocho años dándome esquinazo, Toni —dijo, y entonces su voz empezó a cambiar y se volvió más ronca—. No es que sean muchos para mí, apenas un instante en mi percepción del tiempo, pero estoy empezando a cansarme. Te aseguro que la encontraré. Sé que se halla en algún lugar de esta ciudad, que por

cierto es muy pequeña. Huyó del norte cuando estaba a punto de cazarla. Nunca imaginé que volvería por allí después de lo que había sucedido en su casa. He de reconocer que me sorprendió. Pero más pronto que tarde, daremos con ella. Y si no lo hago yo, los *Aéreos* lo harán. No sé qué es peor para su integridad, la verdad.

Saqué un cigarrillo del bolsillo de la cazadora y lo encendí. Necesitaba tranquilizarme. Esto no podía estar pasándome. Me estaba sucediendo lo imposible: hablar con los verdugos de Rachel. Creo que fue en aquel momento cuando fui plenamente consciente de que no eran un producto de su imaginación.

—Los *Aéreos* la ayudaron a librarse de ti —repliqué, consciente de la locura que suponía enzarzarse en una conversación con él.

Adrián sonrió, satisfecho de que hubiera entrado en su juego.

—Los *Aéreos* nunca hacen un favor gratis. Volverán a por ella a su debido tiempo. Son unos seres tremendamente materialistas y vengativos. Mira lo que hizo uno de ellos con mi brazo, que por aquel entonces ya no tenía mano —dijo mostrándome la manga vacía. Después movió la cabeza, riéndose—. Claro está, lo que yo le hice a él, fue *peor*. Estoy seguro de que lo sabes bien porque Rachel te contaría todo aquel enfrentamiento que tuvimos en la biblioteca de su casa, en Cudillero.

Asentí despacio. Recordaba aquella escena y las posteriores a la perfección.

—Sé que los *Aéreos* estuvieron a punto de acabar contigo e incluso llegaste a implorar por tu vida. Intentaste negociar con ellos.

Negó con la cabeza sonriendo.

—En realidad, fingí que quería negociar. Y fingí que estaban acabando conmigo. En realidad, yo acabé con ellos. Con todos. Los mandé al inframundo con Lucifer, el amo de todos ellos. Deberías saberlo si leíste el relato de los hechos de Rachel.

Sentí frío, miedo e indignación a la vez.

—Fue una lástima que no te mandaran a las mazmorras del infierno —repliqué y señalé a Carlos—. Y fue una pena que Rachel no golpeara más fuerte la cabeza de ese lacayo tuyo. Debería estar muerto.

El aludido se acercó a mí. Me cogió del pecho de la cazadora con una sola mano y me alzó del banco con la misma facilidad que si fuera un almohadón de plumas. Acercó su cara a la mía y sus ojos me miraron con malignidad.

—No me llames así —susurró con su extraña voz de humanoide —. No soy el lacayo de nadie.

Sentí la adrenalina recorrer mi cuerpo hasta el último confín. Esa era la razón por la cual no tenía miedo y me comportaba de

manera suicida ante aquellos dos.

—Lo eres y lo sabes de sobra. No tienes ninguna capacidad de decisión. Eres una marioneta manejada por él.

Carlos abrió los ojos estupefacto, como si de repente fuera consciente de su condición de esclavo de Adrián. Desvió la vista hacia su jefe, que permanecía sentado tranquilamente en el banco, intentando leer la verdad en su mirada. Al no poder hacerlo, volvió el rostro hacia mí con un odio que se percibía tan letal como la radiación del plutonio. Supe que me iba a matar allí mismo, pero extrañamente no sentí ni un ápice de temor.

—Suéltalo, Carlos —le ordenó Adrián desde su asiento, con la misma naturalidad que si le hubiera mandado ir a hacer la compra.

El otro no pareció escucharlo. Acercó mi rostro al suyo y abrió la boca. Le quedaban pocos dientes, pero estaban negros y afilados. Un hedor a sangre corrupta subió desde su estómago y me impactó en la nariz, como el puñetazo de un boxeador en el ring. Tuve que reprimir una arcada y luchar por mantenerme consciente.

—*¡Suéltalo, imbécil!* —gritó Adrián, perdiendo la paciencia. Su voz había cambiado y se había vuelto ronca y amenazante, como el gruñido de un oso.

Ahora sí reaccionó el esclavo y me soltó de golpe, lanzándome hacia el banco con una sacudida. Aterricé junto a Adrián y me golpeé la espalda con los barrotes de madera del asiento. Sentí un intenso dolor por toda la columna vertebral que me provocó ver estrellitas y marearme momentáneamente.

Adrián se inclinó hacia mí, solícito. Sonriendo como un padre que le quita importancia a la caída de su hijo pequeño para darle confianza en sí mismo.

—Discúlpalo. Es un poco brusco y no atiende a razones. Y desde que "resucitó" va a peor. Por cierto, estoy pensando en cambiarle el nombre por el de Lázaro. Ya sabes, el tipo aquél que volvió de entre los muertos…

Conseguí estabilizarme y recuperar la visión normal. El dolor empezó a remitir. Saqué otro cigarrillo y me lo puse en la boca. Miré a Carlos que seguía de pie, frente a mí, observándome igual que un exterminador a una cucaracha especialmente resistente al veneno.

—Algún día terminaré lo que Rachel dejó a medias y acabaré contigo.

Carlos se quedó sorprendido y después se echó a reír y Adrián lo acompañó enseguida. Se golpeaban los muslos con las manos como si yo hubiera contado el chiste más gracioso del mundo.

*Reíd. Reíd. Yo también reiré.*

Momentos después se tranquilizaron y Carlos volvió a sentarse a

mi lado. Me dio una palmada amistosa en la pierna, como un viejo conocido encantado de saludarme. Todo rastro de rencor había desaparecido de su rostro deforme.

—Bien, continuemos —prosiguió Adrián—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí: ¿dónde cojones está Rachel, Toni? No me hagas preguntártelo otra vez, por favor. No tengo toda la tarde. Tengo hambre y quiero buscar el mejor restaurante de la cuidad. Me merezco una gran cena. Y Carlos también.

Sonreí a mi pesar. A mí me habían quitado el apetito, definitivamente. Aquella noche me iría a la cama sin cenar.

—No tengo ni idea de dónde está Rachel. Y aunque lo supiera, tampoco te lo diría.

Adrián curvó los labios, decepcionado. Movió la cabeza arriba y abajo.

—Sólo me he creído la segunda de tus frases, compañero. Creo que te estás equivocando por completo. La encontraré, con o sin tu ayuda. Tardaré un poco más, quizás, pero no dudes de que lo haré.

Sonrió con suficiencia. Tenía uno de esos rostros que, cuando sonríen, vuelven locas a las mujeres. Y a no pocos hombres.

—¿Y sabes qué? No podrás evitar que me la lleve conmigo. Te estoy dando la oportunidad de que te apartes y no termines damnificado, incluso te he ofrecido premiarte con varias mujeres para ti solito, pero tú insistes en hacer las cosas a tu manera. Podría ofrecerte mucho dinero pero sospecho que la respuesta sería la misma, ¿verdad, Toni?

No respondí, sólo seguí mirándolo y fumando. Él continuó hablando con un toque burlón en su voz.

—Porque tú… tú eres un hombre íntegro. Eres honesto y fiel, ¿no es cierto, amigo mío? Eres un hombre que se viste por los pies. Un tipo de fiar. Leal, valiente y bla, bla, bla…

Permanecí en silencio. Había decidido no hablar más, pasara lo que pasara. Me fijé en que el sol se había ocultado detrás de los edificios.

—Yo te diré lo que tú eres —dijo señalándome con el dedo índice de su única mano. Sonreía con la expresión del que ha tomado la vida a broma para poder sobrevivir a la realidad—. Eres un muerto que aún no sabe que lo está. Vas caminando por ahí sin saber que eres un cadáver ambulante al que le han dado permiso en la tumba para que se levante un rato y camine entre los vivos. No tienes esperanza; comes y andas por pura costumbre. ¿Para qué coño quieres esa vida? Disfrútala, hombre. Olvídate de Rachel: es mía por mucho que te empeñes en demostrar lo contrario. Vive la vida: come, folla, bebe, vete por ahí de fiesta, viaja al fin del mundo. Haz algo que merezca la pena y deja de vagar ya por la

Tierra como un espíritu errante, imbécil. Saborea todo lo bueno que te ofrece y deja de sufrir por tu amor perdido, tu triste Rachel, tu media naranja y qué sé yo cuántas zarandajas más. Estás perdiendo un tiempo precioso. Y te aseguro que cuando te mueras, las calderas de Lucifer te estarán esperando a punto de ebullición. Tú y yo sabemos que las mereces con creces, muchachito inocente y miserable.

Sentí un frío interior asombrosamente real. Noté que mis venas ralentizaban su tránsito de sangre por la congelación que sufría mi organismo. Aquel ser que estaba a mi lado quizá sabía de mí más que yo mismo. Fui incapaz de contestar. Me limité a temblar de frío y a castañetear los dientes. Un vaho espeso surgía de mi boca con cada inspiración y espiración. Adrián cambió de estrategia y continuó con su perorata.

—Rachel corre un gran peligro y no me refiero a mí mismo. Cristina la ha poseído, ¿comprendes? Y Cristina era un *dómine* muy poderoso. Tuve que emplearme a fondo para mantenerla a raya en su momento. Pretendía usurpar mi puesto y quedarse ella con todo el poder. Rachel me hizo un favor cuando la mató. El problema es que cuando matas a un *dómine*, su esencia pasa a formar parte de su verdugo. Y esa es una muy mala noticia, créeme. Cristina se alió con ella en su momento para acabar conmigo, pero fue algo circunstancial. Querrá que Rachel pague por su muerte. No creas que se olvidará de que le cortó la cabeza con aquella pala. La obligará a hacer cosas que van en contra de su naturaleza humana. Y además, como te decía, tiene el problema de los A*éreos,* que vendrán a llevársela cuando se cumpla el plazo. Yo podría sacarle a Cristina de dentro y quedaría libre de su influencia. Te prometo que no le haré nada a tu enamorada. Sólo la quiero de mascota, nada más.

De alguna manera, logré romper mi parálisis provocada por aquel frío polar que me estaba consumiendo por dentro.

—Sigues siendo el gran manipulador que decía Rachel en su escrito —me atreví a decir rompiendo mi promesa de no hablar—. Ya tienes una mascota: se llama Carlos. A Rachel no la tendrás nunca, mientras yo pueda evitarlo.

Adrián endureció la mirada y un brillo demente se reflejó en sus pupilas. Unas llamas minúsculas bailaron detrás de ellas.

—¿Me lo vas a decir o no? —preguntó. No quedaba ni rastro de su anterior buen humor.

Negué con la cabeza dispuesto a morirme de hipotermia y a ser terco hasta el final. Adrián asintió y se levantó. Le indicó con un gesto a Carlos que hiciera lo mismo y éste obedeció al instante.

—Pues muy bien, hagámoslo a tu manera. Ésa que requiere de

ciertos sacrificios y que luego exige sus pagos por tanta obstinación innecesaria. Ya nos veremos por ahí, amigo mío. Esta ciudad es demasiado pequeña para que Rachel y tú os escondáis de mí. Lo comprobarás por ti mismo en algún momento. Y te arrepentirás de no haber aceptado el trato que te ofrecí.

Se marcharon los dos hacia las afueras, pasando por debajo de la torre de San Martín, dejándome solo allí, con un frío tremendo que empezó a remitir cuando los perdí de vista.

***

Regresé al hostal en cuanto pude recuperar el movimiento y la circulación de la sangre en mis venas. No quise cenar. Después de lo ocurrido, lo que menos me apetecía era ingerir nada. Saqué un refresco de la máquina de bebidas del rellano y me encerré en mi habitación. Me desnudé, subí la calefacción y me metí en la ducha, poniendo la temperatura al máximo que pude aguantar sin escaldarme. No lograba zafarme del frío que me poseía por dentro.

Poco a poco, el agua caliente logró caldear un poco mi maltrecho cuerpo. Cuando salí para secarme y afeitarme frente al espejo, observé mi reflejo. Estaba más delgado y mis ojeras seguían ahí, recordándome que no dormía ni descansaba lo suficiente. Y posiblemente tampoco me alimentaba bien.

Me puse el pijama y me acosté enseguida. Estaba muy preocupado por lo que me acababa de suceder. Los acontecimientos me habían demostrado que Rachel no estaba loca. Esos seres estaban ahí, participando en la función a su manera. La buscaban y sería cuestión de tiempo que la encontraran. Debía ser extremadamente cuidadoso a partir de ahora porque lo más probable sería que quisieran seguirme para llevarlos hasta ella.

Rachel no tenía ningún teléfono móvil y las llamadas personales a la centralita del psiquiátrico las tenía completamente restringidas, así que no había manera de avisarla a esas horas. Mi plan era visitarla al día siguiente, ver en qué estado se encontraba e intentar sacar algo en claro. Debía advertirla de lo que había sucedido e intentar tomar una decisión conjunta entre los dos que nos permitiera librarnos de ellos. Y debía asegurarme de que ella estaba a salvo. Porque existía el problema añadido de que yo no podía estar siempre a su lado: existían unas horas de visita que se respetaban escrupulosamente.

Si ya tenía problemas para dormir habitualmente, las imágenes de Carlos y Adrián acosándome, el miedo por Rachel y el nerviosismo propio de empezar en un nuevo trabajo (del que carecía de experiencia, por cierto), me pasaron factura aquella

noche. No pude pegar ojo y me la pasé dando vueltas en la cama. Conseguí dormitar una hora escasa entre las siete y las ocho de la mañana en la que me sonó la alarma del móvil. Lo apagué y seguí durmiendo un rato más por puro agotamiento.

Cuando me levanté y puse los pies en el suelo, completamente exhausto, me dije que aquél iba a ser un viernes muy largo.

# The heat goes on

Desayuné rápidamente en el comedor del hostal. Tomé un café doble, zumo y cereales. Cuando salí del establecimiento ya eran las nueve y media. Hice el recorrido hasta el Psiquiátrico asegurándome de que nadie me seguía. No dejé de mirar atrás en ningún momento. Era muy posible que Adrián ya supiera dónde me hospedaba yo y que hubiera puesto a Carlos a vigilar mis pasos. Por el camino me detuve en una tienda de telefonía móvil y compré un teléfono básico de prepago para regalárselo a Rachel y que pudiéramos utilizarlo para comunicarnos en caso de necesidad. Llegué al hospital un cuarto de hora más tarde y me presenté en el mostrador de información como las otras veces. Julia bajó un rato después, con una expresión de cansancio en el rostro. Me dio la bienvenida y me dijo que Rachel estaba en su habitación, porque no había querido ir a los talleres esa mañana. Le pregunté si había algún problema y me contestó que Rachel estaba más taciturna de lo habitual, pero nada más.

Me acompañó a su cuarto y entramos los dos a la vez. Estaba tumbada en la cama. Rachel me miró alos ojos. Cuando lo hizo, me di cuenta de que no era ella. Sonrió, se levantó y me abrazó.

—Toni —saludó—. Qué bien que hayas vuelto, cariño.

En su voz había un ligero tono distinto, un timbre más grave que me provocó un escalofrío. Julia no pareció darse cuenta del cambio, casi imperceptible, y nos observó con atención para asegurarse de que todo iba bien.

Pero nada iba bien.

—¿Cómo estás hoy, Rachel? ¿Has dormido bien?

Le di un suave beso en los labios. Quemaban como brasas. Ella consiguió meter su lengua en mi boca y noté un espasmo eléctrico que me provocó una erección.

La mujer que se hacía pasar por Rachel sonrió y una mueca burlona y socarrona apareció en su boca. Una expresión que nunca antes le había visto, ni siquiera en los viejos tiempos. Me cogió de la cintura y metió sus manos en los bolsillos traseros de mi pantalón. Noté cómo me acariciaba a través de la tela. Mi erección se intensificó. Ella lo notó y se pegó a mí. Pude percibir su piel desnuda debajo del fino camisón rosa.

—Mejor que tú, por lo que veo. Vaya cara traes, Toni. ¡Menudas ojeras!

Julia se acercó y me miró con preocupación.

—Rachel tiene razón, Toni. ¿Cuánto tiempo hace que no descansas en condiciones?

Me aparté un poco de Rachel y me volví hacia la enfermera.

—Perdí la cuenta hace tiempo. Puede que… un par de meses. Algo más, quizá.

Intenté desembarazarme del abrazo de Rachel, pero me fue imposible. No me soltó ni sacó las manos de mis bolsillos. Julia pareció ignorar este hecho, o quizá le pareció natural que ella estuviera cariñosa conmigo, puesto que me había reconocido a la perfección y sabía lo que había entre nosotros. En cualquier caso, no le dio importancia. Pero sí que se preocupó por mi insomnio. Me dijo que debía tratarlo, aunque fuera con pastillas. Y me aconsejó que le prestara la debida atención: la falta de sueño era un síntoma de que algo no iba bien y podía desencadenar en problemas importantes. Prometí obedecer.

—Os dejo a solas una hora, ¿de acuerdo? Para que tengáis intimidad.

Nos guiñó un ojo, con complicidad, y salió cerrando la puerta de la habitación. Rachel sonrió y subió sus manos por mi torso. Me quitó la cazadora, dejándola encima de la cama e intentó hacer lo mismo con el jersey. La detuve, cerrando mis manos en torno a sus muñecas.

—¿Dónde está Rachel? —pregunté mirándola a los ojos. Unas llamas azules minúsculas empezaron a arder delante de mí.

Se echó a reír y me observó con un ansia irrefrenable, como un depredador hambriento que ha conseguido su presa después de una persecución prolongada.

—¡Delante de ti, tonto! ¿Dónde quieres que esté?

Negué con la cabeza y la observé. Su sonrisa era juguetona y traviesa. Se burlaba de mí y me excitaba a la vez. Me sentí culpable por hacerlo, pero no lo pude evitar.

—Tú no eres Rachel. La verdadera Rachel está escondida dentro de ti. Déjala salir.

Volvió a reír, y el sonido que me produjo me sedujo y asqueó a partes iguales. Con una sacudida se zafó de mis manos e intentó desabrochar el cinturón de mi pantalón. Poseía una fuerza y una rapidez inauditas. Soltó el cinturón en dos segundo se hizo lo propio con el botón de los vaqueros. Se agachó junto a mí.

—Vas a follarme ahora mismo, Toni. Tengo mucha hambre de ti. Te quiero dentro de mí. ¡Ya!

Volví a detenerla justo antes de que consiguiera bajarme el pantalón. La expresión de su rostro, relamiéndose como un felino que se va a dar un festín y el tono de sus palabras me estaban volviendo loco de deseo, pese a mi negativa.

—Lo haré con Rachel, no contigo. Tú eres Cristina. ¡Déjala salir!

Ella me miró desde abajo, sonriendo otra vez. Se pasó la lengua por los labios en una alusión tan clara que sentí que perdería el control si no me mantenía firme. La levanté del suelo sin problemas porque ella se dejó hacer con docilidad. La senté en la cama y me encaré con ella. Empezó a ronronear como un gato.

—Tú quieres hacerlo conmigo, Toni. Yo te follaré mucho mejor que Rachel. Te haré cosas que ni siquiera sabías que existían…

Sentí la garganta y la boca secas. Oírla reconocer que era Cristina poseyendo a Rachel me provocó una sacudida de terror en todo el cuerpo. De pronto, se quitó el camisón por arriba, como si fuera un jersey. No llevaba ropa interior. El cuerpo de Rachel era simplemente perfecto, la quintaesencia de la feminidad: pechos firmes, cintura estrecha, sin un gramo de grasa en el abdomen y caderas redondeadas, con una deliciosa curva que rivalizaba con el trasero en belleza. Tenía un triángulo de vello en el sexo y las piernas torneadas y suaves. Sentí que mi corazón se agitaba en el pecho con un ritmo veloz y desacompasado. Yo nunca había visto a Rachel desnuda (salvo en mis sueños), pero aquello superaba con creces las expectativas que en mi mente se habían formado. Era una obra de arte hecha ser humano.

Bajó de la cama y se pegó a mí como una lapa. Se puso de puntillas para acercar su rostro al mío y me empezó a besar. A pesar de que yo estaba vestido, pude percibir su piel caliente con toda claridad. La parte animal de mi cerebro empezó a reaccionar sin demora. Puse mis manos en su cintura y correspondí a su beso, mientras ella entrelazaba las suyas en mi nuca y me hacía cosquillas con las yemas de los dedos. Nuestras lenguas juguetearon; primero con precaución, tanteándose con cuidado para no hacerse daño. Luego mezclándose con furia, como si estuvieran simulando una lucha de poderes entre las dos y ambas quisieran resultar vencedoras. Mi erección, que había perdido grados de rigidez, volvió a recuperarse al instante, estimulada por las endorfinas que viajaban por mi torrente sanguíneo. Acaricié su espalda y noté la suavidad y firmeza del culo de Rachel. Ella pareció complacida y se pegó un poco más a mí.

Entonces ocurrió algo extraño: oí reírse a Cristina dentro de mi mente, mientras continuábamos besándonos. No era una risa agradable ni seductora. Era la risa de un demonio que ha conseguido lo que se propone con facilidad, sin emplearse muy a fondo. La risa de satisfacción del que ha logrado engañar a su interlocutor y atraerlo hacia su terreno: un precipicio del que no hay salida y que espera al suicida para acogerlo en sus amorosos brazos.

Pero yo escapé. Algo hizo c*lic* en mi cerebro, como un aviso de que algo está chirriando y no va como debería ir. Algo se está saliendo de la línea recta y está trazando un zig-zag que rompe la armonía y la geometría.

Me separé de golpe de Rachel-Cristina y la lancé hacia la cama sin contemplaciones. Ella compuso una mueca de estupor y fastidio y durante un segundo pude ver sus verdaderas facciones, ocultas por las de Rachel. Vi cómo se movían, igual que las serpientes de Medusa, provocando un movimiento parecido al del oleaje bajo la piel del rostro. Luego se recompuso y volvió a ser la cara bella, inteligente y sexy de Rachel. Cristina hizo un último intento que me dejó boquiabierto. Se abrió de piernas y comenzó a tocarse el sexo y los pechos.

—Sal de ella, Cristina. ¡Déjala en paz! —logré articular mientras desviaba la vista hacia sus ojos. Dos llamas amarillas como la silueta del Sol ocupaban la totalidad de sus cuencas.

—*¡Fóllame!* —gritó entonces y su voz era tan estridente como el graznido de una arpía—. ¡Hazlo o la mataré! ¡Te juro por todos los infiernos que gobierna Lucifer que le romperé los huesos desde dentro!

Comenzó a masturbarse delante de mí con una saña que me horrorizó y comprendí que acabaría provocándose algún daño si yo no lograba hacer algo. Otra parte de mi mente se paró a reflexionar acerca de los problemas que tendría si alguien escuchaba los gritos y entraba en aquel momento. La escena no ayudaría a que yo siguiera visitando a Rachel regularmente. La aislarían y me prohibirían que siguiera viéndola, acusándome de desequilibrar la poca paz que tenía. Me acerqué a Rachel y le susurré con calma:

—Rachel, amor mío, tienes que despertar. Tienes que tomar el control.

El ser que la dominaba se echó a reír a carcajadas. Eran las risas cascadas de una anciana alcahueta. Luego empezó a gritarme toda clase de obscenidades y a mostrar mil y una posturas, simulando una relación sexual especialmente explícita y bestial. La agarré de los hombros y le hablé a la cara.

—Rachel, sal de donde estés escondida. ¡Tienes que reaccionar! ¡Rachel!

Cristina volvió a estirar y encoger las facciones de Rachel con tanta fuerza que pensé que acabaría desgarrando la carne y la piel.

—*¡Noooooooooooo! ¡Follameeeeeeeee!*

Sentí frío en las tripas y el estómago se me revolvió. Noté que las náuseas subían y bajaban, como una noria en la feria.

—Rachel, estoy contigo. No te dejaré sola. No permitiré que te hagan daño. Sal fuera.

Cristina comenzó a escupirme e insultarme sin cesar.

—*¡No saldrá!¡No la dejaré salir! ¡Maricón! ¡No puedes follarme porque eres impotente!*

Empecé a llorar de desesperación y terror.

—Rachel, sal de ahí. Tú puedes hacerlo. Ven conmigo, cariño. No dejes que te venza. ¡Tú puedes con ella!

El demonio empezó a reírse por boca de Rachel. Un frío intenso y desolador salió acompañando su aliento muerto y descompuesto.

—*¡Muéeeeeeeeeeeeeeeeeerete! ¡No la dejaré salir nunca! ¡Me gusta para mí! ¡No saldrá, hijoputa! ¡Hijoputaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Muéreeeeeeeeeeeeeeete!*

Entonces, con un chasquido de huesos, Rachel tomó el control de su propio cuerpo. Fue instantáneo. Sus ojos volvieron a ser los suyos y empezó a llorar de miedo, frustración y agotamiento. Unos temblores terribles le provocaron espasmos musculares por el frío y la tensión. Rápidamente la abracé y le puse el camisón. Me senté a su lado y ella me abrazó a su vez y lloró encima de mí, entre hipidos y agitaciones, hablando con la voz entrecortada y afónica. Las voces que antes había propinado Cristina le habían pasado factura a su garganta.

—¡Toni! ¡Podía oír vuestra conversación! ¡Podía oírla! ¡Tenía miedo de no poder salir, pero tú me has ayudado!

La abracé más fuerte aún, intentando calmarla. Pero, ¿quién me calmaría a mí? Mi corazón latía en una carrera sin fin, al borde de las doscientas pulsaciones. Intenté respirar hondo.

—Ya ha pasado, cariño. Se ha ido. Ya no está, cálmate.

Rachel se separó de mí y me miró a los ojos, llorando.

—¡Volverá, Toni! ¡Siempre vuelve! ¡Nunca me dejará en paz!

Su llanto arreció y yo noté una intensa desolación. Me sentí derrotado y muy cansado. De pronto, supe de verdad lo que era el agotamiento: el fin de las últimas fuerzas del organismo. No dije nada. Me limité a abrazarla durante un buen rato hasta que logré que la respiración de los dos se normalizara y nos sintiéramos más tranquilos.

Me pareció increíble que nadie apareciera por la puerta después del escándalo que se había montado allí. Supuse que las habitaciones de al lado se hallarían vacías y al estar la de Rachel en un extremo del pasillo, había pasado desapercibida la algarabía de gritos y voces. Pero aún así era una suerte que no hubieran dado la voz de alarma. Al menos, que nosotros supiéramos.

Entonces me surgió la duda sobre si explicarle a Rachel lo que me había sucedido la tarde anterior con Adrián y Carlos. Si después de experimentar lo que acababa de pasar, le contaba la conversación que había mantenido con ellos y las amenazas que

habían proferido hacia nosotros, podía provocarle otra crisis importante. Por otra parte, tenía todo el derecho del mundo de saber que aquellos dos estaban en la ciudad. No pude discernir qué sería lo mejor para ella. Me limité a seguir acurrucado en sus brazos hasta que logró calmarse y respirar con normalidad. Al cabo de un rato, nos separamos y me miró a los ojos con tristeza. La expresión de malicia que antes había en ellos había desaparecido por completo.

—Toni, siento mucho lo que ha sucedido —susurró con la voz ronca todavía—. Cuando Cristina toma el control me cuesta mucho recuperarlo. Cada vez sucede más a menudo y después acabo agotada, como si hubiera luchado con ella *físicamente*.

Le cogí las manos y las acaricié como si fueran gatitos recién nacidos.

—No te preocupes. Ya ha pasado y todo está bien.

Ella asintió y fijó su mirada dulce en la mía.

—La enfermera me ha dicho que ayer viniste a visitarme pero que yo no te recordaba. Estaba "ida". También me ocurre cada vez más. Siento mucho todo el sufrimiento que te estoy causando, cariño. No es justo que tú también tengas que pasar por esto.

Saqué fuerzas de flaqueza para sonreír y quitarle importancia al hecho.

—No te preocupes. Tuvimos una agradable conversación, a pesar de todo. Hablamos de los viejos tiempos.

Rachel me apretó las manos.

—En aquella época, Cristina ya hacía acto de presencia dentro de mí. Muy de vez en cuando, pero lo hacía.

Recordé las llamas en los ojos de Rachel cuando era mi profesora de literatura y se disgustaba. O cómo me besó en su casa y luego se enfadó conmigo, me echó de allí y me dijo que lo olvidara todo.

*Sí, ya lo creo que lo hacía.*

Rachel sonrió, como leyéndome los pensamientos.

—Toni, eres mi ángel de la guarda, ¿lo sabías? ¿Qué he hecho yo para merecerte y que estés siempre ahí, para cuidarme y quererme siempre, pase lo que pase entre nosotros dos?

Sus palabras me conmovieron y noté un nudo en la garganta.

—Eres tú quien cuida de mí, Rachel.

Ella se inclinó hacia mí y me besó. Fue un beso largo y dulce, como un atardecer en mayo. Cuando se separó vi en sus ojos el mismo amor que había en ellos dieciocho años atrás. Eran los ojos de una mujer enamorada y brillaban más que una explosión nuclear. Entonces me guiñó uno de ellos y me susurró:

—Oye, cariño…

—Dime, Rachel.

—Sé lo que quería hacer Cristina contigo. Y sé que tú también querías hacerlo… pero conmigo. Te prometo que algún día tú y yo haremos el amor hasta que terminemos agotados uno del otro, ¿sí? Quiero estar sana y en mis cabales para que esa sea una ocasión especial de verdad. ¿Lo comprendes, Toni? ¿Puedes esperarme un poquito más?

Asentí sonriendo y me acerqué a ella. Sus ojos negros seguían ejerciendo la misma fascinación hacia mí que cuando era un adolescente que se perdía en las mareas que provocaban sus miradas en mis propios ojos.

—Te esperaré hasta el día del Juicio Final, si es necesario. Moriré y volveré a resucitar si con eso consigo estar junto a ti.

Ella se rompió por dentro y se echó a llorar en silencio, como un animalito que se ha extraviado en el bosque y está pasando hambre y frío.

—Ahora sé que Dios te puso en mi camino para cuidarme y que yo cuidara de ti. Nunca me abandones, cariño. Si lo haces, me perderé y no sabré encontrarme. ¿Me lo prometes, Toni?

Le limpié las lágrimas con el dorso de mis manos. Yo también lloraba mientras asentía.

—Te lo prometo, Rachel. Nunca te abandonaré.

Siempre me he preguntado, por qué Dios no fulmina con un rayo a aquellos que no cumplen sus promesas. Por qué Dios no me fulminó a *mí* cuando no cumplí la mía.

Al final me marché sin hablarle de Adrián y Carlos, para no preocuparla más. Confiaba en que no la encontrarían allí y esperaba no equivocarme. Lo que si le conté fue que había encontrado trabajo en el pub y se alegró mucho por mí y me felicitó. Pero cuando le dije que no podría visitarla hasta el lunes por la mañana, se entristeció. Los horarios de visita en el hospital cambiaban a la tarde los fines de semana y yo estaría trabajando entonces. Le entregué el teléfono, funcionando y con mi número para que me llamara si me necesitaba. Le aconsejé que no lo tuviera a la vista, por si se lo quitaban argumentando que no le haría bien en su estado.

Llegué al trabajo para inaugurar mi primer día allí a las doce menos cuarto. Durante el trayecto me cuidé mucho de mirar atrás repetidas veces, para comprobar que no me seguían. Supuse que tendría que habituarme a esta nueva rutina e incluso a cambiar de itinerario, de vez en cuando.

Saludé a Juan, que ya estaba detrás de la barra, al pie del cañón. Los otros chicos ya subían por la escalera del sótano con los uniformes de trabajo puestos. Los saludé y me desearon suerte. Juan me facilitó un mandil negro para proteger la ropa de calle que traía y me dijo que la próxima semana tendría listo mi uniforme. Me preguntó sonriendo si estaba listo y no me quedó más remedio que contestarle que sí, aunque en realidad estaba hecho un flan.

Me asignó a Pilar como *cicerone* para asesorarme y enseñarme todos los trucos del negocio. Me aconsejó que no me despegara de ella en toda la jornada hasta que me encontrara con confianza en mí mismo. Dijo que Pilar era la mejor de todos ellos, la más profesional y además era incansable. Ella sonrió por el piropo y se tomó la tarea de instruirme como un reto que superar.

Las dos primeras horas pasaron pronto. A la una y media empezamos con los turnos de nuestras comidas. Era una locura: sólo teníamos un cuarto de hora para ingerir algo en la cocina de Peter, mientras iban saliendo platos para los clientes. Primero entró Marta. Después Pilar y yo me quedé en la barra con Juan, mientras Marta servía las mesas. Luego lo hice yo y por último Juan. Peter iba a su aire, picoteando a ratos, entre plato y plato que conseguía sacar a la barra.

Los clientes estuvieron bebiendo cerveza y comiendo hasta las cuatro y media. Como era viernes, muchos se quedaron para

continuar con el café y las copas de media tarde, en la terraza. Pilar me enseñó cómo cargar los brazos de la cafetera y también cómo calentar la leche para conseguir que subiese la crema y la manera de servirla en los cafés para que quedasen vistosos.

A las seis, el flujo de clientes se redujo un poco, momento que aprovechamos nosotros para tomarnos nuestras propias meriendas. Yo me hice un cortado, las chicas té y Juan se tomó una coca-cola. Peter sólo bebía agua en la cocina, sudando siempre la gota gorda entre los fogones. A partir de los ocho, la afluencia se incrementó otra vez. Empezó a entrar muchísima gente que salía a divertirse la noche del viernes. Tuvimos tanto follón que no pudimos ni pararnos a tomar un bocado antes de las doce. Nos limitamos a tomar un refresco, de vez en cuando, entre viajes a las mesas con las bandejas llenas de comida y bebida.

El ambiente en el pub era muy alegre, con la música sonando a toda pastilla por los bafles repartidos por el local: U2, The Cranberries, AC/DC, The Police, Motörhead, Ramones, Thin Lizzy, Neil Young, Lou Reed, Bryan Adams, Bruce Springsteen y un largo etc iban cayendo en el equipo de música de Juan, que se encargaba de ella al estilo tradicional: poniendo y quitando discos. Nada de música descargada y comprimida de internet. Decía que aquello sonaba fatal y que la gente no tenía oído. Se estaban acostumbrando a escuchar las melodías de manera cutre. Él se erigía como baluarte de defensa de la música apreciada en toda su dimensión sonora; con todos los matices necesarios para su disfrute completo.

Mientras me dedicaba a servir cervezas, combinados y refrescos junto a Pilar, de vez en cuando pensaba en Rachel y en cómo estaría. Me seguía preocupando que Adrián y Carlos la encontraran y estaba intranquilo. Y aún me quedaba el sábado y el domingo para poder verla otra vez. Me repetí mentalmente que debía armarme de paciencia y confiar en la providencia para que no le sucediera nada.

A las dos de la madrugada, Juan dio por concluida la jornada y cerró el local, animando a los parroquianos que quedaban a terminar sus consumiciones rápido y se largaran con viento fresco. Estábamos muy cansados por la cantidad de horas de pie y el trasiego constante arriba y abajo. La planta alta y la terraza demandaban mucho movimiento de camareros y había momentos en que no dábamos abasto para llegar a todas las mesas. Pero la gente era comprensiva. Se tomaban con calma los retrasos porque al fin y al cabo habían venido a disfrutar de la compañía, la charla, la bebida y la buena música.

A las tres terminamos de limpiar y nos marchamos a casa.

Llegué al Seminario completamente agotado. Empecé a dudar de que realmente este trabajo fuera para mí. Era duro de verdad, no era ninguna exageración afirmarlo. Luego me consolé pensando en que había entrado a trabajar el día más jodido de la semana, junto al sábado. Juan decía que entre el domingo y el jueves el ritmo era bastante más soportable, pero que el fin de semana era una paliza total. Merecía la pena aguantarla porque el grueso de la caja se hacía en esos dos días y los sueldos había que pagarlos cada mes.

Me desnudé deprisa y me metí en la cama sin darme siquiera una ducha, porque no tenía fuerzas para ello. Supuse que el cansancio me ayudaría a dormir mejor, pero me equivoqué. Aunque me dormí casi al instante, antes de que amaneciera estaba despierto de nuevo. Me desesperé dando vueltas a la cama, una y otra vez, pero fue inútil. Era increíble, pero por muy cansado que estuviera mi cuerpo, mi mente se negaba a acompañarlo con el sueño.

Viendo que no podía dormir, me fui a correr una hora con la salida del sol. El sábado se presentaba despejado y no hacía frío. Hice unos diez kilómetros y luego regresé al hostal, con el cuerpo más tonificado. Me di una ducha larga y concienzuda y después salí a hacer unos recados sencillos: comprar tabaco, tomarme un café tranquilamente y leer un rato antes de incorporarme de nuevo al trabajo a las doce.

En el pub tuvimos un día tranquilo a mediodía. Los clientes estaban casi de resaca del día anterior y parecían haberse decantado por otros sitios para almorzar. Pero a partir de la hora del café empezaron a llegar en masa. Ese día teníamos concierto en directo de una banda de rock que iba a interpretar versiones de Sweet y Status Quo. Juan no cobraba entrada especial por el espectáculo, pero exigía a la gente que consumiera al menos una bebida por escuchar a la banda en directo. Se llamaban The Bastards y eran de un pueblo cercano.

Llegaron a las seis y media y se colocaron en el estrado para ir probando sonido y calentar motores. Eran cuatro: dos guitarristas, un bajista-vocalista y un baterista. Apenas llegarían a los veinte años, pero se les notaba que querían comerse el mundo. Vestían con vaqueros y chupas de cuero negro. Tenían pelo largo y greñudo y expresiones en sus caras de "odio a todo el mundo, no me toquéis los cojones". Me recordaban a los Ramones en estética, pero lo cierto es que eran buenos. Sólo tuve que escucharlos ensayar un par de veces para darme cuenta de ello.

A las ocho en punto anunciaron por megafonía que el concierto iba a dar comienzo y la gente empezó a arremolinarse junto a ellos. Empezaron a todo trapo con *Action* de los Sweet y la peña empezó a disfrutar de lo lindo dando saltos, gritando y coreando mientras

duró la canción. Nosotros mismos mirábamos desde la barra cómo la banda se desenvolvía con las tablas de unos veteranos de mil festivales. Marta y Pilar eran las primeras en dejarse llevar por el ritmo de la música y se paseaban entre las mesas bailando y haciendo malabarismos con las bandejas bajo la atenta y preocupada mirada de Juan.

Siguieron con *Fox on the run, Hell Raiser y Fever of Love.* Pero cuando la gente se volvió loca de verdad fue al interpretar *The ballroom bliz.* Cuando el batería empezó a aporrear la caja y el doble bombo, haciendo malabares con las baquetas, los clientes gritaron como posesos. Todo el mundo empezó a acompañar la canción con las palmas que se oyen al principio del tema.

Luego interpretaron un par de temas sueltos de Slade ("Cum on feel the noize") y Twisted Sister ("We're not gonna take it") y se metieron al público definitivamente en el bolsillo. Hicieron un alto de cinco minutos para tomarse una cerveza Guiness, cortesía de la casa, y volvieron con más fuerza para descargar el verdadero concierto: versiones fidedignas de los Status Quo, que sonaron con una potencia brutal en aquel pub irlandés que poseía mejor resonancia que muchas salas de teatro pequeñas.

Comenzaron con *Down Down* y todo el público, el que estaba junto a la banda y los que estaban en la planta de arriba empezó a saltar y bailar llevando el compás de la música. Eché un vistazo a mi derecha y vi a Juan que movía su pierna sin parar y él me miró a su vez, riendo: las mías se movían exactamente igual.

Siguieron con *Caroline* y *Whatever you want.* Aquí ya se notaba cómo la banda estaba disfrutando en la tarima de madera que hacía las veces de escenario. Se les veía en comunión con el público. Continuaron desgranando buen rock and roll con *Paper plane ,Rain* y *Roll over lay down.* A esas alturas ya no había nadie en el local (que estaba a rebosar) que no llevara el compás con los pies. Yo mismo me estaba divirtiendo como un enano surtiendo de bebidas a Marta y Pilar para sus pedidos en las mesas de arriba.

Dejaron para el final *What your proposing y Movin' on.* Y por fin hicieron un *medley* que los propios Quo habían hecho versioneando clásicos como *Last dance, Lucille, Wanderer, Great ball of fire* y muchos más.

Cuando terminaron la gente aplaudía como en un festival internacional y yo miraba a Juan sin dar crédito. Él mismo estaba alucinando por el concierto que habíamos presenciado todos los que estábamos allí. Los *Bastards* se tomaron otra cerveza e hicieron un último tema para finiquitar la noche de rock and roll. Cuando escuché los acordes de *I was made for lovin'you* de Kiss y vi como el público gritaba enfervorizado pensé que el local se vendría abajo.

Nuestras camareras empezaron a bailar como una clientas más y aquello empezó a desmadrarse de verdad. Juan se saltó la barra de un salto y me animó a hacerlo a mí también. Yo miraba aquello sin podérmelo creer, pero al final me dejé llevar y acabamos todos bailando hermanados: banda, empleados y público. Un sentimiento lleno de energía positiva y electricidad parecía envolver aquellas cuatro paredes hasta el extremo de llevarnos a todos en volandas para disfrutar del poder de la música en directo y disfrutar del momento. Era un auténtico regalo en mitad del trabajo duro que suponía estar allí.

Cuando volvía a la residencia me di cuenta de que estaba menos cansado que el día anterior. Quizá se debía al hecho de que mi cuerpo estaba todavía activo por el día de trabajo. Saqué el teléfono móvil del bolsillo interior de mi chaqueta vaquera y lo encendí. Me llegó un mensaje de Rachel que me hizo sonreír: *"Te echo de menos. Espero que te esté yendo bien en el pub. Te Quiero. Besos."*Lo había enviado aquella misma tarde. A pesar de las horas que eran, le respondí para que lo viera por la mañana: *"Yo también te extraño y te quiero. Nos vemos el lunes. ¡Besos!"*

Al entrar en mi habitación decidí darme una larga ducha antes de acostarme para poder conciliar el sueño con más facilidad, pero por supuesto no me sirvió de nada. Una vez más, tuve que levantarme para hacer ejercicio antes del amanecer. Me parecía increíble que mi cuerpo no me pidiera a gritos una tregua de una vez. Aquel fue el día en que verdaderamente empecé a preocuparme por mi falta de sueño. Si era incapaz de dormir después de dos días de intenso trabajo, casi sin descanso… ¿cuándo lograría hacerlo?

# Running from the storm.

La jornada del domingo fue extraña desde el principio. Primero, porque apenas tuvimos clientes hasta que llegó el mediodía y repartimos algunos menús en las mesas de la terraza. La mañana era agradable, con el sol radiante en lo alto y la temperatura templada para estar aún a primeros de abril. Esa tranquilidad relativa nos permitió estar más relajados a los empleados del *Flanagans,* comer con más calma y charlar entre nosotros.

La segunda causa de extrañeza la propiciaron Adrián y Carlos, en la hora de la sobremesa. Cuando los vi aparecer por la puerta, me dio un vuelco el corazón. Luego me dije que era cuestión de tiempo que me encontraran en mi lugar de trabajo. Quizás incluso lo sabían desde el principio. Se dirigieron hacia la barra, en la que nos encontrábamos Pilar y yo. Juan y Marta servían las mesas de afuera y de las dos plantas interiores.

Se acercaron a nosotros y se sentaron en sendos taburetes. El de Carlos crujió bajo su peso excesivo, pero este hecho no perturbó su faz inexpresiva de *golem*. Me miró sin decir esta boca es mía, igual que una vaca observa el campo mientras pasta. Adrián sonreía como de costumbre, con esa mueca de superioridad física e intelectual en sus labios que sacaba de quicio a cualquiera. Vestían igual que la otra vez que nos habíamos visto. Me pregunté si se darían una ducha de vez en cuando y renovarían el guardarropa.

—Vaya, vaya, vaya —repuso Adrián—, mira a quién tenemos aquí, Carlos. Pero si es nuestro buen amigo Toni, el salvador de damiselas indefensas…

Pilar se percató en seguida de qué tipo de clientes eran; no en vano era una veterana de mil batallas. Se acercó para solventar la situación y librarme de la penosa tarea de tener que atender a aquellos dos indeseables, haciéndolo ella misma, pero la detuve con un gesto de la mano y una frase:

—No te preocupes, ya me ocupo yo.

Ella me observó con la mirada interrogante y luego asintió en silencio. Se iba a marchar al otro extremo de la barra, pero se inmovilizó al escuchar a Adrián.

—No. Quiero que me atienda ella. Tú eres muy feo. No te ofendas, Toni, pero ella está más buena que tú.

Pilar no dijo nada, sólo entrecerró los ojos y comprendí que había lidiado antes con tipejos de peor aspecto que ellos. Pero ella

no sabía lo que eran de verdad, lo que ocultaban debajo de aquella fachada de borrachos habituales. Y yo no estaba dispuesto a que lo descubriera bajo ningún concepto. Pilar me caía especialmente bien. Apoyé las manos en la barra y miré a Adrián y Carlos alternativamente. Sonreí. No sé cómo, pero lo hice.

—Si queréis beber aquí os atenderé yo. Si no os gusta la idea, tenéis la opción de largaros a otro sitio. Si insistís y montáis bronca, llamaré a la policía. Están aquí al lado, así que vendrán enseguida.

Carlos no dijo nada ni reaccionó de ninguna manera. Adrián ensombreció el semblante durante unos segundos y luego se echó a reír, como si le hubiera contado algo especialmente gracioso pero hubiera tardado un poco en comprenderlo.

—¡Eres un cachondo, Toni! —exclamó—. Lo reconozco. Cuentas con mi admiración, en serio. Pero, ¿qué le vas a decir a la policía? ¿Que prefiero que me atienda ella en vez de tú? ¡Vamos, hombre, se van a reír de ti! Además, eres un camarero pésimo. Me estás tratando muy mal y me están entrando ganas de pedirte el libro de reclamaciones. A los clientes hay que mimarlos un poco, no echarlos a patadas del negocio.

Lo miré sin mover las manos de la barra ni un ápice.

—Hazlo.

Me echó una ojeada que prometía un ajuste de cuentas posterior, pero sus labios siguieron curvados en una sonrisa burlona. Pilar me interrogó en silencio y yo le hice una señal para que se marchara. Lo hizo con un gesto de preocupación en su rostro y supuse que iría a avisar a Juan.

—No —respondió Adrián, quitándole importancia al asunto moviendo su única mano, como quién espanta una mosca especialmente molesta—. No merece la pena, soy buena gente. Y Carlos también. Míralo, todavía no ha abierto el pico, el pobre.

En efecto, estaba inmóvil y a la espera de las órdenes de su amo, como un mastín bien educado que no ataca a menos que se le den las oportunas instrucciones para ello. Su cicatriz era tan fea que provocaba rechazo mirarla. Daba la impresión de que se abriría como una boca vertical y masticaría todo aquello que encontrara cerca.

—¿Qué os sirvo? —pregunté con la voz tan gélida como me fue posible modular—. ¿Aguarrás? ¿Ácido sulfúrico? ¿Lejía?

Adrián se echó a reír e incluso Carlos se permitió una tímida sonrisa. No cabía duda de que aquel par de cabrones tenía sentido del humor. Aunque fuera más negro que mi alma.

—Toni, deberías tener tu propio programa en la tele —respondió Adrián—. Estás completamente desaprovechado aquí o escribiendo esas mierdas de novelas que escribes. ¡Cuánto talento se está

perdiendo el mundo del espectáculo!

No respondí y mi cuerpo siguió haciendo la estatua delante de ellos. Vi por el rabillo del ojo que Pilar estaba hablando con Juan al otro extremo de la barra y cómo ambos miraban hacia mí.

—¡Dos cervezas! —exclamó Adrián, contento como unas castañuelas, mientras golpeaba la barra con su única mano—. De las caras. No se te ocurra ponerme una de esas que fabrican en Zaragoza o Barcelona. Saben a pipí de gato.

Saqué dos Guinness y les quité la chapa con el abridor adosado al grifo. Las planté delante de ellos sin ofrecerles vasos.

—Son veinte euros —exigí.

Adrián abrió mucho los ojos sin dejar de sonreír.

—¡Joder! Te lo has tomado al pie de la letra. Te dije de las buenas, pero tampoco hacía falta que me robaras en mis narices, mamón.

Se sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y extrajo un billete morado que depositó en la barra. Lo cogí con el mismo asco que si se tratara de una rata muerta y lo metí en la caja. Me di la vuelta de nuevo y me quedé observando cómo bebían de las botellas, pegando sus bocas a los golletes. Sentí náuseas. Adrián se dirigió a mí después de tomar un trago largo.

—¿No me vas a poner ni unas aceitunas? Tengo hambre.

Negué con la cabeza y señalé las cartas de la comida.

—Si queréis comer tendréis que pagar por ello.

Adrián estiró su mano y cogió la que le pillaba más cerca. Estaban plastificadas y puestas en pie, como un libro abierto. Empezó a echar un vistazo a los platos que se ofertaban allí, mientras Carlos permanecía imperturbable bebiendo en silencio.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó Adrián, alzando la vista hacia mí sin perder la sonrisa.

—Todo es comestible —respondí al instante.

Adrián se echó a reír una vez más.

—Toni, permíteme que te diga que eres un camarero mediocre. Te recomiendo encarecidamente que te dediques a otra cosa. No estás hecho para esto, créeme.

Empezaba a impacientarme su actitud.

—Tomaos las cervezas de una vez y largaos. Y no volváis más.

Adrián se incorporó del taburete y acercó su cara a la mía. No cedí ni un milímetro aunque tuviese muchas ganas de hacerlo.

—¿O qué? —inquirió con un tono distinto—. ¿Llamarás a la policía? ¿Llamarás a ese inútil del subinspector Rojas para que venga a salvar tu flaco culo, Toni?

No respondí. Me pregunté cuánto tiempo llevaban vigilándome sin que yo me percatara. Durante un segundo tuve la tentación de

agarrar la botella de cerveza de la barra y estrellársela en la cabeza para quitarle aquella sonrisa estúpida de su boca. Adrián sonrió y se sentó de nuevo. En ese momento vi cómo Juan se acercaba a nosotros desde el salón. Su semblante era tranquilo. Se notaba a la legua que no le temblaba el pulso a la hora de echar a los borrachos a la calle. Si era necesario, a la fuerza. Cuando llegó, se puso detrás de ellos.

—¿Pasa algo, Toni? —me preguntó—. ¿Va todo bien?

Adrián se volvió con la botella de cerveza en la boca. Su mueca burlona reapareció en su cara como una mala costumbre que no termina de desaparecer. Carlos no se movió de su sitio y siguió mirando al frente, al espejo situado más allá de las botellas.

—¡Vaya! —exclamó— ¡Pero si es *Míster Proper*!

Juan sonrió, acostumbrado a los malos chistes y cruzó sus poderosos brazos sobre el pecho. Adrián no pareció impresionado por la demostración de fuerza. Era igual de alto que Juan, aunque más delgado. Y además le faltaba un brazo. Carlos no era más que un trozo de carne grasienta, haciendo bulto. Pero Adrián escondía algo muy poderoso. Yo había leído el relato de Rachel y sabía que podía convertirse en *la Sombra*. Y aquello era letal con sus enemigos.

—Mira por dónde, Toni —dijo Juan, mirándome—. ¿No era hoy cuando teníamos el premio al cliente más graciosillo? Pues se lo vamos a dar a este señor.

Adrián sonrió, sin decir nada. Dio otro trago a su cerveza y la terminó.

—Al menos a *Míster Proper* sólo le falta el pelo —continuó Juan, encarándose con él—. A ti te falta un brazo completo, *Manco*. Y una vez oí decir que *Míster Proper* era capaz de partir por la mitad a los tipos mancos.

Adrián se rio y me miró.

—Toni, deberías decirle a tu jefe que yo no soy un manco cualquiera —dijo poniéndose en pie.

Se acercó a Juan y le tendió su única mano: la izquierda.

—Creo que hemos empezado con mal pie. Me llamo Adrián. Ese de ahí —indicó con un gesto—, es Carlos. Somos viejos amigos de Toni. Supongo que eres el dueño del negocio. Me caes bien y te felicito, es precioso.

Juan se quedó mirando la mano, indeciso por el cambio de situación. Al final, algún resorte ancestral instalado en su cerebro le llevó a estrechársela de manera mecánica. Al hacerlo, Adrián sonrió y sacudió la suya con energía. Miré a mi jefe y vi algo parecido a la sorpresa en sus ojos. Me di cuenta de que había subestimado la fuerza de su oponente y le estaba apretando mucho más de lo que

hubiera pensado que podría hacer aquel tipo delgado y sonriente.

—A *mí* nunca podrías partirme por la mitad, *Míster Proper* —le informó Adrián sin soltarle ni abandonar su mueca burlona—. Soy un poco especial. Mucho más fuerte de lo que parezco. Como Clint Eastwood en *La muerte tenía un precio*, ¿comprendes?

Unas minúsculas gotas de sudor perlaban la frente y la calva de su oponente. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo brutal por no apartar la mano y que estaba sufriendo de verdad.

—Te diré algo: no hay que dejarse engañar por las apariencias.

# To one far away

Cuando Adrián se cansó de apretarle la mano, lo soltó. Pegó su rostro al de Juan. Aunque mi jefe no se amilanó, sí que pude percibir su inquietud por tenerlo tan cerca. Su aliento quemaba como el de un dragón que acaba de despertar después de un letargo prolongado.

—Escúchame, *Míster Proper*. Te aseguro que no tendrías ninguna posibilidad si quisieras "partirme por la mitad". Déjame hablar con mi amigo Toni y tomarme lo que me apetezca en tu bonito local. Me marcharé en cuanto termine mi charla con él. Prometo portarme bien. Y Carlos, también.

Juan no dijo nada. Me miró a mí y yo asentí en silencio. Con una mirada nos bastó para entendernos. Si había problemas, le daría un toque y él se encargaría de llamar a la policía.

—Palabrita del niño Jesús —dijo Adrián guiñándole un ojo y levantando la palma de su mano en señal de paz.

Mi jefe accedió y se marchó a seguir con su tarea, mientras Adrián volvía a su taburete y me miraba con su perenne sonrisa.

—Parece un buen tipo, ¿eh? —me dijo, señalándolo—. No hay nada como razonar las posibilidades de éxito que uno tiene para tomar la mejor decisión. Y él tenía pocas, la verdad sea dicha.

Carlos eructó, mostrando su acuerdo con tal afirmación. Algunos clientes volvieron la cara con desagrado. Yo permanecí en silencio mirando a aquel par con el deseo secreto de que sufrieran una embolia instantánea los dos.

—¿Vas a pedir algo de comer? —le pregunté con la mayor frialdad que fui capaz de convertir en palabras—.Vamos a cerrar la cocina hasta la hora de la cena.

Adrián negó con la cabeza, ensayando una mueca solemne.

—Me habéis quitado el apetito con este tema tan desagradable. Pon otras dos cervezas, por favor. Que estén bien frías. Odio la cerveza templada.

Saqué las *Guinness* y Adrián me entregó otro billete, tan asqueroso como el anterior.

—Yo sí que tengo hambre —dijo de pronto Carlos.

Casi me había olvidado de que estaba allí. Parecía uno de esos borrachos silenciosos que decoraban la barra cada día. Adrián volvió la cara hacia él. Una expresión de desprecio absoluto por

aquella “persona” se dibujó en su rostro.

—Tú comerás cuando yo te lo diga, *gordinflas* —escupió su amo sin levantar la voz ni medio decibelio. Sin embargo, el tono había mutado hacia algo difícil de definir.

Carlos captó el cambio sutil de estado de ánimo y no volvió a hablar. Se ensimismó y bebió su cerveza en silencio, paladeándola despacio.

—Lo tengo a dieta —me informó Adrián con una sonrisa—. Está demasiado gordo. Suda como un cerdo en cuanto se pega una caminata o tiene que arrastrar algún cadáver.

Rió su propio chiste en solitario, sin que Carlos o yo dijéramos una palabra. Lo observé en silencio. Sus ojos eran más peligrosos que una descarga de alta tensión. Poseían la inteligencia maligna de las serpientes de cascabel y la misma frialdad oscura de un agujero negro.

—Por cierto, vaya mierda de música ponéis aquí —dijo bebiendo un trago de cerveza—. ¿No tenéis algo de *Black Metal*? ¿Emperor, Dark Funeral, Mayhem, Gorgoroth? ¡Guau! ¡Eso sí que hace vibrar mis neuronas! Incluso me conformaría con esos cabrones de Immortal, que están siempre cantándole a las frías tierras del norte, el viento gélido y el granizo… Esta música que ponéis aburre a los muertos. No sé ni cómo entra la gente aquí, teniendo en cuenta vuestro mal gusto.

No me molesté en contestar. ¿Para qué? Yo no quería mantener una conversación con él. Tan sólo que se largara más pronto que tarde. Cuando vio que no pensaba hablar, prosiguió con su monólogo.

—Te voy a ser sincero, Toni. Iré al grano. Si no me entregas a Rachel pronto, haré que la gente que aprecias en esta ciudad empiece a suicidarse en masa. Algunos se tirarán desde el viaducto, otros se cortarán las venas en vertical, otros se envenenarán, pero te aseguro que no voy a tener piedad. Empezaré por tus queridos compañeros de trabajo. Continuaré con esa chica tan simpática que tiene la cafetería en la torre del Salvador y después pensaré qué más puedo hacer para que tu estancia aquí sea de lo más agradable. Quizás le pegue fuego a la Catedral mientras tarareo una canción de Burzum. Me han dicho que tiene un artesonado mudéjar de madera precioso, en el techo. Seguro que arde genial. O tal vez se queme enterito ese Seminario lleno de curas donde te hospedas. Además, tengo una especial fijación por ellos. Están siempre jodiendo con sus textos en latín y sus putos exorcismos. Las llamas se podrán ver desde Zaragoza, créeme.

»Ya sabes que me encanta quemar, Rachel te lo explicó concienzudamente. Recuerda lo que le ocurrió a la mansión de Ana,

en Comillas. No sé cómo andarás de conciencia, pero sobre la tuya quedaría la muerte de toda esa gente y la destrucción que podría provocar aquí. Si me obligas, no dejaré piedra sobre piedra. Hazme caso, ya le sugerí a Nerón que quemara Roma y no le tembló el pulso. Si hice eso con la ciudad más grandiosa que ha visto el mundo, imagínate lo poco que me importaría enviar al infierno este infecto pozo de mierda en el que vives ahora.

Cuando se calló, tragué saliva con dificultad. Ya no sonreía. Su mueca burlona y sarcástica había sido sustituida por una expresión de odio absoluto que me paralizó la sangre en las venas. Me sentí enfermo de nuevo, con náuseas, dolor de cabeza y muchísimo frío.

—Esta es la última vez que te lo digo. Nos estamos hospedando en una vieja casa en el ensanche, junto al parque de los Fueros. La reconocerás porque es la más tétrica de todas las que hay allí (por eso estaba vacía). Si mañana a estas horas no te has presentado allí con Rachel, empezaré a tomar medidas. Medidas muy *drásticas*. Sabes perfectamente que soy capaz de hacerlo. No me obligues a elegir entre una sola vida o muchas. Esa decisión es tuya y seguro que eres consciente de tu responsabilidad.

No respondí. Tampoco hubiera podido hacerlo. Estaba paralizado por el terror. Adrián terminó su cerveza y se levantó. Carlos lo imitó y lo siguió, dócil como un perrillo, rumbo a la salida. En cuanto desaparecieron de mi vista, recuperé mi ritmo respiratorio y mi temperatura corporal. Me quedé unos segundos quieto. Sentí un ligero mareo y me senté en el botellero frigorífico. Pilar se acercó, preocupada.

—¿Te encuentras bien?

Le respondí que estaba un poco mareado, pero que me recuperaría en cuanto pasaran unos segundos. Juan apareció poco después. Traía un cabreo monumental.

—Toni, ¿me quieres decir quién cojones son esos tíos? ¿Pero qué clase de amigos tienes tú?

Suspiré largo y tendido. Tenía que largarme con Rachel. Ya.

—Es una larga historia, Juan. Pero créeme: no son mis amigos.

Mi jefe me miró. En aquel momento sentí que se había arrepentido de contratarme. Se notaba decepcionado, sorprendido y enojado.

—Sal de la barra y bajemos al sótano. Tienes que contarme qué pasa.

Obedecí, dejando a Pilar sola en la barra. Descendimos las escaleras hasta llegar al almacén. Nos sentamos en un par de sillas viejas, desahuciadas, que habían sobrevivido a la quema de trastos en la noche del solsticio de primavera. Nos pusimos frente a frente.

—Te escucho, Toni —dijo Juan, con el semblante serio.

Necesité varios segundos para poner en orden mis ideas y poder contestarle.

—No puedo contarte todos los detalles. Sólo puedo decirte que el tipo alto y manco nos la tiene jurada a mí… y a mi chica. El otro es su "guardaespaldas", por llamarlo de alguna manera. Me temo que no me queda más remedio que abandonar la ciudad.

Mi jefe alzó las cejas.

—¿Irte? Pero si acabas de llegar… Y acabas de empezar aquí, Toni. Me gusta cómo trabajas. No quiero perder un trabajador honesto y eficiente como tú. No hay forma de encontrar buena gente en estos negocios. ¿Es absolutamente necesario?

Asentí varias veces.

—Lo sé, yo también me he sentido genial estos tres días. Pero no me queda otra solución. Si me quedo, no sólo pondré en peligro mi vida y la de mi chica, sino también las vuestras y las de otras personas que no tienen la culpa de nada.

Juan se quedó en silencio, asimilando la información.

—Pero, ¿tan grave es? ¿En qué clase de lío te has metido, Toni?

Saqué un cigarrillo. Me temblaban las manos. Lo encendí y le ofrecí otro a mi jefe, que negó con la cabeza.

—En uno muy gordo, pero no puedo contarte nada. Cuanto menos sepas, mejor. Por tu propia seguridad te lo digo.

Se levantó, preocupado y dio un paseo entre las cajas de botellas y latas de conserva.

—Joder —dijo—. Tengo la sensación de que esto se acaba demasiado pronto, Toni. Tú y yo nos íbamos a hacer grandes compañeros. Íbamos a trabajar juntos muchos días y a labrar una buena amistad. Ni siquiera sabía que tenías una chica. Pensaba hablarte de Pilar. Le gustas mucho. Y Marta y yo… estamos juntos. Hubiéramos pasado buenos ratos, tanto en el trabajo como fuera de él. Esto es una puta mierda, compañero.

Asentí. Quizás yo también había pensado algo parecido.

—Las circunstancias mandan —dije—.Lamento dejarte en la estacada y pegar la espantada, pero lo mejor para todos nosotros es que yo desaparezca de Teruel.

Me miró con una extraña expresión en el rostro, como si estuviera cavilando algo importante.

—¿Sabes disparar un arma? Para protegerte, quiero decir.

Negué repetidas veces.

—Nunca lo he hecho. Pero creo que debería empezar a plantearme el aprender.

Se quedó unos segundos indeciso. Luego se dirigió al lateral de uno de los muros de carga que sujetaban el edificio. Apartó un cuadro y apareció una caja fuerte detrás. Era sencilla, sin

contraseña. Juan sacó una llave del bolsillo y la abrió. Extrajo una pistola negra pequeña y un fajo de billetes sujetos por una banda elástica.

—Es una *Beretta* de imitación —me informó, tendiéndomela—. Es de aire comprimido, pero está trucada para disparar balines de 22mm. No es nada complicada de utilizar y además tiene un retroceso muy suave. Dispara siempre con las dos manos, para apuntar mejor. En distancias relativamente cortas es letal. Hazlo sólo si es absolutamente necesario, nunca a la ligera. Esta pequeñaja te puede salvar el culo, pero si la policía te pilla con ella irás a la cárcel. Y yo no tendré nada que ver con el arma, ¿comprendes? No te conozco ni te habré visto en mi vida.

Me tendió un cargador de repuesto y también una cajita con munición. Me enseñó a sacarlo y ponerlo, repitiendo la operación varias veces para que la memorizara. Luego me la entregó. Entré en el vestuario, me puse la cazadora y la guardé en el bolsillo interior, junto a los balines. A continuación me regaló el fajo de billetes. Le dije que era mucho dinero para tres días escasos de trabajo.

—Lo necesitarás, si tienes que huir lejos. Empléalo bien. No lo malgastes. Haz que te dure lo suficiente hasta que puedas establecerte en algún sitio y buscar un buen empleo. Y mucha suerte. Espero que algún día nos volvamos a encontrar.

—Que decidan los dioses —contesté sonriendo de mala gana—. Gracias por todo lo que has hecho por mí.

Él me imitó y luego me abrazó brevemente.

—Que decidan los dioses —repitió—. Lárgate. Yo te despediré de los chicos. Les contaré cualquier excusa.

Subí las escaleras deprisa, dejándolo en aquel sótano enorme, confundido, pensativo y asustado.

Logré camuflarme entre el público para no tener que despedirme de las chicas y de Peter. Me sentí como un traidor, abandonando las trincheras de su ejército. Salí a la calle y miré alrededor para cerciorarme de que ni Adrián ni Carlos andaban cerca. Miré el reloj y vi que eran casi las siete de la tarde. Necesitaba pensar rápido lo que debía hacer. Era preciso sacar a Rachel cuanto antes del hospital y abandonar la ciudad al anochecer, para evitar a nuestros enemigos. Tenía que contarle lo que sucedía y escapar lo más lejos posible. Decidí que lo mejor sería buscar primero el coche, ir después al psiquiátrico, rescatar a Rachel, volver al Seminario para recoger mis cosas y marcharnos definitivamente de Teruel. El problema era que el Chrysler se encontraba aparcado precisamente muy cerca de donde Adrián me había dicho que estaban viviendo.

Como no me quedaba otra opción, tuve que hacer de tripas corazón y armarme de valor. Crucé el *Torico* hasta la plaza

cuadrada de San Juan y de ahí, salí al viaducto. Lo atravesé caminando de prisa, mirando por doquier sin parar, como un espía jugándose la piel en un país enemigo. Entré al ensanche por la calle Mártires de Teruel, hasta desembocar en la avenida de Ruiz Jarabo, que era donde tenía aparcado el coche. A la derecha había un parque con casas antiguas, algunas de ellas auténticas mansiones abandonadas. Cualquiera podía ser la que ellos habían asaltado. Aunque tampoco era seguro que en ese momento estuvieran por allí.

Cuando hube caminado diez minutos, llegué hasta el *Le Baron*. Estaba aparcado junto al otro hospital de la ciudad: el *Obispo Polanco*. Suspiré cuando entré en el vehículo. Cerré por dentro y me acomodé. El motor arrancó sin problemas, a pesar de llevar unos cuantos días parado y a la intemperie, soportando las heladas nocturnas de Teruel. Temí que la batería se hubiera descargado, pero afortunadamente había aguantado bien.

Partí de allí, rodeé el barrio pasando junto al campo de fútbol y salí en dirección a la antigua carretera de Zaragoza. Cinco minutos después, gracias al escaso tráfico dominical, llegué al Psiquiátrico.

# Escape the hell

Estacioné el coche bajo los aparcamientos techados del interior del recinto. Había mucho trasiego de gente visitando a sus familiares enfermos, quizá por ser domingo por la tarde. El horario era de puertas abiertas y había menos control que por las mañanas. Eso me permitió colarme directamente sin pasar por el engorro de dar explicaciones, ni solicitar visita en el mostrador de información y admisión.

Tomé el ascensor, pulsé el botón y llegué arriba en un santiamén. Me fui directo a la habitación de Rachel con el corazón golpeando mi pecho a mil por hora. La puerta estaba cerrada. Llamé y sin esperar respuesta, tiré de la manivela y la abrí.

La habitación estaba vacía.

Noté que me faltaba la respiración. La luz estaba encendida, la cama deshecha, con las sábanas arrugadas, pero no había nadie allí.

*Se me han adelantado. La han localizado y se la han llevado. Esos hijos de puta la han cogido, por fin.*

Entonces escuché una cisterna descargar en el baño, justo a mi lado. La puerta se abrió y apareció Rachel. Vestía su clásico camisón rosa de florecitas. Al verme sonrió y se lanzó a mis brazos, sorprendida y alegre por verme allí. Sentí un alivio inmenso, como el que experimenta un enfermo de cáncer cuando le comunican que por fin se ha curado y no quedan restos de metástasis. La abracé fuerte y empecé a besarla como un loco. Ella se rió al verme así de efusivo y me devolvió los besos.

—¡Toni! No te esperaba hasta mañana. ¡Qué alegría verte aquí! ¿No trabajas esta tarde?

Volví a suspirar otra vez, porque tenía la suerte de cara. Rachel estaba en un día "bueno" y recordaba todo a la perfección. Ahora tenía que convencerla de que debíamos marcharnos sin tardanza. Me acerqué a la puerta de la habitación y la cerré para poder tener intimidad a la hora de hablar. Después nos sentamos los dos en la cama. Estaba preciosa, como de costumbre. Sus ojos irradiaban luz y su sonrisa no se descolgaba de la boca en ningún momento.

—Escúchame, cariño. Tengo algo importante que contarte —le dije, cogiéndole de la mano.

Se puso seria al oírme y apretó mi mano con nerviosismo.

—¿Qué pasa, Toni? Habla, por favor. No me asustes.

Suspiré, intentando discernir cuál sería la mejor manera de enfocar el asunto. Por fin, decidí que no me andaría por las ramas.

No teníamos tiempo para andar con contemplaciones.

—Adrián nos ha encontrado. Tenemos que salir de la ciudad esta misma noche, Rachel.

Su boca formó una "o" de sorpresa y abrió mucho los ojos.

—Dios mío… Oh, Dios mío.

Me acerqué más a ella y la abracé.

—Cálmate, todo saldrá bien. Escúchame.

La puse en antecedentes contándole lo que me había sucedido el jueves anterior, cuando me había encontrado en el banco de la plaza de San Martín, mientras leía. Le dije que Carlos lo acompañaba. Y cómo se habían presentado hoy en el *Flanagans*, exigiéndome que la entregara a ella o tomarían represalias hacia mucha gente conocida.

—¡Por Dios, Toni! ¿Por qué no me avisaste el viernes de que habían aparecido? —exclamó, asustada— ¡Puede que hayamos perdido un tiempo precioso!

Negué con la cabeza.

—Después de lo que pasó, con la crisis que sufriste el viernes por la mañana…

*O más bien, posesión.*

—… me faltó valor para contártelo. Francamente, estabas destrozada y sin fuerzas. No creo que te hubiera hecho bien. Por eso me lo callé, esperando un momento más propicio. Pero ahora, todos los acontecimientos se han precipitado y tenemos que huir.

Ella asintió varias veces con la cabeza. Noté que se había puesto muy nerviosa. Eso no ayudaría. Necesitábamos toda la calma del mundo para hacer las cosas bien.

—Escúchame, vamos a hacer lo siguiente. Saldremos juntos, como si fuéramos a dar un paseo por los jardines del hospital. Nos montaremos en mi coche e iremos a mi hostal. Prepararemos mis cosas y saldremos pitando de aquí.

Ella se mostró de acuerdo, asintiendo.

—Si el doctor Valcárcel nos ve por los pasillos, no me dejará salir. Hoy está de guardia.

—Esperemos no cruzarnos con él, pero si lo hacemos, seremos muy convincentes —contesté, pensando en la *Beretta*. Notaba su presencia reconfortante junto a mi pecho.

—¿Dónde iremos? —preguntó con los ojos brillantes—. Deberíamos irnos a una ciudad grande, Toni. Así pasaremos más desapercibidos. ¿Qué te parece Madrid?

Dudé. Madrid estaría plagado de informantes y espías que nos localizarían enseguida.

—Creo que no es buena idea. Adrián tendrá amigos allí. Madrid es un nido de serpientes. Tenemos que dar un golpe de efecto. Algo

que no se espere y le sorprenda.

Rachel seguía en sus trece.

—Entonces, Zaragoza. O Barcelona. O Valencia. Necesitamos ir a una ciudad grande. Es un auténtico milagro que aún no me haya localizado aquí, joder.

Asentí sin dejar de cavilar.

—Seguramente se ha confiado. Pensaría que no había prisa. El hecho de que yo haya llegado aquí ha trastocado sus planes. Aún no sé dónde iremos. Ya lo pensaremos más tarde. Ahora hay que largarse. ¿Tienes ropa?

Rachel sonrió con tristeza. Sacó el teléfono que yo le había dado del cajón de su mesita.

—No tengo nada. Sólo el móvil que me regalaste. Lo perdí todo en el viaje de tren hasta aquí. Fue horrible.

—Ya me lo contarás después. Quiero saber hasta el último detalle, pero ahora hay que irse. Yo te prestaré algo de ropa en el hostal. Te quedará grande, pero mejor eso que nada. ¿Nos vamos?

Rachel miró la habitación. Sonrió como un pajarito al que le abren la puerta de su jaula y sale cantando, mientras vuela.

—Vámonos.

***

No nos encontramos a nadie conocido por el pasillo de la planta. Tomamos el ascensor y salimos al recibidor del hospital. Nos cogimos de la mano para darnos valor mutuamente. Había un flujo constante de gente entrando y saliendo del edificio. El domingo era el día de las visitas por antonomasia y eso nos beneficiaba, porque nadie parecía fijarse en nosotros. Otros pacientes con enfermedades leves paseaban por los pasillos, acompañados por sus familiares, y salían a los jardines para tomar el sol o fumar.

Atravesamos el vestíbulo y salimos al exterior. Nos dirigimos al parking sin demora. Mi vehículo estaba esperando, como un compañero fiel. En aquel momento y en los que quedaban por llegar, se revelaba como un aliado indispensable.

Cuando estábamos llegando al coche, vimos que alguien se dirigía hacia nosotros. Al principio no lo reconocí. Luego me di cuenta de que se trataba del doctor Valcárcel. Rachel y yo cruzamos una mirada preocupada. Seguimos andando hasta que llegamos al Chrysler. El psiquiatra nos llamaba sin cesar y antes de que pudiéramos meternos en el coche, ya lo teníamos junto a nosotros.

—¡Señor Hernández! —me espetó—. ¿Dónde demonios cree usted que va con mi paciente?

Me volví hacia él, mientras metía la llave en la cerradura de la portezuela.

—Me temo que su paciente no está encarcelada aquí, doctor. Es una persona libre, en un país libre. Puede ir adonde quiera, siempre y cuando no contravenga ninguna ley. Y pedir el alta voluntaria no es ningún delito, que yo sepa.

Nos miró alternativamente. Rachel no dijo nada y se limitó a escuchar.

—Escúchenme los dos. Si se marcha ahora, puede empeorar en cualquier momento. Está en pleno proceso terapéutico, ¡por el amor de Dios! ¿Se dan cuenta de la clase de irresponsabilidad que supone abandonarlo? Rachel necesita tratamiento constante y la ayuda de los profesionales de la salud mental.

Empecé a impacientarme por momentos.

—Le agradecemos su interés y preocupación, doctor, pero se trata de una causa de fuerza mayor.

El médico me miró con cara de no creerse una palabra.

—¿Pero qué puede ser más importante que la salud de su amiga? ¡Vamos, hombre! Es usted un necio. Si algo le ocurre a ella, usted será el responsable, señor Hernández.

Abrí la puerta y me metí en el coche. Rachel me imitó y se puso el cinturón de seguridad. Bajé la ventanilla y el médico se acercó.

—Precisamente es su integridad física lo que me preocupa —le dije mientras arrancaba el motor y empezaba a acelerar.

—No se vaya, Toni —me dijo acercándose más a mí, como un confidente en los barrios bajos—. Tengo que hablar con usted.

Me encaré con él.

—¿Por qué no le pregunta a ella? Rachel le dirá si quiere quedarse o irse.

Apoyó las manos en la portezuela del coche, inclinándose para mirarnos.

—Esto es un error tremendo, créame —dijo apoyando su mano en mi antebrazo—. Debe quedarse aquí. Debo contarle algo importante que…

Rachel lo interrumpió, dirigiéndose a mí.

—Creo que ha hablado con ellos, Toni. ¡Vámonos! ¡Sal de aquí!

Puse la primera y pisé el acelerador. Las ruedas del Chrysler patinaron un poco y luego se agarraron al asfalto. El médico hizo un último intento, más simbólico que otra cosa, agarrándose al hueco de la ventanilla. El tirón del vehículo lo derribó y vi cómo caía al suelo por el espejo retrovisor. Salí del recinto y me incorporé al tráfico de la calle a toda velocidad.

—¿Está con ellos? —pregunté a Rachel.

Ella asintió.

—Eso creo. Quizá habían llamado por teléfono preguntando por mí, y había recibido instrucciones, no lo sé. Pero me ha dado la

impresión de que estaba controlado por Adrián.

Negué con la cabeza.

—No me cuadra. Creo que habrían entrado directamente y te habrían sacado de allí a la fuerza. ¿Para qué iban a hacer el paripé?

—No lo sé —susurró Rachel—. Cada vez estoy más confusa. Tratándose de Adrián, nunca se sabe. Pero no me ha dado buena espina, esa es la verdad.

Subí hacia el centro por una ronda lateral y en unos minutos estábamos en la plaza de Pérez Prado, donde se ubicaba la residencia. Aparqué en la calle frontal a la torre de San Martín. El lugar estaba tranquilo. La biblioteca estaba cerrada por ser festivo. Estaba empezando a anochecer y las sombras de los escasos viandantes se alargaban. Salí del coche y me aseguré de que nuestros enemigos no anduvieran cerca. Cuando vi que estaba todo despejado, volví e indiqué a Rachel que saliera. Me acompañó al hostal y nos fuimos directamente al ascensor sin saludar siquiera en la recepción, ya que la llave de la habitación estaba en mi bolsillo.

Entramos y empecé a recoger mi ropa. Rachel pasó al cuarto de baño para darse una ducha. Le dejé unos pantalones vaqueros y un suéter de algodón que se me habían quedado pequeños y habían encogido con algún lavado inadecuado. Y unos bóxers elásticos que se adaptaban a cualquier talla. Ya habría tiempo de comprar ropa para ella más adelante.

Mientras hacía la maleta y escuchaba el ruido del agua en la ducha, reflexioné acerca de las posibilidades que se abrían ante nosotros. Había dos cosas que me preocupaban. La primera era conseguir que Rachel permaneciera estable, algo que en cierto modo no dependía enteramente de mí. Si entraba en alguna de sus etapas de ensimismamiento o se "convertía" en Cristina otra vez, podría tener verdaderos problemas para manejar la situación. Supuse que sería importante que ella permaneciera lo menos estresada posible, lo cual era casi una utopía, visto lo visto. Yo podía intentar que estuviera tranquila, pero las circunstancias también podían modificar la realidad lo suficiente como para que todo se me fuera de las manos y la situación escapara de mi control.

El otro inconveniente consistía en elegir nuestra ruta, una vez abandonáramos la ciudad. Madrid me parecía una mala idea, tal y como le había comentado antes a Rachel. Viajar al norte de nuevo no me convencía y volver al sur, menos aún. Adrián la había encontrado antes allí. Podría suponer que regresaríamos al sur para estar cerca de amigos que pudieran ayudarnos, pero yo no tenía ninguna intención de implicar a nadie más. Intenté ponerme en la mente de Adrián y pensar como él. Quizás imaginaría que buscaríamos una ciudad grande para pasar desapercibidos. Las más

cercanas eran Valencia y Zaragoza, una vez descartada Madrid. Barcelona o Bilbao estaban más lejos, pero podían ser opciones perfectamente posibles. El problema era elegir bien y optar por una ciudad que no entrara en los cálculos de Adrián. Podía tener espías por doquier, lo cual dificultaba enormemente nuestra tarea de fuga, y posterior asentamiento en algún lugar para comenzar una nueva vida, completamente ajena a todo lo que habíamos sufrido. Entonces tuve una idea que podría dar resultado, pero debían darse las variantes necesarias para llevarla a cabo.

Cuando Rachel salió del baño, con el pelo aún mojado y vestida con mi ropa, me eché a reír. Ella me imitó al mirarse y ver que la ropa le bailaba por todas partes. Las prendas le quedaban muy holgadas, por mucho que hubiera tratado de paliar la longitud de perneras y mangas, haciéndoles unos dobladillos.

—¡No te rías! —exclamó riéndose ella también—. Ya sé que no parezco Mónica Belucci, pero dame una tarjeta de crédito y déjame en unos grandes almacenes y sabrás lo que soy capaz de hacer.

Me acerqué a ella, la abracé y la besé.

—Cariño, estás preciosa. Ya quisiera Mónica Belucci parecerse a ti…

Rachel me abrazó fuerte y pude notar que temblaba bajo mis brazos. Me besó otra vez, demorándose más de la cuenta. No podíamos permitirnos eso. Ahora no. Me obligué a separarme de ella con cierto fastidio.

—Toni, tengo mucho miedo —susurró, mirándome a los ojos—. Miedo por mí, pero sobre todo, por ti. No ya por lo que puedan hacerte esos dos, sino por lo que pueda hacerte… yo.

No dije nada, sólo me quedé mirando aquellos pozos insondables que tenía en las pupilas. Allí donde yo ya había naufragado cuando era un adolescente y me había enamorado de ella por primera vez.

—Me refiero a esas otras personalidades que están dentro de mí, ya sabes… —aclaró, con una mueca triste—. Cristina es la que más miedo me da.

Le acaricié el pelo que ya empezaba a secarse con el calor de la calefacción, negué con la cabeza y sonreí.

—No te preocupes, todo irá bien. Yo confío en ti, confía tú en mí. Tenemos que cuidarnos el uno al otro, Rachel. Lo conseguiremos.

Ella sonrió agradecida y me acarició la cara.

—Sigues siendo un niño, Toni. ¿Lo sabías? Un niño que me robó el corazón hace tanto tiempo…

Me eché a reír.

—¡Gracias por lo de niño! Los jóvenes empiezan a llamarme “señor” por la calle. Nunca sé si se dirigen a mí y siempre miro

alrededor.

Rachel me guiñó un ojo.

—Estoy deseando probar a ese "señor" y ver si se comporta en la cama como tal…

Sonreí y le di un beso suave en los labios. Agarré la maleta y le pasé el neceser a Rachel.

—Para llegar a eso, tendremos que escapar primero del infierno. ¿Lista?

***

Bajamos al vestíbulo y nos acercamos al mostrador de recepción. No había nadie allí en aquel momento. Dejé la llave encima del mostrador y salimos al exterior. Era noche cerraba y se notaba el vientecillo nocturno que siempre recorría las calles a esa hora. Era frío y seco. La plaza estaba desierta a aquellas horas. Saqué la pistola del bolsillo interior de la chaqueta y me la guardé en la cintura del pantalón, a la espalda, ocultándola con el jersey. Le pasé a Rachel la cazadora para que se abrigara. Me miró con los ojos como platos cuando me vio esconder el arma. Se abrochó la prenda que le quedó tan grande como lo demás.

—¿Cuándo pensabas contarme que tienes una pistola, Toni? —preguntó en voz baja, mientras cruzábamos la plaza a paso rápido. En la pregunta no había reproche, tan sólo pura curiosidad y sorpresa.

Sacudí la cabeza y sonreí.

—Es un regalo de alguien que nos quiere bien. No todo van a ser problemas. Algún ángel de la guarda también tendremos, digo yo.

De repente, al mirar al coche que estaba a unos cincuenta metros de nosotros, vi a Carlos apoyado tranquilamente en el maletero. Me llevé una impresión tremenda, pero Rachel no se quedó atrás. Nos pegamos el uno al otro instintivamente, como dos animales salvajes que se sienten más seguros cazando juntos en el bosque.

—Toni… —susurró, Rachel.

—Lo sé, tranquila.

Aplacamos el paso, acercándonos despacio y con precaución. Carlos nos miraba con una expresión de satisfacción en el rostro. Sonreía de una manera extraña, como si ya no le fuera posible hacerlo de forma natural y la mueca le saliera forzada y artificial.

Nos paramos a unos diez metros y él se incorporó. Nos quedamos los tres quietos, mirándonos.

—Vaya, vaya, vaya. Si es la parejita feliz… —dijo con la voz engolada por el probable exceso de alcohol.

Le eché un vistazo al coche. Aparentemente estaba bien. Los neumáticos parecían en buen estado. Me pregunté qué habríamos hecho si los hubiera rajado o destrozado el vehículo a golpes de martillo pilón.

—Carlos, pedazo de mierda con patas —saludó Rachel. Me sorprendió su arrojo y estuve a punto de reírme—. Tienes peor aspecto aún que la última vez que te vi. Por cierto, debí abrirte en canal aquel día con la botella rota, para sacarte hasta la última de tus asquerosas tripas. Se ve que dejé el trabajo incompleto.

Carlos se echó a reír con sincera admiración por ella. Yo también la admiré. Rachel siempre me arrancaba algún motivo para quererla aún más. Sacaba el valor de lo más oculto de su interior. Miré a mi alrededor, buscando a Adrián. No verlo era aún peor que tenerlo en frente.

—Rachel, sigues teniendo un problema con tu lenguaje. Eres muy vulgar hablándole así a un amigo. ¿Recuerdas los viejos tiempos? ¿Recuerdas aquellos momentos de intimidad entre tú y yo, en el sótano de tu casa, en las navidades de 1984? ¿O aquella vez que te llevé en mi Mercedes desde Comillas a Cudillero, cuando veníamos del funeral de tu amiguita Ana? Cuánto nos reímos, ¿verdad?

Sentí una rabia fría y seca subir por mi estómago en forma de náuseas al recordar cómo Carlos había violado repetidas veces a la persona que yo más quería en el mundo. Y escuchar cómo se burlaba de ella, sin la más mínima humanidad, me llevó un poco más allá en la escala del odio más absoluto.

—Hijo de puta —escupió Rachel—. Ni siquiera me enteré. La tenías tan pequeña que no me hizo ni cosquillas. Lo único que me provocabas era asco. El aliento te olía como si te hubieras tragado una rata muerta, cabrón de mierda.

Carlos congeló la sonrisa en la cara y después cambió la expresión hacia un rencor antiguo como la humanidad. Su aspecto era el de un matón de discoteca que ha engordado demasiado y se ha dado a la mala vida.

—Carlos —dije despacio—. Apártate del coche y déjanos pasar. Nos vamos.

Volvió la vista hacia mí y sonrió, casi con ternura. Igual que una madre a su bebé.

—No puedo hacer eso. Adrián me ha pedido que os retenga aquí. Quiere hablar con vosotros.

—Dile a ese degenerado que aparezca de una vez, si es que tiene huevos para hacerlo —dijo Rachel, desafiante. Empecé a preguntarme si no sería Cristina quien había tomado de nuevo el control. Rachel estaba enervada.

—Vendrá a su debido tiempo. Tú no eres nadie. No eres nada más que una furcia a la que violé por todos los orificios de su cuerpo. Y que gritaba de placer cuando lo hacía.

De pronto, Rachel tiró al suelo el neceser, me arrebató la pistola de la cintura y se fue hacia Carlos. Éste comprendió tarde que esta vez había ido demasiado lejos. Un segundo antes de que Rachel llegara a su lado exclamó:

—¡No, no! ¡Espe...

Rachel le descerrajó un tiro en mitad de la frente. Un agujero del tamaño de una moneda de dos céntimos se dibujó de inmediato y Carlos cayó al suelo como un fardo pesado, tan muerto como una piedra. Ella pisó su cabeza varias veces, asegurándose de que esta vez no se levantaría.

—Saco de mierda, dales recuerdos a todos los de tu calaña en el infierno.

Recogí el neceser del suelo y abrí el maletero del coche. Lancé dentro la maleta y grité:

—¡Vámonos, Rachel! ¡Hay que salir de aquí antes de que venga la policía!

Ella reaccionó, como saliendo de un trance y se metió en el coche. Yo hice lo propio. Cuando estaba arrancando el Chrysler, oí un chillido de neumáticos contra el asfalto. Miré por el retrovisor y vi un BMW enorme girando al final de la calle, junto al Seminario y enfilando a todo trapo hasta nosotros. Tenía encendidos los faros con las luces largas, intentando deslumbrarme.

*Adrián.*

# Interludio En la carretera

# Paris is burning ?

Puse la primera y pisé a fondo el acelerador del Chrysler. El vehículo dio un salto hacia adelante, impulsado por los tres mil centímetros cúbicos de su motor y su tracción delantera.

—¡Rachel! —grité— ¡Ponte el cinturón!

Ella metió la pistola en la guantera y obedeció por puro instinto. El BMW de Adrián estuvo a punto de embestirnos por detrás, pero un súbito giro a la derecha por un callejón, nos salvó del impacto. Oí el frenazo de nuestro perseguidor y cómo marchaba hacia atrás para después girar hacia nosotros y seguirnos, mientras yo aceleraba más y más por aquella callejuela estrecha y mal iluminada. Continué cruzando plazuelas y callejones, con el BMW pegado a nuestros talones. Las cubiertas del *Le Baron* protestaban por los giros bruscos y repentinos en mi afán por despistar a Adrián.

Salí a la plaza del Torico, que a aquellas horas estaba casi vacía y continué por otras calles semi peatonales y de tráfico restringido y controlado por cámaras. El BMW de Adrián nos seguía, rugiendo como un mastodonte enloquecido, obligándome a emplearme a fondo para evitar que nos estampáramos contra alguna esquina en nuestra huida.

—Lo he matado —dijo de pronto Rachel mirándose las manos, como si no acabara de creérselo—. He matado a ese cabrón.

Pegué un volantazo para evitar un vehículo mal aparcado. Pasamos junto a un pequeño mercado de abastos y salimos a la Ronda de Ambeles.

—Sí, y has hecho muy bien, en mi opinión —respondí girando a la derecha en dirección a los viaductos y la salida de la ciudad por la carretera de Zaragoza—. Pero ahora mismo tenemos problemas más urgentes.

El tráfico era casi inexistente. Un domingo a las doce de la noche en una ciudad tan pequeña como Teruel era sinónimo de estar casi todo el mundo en sus casas, preparándose para dormir y madrugar al día siguiente. Los dos vehículos rugían por la ronda, en una carrera infernal y enloquecida. Miré por el espejo retrovisor y me di cuenta de que Adrián nos estaba comiendo terreno y se acercaba peligrosamente.

Fuimos bordeando las afueras de la población, salpicada de zonas residenciales por la Avenida de Sagunto hasta desembocar en

la carretera nacional 234. Había dos direcciones posibles: Zaragoza o Valencia.

*A tomar por culo.*

Simulé dirigirme hacia la salida de Valencia y en el último momento realicé un giro suicida que colocó al Chrysler a dos ruedas sobre el asfalto, para virar hacia Zaragoza. Rachel chilló al pillarle de sorpresa la decisión y notar cómo se inclinaba. El coche se afianzó en la carretera con una sacudida y los amortiguadores y el chasis protestaron al someterse a tanta presión.

El coche de Adrián, más grande y con menos capacidad de maniobra, tardó en rectificar el rumbo, lo que nos hizo ganar unos segundos vitales. Aceleré el vehículo en cuarta para subirlo de revoluciones y dejar atrás a nuestro perseguidor. Me pregunté cómo demonios se las arreglaba Adrián para cambiar las marchas del BMW con un solo brazo y luego caí en la cuenta de que posiblemente fuera automático.

Enfilamos la salida de la ciudad, dejándola atrás y pasando junto al Parador Nacional de Turismo. Aceleré un poco más y me di cuenta de que nuestro perseguidor hacía lo propio, intentando recortar distancias. A la derecha, paralela a nuestra carretera, corría la Autovía Mudéjar A23. A la altura de Villarquemado, tomé una salida hacia ella. Adrián nos imitó al instante, unos doscientos metros detrás de nosotros.

Entonces comprendí que había cometido un error, porque su coche seguramente nos alcanzaría más fácilmente en la autovía. Era uno de esos enormes vehículos de la serie 7, con un motor hasta los topes de caballos. No me quedó más remedio que comprobar hasta dónde era capaz de llegar el *LeBaron*. Nuestro coche pesaba unos mil trescientos kilos y su velocidad máxima era de 180 km/hora. El de Adrián parecía ser un BMW *750iL*, con el doble de cilindros que el nuestro. Seguramente pesaría dos mil kilos y era probable que alcanzara fácilmente los 250km/h. Quizá la diferencia de peso podía ser una baza momentánea a nuestro favor, pero a la larga nos daría caza.

Por otra parte, aunque al ser de noche era más complicado que sucediera, si superábamos durante demasiados kilómetros el límite legal de 120km/h, nos podría parar la Guardia Civil y ahí se acabaría nuestra escapada. Eché un vistazo al retrovisor y observé que nos seguía a una distancia más o menos constante. Sus cuatro faros redondos nos vigilaban sin descanso. Decidí apretar el acelerador y ver cómo reaccionaba. Lo puse a ciento cincuenta y Adrián me imitó al instante, recortando la distancia. Subí hasta ciento sesenta y vi cómo Rachel miraba nerviosa hacia atrás.

—No hay manera de perderlo de vista —me informó—. Ese

malnacido no ceja en su empeño jamás.

Miré el salpicadero y comprobé que nuestro depósito estaba a tres cuartas partes de su capacidad. Me pregunté de cuantos litros dispondría Adrián y cuánto tiempo aguantaría siguiéndonos a esa velocidad sin agotar el combustible y tener que parar a repostar.

—Toni, afloja. Hay un control de la Guardia Civil —susurró Rachel, como si pudieran oírnos desde lejos.

En efecto, había cuatro motos aparcadas con las luces destellando debajo de un puente, a la altura de Calamocha. Los agentes iban parando vehículos aleatoriamente, bien para comprobar papeles en un control rutinario, bien para denunciarlos por exceso de velocidad, al ser cazados por algún radar. Rogué para que no fuera lo segundo o tendríamos verdaderos problemas.

Fui reduciendo la velocidad en el cuello de botella que habían formado con conos y triángulos dentados hasta dejar un solo carril en la vía y así poder detener con facilidad a los vehículos. Observé cómo el enorme BMW de Adrián se acercaba a nosotros por detrás, despacio y con cautela. Rachel y yo nos miramos y aguantamos la respiración. Los agentes iban haciendo señales a los coches, parándolos. Una furgoneta de reparto urgente que iba delante de se detuvo por mandato de uno de los guardias. A nosotros nos dejó pasar, haciéndonos gestos con el bastón luminoso para que continuáramos. Miré por el espejo y Rachel volvió la cabeza atrás. Estaban ordenando a Adrián que estacionara. Vi cómo ponía las luces de emergencia y se hacía a un lado de la calzada. Casi pude sentir la frustración de nuestro enemigo al ver cómo su presa se escapaba sin remedio.

Miré a Rachel, nos echamos los dos a reír nerviosamente y aceleré. Ella se volvió de nuevo hacia atrás. Las luces del control empezaban a quedar lejos.

—¡Jódete, maldito bastardo! —exclamó sobresaltándome, cosa que me hizo reír más fuerte aún.

Acto seguido se inclinó a mí y me plantó varios besos en mi mejilla derecha, contenta como unas castañuelas.

Me di cuenta de que era el momento de aprovechar la oportunidad y poner tierra de por medio. Era poco probable que nos encontráramos un nuevo control o radar de velocidad en los próximos kilómetros, así que pisé el acelerador y puse el Chrysler a ciento sesenta. El volante vibraba un poco, así que reduje a ciento cincuenta y lo mantuve ahí. Le dije a Rachel que si el control del vehículo de Adrián era exhaustivo y se trataba de un registro antidroga, por ejemplo, podía durar entre quince minutos y media hora, con lo cual podíamos sacarle cincuenta o sesenta kilómetros de ventaja. Una vez que llegáramos a Zaragoza, Adrián no sabría si

habríamos entrado en la ciudad, girado hacia Barcelona, o continuado hasta Pamplona, San Sebastián o Bilbao.

Rachel rio y aplaudió, contenta como una niña.

—¿Y a dónde vamos? ¿Lo sabes ya?

La miré un segundo y volví los ojos a la autovía. Sonreí.

—Lo sé desde que te estabas duchando en el hostal. Espero que no haya imprevistos.

Abrió la boca sorprendida. Su mueca encantadora me llevó a pensar que nuestra complicidad era más grande de lo que pensaba. Me quedé en silencio.

—¿Me lo vas a decir de una vez o tendré que torturarte haciéndote cosquillas? —inquirió, dándome un puñetazo cariñoso en el brazo.

—Está prohibido hacerle cosquillas al conductor de un vehículo —respondí muy serio—. Lo prohibieron en la última convención de Ginebra.

Se echó a reír y su sonido fue música celestial en mis oídos.

—¡Toni! ¿Me lo quieres decir, por favor? ¿Me lo vas a decir o…?

Sonreí y volví la cara a ella.

—¿O qué? ¿Me suspenderás?

Me dio otro golpe en el brazo, riéndose.

—¡Tonto! ¡Eres un tonto del bote! Debí suspenderte hace años.

Yo también me reí como hacía muchísimo tiempo que no lo hacía. Creo que aquél fue uno de los mejores momentos de nuestra vida: los dos escapando de Adrián, con todas las posibilidades abriéndose delante de nosotros y estando los dos juntos, cuidándonos mutuamente. Fue uno de esos momentos de esplendor, difíciles de definir y aprehender, que acaban escapando como el agua entre los dedos y nunca vuelven.

—Está bien, te lo diré —respondí, por fin—. Nos vamos a París.

Ella se calló y dejó de reírse.

—Ohhh, Toni… ¿París?

Asentí sonriendo.

—París.

La miré y vi que le brillaban los ojos. Quizás ella rememoraba lo mismo que yo.

—¿Recuerdas cuando me enviaste una postal desde allí y me dijiste que visitara algún día la ciudad de la luz, porque no había otra en el mundo que se le pudiera comparar?

La miré y observé que asentía en silencio. Se había emocionado. Me miró y sonrió.

—Lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer mismo.

Tomé su mano, sujetando el volante del coche con la izquierda. Ella cerró sus dedos sobre los míos, envolviéndolos amorosamente.

Sus uñas, que volvían a crecer, me acariciaron el dorso.

—Pues me prometí a mí mismo que si algún día visitaba París, lo haría contigo. Era casi un niño, pero lo tuve claro entonces y lo tengo claro ahora.

Se inclinó y me besó suavemente, para no hacerme perder el control del vehículo.

—¿Sabías que me marché a París aquel verano para tratar de olvidarte? —me preguntó en voz baja—. No lo conseguí. Al contrario, te quise mucho más allí, en la distancia. Por eso te envié la postal. No podía sacarte de mi cabeza y necesitaba hablar contigo aunque fuese escribiéndote dos líneas y echándolas a un buzón. Todo el romanticismo de la cuidad me recordaba a ti: las barcazas por el Sena, la Torre Eiffel, los bulevares llenos de flores, el barrio latino con sus pintores y libros… Toda esa belleza me llevaba a pensar que me encantaría compartirla contigo.

No respondí, la miré brevemente y sonreí. Estábamos llegando a Zaragoza. Las luces de la ciudad brillaban en el horizonte. Entré en la Z-40 y me dirigí hacia la autopista AP68, rumbo al norte.

—Parece que la vida nos da una segunda oportunidad —susurró, casi para sí—. Aunque sea de esta manera tan extraña, huyendo de algo que es mejor no nombrar.

Apreté su mano para mostrarle mi acuerdo y reconfortar su ánimo. Me miró y vi que dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No, Rachel. No llores, cariño. Todo irá bien —le dije, preocupado.

Sonrió y se limpió las lágrimas con cuidado.

—Lo sé. Es sólo… la tensión acumulada. Ha sido mucha en pocas horas.

Asentí. Tenía mucha razón. Demasiada tensión para nuestros maltrechos corazones. Eché un vistazo al reloj del salpicadero. Eran casi las dos de la madrugada. Hacía frío en el interior del coche. Ajusté la calefacción para que la temperatura fuera agradable dentro, sin provocar modorra.

—Duerme, yo conduciré toda la noche —le dije—. Tienes que descansar y recuperarte. Nos espera un largo viaje.

Ella sonrió y me acarició la cara con su mano suave y cálida.

—¿No tienes sueño, Superman?

Encendí la radio y puse música a un volumen discreto.

—En absoluto. ¿No te he dicho ya que nunca duermo? Si veo que empieza a molestarme el sueño pararé en cualquier sitio a tomarme un café rápido. Necesitamos hacer kilómetros sin cesar. Tantos como podamos.

Ella movió la rueda del asiento para descender el respaldo y acomodarse de costado, como un gatito en el sofá. La observé. Era

tan pequeña y delgada que apenas ocupaba sitio.

—Está bien, pero si sientes que estás demasiado cansado, despiértame y te relevaré al volante, ¿ok?

—Descuida —asentí—. Que descanses.

Se incorporó y volvió a besarme. Después se acomodó otra vez.

—Gracias por dejarme dormir, cariño. Estoy rendida. No puedo con mi alma.

Se quedó dormida casi al instante, con la cara vuelta hacia mí y la cazadora echada por encima a modo de manta. Sentí un nudo en la garganta hecho a partes iguales de orgullo y adoración. El amor de mi vida estaba a mi lado, mientras viajábamos lejos para poder estar juntos. Dormía tranquila, como un bebé que sabe inconscientemente que sus padres velan por él. Cambié de autopista en La Rioja y tomé la AP15, pagando varios peajes. Poco después entré en Navarra, bien avanzada la madrugada. Bajé un poco más el volumen de la música y después puse una emisora de radio y escuché un programa de misterio que me entretuvo hasta que llegamos a las inmediaciones de Pamplona.

Detuve el vehículo en una estación de servicio y llené el tanque a tope. Saqué un café de una máquina automática y me lo tomé en tres sorbos. Rachel ni siquiera se había despertado y seguía durmiendo. Estaba completamente agotada.

Continuamos viaje hacia el norte y empezamos a internarnos en las montañas. Después abandoné la autopista y me desvié por la Nacional 121 en dirección Irún. Allí cruzaríamos la frontera francesa. La carretera estaba casi desierta a esas horas. Era una vía de alta montaña, flanqueada por hayas y robles y con las cumbres aún cubiertas de nieve. El coche se estaba portando bien y yo me sentía contento porque no había ni rastro de Adrián y su monstruoso BMW. La carretera fue descendiendo buscando niveles cercanos al mar conforme avanzábamos.

Al llegar a Irún crucé la frontera por el paso y enfilé una nueva autopista: la A63. Llevaba varias horas conduciendo y muchos kilómetros encima, pero me sentía bien. El café y las nuevas perspectivas me habían revitalizado. Todo iba sobre ruedas y nunca mejor dicho. Fuimos bordeando la costa, por el País Vasco Francés, pasando por San Juan de Luz, Biarritz y Bayona. Poco a poco, el cielo se fue aclarando con el amanecer primaveral y pude observar la belleza del litoral y sus pueblos enclavados junto al mar. Eran poblaciones muy turísticas, llenas de zonas residenciales y típicos caseríos vascos, con el verde intenso del terreno llegando hasta las playas. Las torres de las iglesias destacaban desde la carretera y se podían ver los pequeños puertos, donde las embarcaciones esperaban pacientes.

La autopista fue girando hacia el interior, perdiendo de vista la costa y se internó en el parque natural de las *Landas de Gascuña*. De vez en cuando se volvía a ver el mar entre la inmensa llanura de pinos, a ambos lados de la carretera.

Al llegar a las afueras de Burdeos salí de la autopista y me dirigí hacia un área de descanso con un centro comercial al lado, para volver a repostar, estirar las piernas e ir al servicio. Rachel se despertó dolorida por la incómoda postura, pero sonriente al verse tan lejos de nuestro perseguidor y a salvo en nuestro coche. Entramos a desayunar en una pequeña cafetería, junto a la gasolinera y pedimos café y croissants para los dos. Rachel me sugirió acercarnos al centro comercial para comprar ropa y calzado, ya que se sentía como un espantapájaros con mis prendas encima. No soportaba que la mirasen raro en los sitios. Me pareció lógico y estuve de acuerdo. Un poco de normalidad no nos vendría mal.

Compramos vaqueros, jerseys, ropa interior, zapatos y también un chándal y varios tipos de calzado. El dinero no era un problema, por el momento. Aparte del que me quedaba a mí obtenido por las ventas de los libros y discos en el *Campillín* de Oviedo, disponíamos del fajo que me había regalado Juan. Aún no había tenido tiempo de pararme a contarlo, pero parecía bastante. Quizá dos mil euros. Y aún no habíamos tenido que tocarlo. Me quedaban unos mil quinientos de mis ahorros, y los estiraríamos al máximo hasta que pudiéramos ganarnos la vida de algún modo en París. Como ciudadanos de pleno derecho de la Unión Europea, no deberíamos tener mayores problemas para ello ni para instalarnos en algún sitio tranquilo en el que vivir.

Rachel se vistió con su ropa nueva y me guiñó un ojo, preguntándome qué tal le quedaba. La cierto era que estaba preciosa. Vestía unos vaqueros negros muy ajustados, que realzaban sus preciosas caderas y un jersey de algodón rojo. Calzaba unos botines de medio tacón que le hacían parecer más alta. Se compró una chaqueta de piel negra de imitación, con cremalleras. Se había recogido el pelo en una coleta, lo que le daba un aspecto más joven aún. Parecía una rockera lista para montarse en su motocicleta, junto a alguna pandilla de ángeles del infierno.

Se cogió de mi brazo y paseamos un rato por las galerías del centro comercial, como una pareja normal, sin más problemas que los habituales de afrontar gastos en común y lidiar con trabajos mal remunerados. Cuando pasó un ratito volvimos al coche para continuar el viaje, esta vez por la autopista A10. Estábamos a cinco o seis horas de París y yo quería estar allí a primera hora de la tarde. Rachel insistía en que podíamos alojarnos momentáneamente en un hotelito que conocía, cerca del Boulevard Saint Germain. Me

dijo que no era caro y podríamos estar unos días allí, hasta que encontráramos algo barato para alquilar.

A medio día paramos a comer en un restaurante de carretera entre Tours y Orleans, muy cerca del castillo de Chambord. Los dos teníamos buen apetito, como si nuestros cuerpos se quisieran recuperar de tanto estrés y malas vibraciones y compensar con alimentos placenteros al paladar los malos ratos previos. Pedimos una ensalada y un surtido de quesos para compartir y pescado al horno para los dos. Rachel se pidió una copa de Burdeos; yo tuve que declinar el manjar, para evitar el alcohol en la conducción. Aún así, di un pequeño sorbo de su copa bajo la sonriente mirada de ella.

—¿No tienes sueño, Toni? Me parece increíble el aguante que tienes al volante sin haber dormido en toda la noche. ¿Quieres que conduzca yo?

Sonreí, mientras masticaba a dos carrillos.

—Si quieres conducir porque te apetezca, por mí encantado. Pero no estoy cansado. Me encanta conducir, me relaja y podría hacerlo hasta el fin del mundo. Y en cuanto a lo del sueño... tengo un insomnio crónico.

Pedimos café en los postres y continuamos hacia París. Rachel se echó una pequeña siesta en su asiento mientras el Chrysler seguía devorando kilómetros sin parar. Luego despertó y estuvimos charlando un rato hasta que llegamos a la ciudad, a media tarde.

Llegar a esas horas, en un día laboral, fue una mala idea. Las entradas estaban colapsadas por miles de vehículos que volvían de sus respectivos trabajos en las afueras. Nos costó un par de horas llegar al hotel, después de perdernos varias veces y preguntar en mil sitios. Entre el inglés de Rachel y mi francés de instituto, nos apañamos bastante bien.

El establecimiento estaba situado en una calle pequeña, de poco tráfico, lateral al Boulevard Saint Germain, muy cerca del Sena. Detrás de nosotros quedaban los Jardines de Luxemburgo y la Universidad de La Sorbona y, justo en frente, la *Ile de la Cité*, con Notre Dame en su esquina derecha. La Torre Eiffel quedaba a nuestra izquierda, en diagonal, y podíamos verla perfectamente desde el balconcito.

Era un hotelito encantador, de tres plantas, modesto pero relativamente moderno. Poseía su propio restaurante, decorado con gusto y muy acogedor. La habitación era pequeña, pero confortable. Tenía un cuarto de baño con una bañera de buen tamaño. La cama era de matrimonio y poseía un armario empotrado y una mesa con dos sillas. Nos las arreglamos para llegar en el momento oportuno y tuvimos suerte de encontrar alojamiento sin haber reservado

previamente. Abonamos tres noches por adelantado que nos costaron ciento ochenta euros, incluidos los desayunos y el parking del coche, en los sótanos del propio hotel. Por suerte, sólo hizo falta la documentación de uno de nosotros y por supuesto fue la mía la que hizo acto de presencia entre las manos del recepcionista, porque Rachel carecía de ella.

Cuando vimos que estábamos en nuestro pequeño cuarto, a salvo definitivamente, nos lanzamos el uno al otro, para besarnos con la misma ansiedad con la que los peregrinos sedientos beben al cruzar el desierto.

# Tercera parte
## París

# The deeper the love

Aquella primera noche fue muy especial. Era algo que necesitábamos los dos desde que nos habíamos conocido, diecisiete años atrás. Nos desnudamos con el recuerdo de aquella otra noche que habíamos pasado juntos por primera vez, en Jaén, en la que todo había acabado mal, porque así era como debía ser en aquellos momentos.

Cuando estuvimos uno frente al otro, acariciando nuestras pieles calientes, nos aferramos a amarnos sin descanso como si aquello pudiera redimirnos de tantos malos momentos vividos en soledad, sin nuestra mutua compañía. Fue un bálsamo que mitigó la pena, el pesar, los oscuros pensamientos, la desesperación y la locura que habíamos padecido, cada uno a su manera.

Nos entregamos sin dejar nada dentro, vaciando nuestro interior hasta quedar livianos, como flotando en un nirvana que nos hacía reír mientras hacíamos el amor sin descanso, susurrándonos al oído palabras que sólo los enamorados saben decirse sin que suenen vacías y pierdan el significado. Nos hundimos en la explosión de nuestros cuerpos, fusionándonos en una mezcla de sudor, caricias y fluidos. Reímos y lloramos juntos, disfrutando de una cercanía que habíamos llegado a pensar que sería imposible y teníamos prohibida. Temblamos al unísono tras el orgasmo, como animalitos perdidos en el bosque nevado de un cuento infantil, acompasando nuestros corazones para que latieran al unísono. Acoplamos nuestros labios, suspiramos nuestros alientos en la boca del otro, bailamos un vals con nuestras lenguas, que se amaban por sí mismas sin necesidad de que nosotros interviniéramos.

Rachel, cabalgando encima de mí muy suavemente, como si la lentitud del movimiento quisiera colmarla de belleza, me susurraba al oído, una y otra vez: "¿Me amas, Toni? *¿Me amas, amor mío? ¿Me amarás siempre?"* Y yo contestaba, tratando de contener el orgasmo un minuto más, sólo un minuto más: "Te amare siempre, porque nací *sólo* para eso". Y acariciaba su piel, suave como el polvillo que cubre las alas de las mariposas y sin el cual no pueden volar y mueren. Ella sonreía y lloraba a la vez, porque intuía que algún día la abandonaría, pero entonces yo no podía saberlo y ella sí. De algún modo, ella veía lo que estaba por llegar para nosotros dos y sabía que había cosas buenas y algunas que no lo eran.

Me miraba a los ojos y yo sentía que me hacía el amor también con ellos. Su mirada era su sexo amplificado a la enésima potencia. Me traspasaba más allá de mis conexiones neuronales, directa al lugar donde guardamos el alma encapsulada en algún lugar del cerebro. Me sacudía en temblores de emoción que sólo yo podía sentir en mi interior, en un interior muy lejano de mi cuerpo, en mi consciencia que vagaba, quizá, por el cosmos junto a las estrellas.

Hacer el amor se convertía así en una experiencia que nos llevaba más allá de la propia carne, porque fusionaba nuestros espíritus en uno solo, más fuerte, más sabio, más inteligente, inmortal. Podía sentir las vibraciones que emanaban de su cuerpo hacia mí y me sacudían como descargas eléctricas que han escapado a la domesticación y se expanden en libertad como los rayos en la tormenta y los relámpagos que cabalgan el cielo.

Acariciaba sus pechos perfectos, desafiantes a la ley de la gravedad, flechas de un Cupido que atravesaban mis manos con los pezones convertidos en puntas de metal caliente. Deslizaba las palmas de mis manos por las curvas peligrosas de sus caderas, como caminos que llevan al abismo, donde corren ríos libres y veloces, llenos de agua dulce y fría.

Entraba en su cueva, caverna de Platón ignota, donde las cosas no son lo que parecen y las sombras se alargan a causa de la hoguera. Su sexo se fundía con el mío, como las brasas al fuego que lo consume, provocándonos espasmos de placer y suspiros ahogados por nuestros propios besos. Y ella, no dejaba de preguntar: "¿Me amas, Toni? ¿Me amarás *siempre*?", como si necesitara que mis respuestas pudieran convencerla de que aquello oscuro que se acercaba, inefable, falso y traicionero como una joya de imitación, era sólo un mal sueño que se olvida al despertar.

Sus susurros en mi oído, el aliento dulce y cálido que exhalaba junto a los lóbulos de mis orejas, me seducía, me hacía enamorarme un poco más cada vez que hablaba. Me arrastraba hacia ella, como la marea en la resaca a los incautos bañistas que no respetan el mar. Después, me besaba sin dejar libre ni un solo centímetro de mi piel. Demorándose donde sabía que debía hacerlo, con esa sabiduría antigua con la que cargan todas las mujeres de la historia de la humanidad y que han trasmitido de generación en generación. Sonriendo sin cesar, mostrando el orgullo de amar a un hombre porque es eso y sólo eso, lo que desean hacer de verdad.

Nos sumergimos en aguas profundas, paladeando el sabor a sal y la brisa marina que lo acompaña. Nos bebimos uno al otro con generosidad y alegría, entregados a la tarea de dar placer, antes que recibirlo, exultantes por la emoción y el calor del momento. La noche de abril iba cayendo en París, oíamos los cláxones, los ruidos

de la gente, el pulso de la ciudad. Y nos parecía la banda sonora perfecta para amarnos una y otra vez, sin descanso, como fantasmas que repiten la última acción de sus vidas apareciéndose siempre a la misma hora y en el mismo lugar. Canciones de amor bailaban en nuestras mentes, repetidas en bucle, recordándonos la fugacidad de la vida y del propio amor dentro de los corazones y su palpitar desacompasado y raudo.

De la cama nos trasladamos a la bañera y allí permanecimos abrazados, disfrutando del calor del agua enjabonada y de nuestros propios cuerpos. En silencio, como esas aves que duermen juntas, pegadas unas a otras para evitar el frío, nos sentíamos uno al otro, hasta la última de nuestras células. Apoyó su espalda en mi pecho y dejó su cabeza caer junto a la mía, para que yo colmase su cuello de besos minúsculos que le hacían sonreír y cerrar los ojos, complacida.

Mucho más tarde, cuando el agua se enfrió y empezamos a temblar de frío, salimos a la habitación en albornoz. Llamamos al servicio de habitaciones y pedimos una botella de champán y unos canapés de trufas y paté. Aquélla fue nuestra cena esa noche. Brindamos y comimos, acodados los dos en el balconcito con vistas al París nocturno que nos regalaba su belleza para que nunca olvidáramos aquella noche. La torre Eiffel derramaba su faro de luz, como la linterna de un gigante que buscara sombras en la noche. Las luces de neón brillaban en la distancia reflejándose en escaparates y edificios. Los puentes sobre el Sena se estiraban, de orilla a orilla, salpicados de viandantes borrachos o noctámbulos. Los coches cruzaban a toda velocidad en *La Défense* y el Arco de Triunfo se erigía moderador de las avenidas y centro del París que se derramaba alrededor. Rachel y yo mirábamos todo aquello en silencio, maravillados por la belleza de la ciudad y por la mutua compañía. De vez en cuando, bebíamos champán sin dejar de brindar por nuestro futuro y nos susurrábamos más palabras de amor, palabras nunca dichas antes, inventadas ex profeso para la ocasión.

Encendí un cigarrillo y se lo pasé a Rachel. La brisa nocturna acariciaba su pelo, casi jugueteando con él. Yo la miraba y me quedaba extasiado contemplando su belleza. Me preguntaba cómo la mujer más bonita que nunca había conocido podía estar junto a mí, compartiendo un *Lucky Strike* conmigo, besándome de vez en cuando y sonriéndome con los ojos, como sólo sabe hacerlo una mujer enamorada, con ese brillo tan especial que hace que se conviertan en piedras preciosas engarzadas en un rostro femenino. Rachel observaba París con la misma fascinación con la que yo la miraba a ella, impactada por lo sublime. De pronto, volvió su

mirada una vez más hacia mí y sus ojos acariciaron los míos. Pensé que me derretiría allí mismo si seguía mirándome así. Me cogió la mano y tragó saliva, emocionada.

—Gracias —musitó, y una lágrima solitaria rodó por su mejilla derecha hasta que mi mano la atajó y mis dedos la secaron.

—¿Por qué, cariño?

Ella se abrazó a mi cintura, como una niña pequeña que no quiere que su padre se marche a la guerra.

—Por venir a buscarme. Por venir a por mí.

Le besé el pelo. Olía a champú de melocotón. Era tan suave y fino como la seda oriental. Puse mis manos en su cara y la obligué a mirarme. Sus ojos negros brillaban tan peligrosos como el sendero de la traición.

—Eres tú quién me ha salvado a mí. Tú me proporcionaste un motivo para seguir viviendo. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Ella lloró otra vez.

—He puesto tu vida patas arriba. Y estoy enferma, Toni. No sé durante cuánto tiempo estaré bien y cuándo volveré a ser quien no quiero ser.

La abracé y cubrí sus lágrimas con mis besos. Su sal se quedó entre mis labios como el recuerdo perenne de una mentira.

—Nadie sabe cuánto tiempo le queda, Rachel. Todo el mundo vive sin saber cuándo morirá o enfermará. No se trata de tener mucho tiempo, sino de aprovechar el que tenemos. Nuestra realidad es ésta; la que estamos experimentando en este momento. Vivamos sin preocuparnos por lo que tenga que llegar.

Ella sonrió y asintió. Se puso de puntillas y me besó con desesperación, como si pensara que me iba a esfumar allí mismo, de improviso. La llevé a la cama de nuevo y me dediqué exclusivamente a hacerla feliz. Desde algún lugar cercano (el interior de un coche o una ventana próxima), nos llegó una canción de Foreigner: “I want to know what love is” y nos meció en la madrugada, como un regalo inesperado. La besé desde la cabeza hasta los pies, acariciando sus pecas, contando sus lunares, cerrando las heridas de su alma con el mimo de su cuerpo. Enterré mi cabeza entre sus piernas y bebí del manantial de la eterna juventud, igual que los caballeros de la Edad Media buscaban el Grial y la Piedra Filosofal. Besé el interior de sus muslos y noté cómo temblaba y se estremecía. Empezó a gemir, repitiendo mi nombre como un mantra. Conjurando el miedo y los recuerdos que le hacían daño. Apoyó sus manos en mi cabeza, obligándome a permanecer allí, saboreándola. Excitándome yo tanto como ella, pero llevándola al límite de su exaltación. Arqueó la espalda y levantó las caderas para

mí, abriéndose como una flor que recibe la luz del sol después de la noche fría y larga. Me incorporé y la penetré sin contemplación. Ella me recibió con un suspiro de alegría y una gran sonrisa maliciosa que me volvió loco. Arremetí hasta desangrarme por dentro, como si fuera la última vez. Mis músculos se tensaron, semejando cuerdas de una guitarra bien afinada y lista para ser tocada. Sus manos se aferraron a mi espalda, igual que si fuera la tabla de salvación de un naufrago. Me clavó las uñas al sentir cómo la inundaba de una lava que la abrasaba. Ella me correspondió derramando su propio fuego y precipitó un final acelerado en ritmo, cadencia y velocidad. Ahogamos nuestros gritos en la piel del otro: yo en su cuello y ella mordiendo mi hombro y susurrando en mi oído: “Más, más, más”.

Nos quedamos abrazados, temblorosos, conmocionados por lo que acababa de suceder, por el milagro que habíamos experimentado en nuestros cuerpos maltratados por las circunstancias. Nos quedamos así hasta que llegó el alba con una promesa engañosa de luminosidad en nuestras vidas. Rachel se había dormido agarrada y encajada en mi cuerpo desde la espalda, soplándome su cálido aliento en el cuello. Yo, aunque me sentía en paz conmigo mismo y con el propio mundo por primera vez en mucho tiempo, no pude dormir. Ni siquiera aquella noche gloriosa, con el amor de mi vida a mi lado, respirando tranquila y agotada por la noche de amor, pude cerrar los ojos. En aquel momento comprendí que el infierno tiene mil maneras distintas de hacernos entender su existencia y que cada uno tiene el suyo particular.

# Feel what I feel

Rachel me abrazó por detrás, besándome la espalda y murmurando un somnoliento "buenos días". Yo estaba de pie en el balconcito, fumando un pitillo. Había optado por levantarme con el amanecer para no despertarla a ella. La temperatura era suave para tratarse de mediados de abril. La primavera parisina estallaba en su apogeo y los árboles de los bulevares y parques se veían cuajados de flores. Respondí al saludo y la besé. Me regañó cariñosamente por fumar tan temprano y yo sonreí.

—Me gustaría subir a la torre Eiffel —susurré, mirando su silueta gigante que dominaba París ejerciendo de sol sobre la ciudad planetaria. Junto a ella, los Campos de Marte y *La Defénse*, prolongaban su sombra alargada.

Rachel mordisqueó mi hombro con suavidad. Sus dedos martillearon en mi vientre en un extraño código Morse que me provocó cosquillas y excitación a la vez.

—Hagámoslo. Subamos hoy mismo, esta tarde. Y cenemos en su restaurante de la planta segunda; el *Jules Verne*. Es el restaurante de los enamorados. Nos merecemos un poco de alegría durante unos días, hasta que busquemos trabajo y un piso para alquilar. Hoy quiero pasear contigo por París. Quiero enseñarte mil cosas que me encantaron hace años y que tuve que ver yo sola porque no podías estar conmigo. Quiero que vayamos al Louvre, al *Sacré Coeur*. Quiero que nos montemos en un *bateau-mouche* y recorramos el Sena. Que subamos a la torre de Montparnasse y que compremos libros en el barrio Latino. Que nos sentemos en los jardines de Luxemburgo y paseemos por el centro Pompidou. Quiero entrar a Notre Dame contigo, yo, que nunca piso una iglesia.

Me volví hacia ella y la miré. Me pregunté cómo era posible que su belleza creciera día a día. Tenía una luminosidad crepuscular en la mirada que me subyugaba. Sus labios en forma de corazón, rojos como fruta silvestre e igual de apetecibles, bailaban cuando su boca formaba palabras. Me sonrió, consciente del efecto que provocaba sobre mí y pegó su cuerpo al mío. Su piel cálida provocó chispas en la mía. Su sonrisa se ensanchó al notar algo que despertaba entre nosotros dos y se endurecía.

—Estoy hambrienta —susurró.

Acaricié su cinturita de avispa y la atraje un poco más, con cuidado.

—¿De qué? —le pregunté, mirándola a los ojos.

Me besó, mordisqueando primero mi labio inferior y cuando yo me disponía a corresponder, se apartó para hacerme sufrir un poco.

—De todo.

Me cogió de la mano y nos metimos juntos en la bañera. Abrimos la ducha y el agua caliente nos empapó. Ella se agachó, jugueteó un poco conmigo y consiguió que me excitara hasta que pensé que no podría aguantar más. Entonces se apartó y se colgó de mi cuello, abrazando mi cintura con sus piernas kilométricas. La penetré con cuidado y embestí despacio, acompasando los latidos de mi corazón a la cadencia del ritmo para evitar la eyaculación. Estuve a punto de resbalar en el suelo mojado de la bañera y por poco no nos caímos al suelo. Nos echamos a reír como dos niños traviesos, escondidos en el desván. Oírla reír junto a mi oído mientras lo hacíamos despacio, disfrutando del momento, me hizo pensar que podría morirme allí mismo sin ningún problema. Ya había experimentado lo máximo a lo que podía aspirar en mi miserable y triste vida. Me daba igual morir si lo hacía en sus brazos, oyendo su risa cantarina resonando entre las neuronas de mi cerebro.

Disfrutamos de un orgasmo íntimo, más calmado pero más intenso y duradero. Al terminar nos quedamos unos segundos así, quietos, unidos, fusionados en uno. Abrazados y felices, presos de un momento que no queríamos dar por finalizado. Y aún así, tuvimos que hacerlo.

Nos dimos una ducha, frotándonos la espalda mutuamente y nos vestimos con ropa cómoda para salir a pasear al alegre sol de París. Antes de ello, bajamos al restaurante del hotel a desayunar. Pedimos café, zumo de naranja, croissants con mantequilla y mermelada y brioches con pepitas de chocolate. Teníamos un hambre voraz por la escasa cena y las calorías consumidas en las sesiones de sexo. Reíamos y bromeábamos por todo, recordando viejas anécdotas del pasado, obviando lo malo conscientemente. Dejando que el buen humor nos envolviera con su abrazo y nos llevara de la mano como la mejor compañía que podríamos desear.

Nos fuimos paseando por el bulevar Saint Germain, y luego giramos hacia el Sena, en dirección a los Jardines de las Tullerías. Cruzamos por el Pont Royal y nos vimos al otro lado del río, junto a la pirámide de cristal de la entrada al Louvre. Detrás, el enorme palacio impresionaba con su presencia antigua y bella. Caminábamos de la mano, disfrutando de nuestra mutua compañía y de la calidez del sol sobre nuestras cabezas.

—¿Sabes? —me preguntó Rachel—. Para mí la capital del mundo no es Nueva York, ni Londres, ni Tokio, ni Roma. Es París. Tiene algo especial que las otras no tienen: tiene alma. Es una

ciudad que está viva y se mueve con sus habitantes. Es un organismo gigante que se despereza cada mañana con el resto de la gente y comienza a respirar.

Sacamos las entradas para ver el museo. Turistas de decenas de nacionalidades distintas se agolpaban por los alrededores en grupos liderados por intérpretes y guías, mientras se fotografiaban junto al Arco de Triunfo del Carrusel. Como habíamos comprado una visita explicativa en grupo y no comenzaba hasta media hora después, nos dimos una vuelta por Las Tullerías.

—Siempre pensé que, al tener sangre británica, serías más de Londres que de París —le contesté, sacando cigarrillos para los dos.

Rachel negó con la cabeza, aceptando el *Lucky* y la llama que le ofrecía.

—Londres es una ciudad fantástica, pero es fría con el que llega a ella desde otras latitudes. París es una madre amorosa que quiere a sus hijos y a los amigos de sus hijos. Londres es un padrastro rígido y autoritario que es incapaz de sentir cariño por sus habitantes, aunque los provea de lo que necesitan para vivir. Los parisinos son más felices, te lo aseguro. Viven en la ciudad del amor y de la luz. Londres es la ciudad de las brumas del Támesis, de la lluvia machacona y los cielos nublados. La gente es fría como el clima.

No supe si mostrarme de acuerdo o no.

—Ambos, parisinos y londinenses, creen vivir en la mejor ciudad de Europa —comenté—. Y se apiadan de todos los que tienen la desgracia de vivir en otros lugares.

Rachel se echó a reír.

—Algo de razón tienen, ¿no crees?

Me encogí de hombros.

—No sé. A mí me daría igual vivir en cualquier sitio, siempre y cuando estuviera contigo. Aunque fuese en una cabaña, en Alaska.

Se paró en seco y se acercó a mí, sonriendo.

—¿Una cabaña en la que estuviéramos todo el día haciendo el amor, junto al fuego?

Ahora me tocó a mí sonreír irónicamente.

—Bueno, supongo que tendríamos que comer en algún momento, así que saldría a cazar alguna presa para alimentarnos y recargar las baterías. Pondría trampas y pescaría salmones, como Jack London.

Rachel entrecerró los ojo se infló las mejillas, partiéndose de risa.

—Toni Hernández, el cazador blanco del Gran Norte… El superviviente de mil batallas, el terror de los osos grizzlies y de las manadas de lobos…

Asentí, sonriendo. Me tomaba el pelo, pero me gustaba.

—Algo así. Esa es la idea.

Me fui hacia ella y empecé a hacerle cosquillas en la cintura y las costillas. Comenzó a reírse a carcajadas y a pedirme que parara o le daría hipo. No le hice ningún caso y continué vengándome hasta que nos cansamos y nos sentamos en un banco. Las palomas se acercaron, esperanzadas. Me volví hacia Rachel.

—Nena, tú y yo tenemos un par de conversaciones pendientes para ponernos al día, ¿no crees? No podemos pasarnos el día follando y que las únicas frases que nos digamos sean: "Ponte tú arriba ahora".

Sonrió y me dio un puñetazo cariñoso en el brazo. O no tan cariñoso. Me lo dejó tiritando.

—Toni, ¿quieres hacer el favor de no decir palabrotas? Eres como un niño pequeño…

Abrí los ojos, fingiéndome sorprendido.

—¿El término "follar" es una palabrota?

Intentó ponerse seria, pero estaba conteniendo la risa.

—Es una palabra malsonante, sí. Es una palabra que dicen... los sinvergüenzas.

—¿Los sinvergüenzas? ¿No quieres un sinvergüenza en tu vida?

No pudo aguantar más y se echó a reír.

—Eres un tonto de capirote y no tienes remedio, Toni. Eso se lo decía Han a Leia en *El imperio contraataca*.

Asentí y me reí.

—Repite conmigo: "Follar, follar, follar". Repítelo hasta que pierdas el miedo a utilizar esa palabra. Es una palabra preciosa a la que le encanta que la gente le dé una razón para existir.

Se echó a reír y se sentó en mis rodillas, cogiéndome del cuello. Me besó y me susurró al oído:

—¿Quieres que esta noche te folle hasta dejarte rendido?

Le mordí el lóbulo de la oreja y le besé el cuello. Parecíamos dos adolescentes en el parque.

—Ya veremos quién deja rendido a quién —respondí, guiñándole un ojo.

Me acarició la barba incipiente y sus uñas rozaron mis pómulos con cariño.

—En cuanto a esa conversación… —empezó.

La miré a los ojos. Le brillaban, febriles.

—¿Sí?

Se puso seria, como si le hiciera daño recordar o no quisiera hacerlo.

—Esta noche hablaremos cuanto quieras, ¿de acuerdo? Te contestaré todas las preguntas. Pero ahora disfrutemos del

momento, ¿vale? Tenemos un gran día por delante y quiero que lo aprovechemos haciendo cosas juntos.

Me miró, casi implorando mi comprensión. Asentí. Hubiera estado de acuerdo con cualquier cosa que me hubiera pedido, aunque me hubiese ordenado asesinar al presidente de la República Francesa.

—De acuerdo, empecemos por esa visita al *Louvre*. Es la hora. ¿Vamos allá?

Nos levantamos y echamos a andar cogidos de la cintura hacia la entrada del museo, con una sonrisa en los labios y la alegría dentro de nuestros corazones.

Fue una visita muy agradable y nos llevó toda la mañana. Vimos la gran galería de pinturas, entre ellas la famosa *Gioconda*, custodiada por vigilantes y asediada por fotógrafos. Me pregunté qué tendría aquel cuadro minúsculo para mover a hordas de turistas a observarlo e inmortalizar la vista en sus cámaras. Disfruté más de la sección de arqueología, con todas las piezas antiguas mesopotámicas, las esfinges egipcias o *La Venus de Milo*. Rachel me instruía con su vasta sabiduría de mil cosas que yo ignoraba, explicándome datos, fechas y anécdotas de tal o cual pintura o escultura. Disfrutaba enormemente enseñando, como una reminiscencia de sus tiempos en la docencia. Y yo la escuchaba hipnotizado, como en aquellos años lejanos de mi adolescencia en los que ya bebía los vientos por ella.

Almorzamos en un restaurante de franquicia en el centro comercial que había junto al museo. Decidimos pedir una ensalada ligera y un postre compartido. Si por la noche nos esperaba una cena especial en toda regla, mejor no pasarse mucho a mediodía o no la disfrutaríamos del todo.

Después del café en una terraza paseamos por el Sena. Me sorprendió comprobar que toda la imagen que se vendía a los turistas de París como ciudad romántica, no era ninguna pose. Era la pura realidad. Las parejas se besaban en los muelles del Sena. Los puestos de flores y libros de segunda mano adornaban las calles, con mil y un colores. Los puentes estaban tomados por músicos y pintores callejeros que animaban el ambiente. Los cafés hervían de vida y conversaciones alegres. Las barcazas surcaban el río atestadas de turistas que amenazaban con fotografiar hasta el último centímetro de aquella ciudad. La luz se derramaba, irreal, entre los edificios y monumentos, con una calidez extraña y fulgurante. Realmente, el amor flotaba en el aire como en un ensalmo dispuesto así para enamorar a todo el mundo que respirase el oxígeno de París.

Fuimos al Pont de l'Alma, nos montamos en un *Bateau-Mouche* y disfrutamos de un precioso viaje por el río, a pesar de ser sólo una

pareja más de turistas entre el marasmo de visitantes. Para nosotros era como si no hubiese nadie más; estábamos imbuidos en nuestro propio universo sin prestar atención a otra cosa que no fuera nosotros mismos o las bellezas que nos rodeaban a ambas orillas del Sena. Pasamos por debajo de varios puentes en dirección a la *Ile de la Cité*, con Notre Dame mostrando su preciosa silueta y los Museos de Louvre y Orsay, uno frente al otro.

La barcaza rodeó la isla y deshizo el camino, volviendo hacia la torre Eiffel. Cuando tocamos tierra otra vez en el muelle, el sol empezaba a descender por la línea del horizonte, anunciando el crepúsculo. Nos dirigimos al hotel de nuevo para cambiarnos de ropa y ponernos más elegantes para la cena en el restaurante y la visita a la propia torre. Antes de ello, llamamos al número de teléfono del local que aparecía en los folletos turísticos de nuestra habitación para reservar una buena mesa.

Tuvimos que contenernos para no abalanzarnos uno sobre el otro mientras nos vestíamos. Nos hervía la sangre cuando observábamos nuestras pieles desnudas y esta vez no disponíamos de tiempo. Rachel se engalanó con un espectacular vestido largo rojo que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, con la espalda desnuda y unos zapatos de tacón de vértigo que la acercaron considerablemente a mi altura. Había aprovechado bien las compras en el centro comercial de Burdeos. Yo me puse una americana (no tenía ningún traje), una camisa blanca con el cuello y las mangas azules y una corbata a juego. Completé la estampa con mis mejores tejanos y unos mocasines negros.

Rachel se me acercó y me besó, justo antes de pintarse los labios y aplicarse una suave capa de maquillaje.

—Estás guapísimo, ¿lo sabías? No sé si podré aguantar hasta el final de la cena para desnudarte y enseñarte algunas cosas que me he guardado para esta noche.

Sus palabras tuvieron el mismo efecto sobre mí que si hubiera tocado un cable pelado: me provocaron una sacudida en todas las células de mi cuerpo. La tomé de la cintura y la atraje hacia mí.

—Pues no quiero decirte cómo estás tú con ese vestido de infarto. Creo que esta noche vas a tener las miradas de todos los visitantes de la torre Eiffel posadas sobre ti.

Ella se acercó más, como una gata mimosa y zalamera. Sonrió y puso los dedos de su mano izquierda en mis labios. Los acarició despacio, saboreando el momento y mirándome a los ojos con la pasión contenida en ellos.

—¿Y eso te molesta? —susurró.

Negué con la cabeza lentamente. Su belleza volvía a provocarme problemas para poder respirar. En aquel momento deseé despojarla

del vestido y hacerle el amor sin contemplaciones en el suelo de moqueta de la habitación.

—No. Eso me enorgullece y me pone a cien. Y esos ases que tienes en la manga, también.

Se echó a reír con la inocencia de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*. Era la risa de una mujer enamorada, que se sabe bonita y tiene plena seguridad y confianza en sí misma y en el poder que es capaz de desplegar. Se apartó de mí, dejándome desamparado, y se fue al espejo del baño a maquillarse. Yo la seguí, quedándome en la puerta, viendo cómo se aplicaba el lápiz corrector de ojos. Me dije que Rachel era de esas personas que siempre se superaba a sí misma. No necesitaba pintarse para estar hermosa, pero si lo hacía se convertía en la quintaesencia de la belleza. Cuando terminó me miró y sonrió, interrogándome con la mirada. Estaba deslumbrante. Una vez más me pregunté qué hacía aquel ser humano excepcional en compañía de un donnadie como yo.

—Sabes que esa cena nos va a costar una pasta gansa, ¿no? —me preguntó con una sonrisa—. Y sabes que yo no tengo un céntimo, ¿verdad? Lo estás pagando tú todo, cosa que te agradezco de corazón. ¿Estás seguro de que quieres que vayamos allí? Me da igual que cenemos en un McDonald's, Toni.

Negué con la cabeza. Ni aunque tuviera que pedir un crédito, dejaría de cenar con Rachel en la torre Eiffel. Para mí era como cumplir un sueño que llevaba demasiado tiempo esperando.

—Ni de coña. "Aprovecha el momento", ¿recuerdas? Este es el nuestro y yo quiero pasarlo junto a ti.

Se acercó y me besó. El sabor de su pintalabios se deslizó por los míos. Su lengua me pareció el mejor aperitivo posible: mejor que el champán y el caviar. Sabía a vainilla y chocolate.

—Esta noche te voy a llevar al cielo, cariño —murmuró—. Te voy a demostrar por qué te enamoraste de mí… y yo de ti.

Tuvimos que emplear toda nuestra fuerza de voluntad y un poco más, para apartarnos uno del otro y bajar a la recepción del hotel. Le rogamos al empleado que nos pidiera un taxi, que tardó menos de cinco minutos en llegar. Nos dejó muy cerquita de la torre Eiffel. La noche estaba cayendo sobre París con esa parsimonia propia de la primavera que vuelve los atardeceres interminables. La temperatura seguía suave, a pesar de la hora que era. No hacía frío y el viento estaba en calma.

Me sorprendió comprobar que cada una de las cuatro patas en lasque descansaba la torre era enorme. Estaban apoyadas en estructuras de hormigón en las que había tiendas de recuerdos, cafeterías, baños, etc. Colocarse en mitad de la inmensa explanada y

mirar hacia el interior del gigante de hierro daba vértigo.

Subimos en el ascensor y nos detuvimos en la primera planta. Disfrutamos de las preciosas vistas de la ciudad, que empezaba a encender sus luces. La plataforma era enorme, con una capacidad máxima para tres mil personas. Tanto Rachel como yo nos lamentamos por no llevar cámara de fotos para inmortalizar el momento. Además, nuestros teléfonos móviles eran modelos básicos de Nokia y no llevaban ninguna incorporada. Miramos a través de los catalejos de monedas que aparecían dispuestos por todo el perímetro, observando El Arco de Triunfo, *La Defénse,* Los Campos Elíseos, el *Sacré Coeur, el Trocadéro,* la torre de Montparnasse, el Sena con su multitud de puentes… Las luces engalanaban las calles con su brillo, dándoles el toque fantástico de un cuento infantil.

Después subimos a la segunda planta, donde las vistas eran impecables porque la perspectiva mejoraba y era más amplia desde un único punto. La propia torre se iluminó, y su faro situado en la cúpula derramó su chorro de luz por los cuatros puntos cardinales, como un foco en una obra de teatro desarrollada en la calle. El cielo tomó un espectacular color azul turquesa que me maravilló tanto como las propias vistas de la ciudad.

Aunque nuestro restaurante estaba situado en esa planta, decidimos subir hasta la cúpula, a casi 300 metros de altitud y después bajar a cenar. El ascensor transparente nos mostraba el paisaje fantástico que se desplegaba delante de nuestros ojos a medida que ascendíamos. Cuando llegamos arriba visitamos el cuarto secreto de Gustave Eiffel y observamos fascinados desde la plataforma exterior la inmensidad de París. Tomé a Rachel de la cintura y la atraje hacia mí. Allí arriba sí que se movía el aire con fuerza y empezaba a refrescar. Me quité la americana y se la puse encima de los hombros para tapar su espalda desnuda. Me miró y sonrió, agradeciéndome el gesto. Nos quedamos unos minutos en silencio, tan sólo disfrutando del espectáculo visual y de nuestra mutua compañía. Me dije a mí mismo que el tiempo podía pararse en ese instante. Aquella magia, aquel ensalmo provocado por la cercanía de Rachel en aquel lugar tan idílico, podía perpetuarse hasta el día del Juicio Final y yo sería feliz. No necesitaba nada más, sólo fosilizar ese momento en mi cerebro y conservarlo para siempre en mi memoria. Quería tatuarlo a fuego en mis neuronas, para que nunca fuese olvidado. Porque ambos sabíamos que aquello era temporal, efímero. De alguna manera intuíamos que una oscuridad creciente se acercaba a nosotros aunque fingiéramos no darnos cuenta y hubiéramos decidido ignorarlo conscientemente.

Yo quería detener el reloj. Pero el Padre Tiempo nunca se detiene. Fluye sin cesar, en el gran río de la historia y todos

navegamos en él para llegar a nuestro destino. Así que, después de un ratito, entramos de nuevo al ascensor para descender a la segunda planta y entrar al restaurante *Le Jules Verne*, donde habíamos reservado una mesa para dos y nos esperaba una cena romántica.

# Don’t take heaven away from me

La entrada al *restaurant* ya presagiaba el lujo y el glamur que nos íbamos a encontrar dentro. Un maître vestido con un elegante traje oscuro nos sonrió, dándonos la bienvenida. Le hablamos en castellano y nos contestó a la perfección, asegurando que todo el servicio conocía el idioma. Nos pidió el nombre para comprobar la reserva y nos confirmó que estaba hecha para el salón de fumadores. Después nos hizo pasar al local para darnos mesa. Nos colocaron junto al ventanal, en una mesa redonda que tenía dos velas encendidas y un ramo de flores decorándola.

El maître nos dejó las cartas y nos hizo algunas recomendaciones. El salón estaba diseñado con figuras geométricas en el techo y las paredes; los propios cristales eran romboidales. El restaurante disponía de tres comedores, cada uno de ellos con distintas vistas. A nosotros nos tocó el que estaba de cara al Sena, con los jardines del *Trocadéro* y *La Défense* detrás, todo ello iluminado y refulgiendo con una belleza espectacular.

Nos sentamos, uno frente al otro, y un camarero encendió las velas con una sonrisa, dándonos la bienvenida. Nos preguntó si nos apetecía una copa de champán antes de empezar a comer. Rachel y yo nos miramos y asentimos a la vez con una sonrisa cómplice. De fondo se escuchaba la música de Dire Straits a un discreto volumen. La canción era *Love Over Gold* y la guitarra acústica de Mark Knopfler acompañaba a la perfección el ambiente tranquilo, de conversaciones en voz baja y sensación de intimidad que se respiraba allí. Había pocos grupos y la mayor parte de las mesas estaban ocupadas por parejas como nosotros, de distintas nacionalidades.

Durante unos segundos nos quedamos los dos en silencio impresionados por las vistas de París que teníamos al lado, sobrecogidos por aquella belleza de colores cambiantes, con las luces destellando en el horizonte y los aviones nocturnos despegando desde el *Charles De Gaulle* a kilómetros de allí.

Charles Aznavour tomó el relevo a Dire Straits con *For me formidable* y el romanticismo que ya se palpaba allí se multiplicó por diez. *“Pourquoi je t’aime?”*, se preguntaba el bueno de Charles. Yo también me lo preguntaba, pero al revés: ¿Por qué Rachel me amaba a mí?

—Me encanta este hombre —me dijo con una sonrisa esplendorosa—. Cuando era pequeña, mi madre siempre tenía

puesta su música en casa. Creo que me sé todas sus canciones de memoria.

Nuestro camarero llegó con una botella de *Pommery*, la abrió y nos sirvió las copas. Después nos trajo un pie de acero inoxidable, lleno de hielo picado y dejó la botella dentro. Lo acercó a nuestra mesa y se marchó, deseándonos salud. Rachel y yo brindamos, mirándonos a los ojos.

—Por nosotros —deseé entrechocando el fino cristal.

Charles Aznavour pareció estar de acuerdo y para ello cantó *Les comédiens* en nuestro honor.

—Siempre —respondió Rachel. Sus ojos brillaban por la emoción—. Por nosotros. Para que este momento no acabe nunca.

Bebimos saboreando aquella delicia y después le echamos un vistazo a nuestras cartas. Decidimos pedir una ensalada, paté, algunos quesos y media docena de ostras para empezar. Rachel me cogió la mano y me acarició el dorso, mirándome sin decir nada. Su rostro estaba resplandeciente y no podía dejar de sonreír y yo… yo no podía apartar mi mirada de ella. Ella, que me había robado el corazón hacía tanto tiempo. Aquella a quien había olvidado por accidente y había recordado por casualidad. Esa belleza que estaba sentada frente a mí, en un restaurante de lujo a 163 metros del suelo de París, me miraba de una manera tan especial que mi corazón se derretía. Tuve ganas de llorar de pura emoción, pero me contuve. Porque… los hombres no lloran, ¿verdad? Los hombres son duros como piedras y sólo lloran en soledad, cuando nadie les ve. Cuando la oscuridad envuelve sus almas, como una sombra que llega en la noche ejerciendo de ángel exterminador. Entonces los hombres pueden mostrarse como son: imperfectos, frágiles, perdidos. Seres que interpretan el papel que les impusieron en los genes desde el principio de la Humanidad.

Mi amigo Charles pareció entenderme y darme la razón, interpretando *Que c'est triste Venice*. Durante un segundo pensé en qué se sentiría navegando en una góndola por los canales de Venecia, con ella a mi lado. De una ciudad romántica a otra… ¿qué podía hacer yo, sino imaginarme siempre con Rachel en las más bellas ciudades del planeta, juntos hasta el final?

—¿En qué piensas, Toni? —susurró Rachel, y su voz me pareció más bonita que nunca, como el sonido de la lluvia después de una prolongada sequía.

Tuve que beber un sorbo de champán para poder responder. Tenía la garganta seca. Ella notó mi emoción y me apretó la mano, sonriendo para ayudarme a pasar el trago.

—Pienso en que la vida es extraña y te sorprende cuando menos lo esperas. Hace un mes estaba vendiendo mis discos y libros en el

rastro de Oviedo y no sabía dónde estabas. Ahora estamos cenando juntos en la torre Eiffel y no puedo creérmelo. Después de tanto impedimento, después de tanto tiempo… aquí estamos.

Rachel asintió y su expresión se tornó más solemne. Sus pestañas parecían acariciarme a distancia.

—Sí, aquí estamos. Nadie puede cambiar ese hecho. Dicen que las almas que están destinadas a encontrarse, se encontrarán, pase lo que pase. Y tú y yo tenemos unido nuestro destino desde siempre, Toni. Alguien planeó esto para nosotros antes de que naciésemos.

Reflexioné sobre sus palabras, mientras sonaba *Toi et moi* para mostrarse de acuerdo con Rachel. Le tomé la mano, la llevé a mi boca y besé los nudillos, mirando sus ojos adorables y enamorados mientras lo hacía.

—Me encanta cuando haces eso —murmuró.

El camarero llegó con los canapés de paté y queso, la ensalada y las ostras. Después nos volvió a llenar las copas sonriendo. Sabía que aquélla era una ocasión especial para nosotros y trataba de que se convirtiera en una experiencia inolvidable. Nos dejó para que comiéramos tranquilos y se marchó.

Saboreamos los platos sin prisa, disfrutando de la comida. Cuando terminamos, pedimos el plato principal y una botella de Burdeos blanco. Rachel se decantó por un bacalao al champán con caviar y verduras en tempura. Yo pedí rodaballo a la plancha, con guarnición de puré de patatas y calabacín. Mientras comíamos, conversábamos, saltando de un tema a otro con facilidad. Y sobre todo, reíamos sin parar. Brindamos con el vino un par de veces más y empezamos a encontrarnos un poco achispados por el alcohol.

Evitamos, en una especie de pacto tácito, entrar en conversaciones demasiado profundas de aquellos años de su vida que para mí permanecían ocultos, como una incógnita que se resiste a ser revelada. Cuando terminamos el pescado pedimos un postre para compartir, porque nos sentíamos muy llenos. Nos decantamos por unas trufas de chocolate blanco. También pedimos té para Rachel y café para mí.

La música de Aznavour nos había acompañado durante toda la cena, en una especie de recopilación de grandes éxitos. Después comenzaron una serie de baladas de rock y pop, casi todas ellas instrumentales y muy suaves. Cuando terminamos el postre, saqué cigarrillos para acompañar el café. Encendí un *Lucky* para Rachel y se lo pasé. Ella lo aceptó y fumamos en silencio durante unos segundos, disfrutando de la música y de las vistas desde el ventanal.

—¿Recuerdas aquel día en clase, cuando nos dijimos adiós? —me preguntó de pronto, haciéndome volver la vista a ella. Fumaba con el mismo glamur que una estrella de cine de la época dorada de

Hollywood.

Habían pasado casi diecisiete años, pero yo lo recordaba a la perfección. En el aula me había entregado una caja que contenía un diario con la historia de su vida y me había pedido que la guardara hasta que yo fuera mayor de edad. Después, ella se había marchado al norte en un tren nocturno.

—Sí, lo recuerdo. Aquella noche lloré mucho.

Ella se entristeció al recordar. Bajó la vista al cenicero, mientras dejaba la ceniza en él.

—Yo también lloré en aquel viaje de vuelta a Asturias. Por ti, por mí, por todo lo que dejaba atrás y por el daño que te estaba haciendo.

Miré a aquella mujer que estaba frente a mí. Tenía cuarenta y tres años pero seguía aparentando ser más joven que yo. El tiempo se había detenido para ella; para mí había seguido pasando. Yo tenía treinta y uno y ella seguía en los veintiséis de la época escolar. Me pregunté cómo era posible. Luego me dije que si le preguntaba me diría lo que ya me había explicado antes: los *Aéreos* la habían cambiado, al pactar con ella para librarse de Adrián. O quizá había sido Cristina.

—Bueno, aquello es el pasado —dije, acariciando su mano—. Y el pasado no importa, ni el futuro. Ninguno de los dos existe. Sólo el presente. Vivámoslo.

Ella dio un sorbo a su té. Sus dientes eran tan blancos como la loza de la taza. Yo también bebí de mi café solo y lo terminé. Luego nos miramos a los ojos.

—Toni, sé que quieres saber qué pasó en aquellos años en los que estuvimos separados, pero no sé si estoy preparada para contarte lo que pasó.

Sonreí y volví a coger su mano.

—No hay prisa. No tienes ninguna obligación de contarme lo que no te apetece. Hazlo cuando quieras. O no lo hagas nunca si no llegas a estar preparada para ello.

Rachel me acarició la cara con suavidad, y de repente tuve un *déjà vu* y recordé el día que me la había encontrado en el cine y ella me había dicho que lo nuestro nunca sería posible. Me había tocado el rostro así, sólo con las yemas de los dedos. Y me había pedido que no llorase por ella, porque no había cosa más triste en el mundo que ver llorar a la persona que se ha enamorado de ti y no puedes corresponder.

—Toni —susurró muy bajito—, mi dulce amor. El hombre de mi vida.

Cogí su mano y volví a besarla, mientras la miraba. Sus ojos seguían siendo imanes para los míos; necesitaba cruzar mi mirada

con la suya constantemente. Si no lo hacía así me sentía desamparado y triste, como un perrito abandonado a su suerte.

El camarero vino para romper el hechizo, preguntándonos si deseábamos tomar algún licor, cortesía de la casa. Pedimos un par de *gin-tonic* y nos los sirvieron en seguida, en copas anchas, con mucho hielo y una rodaja de limón en el borde del cristal. El salón se iba quedando vacío lentamente y París seguía refulgiendo tras los cristales.

—Háblame de ti, Toni —dijo Rachel—. ¿Qué fue de tu vida? ¿Te casaste?

Suspiré. Mi vida era algo tan difuso y equivocado que tampoco me apetecía hablar mucho de ello. Rachel no quería hablar de su pasado, pero me preguntaba a mí por el mío.

—Mi vida… —vacilé—. Tengo la sensación de que la ha estado viviendo otro, no yo. Quería estar contigo, pero tú estabas lejos y yo era muy joven. Cuando leí tu historia decidí buscarte. Luego tuve el accidente y estuve seis meses en coma. Desperté con amnesia y fui recuperando la memoria poco a poco, durante años. Hace tres meses te recordé a ti y lo dejé todo. Dejé a mi mujer y vine en tu busca.

Rachel me miró con el semblante serio.

—Siento que hayas roto con tu mujer por mi culpa, Toni. De verdad que lo lamento.

Sonreí y moví la cabeza de derecha a izquierda. Saqué el paquete de tabaco y le di un cigarrillo. Cogí otro para mí y los encendí los dos.

—No lo sientas. Es lo mejor que podía sucederme. Yo estoy enamorado de ti. Siempre lo estuve, pero no lo recordaba. En cierto modo estaba viviendo una vida que no me correspondía. Me alegro de haber tomado esa decisión. Ni siquiera tenía conciencia de ser feliz o no. Simplemente existía. Respiraba, comía… Me dejaba llevar por las circunstancias. El día en que te recordé fue una auténtica revelación.

Rachel soltó el humo y bebió de su *gin-tonic* un sorbo pequeño. Sonrió tímidamente, pero para mí fue un gesto tan bonito como las vistas que disfrutábamos desde nuestra mesa.

—¿Cómo se lo tomó?

Encogí los hombros.

—Se lo tomó mal. Nos estamos divorciando.

Rachel amplió su sonrisa.

—Yo también me lo hubiera tomado igual, créeme. No me gustaría perderte.

La música se silenció, como un recordatorio de que el local cerraría pronto. Apenas quedábamos unas cuantas personas allí,

resistiéndonos a marcharnos de un lugar tan maravilloso. Me cogió las manos y se inclinó hacia mí. Me besó en los labios con suavidad. Aún tenía en ellos el sabor de la ginebra y el limón. Luego me miró a los ojos. Brillaban como el suelo encerado.

—Toni, ¿tienes miedo de mí? ¿Tienes miedo de que me convierta en quien no quiero convertirme?

Recordé la conversación que había tenido en Cudillero con el camarero de la cafetería. La gente del pueblo, decía, murmuraba. Sospechaban que había matado a toda su familia y acabado en la cárcel. O en el manicomio.

*No, Rachel es incapaz de matar a nadie. Es una buena persona. Su problema es un desorden mental que mantiene a raya.*

*Casi siempre.*

—No, no tengo ningún miedo. Cuando los malos momentos lleguen lucharemos juntos contra ellos.

Ella sonrió, agradecida. Su mano tembló cuando dejó caer la ceniza del cigarrillo. Los restos de carmín se marcaban en la boquilla.

—Yo sí que lo tengo. Mucho. Ojalá pudieras entender lo que siento de verdad. Si existo es gracias a ti. Y algún día me olvidarás.

La miré de frente y negué con la cabeza de izquierda a derecha.

—Nunca.

Ella sonrió y al hacerlo volvió a parecer una actriz de cine de las grandes. Todas las luces de la torre Eiffel iluminaban menos que su sonrisa.

—Deberíamos marcharnos, Toni. Es tarde. Podríamos dar un paseo nocturno por París antes de volvernos al hotel.

Hice un gesto al camarero con la mano para pedir la cuenta de la cena. No se hizo de rogar y la trajo al instante. El importe era elevado, pero me dio igual gastar tanto dinero.

Hubiera pagado el triple por cenar allí con Rachel.

# Hunger

Dimos un paseo junto al Sena, disfrutando de la noche clara y el bullicio que se producía cerca del río. Caminábamos en silencio, nuestros dedos entrelazados. Notaba la mano caliente de Rachel cerrada sobre la mía, como un secreto susurrado en voz baja y que quedará para siempre entre dos personas. Mi chaqueta iba sobre sus hombros, protegiéndola del fresco nocturno. De vez en cuando volvía la vista para asegurarme de que seguía allí, a mi lado. Ella me sonreía cuando lo hacía, interrogándome con la mirada, arqueando las cejas divertida.

Me paré junto a un puente y ella hizo lo propio. Se volvió hacia mí y me miró, abriendo un poco la boca, como si fuera a jadear. Me acerqué y la tomé de la barbilla, besándola despacio. Rachel me devolvió el beso, entrelazando sus dedos detrás de mi nuca. Bajé mis manos a su cintura y la atraje hacia mí. Notaba la calidez de su cuerpo latiendo junto al mío. El sonido de la corriente del río nos acompañaba bajo la luz discreta de las farolas que veían reflejada su luz en la superficie del agua. La boca de Rachel sabía a ginebra, tónica y té. El olor dulce de su cabello me llegaba mezclado con la humedad que subía desde el Sena. Me separé de ella y me sonrió con los ojos, como siempre hacía. Me di cuenta de que estaba a punto de llorar, como si no fuera capaz de disfrutar del todo del momento y sus fantasmas la persiguieran otra vez, sin darle una tregua. Nos cogimos de la cintura y echamos a andar hacia el hotel, susurrándonos las mismas palabras que llevan diciéndose los enamorados desde el principio de los tiempos.

Cuando llegamos a nuestra habitación nos desnudamos despacio, sin prisas esta vez. Con menos urgencia, pero con más conciencia de lo que estábamos haciendo. Saboreando cada segundo y cada centímetro de nuestras pieles desnudas. Exprimiendo al máximo la madrugada y disfrutando de la cercanía del otro, de su aliento, de su olor, del calor que irradiaba, de los susurros junto al oído, de las caricias entre el cabello, de los labios posados en un hombro desnudo, de la electricidad estática de nuestra ropa al ser arrancada, del sonido que provocaba el roce de nuestras pieles.

Y por encima de todo, nos mirábamos a los ojos sin dejar de reconocernos el uno en el otro. En cualquier postura que ensayáramos nuestras miradas se acababan cruzando. Nuestros ojos también se acariciaban mutuamente, a su propia manera. Las pestañas de Rachel parecían hablarme también y batían sus alas de

mariposa para mostrar su alegría o excitación. Sus susurros en mis oídos exacerbaban mi imaginación, haciendo que mi cuerpo la buscara otra vez, y otra más, hasta caer rendido a su lado, sudoroso y jadeante, como un soldado que ha agotado sus energías y queda postrado en la trinchera, esperando la muerte.

Entonces, ella volvía a estimularme. Quizá era sólo un beso en el cuello, un mordisco en un lóbulo, una palabra dicha en voz muy baja, una caricia con el filo de sus uñas de gata en el pecho, una caricia en el vientre, muy cerca de *la llama que atormenta*… y volvía a desatarse el huracán entre nosotros dos, una vez más. Y lo hacía con una furia inaudita e inédita, siempre como si fuera la primera vez. Con hambre, con el ansia de dos náufragos que nadan hacia la costa para salvar sus vidas. Los gemidos, el temblor, los músculos cumpliendo su función de competidores… todo volvía a repetirse. Y nosotros no parecíamos saciarnos del todo. Seguíamos sedientos, compensando la pena, el dolor, los años de separación, los tiempos de engañar al corazón para poder seguir viviendo, las palabras dichas con ira para forzar la separación, los kilómetros que nos distanciaban, las vidas que habíamos vivido lejos del otro, engañados, olvidados.

***

Cuando ya no pudimos más, nos quedamos quietos respirando el aire cálido y cargado de energía de la habitación. Me quedé mirando el techo, mientras Rachel se arrebujaba junto a mí y descansaba su cabeza en mi hombro derecho y su mano en mi pecho. Su cabello color miel acariciaba mi vientre, como la brisa del amanecer en el litoral de una isla caribeña. Yo apoyé mis dedos en la curva de su cadera y me maravillé, una vez más, de la suavidad de su piel y del calor que desprendía.

Permanecimos unos segundos así, acompasando nuestras respiraciones, calmando las pulsaciones del corazón, oxigenándonos después del esfuerzo de las subidas y las bajadas entre las montañas de nuestros cuerpos. Volví a experimentar el deseo urgente de detener el tiempo, como me había sucedido en los miradores de la torre Eiffel. Quería quedarme así para siempre, no comer, no moverme, morirme allí. Estar junto a ella, nuestros cuerpos desnudos unidos, compartiendo latidos, era la mayor de las felicidades. No existía nada que pudiera comparársele. Ni un amanecer en un lago de montaña, ni un viaje espacial interestelar, ni el nacimiento de un ser humano, ni el vuelo de un ave rapaz, ni la risa de un niño. Nada. Todo se quedaba pequeño ante la presencia de Rachel junto a mí y sentir su respiración cálida en mi pecho.

—Toni —susurró, de pronto—. Oigo latir tu corazón. Late por mí.

Lo dijo con tanta seguridad que me dejó sin respiración por unos segundos y no tuve manera de contestar. Me dije que no hay nada más misterioso que el saber ancestral de una mujer. Una mujer sabe cuando un hombre está enamorado perdidamente de ella, hasta el punto de dar su vida sin dudar para salvarla. Sabe cuando un hombre ha depuesto las armas de defensa y se ha rendido sin condiciones. Sabe, sin que nadie tenga que decírselo, cuando un hombre supedita su propia felicidad a estar junto a ella, compartiendo sus deseos, sus anhelos, sus alegrías y sus tristezas. Ayudándola y protegiéndola y pidiéndole a su vez ayuda y protección para poder caminar más seguro por su existencia.

—Sí —dije, con la voz ronca mientras acariciaba su espalda desnuda—. No se me ocurre mejor motivo por el que deba latir.

Ella alzó la cara. La vi sonreír en la penumbra de la habitación. Sus dedos rozaron mi barba incipiente y después se posaron en mis labios. Me besó suavemente. Su aliento me abrasaba y yo quería terminar mis días allí, en aquel calor que me consumía. Luego habló en voz muy baja, como si no quisiera que nadie más en el mundo supiera lo que me iba a decir.

—Aún no eres consciente de lo que estás haciendo por mí. Nunca podré agradecértelo del todo, ¿lo sabes, verdad? Gracias, Toni.

Miré hacia el balcón. Una luz muy difusa empezaba a filtrarse desde el cielo de París. Estaba amaneciendo y una brisa fresca se colaba por las puertas del balcón, abiertas de par en par.

—Soy yo quien tiene que darte las gracias a ti, Rachel. Por conocerte aquel día, cuando sólo era un niño.

Ella se acercó un poco más a mí y pareció ronronear, como una gata satisfecha.

—¿Te das cuenta de que nos ha amanecido haciendo el amor? —preguntó.

Yo me eché a reír.

—Acabamos de llevarnos la medalla de oro en las Olimpiadas al *Polvo del Siglo*.

Nos reímos más fuerte los dos y empezamos a hacernos cosquillas mutuamente. De repente, oímos unos golpes en la pared, procedentes de la habitación de al lado y unas maldiciones en francés. Debían de estar hasta las narices de nosotros. Nos callamos al instante, nos miramos y rompimos a reír otra vez, como dos niños pequeños después de hacer una trastada.

Cuando pasó el ataque de risa, seguimos en la misma postura, con miedo de movernos por si se rompía el hechizo que nos

mantenía unidos.

—No tengo sueño —susurró Rachel—. ¿Y tú?

Negué con la cabeza. Alargué la mano hacia la mesilla y cogí el tabaco, el mechero y un pequeño cenicero de cristal que deposité en mi estómago. Encendí un cigarrillo y lo compartimos.

—Nunca duermo, ya lo sabes.

El ruido del tráfico que empezaba a despertar en la ciudad nos llegaba lejano, como las ondas de un planeta más allá del sistema solar. Eché un vistazo al reloj y vi que eran las seis de la mañana. Nos quedamos unos minutos en silencio, fumando y disfrutando de nuestra mutua presencia y del contacto de nuestros cuerpos exhaustos después de la noche de amor.

—Debes ir al médico, cariño. Vas a acabar enfermando.

Apagué el cigarrillo y asentí.

—Lo sé. Ya iré cuando nos organicemos un poco.

Ella jugueteó con el vello de mi pecho, rizándolo con sus finos dedos de pianista. Parecía indecisa.

—Toni…

—¿Qué?

Se aclaró la garganta y suspiró, como si le esperara una tarea ingrata y dura por delante.

—Me gustaría contarte algo.

La miré. Su expresión se había vuelto solemne. No había ni rastro del buen humor anterior. Le apreté el brazo suavemente con mi mano para darle ánimos.

—Te escucho, Rachel. Pero no tienes ninguna obligación de hacerlo, si no te apetece.

—*Quiero* hacerlo.

Se quedó unos segundos callada. Noté que se estremecía y todo su cuerpo temblaba durante un segundo.

—Llevaba mucho tiempo sin saber de Adrián. Cuando lo vi en Teruel, el otro día… supe que nunca me dejaría en paz. Me impactó mucho saber que seguía buscándome sin descanso. Me he pasado más de dieciocho años escapando de él, mirando siempre a mi alrededor, por si aparecía de repente. Dieciocho años de miedo total, de no poder estar tranquila en casi ningún momento, de no disfrutar de las pequeñas cosas que hacen feliz a cualquiera: ir al cine o al teatro, tomarte una cerveza o un helado en una terraza, ir de compras o simplemente al súper… Él ha condicionado mi vida de adulta, casi por completo. Desde aquel día aciago en que lo conocí en un tren y hablamos de literatura.

No respondí. La dejé respirar para que pudiese ordenar sus pensamientos y no perder la calma.

—Lo que me hizo Carlos en el sótano de mi casa también me

marcó durante mucho tiempo. Me alegré de matarlo. Lo merecía, por bastardo. Era un maldito hijo de puta; degenerado, cobarde y vil.

Me tocó a mí estremecerme, sin saber muy bien por qué. ¿Qué pasaría si el cadáver de Carlos aparecía y la policía nos estaba buscando? ¿Y si alguien había sido testigo de los hechos? Ni siquiera habíamos mencionado en ningún momento que pudiéramos correr un peligro tan concreto como ser detenidos por los gendarmes, si la interpol estaba al tanto y había decidido actuar. Habíamos decidido obviar esa posibilidad inconscientemente. Y la pistola, seguía guardada en el salpicadero del coche. Anoté mentalmente la intención de deshacerme del arma cuanto antes.

—Cuando me marché de Jaén, en junio de 1986, volví a Asturias. Pensé que ellos me estarían buscando en cualquier lugar, menos allí. Al fin y al cabo, era como volver a la boca del lobo: no se esperarían esa jugada. Así que me dediqué a buscar trabajo para el próximo curso. Y lo encontré en Oviedo.

La interrumpí sonriendo.

—En el instituto *Alfonso II*, en la calle Santa Susana.

Ella sonrió a su vez.

—Sí. Has hecho bien tu trabajo detectivesco, *Sherlock Holmes*.

—Hablé con tu compañera Carmen Espinar. Me dijo que fuisteis amigas, además de compañeras.

Ella se incorporó un poco y asintió. Me hizo una señal, y yo le pasé el paquete de tabaco. Encendió un cigarrillo y me lo pasó para compartirlo.

—Fue una de mis pocas amigas en esa época. Por no decir la única. Me dediqué a dar tumbos de aquí para allá ese verano, antes de incorporarme al trabajo. Un día me encontré a tu amigo Enrique en el campo de San Francisco. Estaba de vacaciones. Me dio una gran alegría verlo y pasar la mañana con él. En cierto modo, era lo más cerca que podía estar de ti y saber que era tu amigo me recordaba que seguía queriéndote a pesar de todos los problemas y dificultades entre nosotros dos.

Sonreí y asentí despacio.

—Me lo dijo en agosto de ese año, en una reunión que tuvimos en el chalet de Fernando. Nos contó que te había visto y que habíais hablado largo y tendido. Me dijo que tú le habías dado recuerdos “muy especiales” para mí.

Ella me besó suavemente. Sus labios sabían al tabaco rubio que estaba fumando.

—Es que lo eran. Eran muy especiales, porque yo te echaba de menos y sabía que tú a mí también.

Se recostó de nuevo y miró al techo, recordando aquellos

tiempos.

—Luego me vine de vacaciones aquí, a París. Y te envié esa postal porque te extrañaba tanto que me dolía el corazón sólo de pensar que estabas tan lejos de mí. Era incapaz de visitar la ciudad sin que me recordara a ti; cualquier rincón bastaba para activar esos recuerdos.

La miré sin decir nada. Una vez más me pregunté por qué aquella criatura deliciosa se había enamorado de un desastre con piernas, como yo. Rachel parecía ajena a mí y sus ojos se habían perdido en su memoria. Un momento después pareció recuperar el hilo y siguió hablando.

—Me costó un poco adaptarme al sistema de trabajo de aquel instituto. Era bastante rutinario y su sistema de enseñanza era cartesiano: nadie en el profesorado se salía del guión. Todos hacían lo que se esperaba de ellos. Yo quería innovar, quería que los chicos recuperaran la ilusión y trataba de hacer que mis clases fueran divertidas. Bueno, tú ya sabes cómo trabajaba con vosotros, en realidad. Pero aquel año me propuse hacer algo distinto: programaba obras de teatro, concursos de cuentos de terror, los animaba a escribir, etc. Era un poco como predicar en el desierto, pero al cabo del tiempo conseguí que los alumnos se implicaran más en la asignatura y al final acabé aprobándolos a casi todos. Y los años siguientes, hasta el 93 o 94 en que me marché, fueron mejorando gradualmente. Los alumnos me respetaban y yo me sentía valorada en mi tarea de hacerles amar la Literatura y la Filosofía. Alguno de ellos me consta que hoy tiene un buen trabajo. Hay algún periodista y algún escritor, como tú.

Nos sonreímos, mirándonos unos segundos a los ojos.

—¿Cómo era tu vida fuera del instituto? —pregunté cuando sentí que volvería a derretirme en su mirada.

Rachel expulsó el humo y se encogió de hombros.

—Rutinaria. Casi diría que monacal. Apenas tenía vida social. Las pocas veces que hacía algo extraordinario era en las reuniones navideñas o de fin de curso, con los compañeros. Y algún fin de semana que otro, salía con Carmen Espinar e íbamos al cine o a tomar unas sidras. Vivía en una zona muy tranquila de Oviedo. Un residencial frente al monte Naranco llamado *Los Olivares*, cerca de la Avenida de Galicia. Alquilé una casa allí (ya sabes que me encantan las casas con chimenea) y cada día iba andando al trabajo.

Yo conocía aquella zona. El mes anterior había pasado corriendo varias veces por allí, rumbo al parque del Oeste.

—¿No te planteaste volver a Cudillero y comprobar cómo estaba *Villa Luna*? —pregunté con la esperanza de que la cuestión no la incomodara demasiado.

Ella se quedó un par de segundos en silencio y luego negó con la cabeza.

—Desde el día que salí de allí, en enero de 1985, supe que nunca volvería a mi hogar. Aquella mansión estaba "contaminada" por *ellos*. Había sufrido demasiado dolor entre sus muros como para plantearme siquiera el volver a reclamarla. Además, no sabía si Adrián seguía utilizándola como cuartel general. Tiempo después me enteré de que la había abandonado al cabo de unos meses, cuando me localizó en Jaén.

Le quité el cigarrillo y le di una calada larga.

—¿La echabas de menos?

Ella se sorprendió por su propia respuesta.

—Si te soy sincera, no. Quizá te parezca extraño, siendo como era la casa familiar y donde toda mi familia había muerto, pero quizá fuera precisamente por eso. Había demasiado dolor infiltrado en las paredes, anidando en las grietas que habían aparecido después del exorcismo del sótano y la confrontación en la biblioteca entre Adrián y los *Aéreos*. Se había convertido en una auténtica ruina.

Apagué el cigarrillo y expulsé el humo despacio.

—Estuve allí en febrero —le informé—. Fue una de las noches más extrañas y aterradoras de toda mi vida.

Se incorporó y abrió mucho los ojos por la sorpresa.

—¿Que entraste allí? ¿Y de noche? ¡Por el amor de Dios, Toni! ¿Perdiste la cabeza o qué? Estás loco, cariño.

Encogí los hombros.

—Supongo que quería ver de primera mano el lugar donde te habías criado. Y en cierto modo, también esperaba encontrar alguna respuesta sobre tu paradero.

Ella se me quedó mirando unos segundos, como si no se acabara de creer lo que le estaba diciendo.

—¿Y qué pasó allí?

—No sabría explicarlo —respondí—. Me quedé durmiendo en un sofá, soñé contigo, tuve visiones muy extrañas, el tiempo se distorsionó… Recorrí la mansión de cabo a rabo. No sé cómo logré salir de allí, casi de madrugada…

Los ojos de ella se humedecieron.

—¿Bajaste al sótano? —sollozó.

La abracé fuerte y ella lo hizo más fuerte aún, como si temiera que fuera a desaparecer en ese mismo instante.

—Sí, bajé. Siento mucho lo que pasó allí, Rachel.

Rachel se separó de mí y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. No quería llorar más.

—Primero fue aquel horrible exorcismo. Ver a aquellos

demonios haciéndose pasar por mi familia, poseyendo y matando al padre Serón me dejó desquiciada. Después, Carlos bajaba cada día y me violaba. Y finalmente tuve que pactar allí con los Aéreos para acabar con Adrián y ni siquiera ellos lo consiguieron.

Asentí.

—Rachel… cuando bajé a ese sótano pude verlo todo.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Encendí el enésimo cigarrillo con mano temblorosa.

—Que vi todo lo que te pasó allí, dieciocho años antes, como en una película de terror. No sé si fue autosugestión porque yo conocía lo que te había pasado a raíz de tu relato, o que perdí definitivamente la razón. El caso es que tuve unas visiones espeluznantes de todo cuánto te había acontecido allí, durante el tiempo en que estuviste encerrada. Lo vi… todo.

Rachel se puso una mano en la boca, tapándosela.

—Dios mío, Toni…Siento muchísimo que tuvieras que pasar por eso.

La abracé otra vez y besé su pelo con ansiedad. Olía como un prado mojado por la lluvia de primavera.

—Y yo siento que tuvieras que vivirlo.

Nos incorporamos, apoyando nuestras espaldas desnudas en el cabecero de la cama, mientras fumábamos por turnos y los primeros rayos de sol se iban reflejando en el cristal del balconcito abierto. Los sonidos del tráfico de la calle eran más intensos. París había despertado con ganas de seguir su propio ritmo de vida. Era una ciudad hecha para disfrutarla en las calles, no en la habitación de un hotel romántico.

—La gente en Cudillero cree que mataste a toda tu familia y que te metieron en la cárcel —solté de pronto, sin saber cómo ni por qué.

Rachel se volvió hacia mí y sonrió. No pareció especialmente sorprendida ni enfadada por la revelación. Sólo divertida.

—¿Y tú? ¿*Qué* piensas tú?

Le sostuve su intensa mirada, oscura como un túnel subterráneo. Otra vez volví a los años de mi adolescencia, cuando ella me subyugaba con su sola presencia y me hacía sentir como un pequeño tornillo que avanza imparable hacia un gran imán, atraído por su magnetismo.

—Yo pienso que te amo. Y que las personas inventan historias cuando no pueden explicar lo que sucede en realidad, porque lo desconocen.

Ella amplió su sonrisa y me besó la punta de la nariz, en un gesto coqueto y tierno que me pilló de improviso. Volvió a apoyar

la espalda y le dio una calada honda al pitillo.

—Curiosa respuesta.

Alcé las cejas.

—¿Es curioso que te diga que te amo?

Rachel rió.

—No, esa parte me encanta. Yo también te amo a ti. Es curiosa la segunda frase que has dicho. Tiene lógica, no lo había pensado.

Se quedó unos segundos en silencio, absorta en un mundo que estaba lejos de allí, tanto en el tiempo como en el espacio.

—¿Qué pasó cuando abandonaste el instituto *Alfonso II*? —pregunté volviéndome hacia ella.

Rachel pareció volver a tierra firme y me dirigió una mirada extraña que apenas supe descifrar. Quizá era la expresión de alguien que tiene que enfrentarse a su memoria y recordar penas que creía olvidadas. Vi cómo tragaba saliva antes de contestar.

—Que me rompieron el corazón, Toni. Y eso desembocó en la última crisis que me llevó a Teruel.

Sentí que mi respiración se detenía durante unos instantes. Noté frío en todo el cuerpo y tuve que taparme con la sábana, mientras esperaba a que Rachel me contase esa historia.

—Nunca pensé que me enamoraría de alguien que no fueras tú, te lo digo en serio —dijo Rachel con la mirada perdida en el vacío. Después se volvió hacia mí—. No deseo hacerte daño, Toni. ¿Seguro que quieres que te lo cuente?

Sonreí. Todos tenemos secretos. Todos hacemos daño a los demás, más tarde o más temprano. Sobre todo a las personas que más queremos. ¿Por qué iba yo a librarme e irme de rositas? En la vida hay malos tragos que hay que pasar, sea como sea. Nadie puede librarse de ellos. Nos pertenecen del mismo modo que las neuronas que forman nuestros pensamientos y deseos o la sangre que circula por nuestras venas.

—No puedes hacerme daño —mentí para descargarla de responsabilidades—. Estoy contigo, aquí y ahora. Eso es lo único que importa. Lo demás es pasado. Quiero que me lo cuentes porque quiero saber de ti, no por auto flagelarme, ni odiarte, ni amarte más aún, sino porque saber cosas de ti me hace feliz, incluso aunque sean malas. Si a ti te hace bien contarme recuerdos que no son agradables de recordar, aquí estoy para escucharte. Y para abrazarte, y curarte, y besar tus lágrimas.

Rachel me miró. Acarició mi barba incipiente y dijo algo, pero la voz se le quebró y no pude entenderla. Tomé su mano y se la besé suavemente. Le sonreí en silencio.

—¿Cómo he podido vivir hasta ahora sin ti? —susurró muy despacio.

Las campanas de alguna iglesia cercana sonaron a modo de respuesta, marcando el tiempo. Quizás eran las de *Saint Germain des Prés.* O incluso de la catedral de *Notre Dame*.

—Porque naciste en el norte y la gente de allí sois de otra pasta —bromeé.

Ella sonrió y sus ojos se posaron con suavidad en los míos. Sentí su caricia dulce y embriagadora, igual que un licor que más tarde provoca resaca.

—Y tú eres un caballero del sur, como Edgar Allan Poe —dijo con la voz ronca por la emoción.

Su respuesta provocó un estremecimiento en mi interior. Sentí que volvía a enamorarme de ella, una y otra vez. Y otra más. Siempre. Sin cesar. Sin cansarme, sin saciarme. Y en cada ocasión yo volvía a revivir por dentro. Las penas se diluían, las lágrimas se evaporaban, los sinsabores se tornaban dulces. Las esperanzas

dejaban de ser vanas y las dudas se marchitaban.

Besé sus labios y su contacto me sacudió, como la descarga de un generador nuclear. Su lengua ardía y buscó la mía al instante. Se encontraron y se amaron a su manera: reconociéndose y bailando juntas. Unos segundos después nos separamos, casi sin aliento.

—Cuéntame —le dije—. No temas nada.

Rachel se sentó al estilo indio, frente a mí. Desnuda, bella y desafiante, como una diosa de la mitología escandinava. Me dije a mí mismo que si no empezaba a hablar pronto, saltaría sobre ella y besaría cada centímetro de su piel.

—Iba a pedirte otro cigarrillo, pero creo que ya hemos fumado bastante —sonrió suspirando.

Asentí despacio y yo también sonreí.

—Hablaremos sin fumar. Seguro que podemos conseguirlo.

Se cogió las manos, nerviosa. Parecía dudar por la manera de empezar. O quizá no sabía cómo hacerlo.

—En 1995 me marché del instituto. Estaba cansada de impartir clases después de diez cursos ininterrumpidos. O más bien, "casi" ininterrumpidos porque las cosas que me habían pasado en el sur, contigo, me habían marcado. Necesitaba reciclarme, o cambiar de aires, o las dos cosas a la vez. No lo sabía realmente, pero tenía claro que no quería empezar otro curso con las mismas premisas de siempre. Clases, reuniones, temarios, tutorías… y vuelta a empezar. Era un círculo vicioso del que yo quería salir. O me motivaba de nuevo con algo que me devolviera la ilusión, o abandonaba definitivamente la docencia.

Un débil rayo de sol penetró en la estancia y proyectó su sombra contra la pared. Creo que fue justo en aquel momento cuando empecé a sospechar la verdad, aunque mi cerebro no quisiera admitirla.

—Tenía varias opciones. Poseía algunos ahorros. Podía permitirme el lujo de pasar un año sabático y vivir de ellos, mientras me marchaba al extranjero para prepararme un máster que me permitiera enseñar en alguna buena universidad. También podía escribir en alguna revista literaria e incluso en un periódico de la región. Si bien no era periodista, no se me daba nada mal redactar artículos de índole literaria y lingüística, y además tenía algunos contactos que podían facilitarme la manera de acceder a esos puestos. E incluso podía pedir trabajo en alguna fundación de las que gestionan bibliotecas privadas, tanto de tipo humanístico como histórico. Había algunas de ellas bastante relevantes en todo el Principado.

—¿Seguías viviendo en Los Olivares? —le interrumpí.

Asintió varias veces.

—Sí, me gustaba el barrio y por el momento podía permitirme pagar el alquiler con cierta holgura. Llegué a plantearme comprar la casa, pero no llegué a ningún acuerdo con los propietarios, así que seguí como estaba sin ningún problema. La vivienda era grande, acogedora y agradable: justo lo que yo necesitaba. Si no era mía, la disfrutaba igualmente. El dinero se cambia por bienes o servicios; ese alquiler era un servicio que a mí me gustaba.

—¿Te desentendiste por completo de *Villa Luna*? ¿Qué pasó con ella? —pregunté.

Rachel se encogió de hombros.

—Como ya te dije, no quise saber nada más de aquella mansión. No podía soportar volver a ella después de todo cuanto había sufrido allí. Cuando el Estado (o la administración regional, no lo tengo muy claro) se puso en contacto conmigo para preguntarme por qué no ponía al corriente los pagos de impuestos y tasas correspondientes a *Mansiones Indianas Históricas*, les expliqué que no pensaba hacer frente a esos gastos y que podían hacer lo que quisieran con *Villa Luna*. Me la expropiaron, me abonaron una cantidad ridícula de dinero (casi simbólica) y me "obligaron" a donarla para no sé qué fines.

La interrumpí de nuevo.

—Según mis propias investigaciones, planean hacer allí un museo o algo parecido… Me lo contaron en una inmobiliaria, en Oviedo.

Rachel sonrió y su gesto llenó de calor la habitación.

—Pues ya sabes más que yo. No creo que tenga mucho éxito. La atmósfera de maldad que respiró el edificio se ha quedado allí. Ese lugar es el Infierno en la Tierra.

Su gesto se había ensombrecido de nuevo, al recordar.

—Sigue, por favor. Disculpa la interrupción.

Sonrió de nuevo y continuó.

—La oportunidad surgió gracias a un contacto que tenía, de años atrás. Me concertaron una entrevista en el periódico "La Nueva España". Aunque es regional, tiene varias delegaciones en las ciudades más importantes de Asturias y dentro del gremio tiene un prestigio bien ganado a base de años de trabajo. Fui a la redacción que tienen en la calle Calvo Sotelo, en Oviedo. Muy cerca de mi trabajo anterior. El caso es que me ofrecieron escribir una columna de opinión diaria en la sección de Cultura. Aunque en teoría debía ceñirme a temas relacionados con la Literatura y todos sus derivados (adaptaciones teatrales, ciclos literarios en universidades y colegios, ferias de libros, convenciones, nombramientos en los premios *Príncipe de Asturias*...), en la práctica tenía carta blanca para encarar lo que considerara oportuno, incluso dentro de la

actualidad más candente de la política y la economía de nuestro país. Esa libertad fue lo que más me atrajo de la oferta de trabajo. Y el sueldo, que no era moco de pavo, la verdad.

Asentí en silencio y luego pregunté.

—¿No te echó para atrás aceptar la ayuda de alguien para volver a conseguir algo, después de la mala experiencia con Adrián en tus tiempos de estudiante?

Rachel suspiró, negando categóricamente.

—El mundo funciona así, Toni. Son los favores los que hacen que la gente prospere, en la mayor parte de los casos. Ojalá fuera de otro modo, pero me temo que este es el más habitual. Yo aproveché la oportunidad que se me brindó. Después tuve que demostrar que valía para ese puesto. Si no hubiera sido así, me habrían echado sin contemplaciones. La persona que me facilitó la entrevista nunca me pidió nada a cambio y eso debo agradecérselo hoy. Aunque… visto lo que sucedió después, tampoco resultó ningún chollo.

No respondí y la alenté a continuar con un gesto.

—Empecé a trabajar allí a finales de noviembre de 1995. La redacción era un lugar bullicioso, lleno de humo, olor a café, tabaco y sudor rancio. En aquella época aún se trabajaba con máquinas de escribir, aunque ya se estaban imponiendo cada vez más los ordenadores con sus modernos procesadores de textos. Pero las máquinas era necesarias para redactar las noticias más urgentes que nos llegaban de las grandes agencias de información, de manera rápida y precisa. El sonido de las teclas era muy especial, como si fuera la banda sonora de la oficina.

—¿Ibas allí de ocho a tres, como en cualquier otro trabajo?

Rachel negó con la cabeza.

—En realidad, tenía bastante libertad horaria. Igual podía aparecer a media mañana que por la tarde. Yo llegaba, escribía en mi sección y dependiendo del día, me marchaba antes o después. Cerrábamos la edición diaria a las ocho o nueve de la noche, salvo que ocurriera algún imprevisto o hubiera alguna noticia gorda urgente. Las impresoras trabajaban de madrugada y los periódicos estaban listos a las seis de la mañana, hora en que se empezaban a repartir por toda la región. Como yo me organizaba mi tarea e iba bastante a mi aire (como uno de esos *free-lance*, ya sabes), no tenía demasiados problemas en hacer el trabajo bien. El redactor jefe me daba libertad absoluta y apenas se metía en mis asuntos, salvo para dar el visto bueno a su publicación.

Sonreí recordando malos trabajos, con malos sueldos y peores jefes.

—Tuviste suerte con eso.

Rachel me devolvió la sonrisa y cabeceó.

—Mucha, para qué te voy a engañar. Si trabajaba por la mañana, después tenía toda la tarde para mí. Aunque no hacía vida social (ya sabes por qué), me encantaba quedarme en casa leyendo, junto a la chimenea. Tenía una gatita que había recogido por el vecindario y nos hacíamos mutua compañía. También aprovechaba para hacer compras o dar un paseo por el parque del Oeste, junto al estadio *Carlos Tartiere*. En invierno pasaba muchas horas en casa, huyendo del frío. Cuando llegaba el buen tiempo salía más. Me iba a nadar o a correr y el ejercicio me sentaba bien.

—*Mens sana in corpore sano* —apostillé.

—Eso es —sonrió—. En las épocas en que trabajaba por las tardes, cambiaba mis hábitos y mis rutinas. Me levantaba tarde, desayunaba con tranquilidad y después de hacer las tareas de casa, almorzaba y me iba al trabajo dando un paseo. Este horario tenía sus cosas buenas y yo solía aprovecharlas siempre que podía. Si las horas del día se exprimen bien, se puede hacer mucho y variado. Así estuve unos cinco años.

—¿Echabas de menos impartir clase?

Se echó a reír, como si estuviera esperando la pregunta y supiera a ciencia cierta que se la iba a hacer.

—Pues si te digo la verdad, no —respondió con sinceridad—. Añoraba a los chicos, porque siempre había un justo en Sodoma (o varios, para ser honesta), pero nada más. Me gustaba la enseñanza, disfrutaba mucho cuando mis alumnos brillaban en mi asignatura y veía que amaban los libros y el lenguaje, pero aborrecía todo el tema burocrático que había detrás, agazapado. El sistema acababa "podando" la ilusión a los profesores, como ya te conté. A veces me sorprendía a mí misma sintiéndome culpable por no recordar casi nunca ese trabajo en el que me había dejado mi sudor y mis lágrimas, pero así eran las cosas. No puedes forzar lo que debes o no sentir.

Dudé antes de preguntar, pero al final lo hice.

—¿Y qué tal iba todo… con tu salud?

Rió y se llevó un dedo a la sien.

—¿Te refieres a si se me iba la cabeza? ¿Si me notaba "poseída" por Cristina y esas cosas?

No supe si reírme o mostrarme compungido. Al final opté por una mezcla de todo y respondí con sinceridad.

—Sí, a eso me refiero.

Ella cambió la expresión y su rostro se tornó serio. Me dolió verla así, pero supuse que era necesario.

—Pues sí, Toni. Alguna vez me noté "rara". Alguna vez Cristina tomaba el control y yo dejaba de ser yo. Eso es algo con lo que tengo que luchar a menudo. Algo con lo que tendré que vivir hasta

mi último aliento. Eran brotes pequeños, que no solían afectar a mi día a día, pero alguna vez me tocó quedarme en casa y no ir a trabajar porque notaba que podía hacer algo "inapropiado".

Recordé que Carmen Espinar, su compañera en el instituto *Alfonso II*, me había contado cómo Rachel mutaba a veces (como yo mismo la había visto, muchos años atrás) y se convertía en alguien que no podía reconocer.

—Y lo peor no era eso —continuó, apartando la vista de mí y bajándola hacia las sábanas—. Lo peor era mirar siempre detrás de mí. Recuerda que Adrián me seguía buscando, aunque hubiera pasado tanto tiempo desde lo sucedido en *Villa Luna*. Yo seguía teniendo miedo: lo llevaba impreso en mis neuronas. Ahora mismo lo tengo. Y eso que no poseo ni la más remota idea de dónde está.

Me acerqué a ella y la abracé. Rachel se dejó hacer y después me abrazó ella a mí, con esa manera tan peculiar que tenía de hacerlo, casi con desesperación.

—Estás a salvo —le susurré al oído—. No pienses en él.

Se separó de mí y me sonrió, como dando a entender que todo estaba bien, aunque los dos sabíamos que nada lo estaba.

—¿Quieres que continúe con la historia? —me preguntó con la voz rota, como la de una niña después de una pataleta.

Tragué saliva y asentí.

—Por favor, dame un cigarrillo —pidió—. Al final, no voy a poder mantener la promesa.

Se lo encendí y se lo pasé. Ella inhaló el humo y después me miró, expulsándolo.

—En el 2000, todo se fue al garete. Me enamoré de un tío casado. ¿Te lo puedes creer? Fui tan estúpida que lo hice. No sé qué coño se me pasó por la cabeza.

Me quedé mirándola en silencio, procesando la información. Rachel, que se suponía que estaba enamorada de mí, no lo había estado tanto. Yo no podía echarle nada en cara, evidentemente. Pero lo cierto era que me dolía, porque en mi interior siempre había pensado que ella me había esperado. ¿Y por qué debía hacerlo? ¿Lo había hecho yo, acaso? ¿Incluso aunque no me acordara de ella? ¿No debería haber sabido mi corazón que yo estaba enamorado de ella cuando me casé con otra?

Rachel adivinó mis pensamientos y sonrió con tristeza. No pensaba disculparse, pero sabía que las palabras duelen a veces más que las puñaladas.

—Toni, habían pasado 14 años desde lo nuestro. No sabía nada de ti. Estabas en la otra punta del país, y sin dar señales de vida. Yo te seguía amando, pero…

Hice de tripas corazón y levanté la mano derecha, indicándole

que parara.

—Lo sé. No tienes que darme explicaciones, no son necesarias. Lo entiendo a la perfección. Yo mismo me casé con alguien que no eras tú.

Aquello pareció dolerle a ella también, como si no quisiera creerlo del todo, como si hubiera decidido obviarlo conscientemente. No teníamos derecho a recriminarnos nada, ninguno de los dos. Estábamos juntos allí, ¿no? ¿No era eso lo más importante? Durante unos instantes nos quedamos callados, como si un muro invisible se hubiera levantado entre nosotros. Durante esos segundos no importó nada. Las noches de amor y las caricias se olvidaron y nos sentimos casi como extraños. Luego recuperamos la cordura y aquel momento aciago y frío pasó. Se diluyó como la niebla invernal con el sol de la mañana.

—Cuéntame qué sucedió, Rachel —le pedí, apretando su mano cariñosamente—. No tengas miedo.

Ella sonrió y asintió. El sol que se colaba por la ventana rozó uno de sus hombros desnudos, besándolo. Mi estómago empezó a rugir, reclamando el desayuno. Rachel apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesita.

—En la primavera de ese año 2000 apareció un compañero nuevo por la redacción —comenzó, cambiando de postura y volviendo a apoyarse en el cabecero de la cama—. Aparentaba una edad indefinida entre los treinta y los cuarenta. Se llamaba Óscar. Era muy atractivo. Las chicas que trabajábamos allí le echamos el ojo en seguida. Tenía el pelo rubio y rizado. No es que fuera especialmente fuerte o guapo, pero poseía un magnetismo que era imposible ignorar. Era de esas personas que caen bien por igual a los dos sexos. Desbordaba simpatía y sentido del humor y sabía escuchar. Además, siempre miraba a los ojos. Nunca escondía la mirada, por muy jodido que fuera aquello que tuviera que contarte. El problema era el que suele suceder: estaba casado.

Sonreí y me acordé de Rosalía, la dueña de la pensión de Asturias. Una mujer lista como pocas. Lúcida y realista.

—Siempre lo están —bromeé, guiñándole un ojo—. O son gays.

Rachel mostró su acuerdo asintiendo, pero no sonrió esta vez.

—Siempre lo están, cierto. Óscar venía de Avilés. Lo habían trasladado de delegación a la fuerza. Él no quería ir a Oviedo; decía que echaba de menos el mar, el sonido de los barcos en el puerto y el olor a salitre. Pero la empresa lo puso entre la espada y la pared: era eso o el despido. Además, lo cambiaron de sección. Él estaba en sucesos y lo pusieron en deportes, algo que odiaba con toda su alma. Pero aún así, se adaptó bien a nuestra redacción y nuestro modo de trabajar. A veces se iba al *Carlos Tartiere*, para cubrir el

partido de fútbol de turno y al pasar junto a mi mesa se reía y me decía: “Oye, ¿no te interesaría una entrada en el palco del estadio? Yo te redacto una reseña del “Quijote”. Te aseguro que lo hago muy bien. ¿Qué me dices? ¿Me lo cambias? Te estaría eternamente agradecido”. Yo me reía también y lo mandaba a paseo. Él salía de la oficina bromeando con todo el mundo. Era un hombre alegre, era eso más que cualquier otra cosa.

Sentí un pequeño ramalazo de celos aguijoneándome en la nuca. Lo peor no era escuchar lo que decía, sino ver la manera que tenía Rachel de contarlo. Como si *aún* lo echara de menos.

—Empezamos a hablar cada vez más, sobre todo en nuestros descansos, en la sala del café. Me contaba que quería tener hijos, pero que la cosa no cuajaba. Su mujer y él aún no habían decidido acudir a un médico para que dilucidara cuál de los dos era el problema. Se habían instalado en la calle Muñoz Degraín, en un ático, cerca del Parque de Invierno.

—¿Ella trabajaba fuera de casa? —interrumpí.

—Así es —respondió Rachel—. Se llamaba Sara. Estaba empleada en una tienda de ropa en el Centro Comercial Salesas, en la calle Nueve de Mayo. Había encontrado el trabajo rápido, apenas unos días después de que se instalaran en la capital. Era una buena chica. Y muy guapa. Alta (casi más que él) y rubia. Parecían un par de guiris, aquellos dos.

—¿La conocías personalmente?

Rachel encogió los hombros, con un gesto vago entre la afirmación y la indiferencia.

—De vez en cuando se dejaba caer por la redacción para recoger a Óscar. Sobre todo cuando nos tocaba trabajar algún turno de fin de semana. Los veía marcharse de la mano los sábados por la noche, para ir a cenar o al cine. Ella salía de Salesas a las diez y se acercaba al periódico. Algunas veces echábamos una parrafada, hablando de pelis o de música. Otras, parecía estar enfadada con el mundo y no le dirigía la palabra a nadie. Se sentaba en los sillones de la entrada y ojeaba algún diario hasta que su marido terminaba lo que tuviera entre manos

Observé a Rachel. Había dejado de mirarme a mí mientras me hablaba y tenía la mirada perdida entre sus recuerdos. Me asustó esa expresión. Como si estuviera desconectando los sentimientos y empezara a narrar los hechos de memoria, igual que un robot.

—Poco a poco, con el paso de los meses, Óscar y yo empezamos a sentirnos cada vez más atraídos. Nos buscábamos con la mirada constantemente, bromeábamos a menudo y lográbamos encontrar siempre una excusa para hablar y estar a solas, ya fuera en el trabajo o fuera de él. Óscar solía hacerme preguntas acerca de mi

vida privada y mi pasado, pero yo nunca soltaba prenda y me las arreglaba para hacer que fuera él quién acabase contándome mil cosas y anécdotas de su vida en Avilés. Era muy parlanchín. Tampoco es que hiciera falta espolearlo para que hablara hasta por los ojos.

Sonreí, a mi pesar. Rachel era una mujer muy especial. Contaba las cosas como nadie.

—En la fiesta que se montó en la redacción el día de Nochebuena nos la arreglamos para sentarnos juntos y hablar largo y tendido. El ágape se montó en una especie de sala de reuniones que teníamos, donde debatíamos los temas que íbamos a sacar cada día en el periódico. Había canapés y bebida y todo el mundo estaba muy contento y medio borracho. En un momento dado nos acomodamos en un rincón de la sala. La gente había formado grupitos, como en cualquier reunión de ese tipo y el ambiente se iba volviendo más íntimo por momentos. Al día siguiente era Navidad, no sacábamos edición y estábamos todos relajados, con muchas ganas de broma y diversión.

»Hablamos de mil cosas. Eran las cinco y media o seis de la tarde y empezaba a anochecer. Nuestros cuerpos estaban muy cerca. Debido al jaleo que había en la sala, con los villancicos y el jolgorio de la gente, teníamos que acercar mucho nuestras cabezas y hablar a voces para hacernos oír. Nos reíamos sin parar, casi siempre de tonterías. Como la sidra corría por las copas, los dos estábamos un poco alegres. Rozábamos nuestras manos o apoyábamos las palmas en el antebrazo del otro por cualquier excusa. Notábamos la electricidad entre nosotros…

Rachel hizo una pausa y me miró. Parecía calibrar el poder de sus palabras sobre mí, pero mi rostro permanecía inescrutable. Cuando comprendió que no iba a decir nada, continuó.

—En un momento dado, nos besamos. Fue la consecuencia lógica. Ninguno de los dos tomó la iniciativa, simplemente sucedió. Cuando quisimos darnos cuenta estábamos enfrascados en el beso, sin pensar en nadie más. Estábamos rodeados de gente, pero nos daba igual: "Lo que pasaba en la redacción, se quedaba en la redacción", ese era el lema colectivo y todos lo respetábamos a rajatabla. No éramos los únicos. Otras compañeras y compañeros también se habían puesto cariñosos. Algunos eran solteros, personas adultas y libres. Otros… no. Pero nadie juzgaba a nadie esa tarde de Nochebuena. Cada cual estaba a lo suyo sin pensar en lo de los demás.

»Cuando nos separamos, nos quedamos un poco avergonzados por lo sucedido. Ambos sabíamos que aquello era una locura, pero no podíamos hacer nada por evitarlo. Nos quedamos mirándonos,

comiéndonos con los ojos, deseando repetir el beso, pero no lo hicimos. Nos cogimos de la mano, y entrelazamos nuestros dedos sustituyendo el beso por aquella caricia, que era, si cabe, más íntima aún.

Rachel dio un respingo de frío y detuvo su narración. Cogió una camiseta interior mía y se la puso encima de su piel desnuda. Estaba preciosa así, como una modelo anunciando algún perfume caro.

—No volvimos a hablar, nos quedamos disfrutando del roce de nuestras manos y sintiendo el calor del momento. Hacia las siete, Óscar anunció que debía marcharse. "¿Vas a recoger a Sara al centro comercial?", le pregunté. Él asintió con la cabeza y luego respondió: "Sí, hoy sale antes. Es Nochebuena. ¿Con quién la pasarás tú, Rachel? ¿Con la familia?" Me di cuenta de que a pesar de que llevábamos meses manteniendo largas conversaciones, no le había contado aún que toda mi familia había muerto. Yo era muy celosa de mi intimidad, pero en aquel momento me sentí un poco triste. "No tengo, Óscar. Murieron todos", respondí con una sonrisa de circunstancias. Él pareció sinceramente apenado, incluso apesadumbrado. "Oh, lo siento, Rachel, no lo sabía", dijo. Le respondí con un "no te preocupes, no pasa nada. Estoy acostumbrada". Él iluminó durante un segundo el rostro: "Ven con nosotros. Cenaremos juntos. A Sara le hará ilusión, estamos solos en Oviedo". Negué con la cabeza. No pensaba compartir mesa y mantel con Óscar y su mujer. Lo quería sólo para mí. "No es buena idea, pero gracias por la invitación. De verdad", le respondí.

»Cuando me volví a casa y cené a solas con mi gatita, pensé que todo se acababa ahí, con ese beso robado en la fiesta de la redacción y las caricias inocentes de dos tortolitos. Lo creí sinceramente, pero me equivoqué. Aquello duró dieciocho meses más, hasta junio del año pasado.

Antes de que Rachel continuase con su relato, llamé a recepción y encargué un desayuno completo. Eran casi las nueve de la mañana y estábamos hambrientos después de la noche en vela. Mientras nos lo subían nos dimos una ducha rápida y nos vestimos con ropa informal y cómoda, para salir después a pasear por la ciudad.

Minutos más tarde estábamos devorando un montón de croissants con mantequilla y mermelada, zumo de naranja, té y café. Nos dimos un alto en la conversación para disfrutar de la comida con tranquilidad y sin agobios. Algo había cambiado sutilmente entre nosotros después de la narración de Rachel. Yo sabía que no era justo, pero no podía evitarlo. Un par de veces cruzamos nuestras miradas y notamos que un poso de tristeza parecía haber colonizado nuestros ojos, como una enfermedad invisible y letal que se va haciendo dueña y señora del organismo que parasita.

Cuando terminamos de desayunar, nos asomamos al balconcito de la habitación para disfrutar del sol y el aire primaveral de París. Ella me cogió de la cintura por detrás y apoyó su cabeza en mi espalda. Yo miré los edificios, los tejados de la ciudad, que parecían pintados para la ocasión, el hilo plateado del Sena, serpenteando, y la Torre Eiffel, erguida y orgullosa entre la bruma matinal. Tenía miedo de lo que Rachel me iba a contar. Tenía miedo porque sabía que los celos no entienden bien el modelo espacio-temporal. Y aunque la relación de Rachel se había acabado hacía mucho tiempo, para mí estaba ocurriendo ahora mismo. Pero… ¿no decían que los celos eran el mejor indicativo para evaluar si se amaba de verdad a alguien? ¿Era cierto o era sólo una manera de justificar la inseguridad y el nulo amor propio?

—¿Quieres que continúe hablando, Toni? —susurró Rachel a mi espalda.

Yo me estremecí. Algo no iba bien, pero no supe discernir qué. Quizá eran sólo imaginaciones mías.

—Sí, quiero —mentí, y sonreí pensando que había sonado como si estuviéramos ambos en el altar.

Ella captó la broma detrás de mí y también rio con complicidad. Éramos cómplices. Sí, eso éramos. Nuestros cerebros funcionaban en sintonía. Se separó de mi espalda y se puso a mi lado, apoyada en la barandilla. Cerró los ojos y aspiró el aire a flores y humo del tráfico que subía desde el bulevar. La vi sonreír, quizá sólo por el

hecho de estar viva y junto a mí. Esa es mi imagen favorita de todas cuantas mi memoria ha atesorado de ella: Rachel cerrando los ojos y aspirando la vida de París. Su piel suave y clara, salpicada por pecas, acariciada por la brisa. Su pelo de color miel rozando mi hombro, haciéndome cosquillas. Su nariz recta, perfecta, egipcia. Su boca sonrosada, un corazón latiendo por su cuenta en el mío. Sus pestañas rizadas y preciosas, listas para hablarme sin decir palabras. Sus orejas de elfa, pequeñas, sin lóbulos, el camino oculto de las palabras que yo le dirigía. Sus pómulos altivos, aristocráticos, como colinas golpeadas por el viento en mitad del páramo.

En ese momento la amé más que nunca, más que a mi propia vida. La amé con una infinita alegría por haber tenido la fortuna de conocerla y compartir mi vida con ella en la Tierra, un lugar con miles de millones de seres humanos. Fue en ese instante cuando Rachel quedó tatuada para siempre en mis neuronas; una persona extraordinaria que había venido al mundo para cuidar de mí, para evitar que me perdiera dentro de mí mismo. De nuevo quise parar el tiempo, quise morirme allí mismo, junto a ella. Pero el tiempo siguió su curso. Rachel abrió los ojos y me miró, sonriendo. Y mi corazón siguió latiendo, ajeno a mis deseos y a mi egoísmo.

—¿Qué? —me preguntó Rachel, con la mirada risueña y los ojos enamorados.

Tardé unos segundos en responder. Su voz siempre me cortaba la respiración. Me había pasado de jovencito y me seguía pasando todavía. Tenía una extraña manera de acariciar con ella.

—Que te quiero. Que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Que siempre te querré, pasara lo que pasara en el pasado y pase lo que pase en el futuro.

Se lanzó a mi boca y bebió con la desesperación del sediento perdido en el desierto. Me besó con una ferocidad brutal, como si quisiera demostrarme que siempre seríamos nosotros dos, solos contra el mundo. Cuando se separó, jadeaba y me miraba a los ojos queriendo atarme a ellos. Y a fe mía que lo conseguía. Se entristeció y bajó la mirada al suelo. Me sentí desamparado cuando perdí el contacto visual.

—Quizá cuando te cuente el resto no pienses igual —susurró.

Posé mis dedos en su barbilla y levanté su cabeza hasta que volvimos a besarnos con los ojos. Tenía en los suyos el brillo de un dolor antiguo, de aquél que se recuerda en heridas que ya se curaron pero dejaron una cicatriz en el alma. Esa clase de dolor que nunca se llega a superar del todo y que nos acompaña hasta el último latido, como un pasajero de vagón no deseado. Ese dolor que provoca el recuerdo de un amor que era perfecto, hasta que se diluyó y se volvió predecible y rutinario; agridulce en ocasiones,

amargo en otras. Vulgar. Sombrío. Despiadado.

Gris.

—Nada de lo que tú me cuentes cambiará mi opinión sobre ti, ¿entiendes? —le pregunté, intentando dominar el temblor de mi voz —. Tenlo muy claro. El amarte sin condiciones es mi privilegio y lo voy a ejercer, pase lo que pase.

Ella asintió en silencio, como si no quisiera creérselo del todo. La atraje hacia mí y nos abrazamos un largo rato. Mis ojos se perdieron en el cielo de París mientras aspiraba el olor del champú en su pelo. Su cuerpo desprendía un calor que me recargaba por dentro, haciendo hervir mi sangre. Mis manos empezaron a tomar conciencia de estar acariciando su cintura y sus caderas. Me dije que si no nos separábamos pronto acabaríamos en la cama otra vez, enredados piel con piel.

Nos soltamos de común acuerdo y volvimos a apoyarnos en la barandilla, mirando hacia el Sena. Quizá si no nos mirásemos a la cara sería más fácil para los dos. Quizá el dolor se mitigaría y volaría hacia *La Defénse*, allá a lo lejos.

—Al año siguiente tomé diez días de vacaciones en enero, nada más incorporarme al trabajo después de las fiestas. Necesitaba pensar en lo que había pasado y alejarme de la redacción y de Óscar. Yo sabía que el hecho de que iniciáramos una relación era una mala idea. El problema era que me sentía muy atraída por él. Y a Óscar le pasaba exactamente lo mismo conmigo. Yo lo notaba en la manera en que posaba sus ojos en los míos, como si quisiera hablarme con la mirada. Además, siempre nos encontrábamos cerca. O bien coincidíamos en la sala del café o nos arreglábamos para acercarnos a la mesa del otro con cualquier excusa tonta. Parte de la plantilla se reunía, a veces, en una sidrería cercana para tomar un aperitivo a mediodía. Allí que estábamos nosotros también, tratando de estar siempre uno al lado del otro y sin dejar de hablar y reírnos.

Asentí en silencio a las palabras de Rachel. Podía comprender a la perfección los sentimientos del tal Óscar hacia ella. Dicen que nada une más a dos hombres que no se conocen que el haber amado a la misma mujer. Pero eso no impedía que me sintiera celoso. Y los celos de lo que sucedió en el pasado son los peores, porque no hay manera de cambiar lo que ya tuvo lugar.

—¿Y qué pasó? —le pregunté, sin girar la cabeza hacia ella y mirando el *skyline* en el horizonte de París.

Rachel carraspeó y continuó.

—Durante esos diez días me encerré en casa, sin salir apenas a la calle. Estaba completamente segura de que si lo hacía me lo encontraría en el campo de San Francisco, o en el Fontán, o en la

calle Uría. Hice la compra por teléfono y me la enviaron a casa. Me dediqué a leer, ver películas y series de televisión ya jugar con mi gata en el jardín. Intenté tener la mente ocupada pero todo me recordaba a él: cualquier escena de un libro o una película la asociaba inconscientemente a aquella extraña relación que manteníamos Óscar y yo. Al octavo día me mandó un mensaje al móvil diciéndome cuánto me echaba de menos en el trabajo. Cuando lo leí, me latió el corazón más deprisa. Intenté no responder, pero la tentación fue demasiado fuerte y lo hice. Le dije que nos veríamos en apenas dos días. Él volvió a contestarme con un mensaje que me provocó un estremecimiento: "Estoy contando las horas que quedan para volver a verte".

Me giré para mirarla. Estaba reviviendo lo que sucedía en su cabeza. Su expresión era lejana.

—Pasé el tiempo restante en un estado de total ansiedad. Temía y deseaba a la vez el regreso a la oficina. Cuando llegó el momento de reincorporarme me temblaban las piernas al entrar a la redacción. Me dirigí a mi mesa y cruzamos nuestras miradas durante un par de segundos. Fue como si una descarga eléctrica nos hubiera sacudido al unísono. Abrí uno de los cajones del escritorio para sacar la agenda y ver el trabajo pendiente. Había una orquídea roja minúscula, encapsulada en un vasito de cristal fino. Me tembló la mano al cogerla y a punto estuve de tirarla al suelo. El conjunto entero era una miniatura bellísima. Miré hacia la mesa de Óscar, pero estaba hablando con un compañero, enzarzados en alguna discusión acalorada. Metí la orquídea en el bolsillo interior de mi abrigo y abrí la agenda. El corazón me latía a toda pastilla: sólo podía ser cosa de él. ¿De quién si no?

Volví a notar el pinchazo inmisericorde de los celos, aguijoneando como un montón de abejas enfurecidas. Rachel hablaba de ello como si le estuviera sucediendo en ese instante. Incluso sonreía. Desvié la vista para poder seguir escuchando haciendo un gran esfuerzo. Decidí no interrumpirla más y dejar que contara su historia.

—Entonces giró la cabeza durante un segundo y me miró. Sonrió y luego volvió a centrar su atención en su interlocutor. Abrí la agenda y al hacerlo se desprendió un *post-it* amarillo del interior de sus páginas. En él, Óscar había escrito: "El mundo te ha echado de menos. *Yo* te he echado de menos. Tenemos que hablar. ¿Qué tal esta noche, en la sidrería de siempre?" Cuando lo terminé de leer, lo arrugué y lo tiré a la papelera. Lo destruí como si fuera uno de esos mensajes secretos de las películas de espías, en los que se decía: *Sólo para sus ojos*.

»Pasé toda la jornada laboral nerviosa, sin dar pie con bola y

pensando en qué hacer. Al final me decidí por aceptar la propuesta. Éramos adultos. Teníamos que afrontar aquello de alguna manera. No podíamos seguir engañándonos a nosotros mismos, fingiendo que no pasaba nada. No intercambiamos ni una sola palabra durante aquella tarde, como si hubiéramos firmado en silencio un pacto tácito de dejarlo todo para después. Óscar buscaba mi mirada, intentando encontrar alguna respuesta a la cita. Yo eludía cruzarla con él, pero creo que los dos sabíamos perfectamente que había aceptado el vernos.

»Salí antes que él y me fui directa al local. Aquella noche había poco ambiente. Hacía frío y la gente prefería estar en casa. Me senté en una mesa junto a la ventana. Óscar apareció unos minutos después, frotándose las manos por el frío. Traía una sonrisa de oreja a oreja. Se acercó a la barra y pidió algo al camarero. Después se dirigió a mi mesa y me saludó, dándome un par de besos en las mejillas.

»—¿Dónde está Sara? —le solté a bocajarro—. ¿No deberías estar recogiéndola del trabajo a estas horas?

»Negó con la cabeza y la sonrisa se le borró de la cara, como por arte de magia.

»—Está en Avilés durante unos días —respondió encogiendo los hombros—. Su madre no está bien, ha sufrido un ictus o algo parecido y ha marchado allí para echar una mano. Se ha pedido unos días en el trabajo para cuidarla.

»El camarero vino con una botella de sidra y unos quesos variados. Escanció y volvió a su tarea, detrás de la barra.

»—Vaya, lo siento mucho —dije sin sentirlo en absoluto, por pura cortesía.

»Óscar sonrió un poco y bebió de su vaso. Yo hice lo propio y picoteé algo de queso y unos piquitos de pan.

»—Ya, muchas gracias —susurró, quedándose después callado y pensativo.

»Era un hombre muy atractivo y su sonrisa era legendaria, pero parecía haber alguna tristeza oculta en él bajo aquella capa de alegría que a veces parecía impostada, como esos disfraces que le ponemos al alma para evitar que nos hagan daño de nuevo.

»—¿Por qué me has regalado esa orquídea? —le pregunté decidida a coger el toro por los cuernos.

»Levantó la vista de la mesa y me miró. No sonreía ahora. Tenía una expresión solemne y un poco soñadora. Me sostuvo la mirada sin miedo, desafiante.

»—Porque te quiero —contestó sin dudar ni un segundo.

»Noté un escalofrío en el vientre y mis manos temblaron al coger el tenedor.

»—Estás casado, Óscar.

»Él asintió, aceptando lo obvio como algo tan inevitable como la noche y el día.

»—Lo sé. Y aún así, te quiero. Y a Sara también. No sé por qué me ocurre esto, pero me ocurre. No puedo hacer nada para evitarlo. Lo he intentado, de veras, pero no funciona.

»Sentí que el poco apetito que tenía me abandonaba. Siempre me he preguntado por qué el amor nos quita el hambre. Solté el tenedor y miré a mi acompañante.

»—Pero yo no quiero compartirte con nadie, ni siquiera con Sara, que me parece adorable. Te quiero solo para mí. Y si no es así, no quiero saber nada de este asunto.

»Óscar levantó la vista del plato de quesos en el que había posado sus ojos.

»—Pero nosotros… —empezó.

»—No existe un *nosotros*, Óscar —lo interrumpí con una firmeza que estaba lejos de sentir—. Existe un *tú* y un *yo*, pero cada uno por su lado.

»Callamos los dos durante un lapso de tiempo que me pareció extraordinariamente largo y sin embargo no creo que durase más que unos cuantos segundos.

»—Sé que tú también sientes algo. No puedes engañarme —contraatacó sonriendo con tristeza—. Si realmente no quieres saber nada de mí, dímelo mirándome a los ojos y me iré sin dudarlo. No volveremos a dirigirnos la palabra. Pediré el traslado a Gijón y me marcharé de tu vida para siempre. No te quedará de mí ni el recuerdo en tu memoria.

»Lo miré dispuesta a decirle exactamente lo que no quería oír y acabar de una vez por todas con aquella locura. Pero por alguna razón escondida en lo más profundo de mi corazón, no pude hacerlo. Me quedé con la boca abierta, sin decir palabra, hasta que la cerré y desvié la vista a la ventana de la sidrería para ver las luces del tráfico y de la propia ciudad.

»—Me quieres, Rachel —susurró cerca de mi oído. Sentí como si su voz me acariciara por dentro y estimulara mis neuronas adormecidas por el dolor y la soledad—. No puedes negarlo y yo tampoco.

»Se me saltaron las lágrimas al ser consciente de cuánto de él existía ya en mí. Al comprender que lo amaba profundamente sin darme cuenta. Al reconocer que no podía estar sin Óscar, sin sus palabras en mis oídos, sus manos en mi piel y su sombra sobre la mía. Intenté vocalizar, pero tenía un nudo en la garganta y notaba náuseas en el estómago. El camarero llegó para escanciar más sidra y salvó la situación cortando el incómodo silencio que se había

instalado entre nosotros. Cuando se marchó, Óscar habló de nuevo.

»—¿Por qué no intentarlo, Rachel? Que pase lo que tenga que pasar. Quizá tú y yo estemos hechos el uno para el otro y nos empeñamos en cerrar los ojos a esa realidad.

»Me volví y lo miré. Sus palabras ejercían un poder hechizante sobre mí, minando mis defensas como la carcoma los cimientos de un edificio viejo. ¿Y si tenía razón? ¿Y si tenía al amor de mi vida delante de mí y lo estaba dejando escapar? ¿Y si…?

»—A veces tengo la sensación de conocerte desde siempre —murmuró Óscar, muy cerca de mí—. Quizá te parezca una cursilería, pero lo pienso de verdad.

»No me pareció una cursilería. Me pareció una verdad transparente, porque a mí me ocurría igual. Me acordé de la frase que pronunciaba Clint Eastwood en *Los puentes de Madison*: "No quiero necesitarte, porque no puedo tenerte". Esa era la clave. Yo no quería necesitarlo, pero lo necesitaba. Y tenía muchísimo miedo de ese sentimiento, porque no podía controlarlo y tenía la sensación de que me sobrepasaba. Así que probé a quemar mis últimos cartuchos y lanzar un órdago.

»—Si de verdad me amas, divórciate de tu mujer —le dije con la voz temblando por mil emociones a la vez—. El amor se demuestra con hechos, no con palabras. Las palabras se las lleva el viento.

»Él pareció sorprendido por la propuesta y también dolido, como si la que lo estuviese traicionando fuera yo. O quizá es que vio reflejado en mí sus propias dudas y temores.

»—Rachel, sabes que eso no es tan fácil. Ni tan simple.

»—No, no lo sé. Nunca he estado casada. Pero creo que no se puede estar con dos personas a la vez. Tu corazón tiene que elegir.

»Oscar negó con la cabeza muy despacio, como si su pensamiento estuviera muy lejos de allí. Acaso pensaba en Sara. Sentí unos celos terribles que me sorprendieron por su virulencia. Deseé que ella se quedara para siempre en Avilés y nunca regresara a su lado.

»—No quiero hacerle daño —replicó con la voz cansada—. Nunca me perdonaría a mí mismo si le hiciera daño.

»Me sentí furiosa con aquella respuesta y unas lágrimas de frustración asomaron a mis ojos, inmisericordes.

»—¡Pero no te importa lo más mínimo hacérmelo a mí! Yo también soy una persona y tengo sentimientos, ¿sabes? No soy una puñetera piedra ni un pañuelo de papel que tiras al suelo después de haberlo usado.

»Se acercó a mí y me abrazó. Intenté resistirme y rechazarlo, pero fue inútil. Segundos después era yo quién le abrazaba fuerte y lloraba encima de su hombro. Estuvimos unos instantes así. Después

nos separamos, limpió mis lágrimas con sus manos y me besó. Fue un beso largo, lleno de pasión y amargura a la vez. Me sentí arder por dentro y comprendí que llevaba demasiado tiempo sin hacer el amor. Cuando nos separamos, apoyamos nuestras frentes y nos acariciamos con la mirada unos segundos.

»—No quiero ir a mi casa ni quiero ir a la tuya —susurré, casi con furia.

»Sonrió como se le sonríe a una niña pequeña que está enojada porque no se respetan sus deseos.

»—Iremos a un hotel —respondió.

»Pagamos la cuenta y nos marchamos al instante, cogidos de la cintura. Nos fuimos a un hotelito cercano y pasamos la noche juntos. Aquella fue la primera vez que nos acostamos. A continuación vinieron muchas más y después de cada sesión de sexo venían las promesas vanas de Óscar, en las que me prometía que dejaría a su mujer. Yo quería creerlo, durante un tiempo lo hice. Él mismo parecía estar convencido de que iba a hacerlo, pero después se arrepentía. Era un cobarde que no tenía el valor de afrontar la situación como un hombre, pero aún así, yo lo quería.

»Pero tanto va el cántaro a la fuente, que al final se rompe.

# Don’t walk away

»Pasamos todo el año 2001 viéndonos a escondidas, siempre fuera del trabajo. De todas formas, a nadie se le escapaba que estábamos juntos, era imposible negar el lenguaje no verbal de los roces, las miradas y las sonrisas. Pero aún así, manteníamos la compostura en la oficina. Sara seguía viniendo por allí, de vez en cuando, y era entonces cuando me tocaba tragarme todos los sapos y culebras del mundo y disimular con un gesto amable en la cara.

»Ese verano, ella empezó a sospechar sobre lo nuestro. Intentábamos quedar cuando él tenía alguna salida de la ciudad, como corresponsal. A veces tenía que cubrir algún partido en el Principado; otras en León o Cantabria. Aprovechábamos para marcharnos juntos, si podíamos. Nos alojábamos en algún hotel y cenábamos juntos en los mejores restaurantes. Una vez, incluso nos fuimos a Madrid y dormimos en el *Palace*. Intentábamos aprovechar el tiempo al máximo y hacer visitas turísticas, como una pareja normal. Sólo que lo nuestro no era normal y nosotros lo sabíamos.

»A finales de agosto, yo estaba de vacaciones. En esta ocasión me había quedado en Oviedo. Óscar y yo llevábamos unos días sin vernos, aunque nos mandábamos mensajes al móvil de vez en cuando, para recordarnos que seguíamos pensando uno en el otro. Él seguía trabajando porque no tenía descanso hasta septiembre. Yo aproveché esos días para hacer una limpieza profunda en la casa y arreglar el jardín.

»Precisamente me encontraba ahí, podando unas rosas para ponerlas en un jarrón y pasarlas dentro de casa. Eran las ocho de la tarde y ya había pasado el calor sofocante del día. Mi gata me observaba trabajar con mis guantes de jardinero y mis tijeras, mirándome con ojos somnolientos.

»Entonces, alguien llamó al timbre. Fui a abrir la verja, pensando que sería algún vecino o quizá un repartidor de comida rápida que se había confundido de domicilio. Pero no. Quien estaba en la puerta era Sara en persona, la mujer de Óscar. Me quedé de piedra al verla allí. Estaba muy guapa, con su melena rubia al viento y un vestido verde veraniego que realzaba su figura delgada y espigada. Me sonrió, pero no me gustó nada la manera en que lo hizo. Parecía ese tipo de sonrisa que aparece después de muchos litros de lágrimas derramadas, como un dique de contención.

»—Hola, Rachel —me saludó, dándome dos besos—. ¿Tienes unos minutos? No te robaré mucho tiempo. Necesito hablar contigo.

»Le dije que entráramos al salón y que perdonara mi aspecto de jardinero aficionado.

»—Tienes un jardín y una casa preciosos —observó, mirando alrededor.

»—Heredé de mi padre el gusto por los jardines bonitos, supongo —respondí encogiéndome de hombros.

»Pasamos al interior de la vivienda y le pedí que se sentara en el sofá. Fui a la cocina, me quité los guantes y me lavé las manos. Saqué dos latas de coca-cola de la nevera y unos vasos de tubo con cubitos de hielo. Volví al salón y le entregué uno a Sara, sentándome frente a ella. Me dio las gracias sin perder su preciosa sonrisa.

»—¿De qué querías hablarme, Sara? —hice la pregunta dispuesta a acabar cuanto antes con aquella situación. Sabía de sobra para qué había venido, pero así es cómo se hacen siempre las cosas: disimulando.

»Ella fue a responder, pero le falló la voz. Dio un trago a su vaso para refrescar la garganta y me miró a los ojos. Su sonrisa se perdió y se marchó allá donde se marchen las sonrisas cuando se van.

»—De Óscar… —respondió, dejando un silencio latente entre nosotras.

»Bebí de mi propia coca-cola y apenas pude pasar el líquido por mi gaznate. Había un nudo importante allí que lo impedía.

»—De Óscar… —repetí como una tonta, intentando ganar tiempo para pensar en qué responder después.

»Sara asintió despacio y dejó el vaso en la mesita baja de cristal que se interponía entre nosotras.

»—Sí. Sé que os estáis viendo, tú y él, y quiero que eso se termine.

»Sentí frío en el estómago. Y no era por la coca-cola helada. Tragué saliva.

»—Sara, nosotros no…

»Levantó la mano, indicándome que me detuviese. Por un momento me sentí como si ella fuera la dueña de la casa y yo la visitante.

»—Por favor, no te molestes en negarlo. Sé que está enamorado de ti… y tú lo estás de él. Sé que os estáis viendo a mis espaldas, pero ya me he cansado de esta situación. Quiero que lo dejes. Quiero que hables con él y le digas que lo vuestro ha terminado.

»Me quedé en silencio, sin saber qué responder. La admiré por su valor. Yo no habría podido hacerlo. Me refiero a ir a la casa de la amante de tu marido y enfrentarte al problema con dignidad, sin artificios.

»—Sara… ¿has hablado con él? —pregunté con un hilo de voz.

»Ella negó en silencio, mientras las lágrimas brillaban en sus ojos. Me sentí violenta al mirarla y desvié la vista hacia la ventana. La luz del crepúsculo veraniego iba menguando despacio, alargando las sombras de los árboles en la calle. Mi gata entró con parsimonia por la puerta del salón y se dirigió hacia Sara sin dudar. De un salto se encaramó en su regazo y se quedó allí, hecha un ovillo, ronroneando. Me sorprendió su actitud, porque era muy desconfiada con los desconocidos. Sara sonrió entre las lágrimas y acarició su lomo despacio.

»—No he hablado con él aún. No hace falta. Las mujeres sabemos cuándo los hombres dejan de amarnos, ¿no crees? Se vuelven… más distantes. Asienten a tus palabras, pero no miran a los ojos. Su mente está a kilómetros de ti. Dejan de buscar el contacto, piel con piel. Hacen las cosas por puro mecanicismo, pero no ponen el alma en ello. Ni tan siquiera discuten. Se vuelven más irritables y más tristes, eso sí. Como un pájaro que ha nacido en libertad y ha sido encerrado para oír su canto. Pero ellos… no quieren cantar. Sólo quieren volar. Marcharse muy lejos.

»Mi gata alzó la cabeza y la miró, como si pudiera comprender sus palabras. Dicen que los gatos son unos animales que detectan cuando alguien necesita de ellos, de su peso reconfortante y su ronroneo relajante y rítmico. Sara le sonrió y le hizo cosquillas en la garganta.

»—Entiendo que te hayas enamorado de Óscar —continuó, mirándome con fijeza. No parpadeaba mientras me hablaba. Quizás quería contrarrestar las lágrimas de aquella manera—. Es un hombre maravilloso, a pesar de que me esté engañando. Yo misma estoy más enamorada de él que nunca. Y llevamos mucho tiempo juntos. Hemos pasado baches importantes en nuestra relación, pero siempre hemos salido adelante. Porque nos amamos.

»Sentí una mezcla de celos y comprensión al oírla hablar. Era como esas personas que se niegan a aceptar que tienen una grave enfermedad en su organismo y viven de espaldas a esa realidad.

»—Sara, no sé qué decir… —susurré, nerviosa—. No pude evitarlo. Fue algo que me sobrepasó. Nos sobrepasó a los dos.

»Ella sonrió.

»—No tienes que decir nada. Sólo quiero que lo dejes y te olvides de él. Es mi marido. Sé que te romperá el corazón abandonarlo, pero te recuperarás. Y seguro que hay alguien que te amará a ti más de lo que él te ha amado.

»En ese momento pensé en ti, Toni. Te lo juro. Fue como un chispazo. Recordé al chico dulce que se había enamorado de mí, tantos años atrás. Y me pregunté durante unos segundos en qué clase de hombre te habrías convertido.

»—Sara, ¿te has planteado que quizá Óscar ha dejado de quererte? Esas cosas suceden sin más, todos los días, en todos los lugares del mundo.

»Ella negó y se inclinó para coger de nuevo el vaso de refresco. Los cubitos casi se habían derretido y el cristal estaba sudado por el calor que flotaba en el ambiente. Dio un largo trago y lo volvió a dejar en la mesa.

»—El me ama aún, pero no se acuerda. Yo me encargaré de que recupere la memoria. Y lo primero que voy a hacer será apartarlo de ti. Volveremos a estar juntos, lo perdonaré, y será como si nunca hubiera sucedido. Será como un mal sueño que se olvida cuando pasa el tiempo.

»No respondí. Me limité a asentir con la cabeza, porque era lo único que podía hacer. Sara se levantó dispuesta a no alargar la conversación más de lo estrictamente necesario. Mi gata saltó de su regazo por pura obligación y se quedó en el suelo, mirándonos alternativamente.

»—Sé que estás de vacaciones, Rachel. Aún así, mañana irás a la oficina de la redacción y le comunicarás que habéis roto. No le dirás que yo te lo he dicho. Quiero que piense que es cosa tuya. Quiero que lo dejes *tú a él*, no *él a ti*. Quiero que sufra, igual que estoy sufriendo yo.

»*¿Y qué hay de mi sufrimiento?* Me quedé en silencio y me levanté del sillón para acompañarla a la salida. La reunión había acabado. Salimos al jardín y le abrí la puerta de la verja. El sol se había escondido y empezaba a refrescar. Desde el Naranco nos llegaba una brisa perfumada de prados verdes y robles. Antes de marcharse se volvió a mí. Sus ojos verdes brillaron como esmeraldas bajo la luz de un flexo en el mostrador de un joyero.

»—Te juro que si no haces lo que te he dicho me encargaré de amargarte la existencia, Rachel. No es un farol. Te haré la vida imposible hasta el día en que me muera.

»Mientras cerraba la puerta de la verja, estuve oyendo unos segundos el taconeo de sus zapatos sobre las baldosas de la acera.

***

»Al día siguiente hice exactamente lo que Sara me pidió. Me presenté en la redacción a la hora del desayuno y busqué a Óscar. Cuando me vio, supo que algo no iba bien: quizás leyó en mi cara la preocupación o quizás habíamos acabado desarrollando alguna clase de telepatía. Entramos a la sala de descanso y Óscar sirvió café para los dos. Nos sentamos en la mesa, uno al lado del otro. Estábamos solos allí.

»—¿Qué ha pasado, Rachel? —preguntó él con un rictus de ansiedad en forma de arruga en su frente.

»Le eché azúcar al café y lo removí con la mano temblando por los nervios.

»—Ha pasado lo que tenía que pasar: que tu mujer se ha enterado de lo nuestro. Ayer estuvo en mi casa y me lo dijo.

»Óscar abrió mucho los ojos y le faltó poco para tirar el café.

»—¡Joder! ¿Estás hablando en serio?

»Asentí con cara de fastidio.

»—¿Tú qué crees, Óscar? ¿Crees que bromearía con algo así?

»Él me acarició una mano, intentando apaciguarme. Sólo logró que la apartase y que le sostuviese la mirada.

»—Disculpa. Es sólo que me ha pillado por sorpresa. No me lo esperaba.

»Bebí el café y me levanté. Tiré el vaso de plástico a la papelera.

»—¿De verdad no te ha dicho nada a ti?

»Óscar negó despacio, pensativo.

»—Nada en absoluto. Nuestra vida es anodina. Yo trabajo, ella trabaja… Rara vez coincidimos para comer y apenas hablamos un rato por la noche. Ni siquiera me ha insinuado algo.

»Suspiré profundamente y me volví hacia él.

»—Óscar, hasta aquí hemos llegado. Colorín, colorado, este cuento se ha acabado. Vamos a dejarlo.

»Se levantó al instante, muy serio. Se acercó despacio y me cogió de la cintura. No supe si rechazarlo o abrazarlo. Siempre que ponía sus manos encima de mí, yo dejaba de pensar con claridad.

»—No, de eso nada. Esta historia continúa. Voy a dejar a Sara. Quiero estar contigo, Rachel.

»Negué con la cabeza más por inercia que por convencimiento.

»—Sabes que no lo harás. Llevas meses repitiendo ese mantra que no te crees ni tú.

»Le tocó a Óscar negar ahora. Tenía una extraña expresión en el rostro, como cuando alguien abre los ojos a la realidad y descubre por fin una verdad que llevaba tiempo escondida.

»—Esta vez es distinto. Hoy mismo le pediré el divorcio. Te lo juro.

»No supe qué pensar. Llevaba tanto tiempo dándole largas al asunto que me costaba creerlo. Me liberé de su abrazo y me dirigí a la puerta. Antes de marcharme me volví hacia él.

»—Hemos terminado, Óscar. Es lo mejor para todos.

»Pero no terminamos. Al contrario, intensificamos la relación. Saber que la espada de Damocles pendía sobre nuestras cabezas no hizo sino acentuar la atracción que sentíamos, uno por el otro. Pasamos los siguientes meses hasta final de año viéndonos

regularmente: al menos un día a la semana. Lógicamente, compartíamos el espacio del trabajo, pero aquello no contaba. Sara sabía que quedábamos, pero no quería aceptar la realidad. Óscar le había pedido divorciarse de mutuo acuerdo, pero ella se había negado en redondo. Óscar no quería llegar a la disyuntiva de tener que poner una demanda por su cuenta, porque eso complicaría las condiciones y alargaría la situación durante mucho tiempo. La ley de divorcio de 1981 seguía vigente y ello contemplaba un año de separación legal, antes de acceder al divorcio definitivo.

»Llegó 2002 y arrancó con un invierno de tregua hasta que la situación se volvió insostenible durante la primavera. Los tres vértices del triángulo sufríamos, cada uno por nuestro lado. Nuestra vida se convirtió en un continuo ir y venir de besos, despedidas, reproches, reconciliaciones, lágrimas, promesas incumplidas, amargura y dolor. Sara no volvió a ir a mi casa, pero me llamaba por teléfono. Como yo ignoraba sus llamadas, me enviaba mensajes al móvil amenazándome con matarme si no dejaba en paz a su marido. Acabé bloqueando su número, pero siempre se las arreglaba para conseguir uno nuevo desde el que proseguir su acoso y derribo.

»A primeros de junio, Óscar la abandonó definitivamente. Se marchó a un apartamento de soltero, muy cercano a mi propio domicilio. También interpuso una demanda de divorcio en el juzgado. Sara amenazó con suicidarse si él la abandonaba. Le dijo que su vida no valía nada sin él, que prefería morir antes que continuar sola. Óscar no hizo caso: le dijo que su actitud era infantil y obedecía solamente a una maniobra de chantaje mental. Nos empezamos a ver a diario, a veces en su casa, a veces en la mía y a veces en un hotel, fuera de la ciudad. Esas semanas vivimos la mejor época de nuestra relación, a todos los niveles. Nos habíamos liberado del yugo de la clandestinidad y nos sentíamos libres y felices.

»El 1 de julio, nos marchábamos a Galicia. Queríamos ir al balneario de la Isla de la Toja para olvidarnos de todo. Pedimos que las vacaciones en el trabajo nos coincidieran para poder disfrutar uno del otro. Habíamos pasado la noche en mi casa y madrugamos para salir temprano. Cuando sonó el móvil de Óscar, nos miramos con cara de fastidio porque pensamos que podría ser Sara: llevaba toda la semana anterior hostigándolo desde distintos números de teléfono, ya que había vuelto a bloquear su número habitual.

»Pero no era Sara, sino la policía. La habían encontrado muerta en la bañera de casa. Se había cortado las venas de las muñecas en vertical y estaba desangrada por completo. La habían encontrado porque los vecinos vieron salir agua enrojecida por la puerta del

piso. Cuando la policía llegó y echaron la puerta abajo, ya era cadáver.

»Óscar enloqueció de culpabilidad. Yo trataba de ayudarlo y lo obligué a ir a la consulta de un psicólogo para recibir tratamiento y pasar mejor el duelo. Lo sucedido nos rompió para siempre. Sara, desde el otro mundo, se había vengado de los dos. Nos había quitado todo. Y no se conformó con aquello: también me quitó a Óscar y a mí me volvió loca también (otra vez).

»Óscar también se suicidó, colgado de la lámpara del salón de su apartamento. Me había pedido unos días de soledad para hacerse a la idea de todo lo sucedido y yo se los concedí, por supuesto. Pero él lo único que deseaba era reunirse con ella. Los últimos días no paraba de murmurar su nombre, como si conjurándola pudiera conseguir su perdón. Sus ojos habían perdido el brillo y tenía la mirada ausente, como si ya mirara más allá de esta vida.

»Cuando pasaron unos días y vi que no me respondía, me puse en lo peor. No me equivoqué. Entré en su casa con la llave que yo tenía y me lo encontré allí, quieto como una estatua, con la lengua fuera de la boca y el rostro morado. El apartamento hedía a muerte y me caí al suelo de la impresión, perdiendo el conocimiento. Los vecinos me sacaron de allí y avisaron a la policía, que me hizo las preguntas pertinentes, dejándome después en mi propia casa, no sin antes aconsejarme que me hiciera una buena revisión médica.

»Entonces fui yo quién enloqueció de dolor. Se me metió en la cabeza que Adrián estaba detrás de aquellos suicidios, como lo había estado años atrás con la muerte de mi amiga Ana, en Santander. Me obsesioné con eso y perdí el control. Pasó el verano y el otoño y me pareció ver a Adrián merodeando por el barrio. Lo veía en cualquier esquina, en la parada del bus, en las tiendas, en el parque… en cualquier sitio susceptible de estar. Un día de finales de diciembre, al llegar a casa, me pareció que estaba allí, sentado en mi sofá, esperando. No sé si era él o mi imaginación, pero aquello me superó por completo. Salí huyendo con lo puesto y me fui directa a la estación. Saqué el billete para el primer tren que saliera y resultó ser uno que bajaba hasta Aragón; concretamente a Teruel. Alguien me robó el bolso en el vagón, dejándome indocumentada, sin dinero y completamente trastornada. Cuando el tren paró en la estación de Teruel, salí huyendo de allí y estuve vagando por la ciudad hasta que la policía me recogió y me llevó al Psiquiátrico.

»El resto de la historia… ya la conoces, Toni. Tú viniste a por mí y me salvaste. Y nunca te estaré lo suficientemente agradecida. Si existo, es gracias a ti.

# Devil in disguise

Rachel y yo nos adaptamos bastante bien a París. El problema de su documentación lo solucionamos en la embajada española. Contamos que la había perdido (eso era cierto) y nos enviaron duplicados provisionales de su carnet de identidad, permiso de conducir y pasaporte. Nos instalamos en un pequeño estudio amueblado, en el barrio de los pintores, pagando un par de meses de alquiler del dinero que aún teníamos y decidimos vender el coche para obtener algo de liquidez, mientras encontrábamos trabajo. Se vendió rápido (tuve la precaución de sacar la pistola de la guantera y guardarla a buen recaudo), pero apenas sacamos mil quinientos euros por él. Me dio mucha pena deshacerme del Chrysler, pero lo cierto era que no lo necesitábamos para movernos por la ciudad y lo único que hacía era acumular gastos de todo tipo. El dinero, aunque no era mucho, nos vino genial. Abrimos una cuenta corriente en uno de esos enormes bancos internacionales, como cualquier pareja que comparte gastos e ingresos.

Yo encontré un empleo de friegaplatos en un restaurante español, cercano a la Avenida Víctor Hugo. El local era más un bar de tapas que otra cosa, pero se comía bien y dábamos un buen servicio. Un par de semanas después, me pasaron a la barra y después a servir las mesas. Con mi francés de instituto me arreglaba bastante bien para lo básico, aunque lo cierto es que entraban más clientes españoles que franceses. El dueño era Marc, un catalán que había emigrado a Francia en los años 90, siguiendo la pista de una francesa de la que se había enamorado en las playas de Sitges. Habían acabado juntos, montando el negocio con los ahorros de ambos. Tenían en común el buen humor y la generosidad. Me hicieron sentir como de la familia desde el primer día. Éramos seis empleados de tres nacionalidades distintas. Nos entendíamos bien, aunque el ajetreo propio del trabajo hacía que apenas pudiéramos intimar entre nosotros. Yo casi no hablaba de mi vida privada; sólo deseaba terminar cada noche mi jornada para volver a casa con Rachel.

Ella había empezado a trabajar en una academia de idiomas, donde enseñaba inglés y español. El negocio estaba situado en la plaza Vendôme, así que estábamos relativamente cerca, a unas cuantas paradas de metro. Sus jornadas solían ser de tarde y a veces se pasaba por el bar para tomar algo y marcharnos luego juntos, al echar el cierre a medianoche. Otras veces se iba directa a nuestro

pisito y me esperaba allí, siempre despierta. Jamás, por muy tarde que yo llegara, me la encontraba durmiendo en el sofá o en la cama. Siempre me recibía con un beso en los labios, mientras leía un libro en el sillón o preparaba sus clases del día siguiente.

Cada noche nos acostábamos tarde, cenando y charlando sobre las novedades en nuestros respectivos empleos. Hablábamos muchísimo, sin parar. Nos encantaba escucharnos mutuamente: éramos adictos a las palabras del otro. Ella me contaba el desarrollo de sus clases, los problemas con sus alumnos y compañeros, y también las alegrías que conllevaba su trabajo cuando alguien destacaba especialmente. Yo le hacía reír contándole cualquier anécdota del bar y me quejaba de que tenía la espalda destrozada por el exceso de horas de pie. Rachel se ofrecía a hacerme un masaje para calmarme el dolor. Otras veces era yo quien masajeaba sus pies y ella gemía de placer, cerrando los ojos. Invariablemente, acabábamos enredados, haciendo el amor. Como ninguno de los dos madrugaba, nunca teníamos prisa por acostarnos. Además, mi insomnio no me había abandonado. Rachel dormía poco, pero yo no dormía nada de nada. Ella me miraba con cara preocupada cuando veía mi rostro surcado por arrugas y ojeras. No cesaba de repetirme que debía ir al médico, que no podía ser bueno no pegar ojo casi nunca. Yo asentía y le aseguraba que pronto iría.

Tomábamos juntos un desayuno tardío a base de croissants, café y zumo de naranja y luego yo me marchaba al bar para servir los almuerzos de mediodía. Ella se quedaba un par de horas más en el piso y después se iba a la academia. Los días de descanso que coincidíamos nos metíamos en el supermercado más cercano y hacíamos la compra para diez o quince días. Después nos dábamos un paseo por la ciudad, que empezaba a mostrar los rigores del estío y comíamos en cualquier puesto callejero de algún bulevar. Luego nos acercábamos al Sena y compartíamos unos crêpes con chocolate o helado, dando más tarde una larga caminata hasta casa, algo que nos mantenía en forma.

París en verano era un hervidero de turistas de todo el mundo. Era una ciudad ajetreada y alegre, con el arte en las calles en forma de músicos, poetas y pintores que le daban ese toque cinematográfico que le servía para afianzar su propia leyenda romántica y feliz. Nosotros vivíamos con poco dinero y éramos dichosos en aquella libertad que ambos nos habíamos fabricado, a sangre y fuego. Rachel y yo apenas discutíamos. Nos gustaba encontrar el punto de encuentro en nuestras riñas y siempre decíamos “perdón” antes de que las cosas se desmadraran y las palabras hirieran más de la cuenta. A veces subíamos a la azotea del edificio donde vivíamos con una botella de vino y dos copas y nos

la bebíamos allí, al aire libre nocturno del verano, bajo las estrellas y las luces de neón. Y seguíamos hablando y hablando. Haciendo planes sin parar, sonriéndonos y besándonos como dos tortolitos.

A veces nos preguntábamos qué habría sucedido con el cadáver de Carlos, en Teruel. Si lo habrían encontrado o si Adrián se las habría arreglado de alguna manera (quizá con un cómplice) para hacerlo desaparecer y evitar llamar la atención. Por otra parte, parecía lógico pensar que le interesaba que la policía nos siguiera la pista y ahorrarle el trabajo de hacerlo a él. Investigamos por internet buscando alguna posible pista o noticia, pero fue en vano: no apareció ni la más mínima mención. Al final, el asunto fue adquiriendo cada vez menor importancia, como una pesadilla que se repite cada noche y de pronto desaparece.

El verano pasó en un suspiro, después de unas breves vacaciones para los dos a finales de agosto que aprovechamos para visitar los castillos del Loira y el Palacio de Versalles en una excursión organizada. Más tarde, los días empezaron a acortarse lentamente, minuto a minuto, y los árboles de los bulevares a tirar sus hojas, preparándose para el crudo invierno de la ciudad. Cuando quisimos darnos cuenta estábamos en mitad del otoño. La vida en París nos gustaba: Rachel estaba muy cómoda en su trabajo y yo tampoco podía quejarme del mío a pesar de la cantidad de horas y lo duro que se hacía a veces. Ambos íbamos perfeccionando nuestro francés por pura necesidad y eso era algo bueno, al fin y al cabo.

Pasamos la Navidad alternando reuniones con compañeros del trabajo y citas para nosotros dos solos, en un ambiente festivo y agradable que yo percibía con una sensación de irrealidad que no terminaba de encajar en mi mente. Rachel me decía que no me preocupara. Estaba más guapa que nunca; su rostro se veía relajado y alegre y yo me felicitaba por ello: buena parte de su felicidad era también la mía.

A primeros de 2004, mi insomnio seguía su periplo crónico. No encontraba la manera de dormir más de una hora seguida. Mis ojos parecían tener voluntad propia y se abrían en la oscuridad, como impulsados por un resorte. Aprovechaba esas horas de vigilia forzosa para escribir en la salita de nuestro pisito. Me levantaba en silencio para no despertar a Rachel y escribía todo aquello que se me ocurría a altas horas de la madrugada. Ella se enfadó conmigo una de las mañanas y me hizo prometer que iría a la consulta del médico para ver qué demonios ocurría conmigo y mis ciclos circadianos.

La tercera semana de enero cumplí 32 años y me dije que era mi mejor cumpleaños, a pesar de todos los problemas. A primeros de febrero Rachel cumplió 44, aunque seguía aparentando menos de

30 y eso era algo que yo aún era incapaz de digerir. Me parecía estar contemplando un milagro delante de mí, día tras día. Su cuerpo era flexible y se mantenía en buena forma. Tenía la piel tersa, el pelo abundante y ni una sola cana, cuando en mi barba ya empezaban a asomar tímidamente. Tan sólo alguna pequeña pata de gallo en sus ojos delataba el paso del tiempo, pero yo juraba y perjuraba para mí mismo que aquellas minúsculas arrugas ya las tenía en 1986, cuando impartía clase de Literatura.

El nueve de febrero cayó una nevada espectacular en París que bloqueó la ciudad y provocó una peligrosa subida en el cauce del Sena. Rachel y yo salimos a la calle un domingo y jugamos a lanzarnos bolas de nieve, como niños pequeños. Estando con ella allí, me acordé de nuestra excursión de 1986, en la escuela. En Navacerrada también habíamos jugado con la nieve aquel día, pero Rachel no quería estar con un adolescente como yo. Se me había acercado al verme solo en un momento dado, preocupada por mí. Habíamos hablado, pero habían sido palabras amargas. Sentí un nudo en la garganta al recordar. Ahora estaba allí, junto a mí. Conservaba la belleza de aquella época e incluso ahora parecía más joven que yo. Me quería. Me sonreía, me gastaba bromas, me abrazaba y me besaba. Sentí que había cumplido el mayor sueño de mi vida. Mi amor estaba allí, conmigo, y era cuanto yo necesitaba.

Entonces, justo unos días después, todo se fue al garete otra vez.

Para San Valentín decidí que le daría a Rachel una sorpresa al salir del trabajo. Compré flores en uno de los bulevares y me dirigí a nuestra casa. Ella había prometido a su vez sorprenderme con una cena especial, con velas y vino del bueno. Y después tendríamos sexo de postre. Aunque era tarde cuando llegué al portal de nuestro edificio, no me importó. Siempre cenábamos a las tantas y ese día no era una excepción.

Abrí la puerta del piso y me sorprendió el silencio. Rachel siempre tenía puesta música cuando estaba allí, o como mínimo, la televisión. Decía que le hacía compañía el sonido de otras voces. En la mesa de la salita no había ninguna cena lista: ni velas, ni cubiertos, ni vajilla de ningún tipo. La cocina americana también estaba vacía y con las luces apagadas. Pero se veía una rendija de luz en el dormitorio. Me pregunté si habría tenido algún problema en el trabajo que le hubiera quitado las ganas de cocinar y si se habría acostado, quedándose dormida mientras leía.

La puerta estaba entornada. La abrí con cuidado, con el corazón desbocado, y entonces la vi en la cama. Estaba desnuda, a excepción de unas botas negras altas de piel elástica. Se encontraba de espaldas a mí. Su pelo lacio color miel se derramaba en su espalda, acariciando su piel tersa y sus hombros de curva suave. Se

había colocado a horcajadas en la cama y se movía rítmicamente, con una cadencia lenta, como si hiciera el amor con alguien. Pero no había *nadie* debajo de sus piernas, tan sólo las sábanas de invierno, arrugadas y pegajosas. Sus caderas poderosas se agitaban como tantas otras veces lo habían hecho sobre mí, con un vaivén peligroso y sensual.

Me quedé quieto bajo el marco de la puerta, sin atreverme siquiera a respirar. Entonces ella intuyó mi presencia y se detuvo. Giró su cuello hacia atrás en una postura imposible y sonrió. Sentí que se me paraba el corazón de miedo.

—Hola, Toni —dijo Cristina con la voz de Rachel, mientras arrastraba las palabras en un intento de dotarlas de un erotismo que se me antojó falso, como el beso de Judas en el huerto de Getsemaní—. He vuelto.

# Last train to London

Tuve que hacer un gran esfuerzo para mantener el tipo. Me fijé en sus ojos y comprendí que Rachel no estaba en ellos. Sentí una pesadez terrible en el estómago, como una digestión que se ha cortado y provoca náuseas. Ella bajó de la cama y se acercó a mí, moviéndose con una gracia felina que me abrumó. Su espectacular cuerpo desnudo, elástico y lleno de curvas imposibles que de pronto me parecieron nuevas, se sostenía en equilibro en los tacones de las botas. Las reconocí. Rachel las había comprado en el centro comercial de Burdeos, cuando escapábamos de Adrián. Se las había puesto en contadas ocasiones porque decía que le dolían los pies con ellas. Ahora, el ser que se hacía pasar por ella se sentía como pez en el agua llevándolas como única prenda.

En un par de pasos se plantó junto a mí. Miré su rostro. Tenía los ojos negros, con la pupila ocupando todo el espacio. Mientras hablaba mutaron y se volvieron completamente rojos, como dos carbones incandescentes escupidos junto a la lava de un volcán.

—Toni… te he echado de menos. No te veía desde el día en que me rechazaste en el hospital psiquiátrico de Teruel.

Se acercó y yo me eché un poco atrás. Ella se rio de mí. El sonido que produjo me horripiló, porque me recordó al de una vieja arpía que está próxima a morir y de su garganta sólo salen estertores.

—¿Dónde está Rachel? —murmuré con la voz quebrada por el terror—. Déjala salir, por favor.

Cristina sonrió con una maldad más antigua que los primeros imperios de la Tierra.

—¿Te gusta mi cuerpo? O mejor dicho… ¿el cuerpo de Rachel? Yo sé utilizarlo mejor que ella. ¿Quieres comprobarlo?

Me cogió las manos y las puso en los pechos desnudos del organismo que parasitaba. Sus pezones estaban erizados y ardían. Noté el deseo moverse en oleadas por mis venas, igual que una corriente submarina. Ella gimió, esta vez con la voz de Rachel. Aparté las manos de la piel desnuda y me obligué a dar otro paso atrás.

—Déjala salir, Cristina.

Ella se echó a reír con unas carcajadas guturales que resonaron en toda la habitación. Sentí frío alrededor de la nuca, como si me soplara el gélido viento de Escandinavia.

—¡Vaya! —exclamó, volviendo a acercarse a mí—. ¡Pero si te

acuerdas de mi nombre!

Acercó sus manos a mi cintura y dio un tirón de mi cuerpo hacia ella. Aunque yo pesaría al menos veinte kilos más, me movió con la misma facilidad que si fuera un muñeco de trapo. Tenía el aliento dulce como un caramelo infantil e igual de embriagador.

—Rachel no está —me informó, negando con la cabeza a uno y otro lado—. Ahora mismo está muy escondida y no creo que pueda oírte.

Intenté apartarme de ella, pero me retuvo con unos brazos de hierro alrededor de mi cintura. Era como luchar contra una máquina. Tenía una fuerza sobrehumana que no se correspondía con una mujer menuda de cincuenta kilos de peso.

—Eso es mentira —dije sacando valor de algún lugar oculto de mi mente—. Rachel está ahí, dentro de ti. Igual que el día aquél en el psiquiátrico.

Cristina se acercó a mi cuello y empezó a lamerlo, sacando la lengua de Rachel hasta extremos inauditos que me horrorizaron. Su contacto era húmedo y resbaladizo, como la piel de una serpiente. Pero ardía igual que el sol de los trópicos.

—¿No me deseas, Toni? ¿No te excito? Yo te haré cosas que la mojigata de Rachel nunca te ha hecho. Cosas que no sabías ni que existían y te harán estallar de placer. Querrás que nunca se acabe y me pedirás más y más.

La aparté de un empellón y le escupí en la cara. La saliva se disolvió en su rostro, siseando como una gota de agua en el quemador de una cocina.

—¡Déjala salir de una vez!

Ella aulló, igual que una loba herida de muerte. Su sonido se clavó en mis tímpanos sin piedad, arañándolos con saña.

—¡No saldrá si yo no quiero! ¡Eres un imbécil, *mortal*! ¡Romperé su cuerpo en mil pedazos si vuelves a hacer algo así! ¡Y de paso te mataré *a ti!*

Miré su cara desencajada por la furia y sus ojos ardientes. Unas lágrimas de sangre bajaban por las mejillas de Rachel, buscando caer al suelo de un momento a otro. Me apiadé de ella, pero no me rendí.

—¡Rachel! ¡Tienes que tomar el control otra vez, amor mío! —grité, tomándola de las muñecas.

Sus ojos aparecieron durante un segundo acompañados de una mueca de incredulidad, pero se perdieron otra vez entre la bruma de su propia mente.

—Haz que salga, Cristina. Si no lo haces, te mataré aunque para ello tenga que matarla también a ella. Te quedarás sin huésped y desaparecerás para siempre.

Ella se carcajeó, incrédula.

—Tú no harías eso, la quieres demasiado. El amor es vuestra debilidad.

Acerqué mi rostro al suyo. Tenía una mueca burlona que me enfureció.

—Ponme a prueba y lo verás. La prefiero muerta antes que verla parasitada por un ser como tú. ¡Déjala salir de una vez!

Algo parecido al asombro se dibujó en las facciones de Rachel, movidas por la voluntad del ser que había dentro de ella. Algo que también se parecía al miedo. De pronto, habló con una intensidad y un tono completamente distintos.

—¡No lo haré hasta que no me escuches, estúpido! Debes escucharme o moriréis los dos. ¡Y yo con vosotros! ¡Se trata de Adrián!

Ahora me tocó a mí asombrarme por sus palabras. Y lo hice en toda su plenitud: noté cómo me mareaba. Sentí que las piernas se negaban a sostenerme. Me acerqué a la cama y me senté, completamente agotado. Ella se acercó despacio a mí, moviendo sensualmente las caderas. Levanté la vista y me fijé en sus ojos. Las pupilas estaban ahora amarillas y me miraban con curiosidad, intentando discernir si yo estaba fingiendo o realmente me sentía enfermo.

—Voy a contarte lo que necesitas saber, pero quiero algo a cambio. Si no cumples con tu parte, no volverás a ver a Rachel y tendrás que conformarte conmigo. No dejaré que vuelva a asomar y me quedaré con su cuerpo. Me encantan estas curvas, ¿sabes? Te atormentaré… cada noche.

Sostuve su mirada y suspiré. Estaba en sus manos y ella lo sabía: haría lo que fuera por Rachel. Respiré hondo y noté como el mareo pasaba.

—Bien. ¿Qué es lo que quieres a cambio de que te largues, Cristina?

Ella sonrió con lascivia y se acercó más aún. El cuerpo de Rachel quedó a unos centímetros de mí. Pude ver la piel tersa de su vientre, el triángulo sagrado del pubis y sus pechos oscilando con los pezones erizados.

—Me encanta cuando pronuncias mi nombre… —susurró Cristina, ronroneando como una gata en celo.

Tragué saliva y apreté con fuerza las sábanas bajo mis manos.

—Al grano —dije levantando la vista y mirándola a los ojos.

Ella rió, esta vez con la voz de Rachel, lo que me provocó un pinchazo de pena en el corazón.

—Quiero hacerlo contigo esta noche —siseó el súcubo, arrastrando despacio las palabras—. Llevo demasiado tiempo sin

tener algo bueno entre las piernas. Te deseo desde hace mucho y he observado cómo se lo haces a Rachel. Quiero que me hagas disfrutar igual que a ella.

Cerré los ojos y sentí las lágrimas a punto de escapar. Me obligué a secarlas a base de voluntad. No lloraría delante de aquel ser.

—Nunca podría hacerte a ti lo que le hago a ella.

Pareció disgustada y chasqueó la lengua. Se sentó en mis rodillas y me cogió del cuello. Su aliento ardía como un geiser islandés. Apoyó el culo rotundo y duro de Rachel en mi muslo izquierdo, mientras me rozaba el brazo con su pecho derecho.

—Me conformaré con un polvo normalito —murmuró en mi oído—. Además, ya procuraré yo ponerle la pasión que tú escatimarás. Simularé ser Rachel para que te sea más fácil, *¿de acuerdo, cariño?*

Las últimas tres palabras las pronunció con la voz de ella y eso me provocó un escalofrío en la boca del estómago. Me pregunté *cuántas veces* habría simulado ser Rachel sin que yo me percatara.

—¿Aceptas? —musitó mordiendo el lóbulo de mi oreja y provocando una erección involuntaria en mí. Ella la notó al instante y se echó a reír, sintiéndose poderosa.

Respiré hondo. Podría estar mintiendo: podría ser falso lo que contara de Adrián. Quizá había llegado a un acuerdo con él y pensaba entregarnos. Por otra parte, Cristina odiaba a Adrián tanto como nosotros y si había permanecido oculta durante todo este tiempo quizá había sido porque no detectaba peligro inminente. A lo peor las cosas habían cambiado y ella temía por su propia integridad. Adrián quería cazarla a ella también, o al menos, eso me había contado Rachel. Me di cuenta de que no podía arriesgarme y que estaba entre la espada y la pared: si aceptaba, Rachel regresaría. Si no me sometía, de nada me serviría estar acompañado de su cuerpo, si era la personalidad de Cristina la que actuaba. En ese caso, me daba igual que viniera Adrián o no: mi vida no tendría sentido.

—Está bien —asentí con la cabeza—. Acepto tus condiciones.

Sus ojos tornaron a volverse rojos y en ellos leí una expresión de triunfo. Se levantó y en dos segundos me arrancó el jersey y la camiseta interior y me dejó desnudo de cintura para arriba. Intentó quitarme el cinturón del pantalón pero la detuve, apresando sus muñecas con mis manos. La miré a los ojos para frenar su ímpetu.

—Primero la información.

Cristina se detuvo y sonrió.

—Tienes razón, discúlpame. Estoy un poco… ansiosa.

Se sentó a mi lado en la cama y cruzó las piernas. Tuve que

mirarla fijamente para darme cuenta de que no era Rachel, a pesar de que era su cuerpo el que estaba junto a mí. Quizá era la forma de moverse, o de respirar, o cierta manera de mover los labios al hablar. Y su voz era más ronca. No era Rachel. Era Cristina.

—Adrián sabe que estáis en París, pero aún no conoce el sitio exacto. Viene de camino a la ciudad. Puede que llegue mañana. Tenéis que largaros esta misma noche. Os rastreará hasta encontraros, y por ende, me encontrará a mí.

Sentí frío en la espalda. Me encaré a ella. Mantenía una odiosa mueca burlona en los labios.

—¿Cómo lo sabes? No tengo por qué creerte —indagué, sintiendo la boca seca por momentos.

Ella amplió la sonrisa y mostró los dientes blancos, de encías sonrosadas y sanas de Rachel.

—No pienso explicarte mis sistemas para saber las cosas que sé. De todas formas, tampoco lo entenderías, así que… ¿qué más te da el saber cómo conozco los detalles? Más te vale (más nos vale a todos) que lo creas. Porque cuando aparezca por aquí nos va a joder, bien jodidos. Está cabreado como yo nunca le he visto. Y créeme, le he visto muchas veces cabreado. Es temible e implacable.

Mi mente empezó a trabajar a toda velocidad. En cuanto recuperara a Rachel haríamos un par de maletas y saldríamos de París. Daba igual el destino. Cualquier ciudad de Europa nos serviría.

—Si está tan cerca de encontrarnos como dices, deberíamos irnos ya.

Cristina se echó a reír con ganas y me puso la mano encima de mi hombro desnudo. Quemaba igual que el sol de agosto a las tres de la tarde.

—No tan rápido, guapo. Tienes que cumplir tu parte. Tenemos tiempo de sobra. No va a pasar nada porque "pierdas" una hora conmigo. Cuando pasemos nuestro rato de intimidad, dejaré salir a Rachel y os podréis largar cuanto antes.

*¿Una hora? ¿Voy a estar una hora con este engendro?*

Me empujó y caí de espaldas a la cama. Me quitó los zapatos y los calcetines y empezó a bajarme el pantalón vaquero.

—¿Y cómo sabré que no volverás a tomar el control de su cuerpo? —pregunté mirando hacia el techo y volviendo después la vista al precioso rostro de Rachel.

Me arrancó el pantalón de un tirón y después hizo lo propio con el bóxer, dejándome como Dios me trajo al mundo. Se agachó entre mis piernas.

—No lo sabrás —sonrió con lascivia y se relamió—. Tendrás que confiar en mí. Relájate, Toni. Como te dije antes, fingiré ser Rachel

para que esto te incomode lo menos posible. Es posible que incluso disfrutes conmigo más que con esa zorra.

Fui a responder y en ese momento noté que me agarraba el miembro y se lo metía en la boca. Me quedé paralizado por una mezcla de terror y excitación máxima. Su lengua ardía como un soplete. Aún a mi pesar, alcancé una erección robusta que me hizo acelerar la respiración. Mi corazón empezó a bombear sangre a toda pastilla. Levanté la espalda sobre los codos y la miré. Ella me miraba a su vez a mí, mientras mi pene entraba y salía de su boca sin cesar. Después empezó a lamerlo como un helado, de abajo a arriba, acariciándolo con la mano, sin dejar de observarme con una mirada traviesa. Realmente, ahora parecía Rachel. Eran sus ojos y sus gestos y aquello me provocó una mezcla de emociones que me confundió aún más. Noté cómo empezaba a dejarme llevar sin poder evitarlo.

—Cristina. Para, por favor —musité con dificultad.

Ella negó despacio y habló con la voz de Rachel.

—Ni de coña, esto no ha hecho más que comenzar, *cariño*.

Con la última palabra volvió la voz rasgada y ronca de Cristina, lo que me provocó un escalofrío y me puso la piel de gallina. Acto seguido se sentó a horcajadas, encima de mí y empezó a moverse despacio, en círculos, alargando el placer a conciencia. Intenté que mis manos me obedecieran y permanecieran quietas encima de la cama, pero fue inútil: se fueron a los pechos y después a las caderas, como si gozaran de voluntad propia.

Cristina gemía encima de mí, por boca de Rachel. Sus ojos se volvían hacia atrás por el placer que experimentaba. Apoyó sus manos en mi torso y se inclinó, apoyando los pechos en mi boca, incitándome a chupar y mordisquear los pezones. Aparté la cara, pero ella cogió mi cabeza con sus manos y la redireccionó a la posición correcta, buscando el contacto de mis labios. Miré su cara y me pareció ver a Rachel de nuevo. Cristina estaba cumpliendo su palabra, increíblemente.

—¡Ohhhh, Toni! —gimió Rachel-Cristina y yo sentí que me derretía al escucharla.

Empezó a moverse cada vez más deprisa, aumentado la presión y la potencia de sus caderas. Notaba el culo de Rachel golpear encima de mis muslos con decisión, provocando el sonido de un latigazo en nuestras pieles. Decidí cerrar los ojos y dejarme llevar. Cuanto antes acabara aquello, antes podríamos marcharnos e intentar dar esquinazo a Adrián por enésima vez.

Pero, inexplicablemente, no llegábamos al orgasmo. Ni ella ni yo. Me di cuenta de que quizá Cristina estaba manipulando aquella relación de alguna manera, retrasándolo cuanto podía para llegar a

esa hora completa que me había prometido. Abrí los ojos un instante y tuve que volver a cerrarlos de puro terror.

Durante ese segundo, *vi* lo había bajo la piel de Rachel, *vi* lo que era realmente Cristina, el súcubo que había compartido a través de los siglos el lecho de Adrián y que había corrompido las vidas de cientos de personas durante su existencia. Tenía la faz desfigurada con la piel y la carne arrugadas y sus ojos eran cuencas vacías. Encima de su cuero cabelludo se retorcían miles de serpientes minúsculas, como una Gorgona vengativa y ciega.

Al abrir de nuevo los ojos, observé que el rostro de Rachel había vuelto otra vez y aquello me llevó a pensar si no habría sido imaginación mía. Perdí la noción del tiempo y sentí que me hundía en una extraña sensación de laxitud, igual que si estuviera bajo el efecto de la morfina. Quizá era simplemente el cansancio acumulado por el insomnio crónico que arrastraba.

De pronto sentí un orgasmo brutal, como la explosión de una estrella dentro de mí, y noté cómo Rachel o Cristina también experimentaba algo similar, sentada sobre mí. Se dejó caer en mi pecho, rendida, y después me besó. Levanté su cabeza y la miré. Era Rachel, sin la menor duda, pero parecía desorientada como si no supiera muy bien qué hacía allí: Cristina se había marchado de nuevo.

—Toni… ¿qué ha pasado? —susurró, agotada aún por la sesión de sexo.

Suspiré y me aparté de ella. Me miró y se miró a sí misma con la expresión confusa. Tenía los ojos brillantes y las pupilas dilatadas.

—¡Rachel! Gracias a Dios, eres tú de nuevo... Cristina te ha poseído y me ha obligado a mantener relaciones sexuales con ella.

Ella abrió unos ojos como platos.

—¿Que te ha obligado a *qué*?

Me levanté y empecé a vestirme a toda prisa.

—Lo que has oído. Tenemos que irnos, Rachel. Adrián está llegando a la ciudad. Hay que largarse ya.

Rachel reaccionó al instante, condicionada por el nombre del demonio, como los perros de *Paulov*. Buscó ropa del armario y comenzó a vestirse sin perder ni un segundo. No había tiempo para duchas.

—¿Te lo ha dicho ella?

Asentí deprisa, mientras sacaba dos maletas de debajo de la cama y empezaba a llenarlas de ropa sin el menor orden ni concierto.

—El pago a esa información era el sexo. Lo siento, Rachel. No me ha dejado alternativa. Ha amenazado con no dejarte salir nunca más si no me plegaba a sus deseos. Yo no sabía como ac…

Rachel negó deprisa con la cabeza y movió las manos.

—Déjalo, Toni. Prefiero no saberlo. Al fin y al cabo… lo has hecho con mi cuerpo. Me conformaré con eso. Pero te juro que le ajustaré las cuentas a esa puta. No sé cómo, pero lo haré.

Durante un instante, algo hizo clic en mi cerebro: quizá Cristina tenía aún un papel que cumplir en aquella historia. Luego lo olvidé y miré a Rachel. Estaba acabando de vestirse y enseguida se puso a ayudarme con las maletas. La detuve un momento y la besé. Ella se sorprendió y sonrió, nerviosa.

—Te quiero —le dije—. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió sin poder decir palabra y vi que estaba a punto de echarse a llorar. Continuamos haciendo el equipaje en silencio, cada uno con sus pensamientos y nerviosos ambos por la ansiedad de salir cuanto antes.

—¿Dónde iremos, Toni?

Cerré las maletas, eché un vistazo al reloj y vi que eran alrededor de las once.

—Pide un taxi por teléfono para que nos recoja en la puerta del edificio. Ya se me ocurrirá algún sitio.

Rachel obedeció y marcó con su teléfono móvil el número de la empresa que gestionaba el servicio. La oí solicitar un vehículo mientras yo revisaba cada rincón del estudio, por si olvidaba algo importante. Cogí todo el dinero en efectivo de que disponíamos y los cuadernos con mis escritos. Después saqué de un cajón la pistola que me había dado Juan en Teruel y la guardé en el bolsillo interior de la cazadora. Mientras salíamos del piso y bajábamos cada uno una maleta, pensé que no podríamos coger un avión, porque la detectarían en el control de seguridad. Era mejor tomar un tren, porque las medidas eran siempre mucho más suaves. Pero… ¿dónde ir? Hice a Rachel partícipe de mis pensamientos.

—Vámonos a Londres, Toni —dijo, después de reflexionar un momento—. Si nos decidimos por Suiza o Italia, le será más fácil seguirnos la pista. No creo que sospeche que cruzaremos el Canal de la Mancha… o quizá sí. Con él nunca se sabe.

Me mostré de acuerdo y quedamos en tomar el *Eurostar* que discurre bajo el mar para llegar a Inglaterra desde Calais a Dover. Nos quedamos allí, al frío nocturno de París, abrazados para entrar en calor. El taxi no tardó en aparecer. Se detuvo y un tipo nos ayudó a meter el equipaje en el maletero. Rachel y yo nos montamos en los asientos traseros. El taxista, un tipo gordo y bigotudo como una morsa y con cara de necesitar un buen afeitado, se volvió:

—¿Adónde, señores?

Saqué la cartera y le pasé un billete de veinte euros.

—A la *Gare du Nord*. Pero, por favor, dese prisa.

El hombre-morsa no se hizo de rogar y salió a toda pastilla de nuestra calle. Rachel y yo nos miramos, preocupados de nuevo por nuestro futuro próximo.

*Joder*, pensé. *Otra noche sin dormir.*

# Interludio

## En el tren

# So many tears

Cuando arribamos a la estación vimos poco movimiento a aquellas horas. Miramos los horarios de salida hacia Inglaterra. Había un tren nocturno que salía a las doce y media de la madrugada y llegaba a Londres alrededor de las tres. Abonamos casi doscientos euros y sacamos los billetes. Nos sentamos en uno de los bancos de la estación, esperando que abrieran los vagones. Era poco más de la medianoche de un sábado que deberíamos estar celebrando con cena íntima y champán y en cambio estábamos huyendo de nuevo. Yo no dejaba de echar un vistazo a nuestro alrededor, evaluando a la gente que entraba y salía del recinto. Saqué un par de cafés con extra de azúcar de una máquina que había junto a nosotros y le pasé uno a Rachel. Me sonrió y susurró dándome las gracias. La mueca apenas le duró un segundo.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunté mientras removía el líquido con una cucharilla de plástico.

Me miró, asintiendo en silencio. Estaba seria y se le veía cansada.

—Estoy muy preocupada, Toni —respondió, dándole un sorbo a su vaso—. Y muy triste. Ahora que habíamos conseguido tener una vida tranquila juntos, por fin…

Me acerqué a ella, la cogí del hombro y acerqué su cabeza al mío.

—Todo se arreglará, Rachel.

Ella se quedó un momento en silencio y después se incorporó, volviendo la vista hacia mí.

—Nunca nos dejará en paz, Toni. No lo conoces. Es como un perro de presa.

La besé en la mejilla, dejé el café humeante en el banco y cogí su cabeza entre mis manos, enfrentando su mirada.

—Saldremos de ésta, cariño. Te lo prometo.

Mis palabras tuvieron un efecto tranquilizador en ella que yo estaba muy lejos de sentir. Sonrió y me besó en los labios. Me levanté de nuevo a la máquina expendedora y saqué una chocolatina. Cuando se la entregué, Rachel enarcó una ceja, divertida.

—¿Chocolate y azúcar a estas horas? Esto se va directo al culo y a las caderas.

Me eché a reír, ayudándole a abrir el plástico de la golosina.

—Bah, de todas formas tienes un culo estupendo. Y te vendrán bien unas cuantas endorfinas. Nada mejor que el chocolate para subir el ánimo. Mi abuela siempre decía: "En barriga llena no hay pena".

Ella también rio.

—Tu abuela era muy sabia. La compartiremos, ¿vale? Como hacemos con todo.

Mientras masticábamos la chocolatina abrieron las puertas del *Eurostar*. Nos levantamos y pasamos a nuestro vagón, colocando las maletas en un hueco lateral. Nuestros asientos eran numerados, y aunque el tren iba semivacío, nos sentamos en los que marcaban nuestros billetes. Muchos de los pasajeros eran jóvenes franceses de buena familia que se iban a Londres a pasar la madrugada del sábado de marcha. El caso contrario también solía ser muy habitual. El tren alcanzaba velocidades de más de 300 k/h en algunos tramos y había acortado la distancia entre las dos capitales más populosas de Europa. Por un momento, envidié sus vidas y despreocupación. Luego me arrepentí: estaba junto a Rachel. Eso era lo más importante del mundo.

La máquina salió puntual de la estación y se encaminó hacia las tierras del norte de Francia. La sensación de viajar allí era similar a hacerlo en avión. Apenas había ruido ni vibraciones y los asientos eran muy cómodos. Rachel apoyó su cabeza en mi hombro y se durmió casi al instante. Envidié su enorme capacidad de desconectar en un segundo, como si fuera un interruptor de la luz. Yo estuve un rato mirando la televisión, en la que repetían resúmenes de partidos de fútbol de la *Premier League*.

De vez en cuando miraba por la ventana que había a mi lado y veía las luces de poblaciones cercanas que pasaban deprisa, apenas en un suspiro. Una hora después, el tren aminoró la velocidad y desde la megafonía nos informaron de que estábamos entrando en el túnel subterráneo que discurría bajo el lecho marino del Canal de la Mancha. Las ventanas se oscurecieron y las luces interiores del vagón brillaron con mayor intensidad. Era una sensación muy extraña (y agobiante, si se pensaba demasiado en ella), el saber que encima de nosotros se acumulaban cientos de miles de toneladas de agua y que sólo había un túnel de hormigón separando el tren de ella. Era una obra de ingeniería de tal envergadura y trabajo conjunto, que había llenado de orgullo a británicos y franceses por igual.

Media hora más tarde el tren aparecía por el lado inglés, arribando a las costas blancas de Dover. Al entrar en la campiña aflojó primero la velocidad, adaptándose a la vía, y luego volvió a

acelerar a tope, rumbo a Londres. Empecé a sentir sueño y me pregunté cuándo había sido la última vez que había dormido seis o siete horas seguidas: probablemente en la mansión abandonada de Rachel y de aquello hacía ya un año. Apoyé mi cabeza en la de Rachel (que seguía en mi hombro izquierdo) y olí el aroma de su cabello, una mezcla de champú y perfume francés. Cerré los ojos y me dormí.

No habían pasado ni cinco minutos cuando me desperté de repente y vi a Adrián sentado frente a nosotros, mirándonos con una sonrisa en los labios. Llevaba la misma cazadora de cuero negro que la última vez que lo había visto en Teruel. Daba golpecitos en el brazo de su asiento con los dedos de su única mano, como si estuviera nervioso o impaciente. Me dio un vuelco el corazón y me incorporé de golpe, alerta y completamente despierto. Mi movimiento brusco hizo que la cabeza de Rachel se moviera y despertara. En su caso, fue de un modo más calmado, casi con fastidio por haberla sacado del sueño. Cuando vio a nuestro enemigo abrió los ojos de golpe por la sorpresa y se espabiló al instante. Se pegó a mí y yo a ella, como buscando mutua protección.

Nos quedamos los tres en silencio, Adrián mirándonos alternativamente, con su eterna y odiosa mueca burlona en el rostro. Me dieron ganas de sacar la pistola y romperle los dientes con la culata para borrarle de una vez su sonrisa de lobo viejo, expulsado de la manada por el nuevo macho alfa.

—Hola, parejita —saludó con alegría—. ¡Qué guapos estáis! ¿Vais a Londres de turismo? ¿De compras? ¿De juerga? ¿Todas las respuestas anteriores son válidas? ¿Nada de lo anterior? *¿Huís?*

Suspiré de puro cansancio. Su ironía constante era agotadora.

—Adrián, ¿por qué no te mueres, regresas al infierno del que saliste y nos dejas en paz de una puta vez?

Se echó a reír, sorprendido, y luego silbó con admiración.

—¡Vaya! ¡Mírate, Toni! ¡Eres muy valiente! Me has acojonado, en serio. Coño, ¡por poco me cago encima! Aunque siendo sincero creo que si no fuera por esa pistolita que llevas en el bolsillo de la chaqueta, tal vez no serías tan bravucón conmigo, compañero.

Miré a nuestro alrededor, para ver si la conversación llamaba la atención de otros pasajeros. El vagón iba casi vacío y los pocos viajeros que ocupaban asiento iban dormidos o charlando en voz baja de sus cosas. No respondí y me limité a mirarlo a los ojos. Tenía ese brillo demente y ansioso que ya le había visto antes, mezcla peligrosa e inestable como la nitroglicerina. Volvió a hablarme, esta vez sin sonreír.

—¿Por qué no tiras ese arma a la papelera y pruebas a hablarme

así otra vez, Toni? Me temo que algún día tendré que darte una lección que nunca olvidarás para que…

—Si se te ocurre ponerle la mano encima, te mataré, hijo de puta —lo cortó de repente Rachel, echándose hacia adelante y amenazándolo con un dedo—. Te descerrajaré un tiro en la cabeza igual que hice con el desgraciado de tu esbirro.

Adrián fingió sorpresa y se acercó a nosotros como si fuera a hacernos una confidencia. Sonrió y miró a Rachel sin parpadear.

—Si hicieras eso, yo me metería dentro de ti y echaría a Cristina a patadas de tu cuerpo. Ya sabes lo que ocurre cuando matas a un *dómine*. No creo que necesites que te lo recuerde. Ya lo estás sufriendo bastante. Pues bien: te aseguro que yo no me quedaría quieto, escondido en lo más profundo de tu ser, esperando el momento oportuno para salir sin hacer mucho ruido, como hace ella de vez en cuando. Yo estaría siempre fuera, dominando tu mente y tu cuerpo. Haría exactamente lo que me diera la gana con él: desde follarme a un perro a mutilarme el clítoris. Así que piensa bien si quieres matarme antes de hacerlo, querida y pequeña Rachel. Puedo ser más poderoso muerto que vivo.

Después volvió la vista hacia mí. Seguía sin parpadear. Era una sensación muy inquietante ver sus ojos así, inmóviles como los de un muñeco.

—No te quejarás, ¿eh, Toni? La leona protege a su consorte con uñas y dientes. Ojalá Cristina hubiera sido la mitad de fiel conmigo. Sé que me está oyendo ahora mismo dentro de la cabeza de Rachel, así que lo diré alto y claro: Cristina, eres una auténtica zorra. Haberte soportado tantos siglos debería tener premio y canjearse directamente por el trono de Lucifer. Me lo merezco, joder.

Me pregunté cómo no me había percatado de que estaba en el tren. Supuse que habría entrado por otro vagón y había avanzado hasta llegar al nuestro, que estaba muy cerca de la cabina de pilotaje. Era un buen rastreador, no me cabía duda, y Rachel y yo habíamos relajado últimamente las medidas de seguridad. Nos creíamos a salvo en París, pero había resultado ser una sensación engañosa.

—¿Qué quieres, Adrián? —le pregunté—. Sabes que no puedes tocarnos y menos aún aquí, en el tren, rodeados de gente.

Encogió los hombros y curvó los labios hacia abajo, en un gesto de desdén inconsciente.

—Bueno, es cierto que no puedo mataros *directamente.* De hecho, no quiero hacerlo. Pero *indirectamente, tangencialmente, subrepticiamente*, puedo hacer muchas cosas. Y ninguna de ellas os gustaría.

Miré a Rachel y ella me miró a mí. En sus ojos no había miedo,

sólo ira. Era una mujer muy valiente. Mucho más que yo. Se crecía en estas situaciones y sacaba fuera su enorme genio y personalidad.

—¿Qué quieres? —repitió ella—. Di lo que tengas que decir y luego hazle un favor al mundo y tírate bajo las vías del tren. Me consta que *eso sí* que puedes hacerlo.

Adrián echó atrás la cabeza y rió. Las hebras grises de su barba reflejaron la luz tenue que nacía del techo. Pero sus ojos permanecieron fríos e inmóviles como los de un reptil.

—¿Qué voy a querer? Lo de siempre: un trato. Yo nunca desdeño la opción diplomática. No sé por qué todo el mundo se empeña en pelear conmigo. Negociemos. Los negocios son una de las mejores cosas de la vida. Por no mencionar las otras dos: la comida y el sexo, y no necesariamente por ese orden.

Suspiré, cansado. Eran casi las tres de la mañana. Debíamos estar muy cerca de Londres. Un aviso por megafonía confirmó mis sospechas: quedaban unos minutos para llegar a Victoria Station. Noté cómo el tren empezaba a descender la velocidad. Advertí el temblor de nervios de Rachel, junto a mí.

—No vamos a negociar contigo nunca —sentencié—. ¿Lo has entendido?

Abrió su única mano en son de paz, enarcando las cejas. Nos miró alternativamente.

—Aún no habéis oído lo que puedo ofreceros. ¿Tú qué opinas, Rachel?

Ella enfrentó su mirada a la de él. Lo odiaba con toda su alma. Y estoy seguro de que el odio de Cristina también estaba allí, tras los ojos en llamas de Rachel.

—Estoy de acuerdo con Toni. No vamos a negociar nada contigo. No hay nada que puedas ofrecernos que nos haga siquiera planteárnoslo.

Adrián sonrió y se rascó la barba, pensativo. Parecía dudar sobre la manera de enfocar su proposición.

—Me temo que estás equivocada, amiga mía —susurró por fin.

—No soy tu amiga —escupió Rachel con la voz fría como un páramo en invierno.

—Hace tiempo lo fuiste.

—Hace tiempo me equivoqué. Y aún lo estoy pagando.

Parecían haberme dejado al margen en la conversación. Como si yo no estuviera allí o fuera invisible. De pronto me sentí muy pequeño, un ratón entre dos osos enormes.

—Rachel, dentro de un año los *Aéreos* vendrán a por ti —repuso Adrián suavizando el tono de la voz—. Sé que no eres ajena a este hecho, aunque trates de ignorarlo de manera inconsciente. Hiciste un pacto con ellos para librarte de mí, y paradójicamente, soy yo

quien puede salvarte de tener que cumplir ese pacto. Yo puedo hacer que no te lleven allí donde quieren llevarte. Si te quedas conmigo, vivirás.

Rachel y yo nos miramos y luego lo miramos a él. Ninguno de los dos dijimos nada.

—Como me siento magnánimo, te propongo un arreglo: puedes traerte a Toni —continuó Adrián—. Será tu mascota. Yo te lo regalaré. Sé que te has encaprichado de él y puedo llegar a entenderlo. Tomará el lugar que un día tuvo Carlos. Eso sí, primero te sacaré a Cristina de dentro de ti; así te alejarás de su funesta influencia, y de paso yo también: odio a esa zorra. Estarás a mi lado, como ya te ofrecí aquella noche en el jardín de *Villa Luna,* ¿recuerdas? Tomaremos juntos las decisiones. Serás mi reina. Tendrás a Toni para *entretenerte* y *divertirte* con él, pero yo seré tu señor. Cuando se muera tendrás otro lacayo, el que tú elijas. Te perdonaré las afrentas que me hiciste en el pasado y volveremos a empezar de cero. Juntos disfrutaremos del paso de los siglos haciendo lo que nos apetezca a lo largo y ancho del globo.

El tren empezó a frenar entrando en la estación central londinense. Las luces de los vagones se encendieron y la gente se desperezó en sus asientos. Adrián calló durante unos segundos y luego sonrió. Durante un instante intuí la *Sombra* que se escondía detrás de su fachada humana. Sentí un frío glacial en todo mi cuerpo.

—Te estoy ofreciendo todo a cambio de nada, mi querida Rachel. No lo rechaces esta vez. No habrá más oportunidades. Te he dado demasiadas, no me negarás eso. Soy un tipo dialogante y cordial.

El tren se detuvo con una sacudida y se abrieron las puertas. Los viajeros se fueron levantando de sus asientos y cogieron sus maletas de los huecos laterales. Observé a Rachel y vi que estaba sonriendo, mirando a Adrián. No me gustó nada aquella sonrisa: era demasiado parecida a la de él.

De pronto, Rachel escupió a la cara de Adrián, borrando la mueca burlona de su rostro. La saliva goteó desde la frente y los pómulos y bajó por su cuidada barba entrecana. Su expresión se tornó furiosa. La ira borró los rasgos amables, atractivos y viriles y los transmutó en la faz de un perro famélico que ha contraído la rabia.

—Para llevar tanto tiempo pateando el mundo, no has aprendido mucho sobre los humanos, Adrián —susurró Rachel con más rabia aún—. No has entendido nada. Prefiero morir antes que pasar un minuto en tu compañía. Ya te lo dije hace mucho tiempo y no he cambiado de opinión, *imbécil.*

Nos levantamos los dos a la vez, para salir cuanto antes. Sacamos las maletas del compartimento, con dificultad y mucha prisa. Adrián se quedó sentado, mirándonos hacer. Con su única mano se limpió la saliva de la cara y luego sonrió de nuevo. Fue una sonrisa sutil, como la de la *Mona Lisa*, pero me aterrorizó más que cualquier otra cosa.

—Entonces morirás, estúpida —sentenció. Después me señaló con el dedo índice—. O quizás lo haga él.

Tomé a Rachel de la mano, salimos del tren y nos dirigimos directamente a la fila de taxis que hacían cola a la entrada de la estación. Me volví varias veces para ver si Adrián nos seguía pero no pude verlo por ningún sitio. Miré a Rachel vi que estaba tan asustada como yo. Cuando por fin nos montamos en uno de los vehículos, después de cargar las maletas en su espacioso interior de taxi londinense y respiramos tranquilos, se echó a llorar. No fueron unas simples lágrimas de frustración. Fue un llanto terrible y desolador.

# Cuarta parte

## Londres

# Lonely girls

Cuando el taxista nos preguntó por el destino al que nos dirigíamos no supe qué responder. Me miró por el espejo retrovisor con cara de pocos amigos y de no tener ganas de tonterías a aquella hora de la madrugada. Aunque Rachel no paraba de llorar, a él no parecía afectarle lo más mínimo y sólo quería saber a dónde tenía que llevarnos. “Al hotel Savoy”, murmuró en mi oído Rachel, entre lágrimas, salvando la situación una vez más. Repetí la frase al conductor y partimos hacia el establecimiento a toda velocidad. Rachel apoyó su cabeza en mi pecho y siguió sollozando ahí, mientras a mí se me partía el alma al verla así y no poder hacer nada por ella, excepto abrazarla. Había mantenido el tipo mejor que yo frente a Adrián, pero la tensión que había soportado le estaba pasando factura.

Recordé que Rachel había estado con su hermana Emma hospedada en el Savoy, muchos años atrás. Supuse que era un sitio tan bueno como cualquier otro para escapar momentáneamente de Adrián y hacer planes al respecto. Porque ahora sentíamos su aliento cálido en la nuca y teníamos que decidir qué hacer. Tuve el pensamiento descorazonador de que tendríamos que huir eternamente si no nos planteábamos de una vez plantarle cara y detener la locura que nos perseguía sin descanso.

Había más tráfico del esperado a aquella hora, por ser madrugada de juerga en la capital. Tardamos unos veinte minutos en llegar al hotel. Al bajarnos del taxi, maletas en mano y después de pagarle en euros al conductor sin ningún problema, me pregunté dos cosas: si habría habitación y cómo demonios íbamos a pagar un hotel tan caro, si decidíamos quedarnos varios días.

Ayudé a Rachel con las maletas y penetramos en el lujoso hall del hotel, lleno de lámparas de araña, muebles caros y suelo de mármol con baldosas blancas y negras. Ella llevaba una expresión de cansancio en el rostro que no me gustó nada. Había dejado de llorar pero se le veía exhausta, como si estuviera a punto de tener otra crisis. Casi deseé que apareciera Cristina dentro de ella y tomara el control de la situación. Me sentí culpable por desear algo así y mi mente lo descartó.

Pedimos una habitación y tuvimos suerte de encontrarnos en

temporada baja, porque resultó que sí había, aunque era carísima. Rellené una ficha con mis datos personales y se la entregué al recepcionista. Un botones nos acompañó a la cuarta planta y nos la abrió con una sonrisa, acomodando el equipaje y encendiendo las luces. Deslicé un billete de 5 euros en su mano, él hizo un gesto de agradecimiento y se marchó al momento.

Rachel y yo nos desnudamos, nos duchamos juntos en una enorme bañera con jacuzzi e hicimos el amor allí mismo, como una especie de medicina balsámica para paliar nuestra desesperación. Lo que fuera que nos aguardara, tendría que esperar. Nosotros necesitábamos sentirnos la piel con urgencia porque era lo único que nos mantenía con los pies pegados a la tierra y el hilo que nos ataba a la vida, la razón que nos redimía de tanto dolor. Recuerdo bien cada palabra susurrada entre nosotros, cada beso en cada centímetro de nuestra piel, cada abrazo meciendo nuestros cuerpos con cariño, cada caricia que levantaba chispas en el agua caliente del jacuzzi, provocando escalofríos de placer. Grabé cada instante en mis neuronas, quizá con la sensación indefinida de que debía hacerlo a toda costa. Lo recuerdo bien, porque fue la última vez que hicimos el amor. Y no he vuelto a hacerlo con nadie desde entonces, ni creo que lo haga jamás. ¿Para qué? No me interesa en absoluto tapar su recuerdo con un simulacro. Rachel me llenó para el resto de mi vida.

Nos acostamos un rato después en una cama grande y mullida. Ella abrazada a mi espalda y yo mirando el resplandor de las luces en el *Strand*, a través de la ventana. A los cinco minutos sentí su cálida respiración en mi nuca. Era tranquila y regular e indicaba que se había dormido, por fin. Yo me quedé desvelado, como de costumbre. Con los ojos como platos, fijos en las luces de neón, pensando en las posibilidades que teníamos de salir con vida de aquella persecución.

Pensé en Bath y en Inverness. Las ciudades donde habían vivido Margaret y Virginia, las tías de Rachel y que ella había visitado en 1979 en compañía de su hermana Emma, buscando sus orígenes. Habían pasado veinticinco años desde entonces. Lo más probable sería que ambas estuvieran ya muertas. Eran mujeres de setenta y tantos en aquella época. No podíamos buscar ayuda en ellas; además dudaba mucho de que Rachel quisiera involucrarlas, en caso de que continuaran en el mundo de los vivos.

Londres era una ciudad gigantesca. Quizá pudiéramos pasar desapercibidos y vivir allí. Pero, ¿cuánto tiempo tardaría Adrián en volver a encontrarnos? ¿Era mejor permanecer en ella o coger un vuelo al continente y seguir huyendo por media Europa? ¿Y si cruzábamos a los Estados Unidos, a Sudamérica e incluso a Nueva

Zelanda? ¿Lograríamos algún día librarnos de él y su funesta presencia? Durante una temporada lo habíamos conseguido, pero el hecho de nos hubiera rastreado, indicaba que no se daría por vencido jamás. Su determinación sólo era comparable a su furia.

Eché un vistazo a la esfera luminosa de mi reloj y vi que eran más de las cinco de la mañana. Mi mente estaba agotada. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir? Demasiado… Estaba cansado, tan cansado… Mis ojos parpadearon. Empecé a notar un picor insoportable en ellos y cómo se cerraban sin remedio. Relajé los músculos. De nada serviría seguir pensando en la manera de escapar. Mañana, en el desayuno, decidiríamos el plan que debíamos tomar. Entre los dos decidiríamos lo mejor, como hacíamos siempre. Siempre juntos, luchando contra el mundo, contra la propia vida. Mi cerebro desconectó, por fin, y me quedé profundamente dormido. Y esta vez no fue sólo media hora de descanso, sino un sueño en toda regla.

Me despertaron unos ruidos en la puerta de la habitación y el sonido propio de manipular la cerradura. Abrí los ojos y me incorporé de golpe. La luz grisácea de la mañana londinense entraba a raudales por el ventanal, a mi izquierda. Me quedé sentado en la cama, asimilando la situación y despertando con lentitud, igual que un oso después del letargo del invierno. Miré a mi lado y vi la cama arrugada, pero Rachel no estaba. Me levanté de un salto y me vestí con presteza. Miré en el baño, pero estaba vacío.

Abrí la puerta de la suite y vi el carrito de una de las camareras del hotel, perdida en alguna otra, dedicándose a arreglar las habitaciones. No había nadie a la vista: al parecer habían venido a hacer la limpieza en la mía, pero no habían podido abrir, aunque sí despertarme. Miré el reloj y observé asombrado que eran las doce del mediodía. ¿Cuánto tiempo hacía que no dormía siete horas seguidas? No podía creerlo. Aún así, el problema era: ¿dónde demonios estaba Rachel? Quizá había bajado a desayunar. Quizá había visto que dormía profundamente y no había querido despertarme porque sabía cuánto necesitaba dormir. Quizá había preferido dejarme descansar. El problema era que yo, en el fondo, no me creía esos “quizás”. Decidí acercarme al teléfono, junto a la mesita de su lado para llamar a recepción y cerciorarme de que había hecho algo que pudiera calmar mi ansiedad. Entonces fue cuando vi un papel doblado bajo el módem del teléfono. Al lado había un bolígrafo de plástico barato con la publicidad del hotel y el capuchón quitado.

Me senté en la cama y empecé a notar cómo el corazón me latía más rápido y un ardor en el estómago que no presagiaba nada

bueno. Cogí el papel y lo abrí para ver al momento la letra inconfundible de Rachel: apretada y picuda, escrita con trazos apresurados. En algunos tramos la tinta estaba corrida y el papel hinchado, como si hubiera llorado encima mientras escribía. Yo mismo comprobé que se me nublaba la vista y se desenfocaba y tuve que obligarme a ser fuerte para poder leer.

*Querido Toni:*
*Lo siento, no puedo vivir así. Tengo que encontrarlo y acabar con él. No pienso permitir que se adueñe de nuestras vidas. Y lo que es peor: no pienso permitir que te haga daño. No quiero que miremos cada día a nuestra espalda para saber si nos sigue. No quiero pasarme el resto del tiempo huyendo. Si me queda un año de vida, hasta que los Aéreos vengan a por mí, al menos que sea un año tranquilo en el que estemos a salvo de él, juntos tú y yo. Si para ello tengo que matarlo, lo haré. Si al hacerlo, me posee, como él dice que hará, correré el riesgo. Si tengo que perderte, lo haré porque nunca soportaría que se obsesionara contigo como lo hizo conmigo, hasta el punto de desear la muerte decenas de veces. No quiero que te pase como a mí, amor mío. Prefiero sacrificarme. Tú has dado sentido a mi existencia y estos meses han sido los mejores de mi vida. Te amo y siempre te amaré.*
*No me busques, Toni. Tengo que hacerlo yo.*
*Por favor, no lo hagas.*
*Por favor.*

Cuando terminé de leer la nota, volví a hacerlo varias veces más. La arrugué y la tiré a la papelera. Me levanté y miré en el armario. Su maleta, que no había dado tiempo a deshacer, no estaba. En el baño habían desaparecido sus enseres de higiene personal. Terminé de vestirme, bebí un vaso de agua del grifo del lavabo y recogí mis cosas. Guardé la pistola en el bolsillo interior de mi chaqueta de piel y sentí su tacto tranquilizador. Saqué mi equipaje y bajé a recepción. Aboné la estancia con dinero en efectivo y cambié unos cuantos euros por libras en la propia recepción del hotel. En mi inglés básico y macarrónico pregunté a los empleados si habían visto a la mujer que me acompañaba en la habitación, pero se excusaron diciendo que habían entrado en el turno de trabajo a las ocho de la mañana y que el conserje y el botones del turno de madrugada habían salido ya del hotel.

Por supuesto, no pensaba dejar sola a Rachel y permitir que se suicidara en un enfrentamiento con Adrián. Saldría a buscarla y la encontraría, aunque fuera la última cosa que hiciera en mi vida.

Pero… ¿por dónde empezar?

# Divided

Pedí en recepción que dejaran mi maleta allí, hasta que pasara a recogerla y la guardaron en un cuartito lateral, ideado para tal fin. Salí a la calle y me recibió el húmedo frío invernal, propio de Inglaterra. El cielo estaba pintado de un sucio gris y caía una llovizna tan fina como el *orballo* asturiano. Eché mano al teléfono móvil y miré la pantalla, con la tímida esperanza de encontrar un mensaje de Rachel, pero por supuesto no había ninguno. El logotipo del operador de telefonía inglés había sustituido al que tenía en Francia, pero nada más. La llamé, rezando para que lo cogiera e intentar convencerla de que me dejara acompañarla, pero tuve la misma suerte. El teléfono dio muchos tonos y luego se detuvo, al no recibir respuesta del otro lado. Le mandé un mensaje rogándole que me contestara, pero lo ignoró olímpicamente.

Vagué de aquí para allá, sin saber qué hacer ni dónde ir. Fui hacia la zona más turística de Londres: Trafalgar Square y Picadilly Circus. Había muchísima gente por todas partes. Encontrar a Rachel allí era como buscar una aguja en un pajar. Miraba los rostros de los transeúntes, esperanzado en verla, pero era un trabajo agotador y descorazonador. Me sentí desesperado y triste, inmensamente solo entre aquella multitud, como el personaje del cuento de Poe.

Hacia las seis de la tarde prácticamente había anochecido en la ciudad. Me sentí hambriento y desfallecido a pesar de todo. Recordé que no había probado bocado desde el café de máquina y la chocolatina compartida con Rachel en la estación del tren de París, la madrugada anterior. Había caminado kilómetros y me sentía morir. Compré un sándwich y un refresco en un puesto callejero y me senté en un banco de un pequeño parque para devorarlos.

Cuando estaba terminando, sonó mi teléfono móvil. Lo cogí deprisa pensando que sería Rachel, pero sólo eran los empleados del Savoy preguntándome si pensaba recoger mi equipaje o no. Les dije que lo mantuvieran un poco más y que les abonaría el precio que me dijeran por las molestias ocasionadas. Me aseguraron que no había prisa y que sólo querían asegurarse de que no lo había olvidado. Colgué el teléfono, lo miré, y de repente tuve una idea brillante. No supe si se trataba del azúcar fluyendo por el cerebro, pero lo cierto era que el chispazo había llegado con la comida.

Caminé por varias calles laterales hasta salir a Oxford Street. Los únicos negocios abiertos a aquella hora eran las tiendas de los chinos, los hindúes y los paquistaníes. También los restaurantes y

los pubs. Busqué uno de esos bazares de los paquistaníes en los que había un batiburrillo de productos de alimentación, licores y pequeños dispositivos tecnológicos, como cargadores, portátiles y teléfonos móviles. Entré en un negocio en el que había carteles indicando que se liberaban teléfonos y se borraban cachés de memoria en todo tipo de dispositivos. El local estaba casi desierto.

Un tipo con un turbante en la cabeza y cara de aburrimiento miraba la pantalla de un ordenador, dejando pasar las horas sentado detrás de un minúsculo mostrador. Me preguntó con una sonrisa agradable qué deseaba. Nos comunicamos en el inglés rudimentario que ambos practicábamos, pero nos entendimos mejor que si hablara con alguien que hubiera estudiado en Cambrigde. Fui derecho al grano y le pregunté si podría rastrear un teléfono móvil y darme su posición actual. El tipo miró a los pasillos del negocio y se aseguró de que nadie pudiera oírnos. Luego se inclinó hacia mí con una sonrisa confidencial y susurró:

—Se puede hacer. Pero es complicado, ilegal… y caro.

Saqué la cartera del bolsillo trasero del pantalón.

—¿Cómo de caro? —pregunté.

El tipo estudió mi cara, valorando si yo era de fiar o simplemente un polizonte que venía a joderle el negocio y la propia vida. Al final, sonrió dando el visto bueno. Mi cara siempre ha inspirado confianza, la verdad sea dicha. No sé si es una ventaja o una maldición.

—No es algo instantáneo. Puede que tarde varias horas. Tengo que mover… ciertos hilos. Si el teléfono está encendido será más rápido, si está apagado tardaremos más. Incluso días. Usted me dará el número del teléfono a localizar. Me pagará 200 libras por adelantado. Se marchará y yo lo llamaré, indicándole la posición en la que se encuentra. Lo haremos así o no lo haremos, señor.

Fruncí el ceño. Ahora fui yo quien valoró si me estaba engañando. Al final, opté por la vía rápida. Abrí mi chaqueta y le mostré la pistola, cuya culata plateada asomaba tímida, pero letal.

—Si me engaña, volveré y le pegaré un tiro.

El del turbante no pareció especialmente impresionado. Debía haber visto cosas peores en su vida. Sus ojos brillaron y sonrió. Me ofreció su mano y yo se la estreché.

—Veo que nos entendemos bien, señor. Dígame el número y págueme 200 libras, por favor. Yo me encargaré de todo. Le llamaré cuando tenga algo seguro, sea la hora que sea. Tenga fe en mí y en Alá. Los problemas siempre se solucionan.

Cerré el trato y me marché de allí con la sensación de que, a veces, Dios (o Alá) escribe recto con renglones torcidos.

Me metí en un pub, pedí una cerveza y me senté en un rincón a dejar pasar las horas. Cuando la terminé, tomé una segunda y luego algo de cenar. Era un sitio tan bueno como cualquier otro para dejar fluir el tiempo y no perder la cabeza mientras tanto. Aún así, mi mente empezó a imaginar qué estaría haciendo Rachel y si se encontraría bien. Cuando me cansé de estar allí dentro, pagué la cuenta y salí a la calle. La noche era tranquila y despejada, pero hacía frío. Saqué un pitillo y empecé a fumar para tratar de calmar los nervios de la espera. Eché un vistazo al reloj y vi que era casi media noche. Empecé a pasear por el parque, arriba y abajo, cada vez más nervioso.

A las doce y media, sonó el móvil. Descolgué al primer timbrazo con la mano tan temblorosa que estuve a punto de tirarlo al suelo.

—¿Diga?

La voz del paquistaní del turbante se oyó al otro extremo de la línea.

—¿Señor? Ya tengo la información que me pidió.

Sentí que mi corazón se aceleraba como un galgo en un canódromo.

—¿Y…?

El tipo hizo una pausa de un par de segundos antes de responder.

—El teléfono que busca está en un almacén abandonado en Lower Thames Street, casi al lado de Monumento al Gran Incendio de Londres. He investigado un poco y se trata de un antiguo centro deportivo que cerró hace unos años.

—¿Dónde está eso? —pregunté.

—En la City. Junto al London Bridge, señor. La parada de metro más cercana es la de Monument Station. Si se da prisa quizá pueda coger uno de los últimos trenes.

Le di las gracias y colgué después de que el tipo me deseara suerte y todas las bendiciones de Alá. Fui a la primera parada que encontré (en Tottenham Court Road) y cogí el último tren del servicio. Hasta las 5.00h no pasaría el próximo, así que estaba de suerte. Los vagones iban casi vacíos a aquellas horas en las que la mayor parte de la ciudad ya dormía. A la una el tren se detenía en Monument Station. Me apeé y salí a la superficie. Las calles estaban desiertas, a excepción de los operarios de limpieza en el turno de noche. Miré un mapa callejero de los alrededores, en los carteles de la salida. Caminé unos cientos de metros por King William Street, en dirección al Támesis. Luego giré a la izquierda por Lower cinco minutos más, hasta que encontré el lugar del que me había hablado el paquistaní.

Era un almacén inmenso, destartalado y gris, con el letrero

“Gym Fitness First”, torcido y desconchado. El lugar carecía de puerta que cerrara el paso y saltaba a la vista que estaba desvalijado y a la espera de ser demolido. Noté cómo mi respiración y mi ritmo cardíaco aumentaban, al ser consciente de que me acercaba a mi destino. Y mi destino era, de nuevo, y apenas 24 horas después, Rachel.

Penetré en la enorme nave. Cristales rotos y cascotes de escombro se acumulaban por doquier. Parte de la luz difusa de las farolas se filtraba en el interior. Una bandada de palomas se levantó al unísono, desde un muro a medio derruir, provocándome un sobresalto que me hizo dar un respingo. Llegué a una estancia central, alargada y con algunos restos de carteles de publicidad antiguos. Había varias máquinas de musculación y bicicletas estáticas destrozadas y herrumbrosas, tiradas en el suelo como testigos mudos de una catástrofe nuclear.

Caminé sorteando escombros y basura, mirando a mi alrededor, buscando el lugar donde pudiera hallarla. Al girar hacia una puerta lateral, para seguir investigando por esa parte, oí una voz a mi espalda. No habló en un tono muy alto, pero la escuché a la perfección.

—¿Por qué has venido? Te dije que me dejaras hacer esto a mí.

Rachel había aparecido desde el fondo de la habitación, como surgida de la nada. Vi su figura delgada, con el bolso colgado en bandolera. Estaba inmóvil, mirándome. De repente sentí cierta inquietud y no era por lo que pudiera pasarle a ella, sino a mí. Me acerqué despacio para abrazarla, pero ella me detuvo con un ademán de la mano derecha. Aquel gesto me provocó un escalofrío involuntario, como si alguien hubiera pisado mi tumba en el futuro.

—No te acerques más, Toni —me advirtió con un susurro—. Ni se te ocurra tocarme. No te conviene hacerlo, créeme. Saldrías ardiendo al instante.

Me detuve al momento, igual que un soldado que es consciente de que está caminando por un campo de minas. Sentí un frío intenso en los huesos, rompiéndome por dentro. Su rostro quedaba entre las sombras, pero entonces vi sus ojos llamear y no tuve dudas.

—No eres Rachel, eres Cristina.

La aludida rió y su sonido me produjo una sensación de malestar inmediato en la boca del estómago. Era lúgubre como el ruido del viento invernal al filtrarse por una rendija.

—Rachel no podía hacer esto. He tenido que tomar el control para acabar con Adrián, de una vez por todas —murmuró con la voz ronca por el odio—. No voy a dejar que ese bastardo salga impune de lo que me hizo. O de lo que le hizo a Rachel.

No contesté. Era aterrador ver el cuerpo de Rachel delante de mí y saber que hablaba otra "persona" por su garganta. No podía acostumbrarme a eso.

—¿Sabes? He llegado a apreciarla —continuó, moviéndose apenas un par de pasos—. A Rachel. Adoro este cuerpo eternamente joven. Y la inteligencia que posee en su cerebro. Pero el amor que siente hacia ti la ha vuelto débil, por eso he tenido que intervenir.

—¿Escribiste tú la nota que me dejó? —pregunté con la garganta seca.

Ella negó en la oscuridad, moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

—La escribió Rachel. Pero yo la observé hacerlo. Y cuando me di cuenta de que saldría a buscar a Adrián, tuve que tomar el mando. Ella no puede sobrevivir a un enfrentamiento con él. Ni siquiera estoy segura de poder hacerlo yo.

—¿Por qué nos ayudas?

Cristina volvió a reír con el desdén propio de un adulto hacia la pregunta ingenua de un niño.

—No os ayudo. Hago lo que me apetece hacer. Si mis intereses coinciden con los vuestros, bien. Si no… mala suerte. Para vosotros, claro está.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijimos nada. Parecíamos escuchar el silencio de la noche.

—¿Dónde está Adrián?

Cristina suspiró. Pareció preocupada, pero sólo un poco.

—Pronto vendrá. Me ha rastreado y acudirá aquí, estoy segura. Debes estar dispuesto a morir si decides quedarte, Toni. ¿Lo estás?

Sentí las náuseas abrirse paso por mi tráquea. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no vomitar. Aún así noté un sabor agrio en la garganta.

—Moriría por Rachel tantas veces como hiciera falta —contesté al fin.

Ella se acercó a mí, sin llegar a tocarme. Vi su rostro y me maravillé una vez más de la belleza que irradiaba, incluso estando poseída por Cristina. Ésta sonrió y por primera vez no me pareció que lo hiciera de una manera sarcástica.

—Llevo observándote casi desde que eras un niño, Toni. Te enamoraste de Rachel gracias a mí. Era yo quien la obligaba a mirarte de la manera en que te miraba. Me divertía mucho hacerlo. Aquella noche en su casa, hace casi dieciocho años, fui yo la que tomé el control cuando ella te besó en el jardín. Me besaste a mí, Toni. Te enamoraste de mí, no de Rachel. Yo hacía que tuvieras esperanzas. Por eso Rachel te rechazaba cuando era consciente de lo que yo estaba haciendo para que te quedaras prendado de ella.

Trataba de contrarrestar el efecto que yo producía en ti. Para ella no estaba bien enamorarse de un adolescente. Para mí, sí. Para mí, era algo maravilloso tratar de corromperte. Al final… ella sucumbió y acabó enamorándose de verdad del pequeño Toni, su alumno.

Sentí que unas lágrimas de frustración salían a flote en mis ojos.

—Mientes —dije—. Me enamoré de Rachel, no de ti.

Cristina utilizó la boca de Rachel para sonreír. Negó varias veces con la cabeza.

—Sabes perfectamente que te estoy diciendo la verdad. Tú te enamorabas de mis ojos en llamas, igual que lo estás haciendo ahora mismo. Te gustaba que te hablara, que te mirara intensamente, que pusiera su mano en tu brazo para sentir la piel de Rachel en la tuya. ¿Verdad que sí, pequeño Toni? Te encantaba sentirte especial, ser su alumno preferido. Pero no lo eras. No eras su alumno favorito. Eras el mío.

Tragué saliva y lloré en silencio. La rabia me invadió.

—Ayer me encantó hacerlo contigo, por fin —continuó, mirándome a los ojos, riendo con ellos desde los fuegos perpetuos del Infierno—. Lo intenté en otras ocasiones, pero Rachel no me dejó. Es muy fuerte, a veces. Ayer pude por fin ganarle la partida y lo disfruté como nunca lo he hecho. Ni siquiera Adrián logró jamás hacerme sentir lo que tú me provocaste anoche. Los *súcubos* sabemos de esas cosas, créeme. Fue Lilith quien nos enseñó a todas.

Saqué la pistola del bolsillo de la chaqueta y apoyé el cañón en la frente de Rachel-Cristina. Ella se echó a reír con una malignidad remota y antigua como un cometa.

—Cállate —le ordené, y amartillé el arma—. Deja de decir esas cosas. No mientas más.

Dejó de reír pero no abandonó la mueca burlona de su rostro. Puso ambas manos alrededor del cañón y apretó con fuerza. Noté cómo la pistola se calentaba hasta la culata y empezó a quemarme en las mías.

—Mátame —murmuró, retándome con una mirada intensa en la que parecían girar miríadas de nebulosas dentro—. Hazlo y matarás a Rachel y a ti mismo. Hazlo y Adrián habrá ganado la partida sin mover ni un dedo. Me necesitas. Los dos me necesitáis. Sólo yo os puedo sacar las castañas del fuego y llevarme conmigo a Adrián al Hades. El mismísimo Lucifer me recompensará por ello. Lo está esperando con ansia para castigarlo por su insubordinación. Arderá eternamente. Sus gritos se oirán hasta en el último rincón del Infierno.

Asimilé lo que me decía. Era tan surrealista que acababa siendo creíble por una simple cuestión de lógica: cuando lo fantástico desborda la imaginación, acaba convirtiéndose en real.

—Y ahora dame el arma, por favor —me ordenó—. Yo la guardaré.

Aparté la pistola de su frente, se la entregué y me limpié las lágrimas de rabia con el dorso de la mano. Tenía razón, por mucho que sus palabras me lastimaran. Y yo no iba a ser tan estúpido como para echarlo todo a perder. Cristina sonrió satisfecha y la escondió en el bolso.

—Has hecho bien, Toni. No hay tiempo. Tenemos que tratar de engañarlo… y no es nada fácil hacerlo. Adrián es un ser muy antiguo; ha visto todo lo que ocurre en el planeta a través de los siglos y nada le sorprende. Pero esa confianza ciega en sí mismo, también es su debilidad. Cuando se produzca la confrontación, no intervengas, a no ser que yo te lo diga, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, incapaz de asimilar que era Rachel quién estaba frente a mí, pero era un *súcubo* emparentado con Lilith la que manejaba su cuerpo como una marioneta el titiritero. De improviso, el aire se enfrió varios grados y nuestras respiraciones se congelaron. El ambiente pareció espesarse, descendió la proporción de oxígeno y empezamos a jadear como si estuviéramos en la cima de una montaña a 4.500 metros de altitud. Un silencio sobrenatural, como si el tiempo se hubiera detenido, se instaló en aquella nave abandonada y se convirtió en otro lugar muy distinto, dejado de la mano de Dios, frío y lejano, igual que un planeta situado más allá de los confines del Sistema Solar. Sentí que se me erizaban los cabellos de la nuca.

—Ya está aquí —susurró Cristina, y en sus propias pupilas pude ver el color del miedo. Ni siquiera ella era inmune al poder maligno que irradiaba el *dómine* a su alrededor—. Debo esconderme hasta que sea el momento preciso.

Entonces, aparecieron los ojos asustados y tristes de Rachel. Al cruzar mi mirada con ella supe que había oído toda la conversación y era plenamente consciente de lo que estaba sucediendo. Me dio la mano y se la apreté con fuerza, dándonos ánimos mutuamente.

# Black Masquerade

El demonio penetró en el almacén caminando como un hombre tranquilo que sabe que no tiene nada que temer. Lo hizo con paso parsimonioso, alargando la escena igual que en una película antigua. Su sonrisa de superioridad sobre todas las cosas y seres que le rodeaban, se adivinaba desde lejos. Sus ojos se intuían fríos, contrastando con los labios, poniendo el contrapunto a la felicidad fingida de su boca. Era consciente de que se dirigía a una emboscada, pero eso no lo inquietaba lo más mínimo. Se sabía poderoso y letal; el miedo era sólo un lejano recuerdo de épocas pretéritas, casi olvidadas. Se acercó a nosotros con aplomo y decisión, sin titubeos. Se detuvo a unos metros, prudente como un lobo solitario y viejo que ha participado en demasiadas rencillas y debe cubrirse las espaldas. Amplió su sonrisa y nos miró alternativamente.

—Mi pareja favorita —susurró, y su voz ejerció en nosotros un extraño hechizo de inmovilidad—. Ella, el fuego frío del norte. Él, la sangre caliente del sur. Juntos, en perfecta comunión. Unidos, complementados. Fusionados.

No respondimos. Nos limitamos a temblar de frío y terror. Había algo en él, distinto a las otras veces. Sutil, pero inequívoco. Había menos de humano y más de demonio. Y el sonido de su voz era el primer síntoma.

—*Enamorados* —musitó Adrián, y lo pronunció con el mismo tono que si hubiera dicho: *invadidos por la lepra.*

Acto seguido se echó a reír con las carcajadas más carentes de humor que he escuchado nunca. Su risa parecía sonar desde las entrañas de la Tierra, como el rugido de un volcán o las fricciones de las placas tectónicas en los terremotos. Ardía la maldad en ella, quemándose en un incendio de humo negro y venenoso. Era la antítesis de la alegría, una pleamar de oscuridad que invadía nuestros corazones. Estuvo riendo durante mucho tiempo, hasta que se cansó. Entonces habló de nuevo de una manera plácida, casi amistosa.

—Queridos amigos, os aprecio. No soy rencoroso, siempre doy otra oportunidad. Olvidemos las palabras de ayer que fueron dichas con amargura y desprecio. Renuevo mi proposición hacia vosotros. Quiero que formemos un gran equipo, los tres. ¿Qué os parece?

Ni Rachel ni yo abrimos la boca. El valor que habíamos demostrado en el tren al enfrentarnos a él aunque fuera dialécticamente, nos había abandonado ahí, en aquella atmósfera

congelada y en penumbra. Miré a Rachel. Estaba tan aterrorizada como yo. Sus ojos se veían confusos y no había restos de la valentía que había demostrado en el vagón. Quizá ya había sobrepasado su cupo de arrojo después de tanto tiempo. Y quizás yo también el mío. Quizá estábamos tan cansados que nos había abandonado todo, incluso el instinto de supervivencia.

Adrián nos miró alternativamente y su expresión se volvió más fría, sin los restos de la amabilidad que había *impostado* antes.

—Soy el ser más poderoso que arrastra sus pasos por el mundo, *necios* —anunció, mientras la furia iba ganando terreno en él—. Os estoy haciendo un gran honor. No os atreváis a despreciarlo o haré que vuestras pieles ardan sin que lleguéis a morir. Sanaréis al amanecer y volveréis a quemaros por la noche. Sufriréis cada día el mismo tormento y buscaréis la muerte con desesperación. Pero yo os resucitaré y nunca habrá escape para vosotros. Sólo la repetición de la tortura por toda la eternidad, sin descanso.

Permanecimos mudos como animalitos en el bosque, escondidos para escapar del depredador. Sus palabras eran cristales de hielo corriendo por nuestro torrente sanguíneo: nos provocaban frío e inmovilidad. Adrián comprendió, al fin. Convirtió sus ojos en unas rendijas de color rojo sangre y empezó a mutar su aspecto, lenta pero progresivamente.

—Rachel —ordenó con la voz mucho más grave y poderosa—. Dile a esa *perra traidora* de Cristina que se muestre de una vez. Voy a arrancarle los intestinos desde la garganta y me los comeré delante de ella.

Mientras hablaba, la metamorfosis siguió completándose. Su figura se agigantó y se volvió más oscura que la propia oscuridad. Se convirtió en la *Sombra* que me había descrito Rachel años antes, cuando se había enfrentado a los *Aéreos* en la biblioteca de *Villa Luna*. Dejé de percibir rostro alguno en él, tan sólo una insondable tiniebla en la que se intuía algo que no puede ser visto sin perder la razón.

Rachel me soltó la mano y también se transformó otra vez en Cristina. Sus ojos en llamas aparecieron puntuales y la expresión de su cara se volvió más astuta y peligrosa. Sonrió con hastío, como si la lucha que iba a desarrollarse y las palabras de Adrián, ya empezaran a aburrirle. Entonces, ella también habló sin cesar, con la voz ronca y fría de un moribundo.

—Adrián, diablo mutilado e impotente, masturbador de hienas, susurrador en la oscuridad, el *inadvertido* en el banquete de los muertos, escoria llena de gusanos, bastardo hediondo y mentiroso, eunuco cabrón, vicioso pervertido, violador de niños, perro con sarna purulenta… Hoy te llevaré lejos de aquí, al *Juicio de Lucifer*,

para que pagues por tu intento de rebelión. Tu condena te hará enloquecer en las mazmorras del Infierno. Si es que te queda algún resto de cordura, *Sombra Oscura*…

El aludido rió con carcajadas estentóreas que rebotaron entre las paredes semiderruidas. Su rostro mutó durante unos segundos y se hizo visible la cabeza de un *Balrog,* con los cuernos girados hacia dentro y después el poderoso cuerpo del demonio. Tanto Rachel-Cristina, como yo no echamos atrás de manera instintiva.

—¡Si mal no recuerdo, te encantaban esos atributos míos, maldita *zorra desagradecida* e insignificante! —respondió con la voz torva—. ¿Ya no te acuerdas del tiempo que compartimos cuando nos hacíamos pasar por humanos?¿Recuerdas cómo te hacía gritar cuando te follaba, *puta sifilítica*?

Cristina gritó enfurecida, presa de una rabia que le hacía hervir por dentro. Tuve que taparme los oídos para proteger los tímpanos y la cordura.

—¡Tú nunca me hiciste disfrutar, maldito bastardo, eyaculador precoz! ¡Mis gritos eran fingidos y lo único que de verdad deseaba era que te quitases cuanto antes de encima de mí! ¡Pesabas como un cerdo!

Adrián siguió riendo, pero se adivinaba el rencor y un odio infinito bajo el sonido gutural de sus carcajadas. Con un gesto de su única mano movió a distancia una enorme máquina de musculación llena de herrumbre y la lanzó hacia nosotros. El armatoste pasó volando y estuvo a punto de alcanzarnos de lleno. Nos agachamos en el último instante y se estrelló contra la pared, produciendo un estrépito considerable.

Cristina se incorporó al instante. Mutó la cara de Rachel y apareció el verdadero rostro de la *Lamia* que la poseía, una encarnación vaporosa y horripilante de cabellos serpenteantes que flotaban hacia arriba y una mandíbula blindada de dientes afilados. Adrián continuó lanzándonos bicicletas estáticas abandonadas, máquinas elípticas y cintas de correr destrozadas. Yo caí al suelo y me quedé allí observando cómo Cristina desviaba la trayectoria de todas ellas con el simple poder de su mano utilizando una fuerza invisible. Percibí un aroma de ozono y cables quemados en el ambiente viciado del almacén.

—*Los gatos salvajes se juntarán con hienas y un sátiro llamará a otro* —pronunció el *súcubo.*

La invocación dio un resultado instantáneo y espectacular. Dos demonios femeninos, de cuerpo escultural y facciones horribles, se materializaron junto a nosotros. Portaban en sus manos látigos de fuego y se dirigieron a Adrián para castigarlo.

—¡Idlu y Artad! —gritó éste, cambiando su forma de nuevo y

transformándose otra vez en la *Sombra*, para protegerse—. ¿Has llamado a las *Lilims* para que hagan el trabajo sucio por ti, estúpida? ¡Eres débil, cobarde y ruin! ¡Y ellas también!

Las *Lilims* se lanzaron hacia él y comenzaron a azotarlo sin miramientos. Los látigos llameantes chasqueaban en el cuerpo de la *Sombra*, produciendo solo el siseo del fuego en el agua. Adrián reía enloquecido, dominado por la soberbia y los súcubos se miraban horrorizados al ver el efecto que sus látigos ejercían en Adrián, casi produciéndole cosquillas.

Con un gesto imprevisto, agarró con su mano los dos látigos al unísono y dio un tirón brutal, atrayéndolos hacia él. En un movimiento tan rápido que mis ojos fueron incapaces de seguir a tiempo real, las ató juntas con sus propios látigos. Las *Lilims* empezaron a gritar al sentir el fuego abrasador sobre sus pieles. Era un sonido espeluznante, capaz de hacer perder la razón al hombre más equilibrado sobre la faz de la Tierra. Lloraban como plañideras en un funeral, pidiéndole clemencia a Adrián que no dejaba de reír como un demente. Sin embargo, al final se apiadó de ellas y las liberó de la tortura, devorándolas. Los cuerpos de Idlu y Artad se fueron diluyendo, desapareciendo entre la oscuridad que formaba la testa de la *Sombra*. Oímos el sonido de masticación que producía el lugar donde se *intuía* su boca. Segundos más tarde sólo quedaron los látigos de fuego en el suelo, que se apagaron como cerillas consumidas tras una barbacoa.

Adrián eructó como un oso ahíto tras un festín de salmones. Nos señaló y una fuerza invisible y brutal nos alcanzó, pillando de lleno a Cristina que cayó al suelo junto a mí. El bolso de Rachel que había llevado en bandolera, rompió su asa y aterrizó a mi lado, mientras ella trataba de recuperarse y levantarse para hacer frente a nuestro común enemigo. Se volvió hacia mí y me miró. De repente, noté que hablaba dentro de mi cabeza:

*"Coge la pistola del bolso y levántate. Vas a tener que ayudarme. Acompáñame: esto se acaba. Tenemos que jugárnoslo todo a una carta.*

Su rostro oscilaba entre la cara de Rachel y la suya, en una confusión espeluznante.

*"Voy a obligarlo a recuperar su esencia humana. Cuando lo haga, mátalo. No tendremos otra oportunidad.*

Recordé las consecuencias de hacerlo. Le respondí en silencio, formando la respuesta dentro de mí y enviándosela.

*"Si lo mato, me poseerá. Y tendrá a Rachel y a ti, igualmente.*

*"Esta vez no. Me lo llevaré. Confía en mí o moriremos todos. ¡Hazlo y ponte detrás de mí! ¡Ya!*

Cristina incorporó el cuerpo de Rachel, preparándose para embestir como un toro enfurecido. Mientras tanto, obedecí a toda

prisa y cogí la *Beretta* de cachas plateadas y me levanté. Cristina dio varias zancadas, aceleró y yo eché a correr detrás de ella en rumbo de colisión hacia Adrián, convertido en la *Sombra*.

Cuando vio cuales eran nuestras intenciones se metamorfoseó en el *Balrog* y rugió igual que un león acorralado por una manada de hienas. Mientras corría, Cristina se salió del cuerpo de Rachel con un chasquido, cayendo ésta al suelo y quedando desmayada. Surgió un súcubo de cabellos de fuego y escultural cuerpo desnudo que saltó al cuello del *Balrog* con la fiereza y agilidad de un lince. Me detuve un segundo al lado de Rachel, sólo para comprobar que respiraba y salí corriendo para acompañar a Cristina en la caza de la *Sombra*: era ahora o nunca. Si huía con Rachel y los dejaba allí, nunca sabría si todo había terminado o no.

El demonio femenino se había colgado alrededor del *dómine*, por la espalda, mientras pronunciaba un sortilegio en un lenguaje extraño en el que las palabras parecían no tener vocales. El *Balrog* bufaba y rugía exasperado e intentaba alcanzar a su enemiga con su único brazo izquierdo, insultándola y maldiciendo en alguna lengua muerta. Cristina ensayó una llave mortal alrededor del cuello de Adrián y comenzó a apretar sin dejar de declamar el hechizo, forzando al otro a volver a su encarnadura humana. Poco a poco, el demonio fue transformándose en el hombre atractivo, de barba cuidada y pelo ensortijado que yo había conocido y Rachel también. Su cara se puso gris por la falta de aire en su garganta y los ojos empezaron a salírsele de las órbitas.

Me acerqué a ellos y miré la estampa de la lucha titánica de dos criaturas que ya eran viejas antes de la caída del Imperio Romano. Adrián se movía a izquierda y derecha, tratando de zafarse del súcubo que se aferraba a él como una garrapata a la garganta de un caballo. Miré a Cristina durante un segundo y ella me miró a mí. Me dije que aquella mueca me perseguiría siempre, en todas mis pesadillas. Los ojos bailaban en llamas, las serpientes alborotaban el cabello, siseando y mordiéndose entre sí; los dientes afilados chasquearon el aire, para acto seguido, arrancar una oreja de Adrián de una sóla dentellada. Éste aulló de dolor, como un lobo a la luna llena. Cristina la escupió, se apartó de él de un salto y gritó con los dientes manchados de sangre:

—¡Ahora! ¡Hazlo!

Levanté el arma, amartillé y la acerqué a Adrián. El dómine me vio venir y abrió mucho los ojos inyectados en sangre, mientras el hueco que había dejado la oreja chorreaba sangre por litros. Intentó paralizarme, hipnotizarme con la mirada, pero comprendió que no podría y que había perdido la partida. Gimió como una niña y gritó.

—¡No! ¡Por favor! ¡No lo ha…

La detonación interrumpió la súplica y el sonido se amplificó con varios ecos por las enormes salas del gimnasio abandonado. Adrián cayó al suelo como un fardo y su cuerpo convulsionó, moviendo la pierna izquierda repetidas veces, hasta que se quedó inmóvil. Cristina se sentó a horcajadas encima de él y empezó a absorber por la boca un chorro de humo oscuro que salía de todos los orificios de la cabeza del demonio, incluido el que yo le había practicado en la frente. El alma negra de aquel ser ancestral, de una maldad despiadada y remota, se trasladó de lugar y ocupó el interior de Cristina. Toda la figura traslúcida y escultural del *súcubo*, se ennegreció como si hubiera estado expuesta a un horno, llena hasta el último rincón de aquella oscuridad vaporosa. Tenía preso a Adrián en su interior, como un genio en una botella. En el suelo quedó una momia reseca tan liviana como un pergamino egipcio.

Cristina se levantó, me miró y me sonrió por última vez. Durante unos segundos me dije a mí mismo que me había equivocado. Que ahora sería ella la que tendría el poder y nunca nos dejaría en paz ni a Rachel ni a mí. Que debía intentar, al menos, pegarle un tiro, aunque sabía que aquello no serviría de nada. Ella comprendió lo que yo cavilaba o tal vez leyó mi mente y se echó a reír. El sonido me liberó y horrorizó a partes iguales, porque no supe cómo interpretarlo. Pasaron otros tres segundos interminables, en los que la risa de Cristina, el *súcubo*, la *lamia*, la discípula de Lilith, la vieja compañera de Adrián, resonó en mis oídos. Igual que una melodía macabra en una misa negra. Por fin, se detuvo y me miró. Sus pupilas en llamas destacaron y cuando habló su voz era doble: masculina y femenina a la vez.

—Ahora tendrás que cuidar de Rachel especialmente. Su cuerpo empezará a envejecer y a deteriorarse deprisa. Ya no estaré dentro de ella deteniendo el proceso natural. Aunque de todas formas, tampoco tiene demasiada importancia. Los *Aéreos* vendrán pronto y se la llevarán, tenlo claro. Adiós, Toni. Os espero en el Infierno. Al fin y al cabo, tú tampoco tardarás mucho en aparecer por allí.

Se diluyó en el aire, semejando una niebla dispersa hecha de jirones que no tardó en desaparecer. Me quedé un instante quieto. Se había hecho el silencio, la quietud sobrenatural que sobreviene a la tormenta. Me acerqué a Rachel y apoyé mi oído en su pecho. Su corazón se oía latir con ritmo regular. Estaba desmayada, pero por lo demás, parecía estar bien. La cogí de la cintura y me la apoyé sobre el hombro, doblada sobre sí misma. Cogí también su bolso porque ahí llevaría su documentación, teléfono y dinero y nos iban a hacer falta. Necesitábamos salir de allí antes de que apareciera la policía alertada por el disparo y el estrépito de la lucha. Y teníamos

que marcharnos de la ciudad y tal vez del país.

# Hysteria

Lo primero que hice fue dirigirme hacia el Támesis, con el cuerpo inconsciente de Rachel a cuestas. Aunque pesaba apenas un poco más que una niña, pronto empecé a resollar por el esfuerzo. Me deshice de la pistola lanzándola al agua y me senté en el paseo peatonal, al principio del London Brigde. Rachel estaba despertando lentamente del letargo. La apoyé en la barandilla con cuidado. Observé el tráfico en el puente, pero era casi inexistente. Eran las tres de la mañana. Si pasaba algún coche patrulla de la policía, podríamos vernos en problemas muy serios. Necesitaba que Rachel volviera a ser dueña de sí misma y poner tierra de por medio cuanto antes. Un viento húmedo y muy frío subía desde el río hacia nosotros.

Le di varios cachetes suaves en la mejilla y despertó del todo con un gemido de protesta. Después, se inclinó y empezó a vomitar con grandes arcadas. Sólo echaba bilis, como si se estuviera limpiando de los años en que Cristina había ejercido de parásito dentro de su cuerpo. Puse la palma de mi mano en su frente para ayudarle a soportar los espasmos. La piel le ardía como si tuviera fiebre. Cualquiera que pasara por allí pensaría que éramos un par de borrachos, volviendo a casa tras una noche de juerga y echando la pota por el camino.

Cuando estuvo un poco mejor, le limpié la boca con un pañuelo de papel y la ayudé a incorporarse. La cogí de la cintura para sujetarla porque estaba muy débil.

—¿Puedes andar? —pregunté, preocupado.

No contestó. La tomé del brazo y se dejó llevar. Empezamos a caminar hacia la otra orilla del Támesis. Noté cómo temblaba de frío, debido al viento y la humedad que subía del río. Me quité mi cazadora y se la eché encima de los hombros. Luego lo pensé mejor, se la puse bien y le abroché la cremallera, para evitar el aire que se colaba en su cuerpo. Se dejó hacer como un niño enfermo.

—Tenemos que llegar a algún sitio donde buscar refugio —le dije—. Tal vez una cafetería que esté abierta o un pub donde guarecernos. Y pensar bien qué vamos a hacer ahora. La policía investigará el asunto y tenemos que huir lo más lejos que podamos.

Rachel se detuvo y yo tuve que hacer lo propio, pensando que no podría avanzar. Nos quedamos mirándonos. Me di cuenta de que habían aparecido unas pequeñas arrugas alrededor de sus ojos que no estaban ahí antes. Su mirada era confusa y perdida. Miró a su alrededor y me miró a mí, intensamente. En aquel momento supe

que la había perdido definitivamente y para siempre. Rachel era un recuerdo de Rachel.

Suspiré y sentí una enorme frustración que me provocó un nudo en la garganta y unas lágrimas a punto de estallar.

*Dios mío, otra vez no. Por favor, otra vez no.*

Conseguimos llegar con cierta dificultad a la otra orilla, pasando bajo la enorme estructura del antiguo puente de piedra. Nos acercamos a un parque, junto a la Catedral de Southwarky me senté con ella en un banco. Le entregué su bolso y le dije que sacara una cartera interior con sus documentos. Miró su carnet de identidad con una expresión vacía en el rostro. Leyó su nombre sin dar muestras de reconocerlo, y lo mismo le sucedió con su fotografía: parecía estar observando la identificación de una desconocida.

—Te llamas Rachel Weiss. Yo soy Toni Hernández, tu chico.

No dijo nada. Su expresión era ausente y lejana, como si no estuviera allí. Suspiré con muchísimo cansancio acumulado dentro de mí. Cogí sus manos. Me miró, pero me dejó hacer con mansedumbre.

—Es algo largo de explicar, pero huíamos de alguien que quería hacernos daño, desde España. Ahora tenemos que marcharnos. Tengo que decidir adónde. No estás bien… y quizá debamos volver al sitio del cual te saqué.

*El Hospital Psiquiátrico de Teruel.*

Miré a mi alrededor y vi el cartel luminoso de una cafetería abierta 24 horas. La animé a levantarse y nos metimos en el local para tomar algo caliente, quitarnos el frío del cuerpo y sobre todo, pensar con calma en lo que íbamos a hacer. Nos sentamos en una mesa tranquila y pedí dos capuchinos bien cargados y un par de donuts. Rachel miraba a su alrededor sin curiosidad, sin hablar, sin mostrar ningún tipo de interés.

*Está ida.*

La obligué a tomarse el café y obedeció sin rechistar, pero no hubo manera de hacerle comer el donut. La miré con atención. Había algunas canas en sus cabellos. Nuevas arrugas habían aparecido en su frente y alrededor de los ojos. Cristina había dicho la verdad, e incluso se había quedado corta. En un par de horas, Rachel daba la impresión de haber envejecido diez años y ahora aparentaba unos treinta y cinco. Si bien seguía pareciendo más joven de lo que indicaba su edad real, el proceso se estaba revirtiendo de manera drástica y muy rápida. Muy pronto aparentaría los cuarenta y cuatro que en realidad tenía.

Empecé a pensar en qué hacer. Teníamos que coger el próximo vuelo a España. Si teníamos suerte, quizá hubiera alguno que nos dejara cerca de Teruel, que carecía de aeropuerto internacional.

Debía llevarla al hospital y explicarle al doctor Valcárcel lo que había sucedido y que pasase lo que tuviese que pasar. Esperaba no tener problemas para que la atendiesen de nuevo, después de tantos meses desde la huída.

¿Y qué hacer con mi equipaje, que continuaba en el hotel Savoy? Volver allí a por él se me antojaba arriesgado. Tuve una idea, de repente. Llamé al número que aún conservaba en el móvil y hablé con el empleado de noche. Le expliqué que necesitaba de ciertos servicios del hotel. Me preguntó cuáles eran esos servicios. Contesté que necesitaba que me averiguasen el primer vuelo que salía hacia España, me daba igual la ciudad de destino. Y necesitaba que me enviasen mi maleta, que contenía mis ropas y mis escritos al propio aeropuerto urgentemente para que llegara a tiempo. Me pidió que esperase un momento. Lo oí trastear en los teclados de algún ordenador. Me dijo que el próximo vuelo (a Madrid), salía a las nueve y media de la mañana, de Heathrow a Barajas con *British Airways* y que aún quedaban billetes. Eché un vistazo y vi que aún no eran ni las seis de la mañana. Le dije que los comprase on-line, y que los cargase a mi número de cuenta, más los gastos de comisión del hotel por la gestión y el envío del equipaje. Me aseguró que lo haría y que no tendría que preocuparme por la maleta: saldría enseguida y la facturarían en el aeropuerto directamente. Me pregunté dónde estaría la de Rachel, pero la di por perdida sin remedio.

Cuando colgué, pagué los cafés y salimos hacia la próxima parada de metro. Nos dirigimos directos a Victoria Station, para coger un enlace de tren hasta el aeropuerto. En los vagones, Rachel iba sentada a mi lado, imperturbable. Yo le hablaba, de vez en cuando, pero no me prestaba atención ni respondía. Llegamos a Heathrow sobre las ocho y media. Recogí los billetes en el mostrador y pregunté por mi equipaje. Me aseguraron que ya estaba en las bodegas del avión y que llegaría a su destino en Madrid puntualmente, con nosotros.

Pasamos el control de aduanas sin mayores problemas. Reflexioné preguntándome si la policía habría encontrado el cadáver casi disecado de Adrián y qué habrían pensado de aquello. Puede que ni siquiera se hubieran percatado de nada, aunque lo creía poco probable. Pero el hecho de que pasáramos el control de seguridad indicaba que no nos estaban buscando. Embarcamos, nos sentamos en nuestros asientos y el avión despegó puntual, rugiendo como un dragón mitológico. Miré a Rachel, dormida a mi lado y pensé en todo. En cuánto habíamos pasado juntos. En que nos habíamos deshecho de Adrián y Cristina, pero el precio a pagar había sido alto. Rachel no estaba bien (de hecho, estaba peor que

nunca), y además… ahora sí que aparentaba la edad que tenía: una mujer en la mitad de la cuarentena, con todo lo que conllevaba aquello. Sin embargo, seguía tan preciosa como siempre y su figura no había sufrido cambios significativos. Aún se le veía esbelta y su cinturita de avispa seguía tal cual. En su rostro había más arrugas y en su cabello más canas, eso sí, pero seguía siendo la mujer hermosa que yo había conocido en 1986.

Me sentí agotado y empecé a llorar en silencio, mirando por la ventanilla del avión. Sentí que la frustración ganaba la batalla a mi resistencia. Estuve un buen rato así, hasta que sentí la mano de Rachel apretando la mía, como una especie de gesto de comprensión y apoyo. No me atreví a volverme a mirarla, quizá por miedo a que se rompiera el hechizo. Cuando por fin dejé de sentir su piel en la mía, la miré. Estaba dormida como un niño. Y así continuó hasta que aterrizamos en Madrid, una hora y media después.

# Quinta parte

## Aragón (II)

# A tale that wasn't right

En el aeropuerto de Barajas acompañé a Rachel al servicio. Ni siquiera hablaba para indicar que tenía ganas de orinar. Tuve que obligarla a entrar en el baño. Permanecía silenciosa, mansa como un corderito, y a mí se me partía el alma al verla así. Observar que su vitalidad, su alegría de vivir y su esencia como persona se habían perdido, me destrozaba por dentro y una tristeza profunda se había instalado en mí.

Recogimos el equipaje y desayunamos en una cafetería por pura inercia. Ninguno de los dos tenía apetito, pero era necesario retomar una rutina lo más normal posible, cuanto antes. Rachel bebió zumo y mordisqueó una tostada con desgana. Luego la dejó en el plato y me miró sin decir nada. Intenté sonsacarle alguna palabra, pero fue imposible. Era como si su cerebro hubiera desconectado la capacidad de hablar.

Nos dirigimos a una agencia de alquiler de coches y nos llevamos un Peugeot pequeño: no necesitábamos más, nuestro equipaje era exiguo. Salimos del complejo aeroportuario y nos dirigimos a la M-40. El día en la capital era frío, pero luminoso y despejado: un perfecto día de invierno. Rachel volvió a dormirse en cuanto el coche empezó a rodar. Tomamos el desvío de la A-2, dirección Zaragoza y empezamos a hacer kilómetros por la autovía hacia el norte de la provincia de Guadalajara. En Alcolea del Pinar, cambiamos a una carretera de doble sentido: la Nacional 211, y empezamos a descender hacia el sur, hasta enlazar con la autovía Mudéjar, que conecta el Levante con Aragón.

Llegamos a Teruel hacia las dos de la tarde. Salí de la carretera y enfilé la entrada de la ciudad, hacia el Psiquiátrico. Rachel se despertó cuando llegábamos al aparcamiento del hospital. Le abrí la puerta y nos dirigimos a la entrada del edificio. La cogí del brazo y avanzamos los dos despacio, como dos ancianos en tiempos de guerra. Ella se dejó hacer sin mostrar ningún signo de mejoría. Ahora tocaba el trámite burocrático de preguntar en el mostrador de Admisión por el doctor Valcárcel, que se encontrara trabajando y que quisiera-pudiera atendernos. Por fortuna (algo de fortuna también nos merecíamos) no hizo falta: tanto el doctor como Julia, su enfermera, se encontraban junto al mostrador, tomando unos cafés de máquina junto a otros compañeros, charlando y riendo, en un paréntesis laboral de alguna guardia de muchas horas.

Nos vieron entrar y nos reconocieron al instante. Se miraron los

dos y se acercaron a nosotros sin demora. Leí en sus ojos la preocupación sincera de los buenos profesionales de la salud. Valcárcel me tendió la mano sin demora.

—Dios santo, ¿cuánto tiempo lleva usted sin dormir? —fue lo primero que me preguntó—. Se llamaba usted Toni, ¿verdad?

Supuse que mi cara debía ser un auténtico poema, un mapa de la Tierra Media después de la devastación de Sauron y sus *Nazgûl*. Sonreí con tristeza, asintiendo mientras le estrechaba la mano.

—Lo mío no importa. Es Rachel la que me preocupa. Está… muy mal. Ausente. No habla ni reacciona.

Valcárcel y Julia cruzaron una mirada, aún más preocupada que la de antes.

—Le dije que no se la llevara, Toni. Le advertí que podía ser peligroso. Estaba en pleno tratamiento —respondió el médico—. ¿Ha tenido algún shock? ¿Alguna fuerte impresión?

Cerré un segundo los ojos y recordé que había tenido *varias* fuertes impresiones.

—Mucho me temo que sí. No he sabido cuidar bien de ella, doctor. Yo no…

Noté que me temblaban las piernas y me mareaba. Julia se acercó a mí, para sujetarme, mientras Valcárcel miraba los ojos de Rachel.

—Es posible que esté catatónica. Tendrá que ingresar de inmediato. Nosotros nos ocuparemos de ella y la cuidaremos bien, no se preocupe.

Sentí un gran alivio y suspiré despacio. Me seguía sintiendo débil como un pajarito que se ha caído del nido y no tiene fuerzas para levantar el vuelo. El médico me miró. Se acercó y me observó de cerca. Las ojeras me llegaban al suelo.

—Toni, usted también tendrá que ingresar. Necesita descansar. Está destrozado anímica y físicamente. Y muy delgado. No sé cómo puede mantenerse en pie.

*¿Ingresar allí, junto a Rachel? ¿Descansar? Sí, no sonaba tan mal, después de todo.*

—Me temo que no podré pagar mi estancia, ni la de ella. Apenas me queda dinero. Tengo que encontrar un trabajo. Quizá me admitan en el último sitio en el que estuve empleado aquí.

El médico y Julia negaron los dos a la vez. Fue la mujer la que habló por primera vez.

—No se preocupe por eso, la Seguridad Social se hará cargo de los gastos sanitarios. Ahora lo importante es que descanse, se recupere, le tratemos ese insomnio y gane peso. Créame, usted no está en condiciones de trabajar.

Señalé hacia el aparcamiento.

—Tendré que coger mi equipaje. Y devolver el coche a la oficina de alquiler.

Ella me pidió la llave del vehículo, salió afuera, cogió la maleta y volvió arrastrando sus ruedas por el suelo de mármol del hospital. Miré a Rachel. Estaba inmóvil como una estatua. Me sentí triste y extremadamente cansado al verla así. Julia llegó junto a nosotros e insistió en llevar ella el equipaje. Sonrió y se giró hacia mí.

—Salgo dentro de una hora. Lo devolveré yo misma a la oficina de Avis que hay en el centro, si le parece bien. Además, vine en el autobús y me pilla casi de paso. Me ahorraré el billete.

Asentí despacio, mientras caminábamos hacia el pasillo que llevaba a las plantas de las habitaciones. Valcárcel había decidido el ingreso de ambos de inmediato y se acercó a Admisión para comunicarlo allí. Después nos alcanzó en los ascensores. Penetramos en uno de los que estaban destinados al personal sanitario y subimos a la segunda planta. Julia se llevó a Rachel a su antigua habitación, que curiosamente, permanecía vacía. Antes de que lo hiciera, la besé en la frente. Rachel ni se inmutó, permaneció estática como una piedra.

—Luego te veo, mi amor —le dije sin esperar contestación.

Ellas se marcharon y nosotros fuimos al despacho del doctor Valcárcel. El mismo lugar donde el año anterior habíamos charlado largo y tendido sobre Rachel y su enfermedad. Nos sentamos cada uno en la silla de la última vez, con la mesa del médico separándonos.

—Necesitan descansar cuanto antes, Toni. Usted y ella. ¿Se ve con fuerzas para hablar conmigo antes de pasar a su habitación? ¿Tiene hambre? ¿Prefiere dormir?

Sonreí ante la avalancha de preguntas del psiquiatra.

—Estoy cansado, pero no tengo apetito ni sueño, la verdad. No me importa hablar.

Él me devolvió la sonrisa y tomó un bolígrafo y un par de folios para tomar notas de la conversación.

—Bien, Toni. En ese caso, cuénteme todo lo ocurrido. Desde el principio. No se deje nada en el tintero. Es muy importante para poder resolver bien el caso.

Suspiré, largo y tendido. En ese momento tenía paz, tranquilidad y estaba en un sitio. Sin embargo, el desasosiego me embargaba. Recordé que Rachel me había dicho que Adrián controlaba el lugar y al propio médico, cuando salimos huyendo de allí. Pero Adrián ya no existía. ¿No?

—No sé si me creerá, doctor.

Valcárcel se echó a reír, de forma franca. O eso me pareció.

—Le sorprendería saber la capacidad de comprensión que tengo.

No tenga miedo. Cuénteme absolutamente todo, Toni.

Asentí despacio, ordené mis pensamientos y le conté lo que había sucedido, desde el principio.

# Sleeping (in the fire)

*TERUEL, 25 DE NOVIEMBRE DE 2005*

*INFORME MÉDICO-PSIQUIÁTRICO Nº 1623. A cargo del doctor Sebastián Valcárcel Ademuz.*
*Nº de colegiado: TE/ 28669. Comunidad de Aragón. Reino de España.*
*Paciente: Antonio Hernández Valverde.*
*Edad: 33 años*
*Peso: 75kg*
*Altura: 1,79cm*
*Complexión: Normal*
*Raza: Caucásica*
*Descripción/Antecedentes/Posible diagnóstico:*
*Paciente de rasgos psicóticos-paranoides, con alto grado de disociación de la realidad y elevado índice de invención deliral y alucinatoria. Posible esquizofrenia, de aparición intermitente, que remite con tratamiento de Haloperidol y Clozapina. Reacciona bien al tratamiento mixto, con especial tolerancia al benzopirol y las terapias ocupacionales. Muestra una asombrosa capacidad mnemotécnica, se adapta bien al aprendizaje multifuncional y coopera con mansedumbre, sin signos de agresividad. El paciente muestra leves tendencias suicidas que se agravan en los días cortos y oscuros del invierno y que ceden con tratamiento de fotosensibilidad. También insomnio crónico, posiblemente derivado de cavernoma cerebral (provocado por accidente de tráfico hace quince años) hallado fortuitamente en lóbulo frontal del hemisferio izquierdo, a raíz de un TAC realizado para concretar recuento neuronal. Valoramos el insomnio como probable causa desencadenante de los trastornos ocasionados, o al menos, como acelerante y potenciador de los mismos.*
*Físicamente es un individuo sano, con los percentiles habituales en pacientes de su edad. Huesos bien calcificados, musculación normal, aparatos digestivo, circulatorio y respiratorio conforme al estándar de Stevenson. Sus niveles hormonales, de glucosa y colesterol son normales y su presión arterial conforme a parámetros.*
*Antecedentes y posible diagnóstico:*
*El señor Hernández lleva en nuestra unidad y recibiendo tratamiento continuado desde febrero del año pasado. Ingresó de "motu propio", aconsejado por mí mismo al sufrir un episodio de disociación muy grave, con delirios paranoides que nos llevaron a tomar la decisión de ingresarlo para comenzar con la terapia cuanto antes.*

*Nuestro paciente fue detectado, de hecho, diez meses antes, en abril de 2003, cuando apareció en nuestro hospital preguntando por una tal "Rachel Weiss", que según sus palabras, se encontraba ingresada en el centro, aquejada de la misma enfermedad que él padece, curiosamente. La enfermera de nuestro equipo, Julia Huertas, fue la primera en hablar con él, negando esta información. El paciente, en cambio, refiere que habló con la tal Rachel (acompañado incluso de la propia enfermera) durante varios días en los que permaneció en la ciudad, visitándola a menudo y conversando con ella.*

*Yo mismo tuve una conversación con él, interesándome por su insomnio y en seguida caí en la cuenta de que podía estar afectándole a nivel neuronal. El señor Hernández insiste en que tuve una charla con él acerca de Rachel en la que hablamos de la enfermedad de ella. Y en que traté de impedir que se marchara con la chica. Efectivamente, traté de impedir que se marchara, pero no había ninguna mujer con él. Comprendí que necesitaba tratamiento de inmediato. No me hizo caso alguno y se marchó en su automóvil hasta que volvió a aparecer por aquí, casi un año más tarde. En su delirio, regresaba con Rachel. Tratamos, como se dice vulgarmente, de "seguirle la corriente", para propiciar y facilitar su ingreso y tratamiento inmediato.*

*Lo más asombroso de todo es que tiene todos esos delirios escritos en libretas escolares. Hemos podido repasar y reconstruir los hechos gracias a estos testimonios valiosísimos en los que el señor Hernández detalla con todo lujo de detalles su vida, desde la adolescencia (en los que conoció y se enamoró de la tal Rachel Weiss), hasta la vida de ella (escrita de su puño y letra), en la que narra la batalla personal de la mujer con unos supuestos "demonios" que la persiguen y poseen. Más tarde narra la vida de ambos, al reencontrarse en este hospital, el escape de la ciudad, la vida en común en París, y el final de esos demonios en Londres. Y la vuelta a Teruel para ingresar a Rachel, deshecha mentalmente por estos acontecimientos alucinantes. En honor a la verdad he de decir que jamás en toda mi carrera me he enfrentado a un caso tan complejo y fascinante como éste. Los hechos que relata en los cuadernos son completamente verosímiles (dentro de lo excepcional y alucinante que es narrar una historia de "demonios y poseídos") y están detallados con coherencia y realismo. Incluso narra que él mismo mató a uno de ellos (y "Rachel" a otro, aquí en Teruel), con una pistola que le había regalado el dueño de un local en el que supuestamente trabajó (hechas las investigaciones pertinentes, se ha llegado a la conclusión de que es un delirio más: ni trabajó aquí, ni recibió ninguna pistola, ni mató a nadie).*

*Lo primero que hicimos en cuanto ingresó en nuestra unidad, fue valorar hasta qué punto debíamos permitirle que siguiera creyendo en esos delirios sin perderlo definitivamente. Queríamos evitar a toda costa que*

*se volviera un paciente irrecuperable. Decidimos alternar una de "cal y otra de arena", valga el dicho popular. Le dejamos que siguiera creyendo que "Rachel" existía, pero le prohibimos terminantemente que la "visitara" en ningún momento.*

*Se tomó muy mal la decisión de no poder ver a su "amada" y hubo que incomunicarlo en varias ocasiones. Nos amenazaba a menudo y estuvo una larga temporada deprimido y enfadado, pero al final terminó aceptando la situación.*

*Nos dimos cuenta de que el propio relato escrito por él podía jugar a nuestro favor. Dado que había escrito que a Rachel vendrían a llevársela unos demonios denominados "Aéreos", con los que ella había pactado para librarse de otros, y que el plazo cumplía precisamente, a primeros de este año, aprovechamos la ocasión para informarle de que Rachel había "muerto". De esta manera enfatizábamos en la desaparición del personaje y así terminábamos con el objeto del delirio.*

*Se lo tomó muy mal y exigió que le mostrásemos el cadáver. Nos decía que los culpables de su muerte habíamos sido nosotros y que los "Aéreos" se la habían llevado porque no habían encontrado quien defendiera a Rachel. Lloró con amargura (y nos rompió el corazón a todos los integrantes del equipo, al verlo), como un niño.*

*Hemos llegado a la conclusión de que debemos reforzar el argumento de la muerte de Rachel de alguna manera. Dada la imposibilidad de mostrarle el cadáver de alguien que no existe, se ha valorado la opción de permitirle visitar el cementerio y que busque la tumba en él. Hay varios sepulcros y panteones antiguos que carecen de fechas y nombres que pueden cumplir perfectamente con la función. Su imaginación hará el resto. Una vez pase el trance y complete el duelo por la "muerte de Rachel", será más fácil obtener la completa curación, apoyada en la medicación obligatoria de por vida.*

*El caso es tan importante que la comisión ha decidido incluirlo en nuestras investigaciones financiadas por la Unión Europea, como un desafío de la Psiquiatría moderna y una futura esperanza de completa salud mental en la mayor parte de la población mundial.*

*Firmado: Sebastián Valcárcel Ademuz, doctor en Psiquiatría Clínica.*

# Epílogo

## Like an angel

El hombre atravesó las calles del casco antiguo de la ciudad, rumbo al cementerio. El viento frío lo hostigaba sin descanso, soplando desde las cumbres que se recortaban al oeste, como guardianes de la eternidad. El psiquiatra y la enfermera lo seguían a una distancia prudencial intentando evitar que se percatase de su presencia, supervisando la operación para que todo saliese bien. Aún no era el momento de que ellos hiciesen su aparición en la obra de teatro que se estaba llevando a cabo.

El hombre llegó al camposanto y penetró en él, con oscuros pensamientos en su cabeza. Buscaba una tumba; aquélla donde reposaban los restos de la mujer que siempre había amado, desde que era casi un niño. El ángel que había bajado a la Tierra para cuidar de él, para no dejar que se perdiera entre las brumas de su mente. Y él… no había sido capaz de cuidar de ella. Había dejado que aquellos seres se la llevaran. Los médicos no le habían dejado verla, pero eso no era excusa. Debería haber estado con Rachel, protegiéndola, como ella había hecho con él. Habían pasado tanto juntos en el pasado… y al final le había fallado. Se había enfrentado sola a la muerte, a la llegada de esos *Aéreos* que la reclamaban para cobrar su parte en el pacto que antaño había hecho con ellos.

Miró primero en la zona de los nichos, pero Rachel no estaba allí. Después en los panteones: imponentes y frías moradas de los muertos, pero tampoco era el lugar de su reposo. Fue en la hilera de tumbas en el suelo donde la encontró, por fin. Estaba fabricada en mármol blanco y no especificaba nombres ni fechas, pero el hombre sabía que era aquél su último hogar. Algo dentro de los huesos se lo decía, con la certeza de lo inefable.

Había un angelito tallado en la lápida, llorando afligido. Parecía pedir cuentas a Dios, pero sólo obtenía el silencio como respuesta. Se fijó en el texto esculpido en la piedra y lo leyó en silencio:

"*Aquí yazgo esperando el día de la resurrección. Fui bien amada por algunos y maldecida por otros. Ahora aguardo tu llegada en la fría*

*morada en la que me encuentro.”*

—Aquí estás, amor mío —balbuceó—. Aquí estás, por fin.

Se hincó de rodillas y empezó a llorar sin consuelo. El llanto le hacía temblar todo el cuerpo con una virulencia terrible. Los espasmos musculares le provocaban dolor, pero nada le dolía más que no estar en esa tumba con Rachel. ¿Por qué él continuaba vivo y ella había muerto? ¿Por qué Dios dejaba vivo a quien no lo merecía y se llevaba a los seres buenos, junto a Él?

—Perdóname, Rachel —susurró entre lágrimas—. Perdóname, amor mío. Perdóname por no estar a tu lado en tu hora más oscura.

Se quedó allí, sufriendo el dolor de la ausencia y el frío que se colaba en sus huesos. Aguantándolo todo como una penitencia que aceptaba gustoso y que prolongaría hasta el infinito sólo por poder verla una vez más. Por poder ver aquellos ojos negros, profundos pozos de sabiduría y amor, fijos en los suyos. Sintiéndose el ser más desdichado y experimentando el Infierno en la Tierra, abandonado por todo y todos. Abandonado por su gran amor. La única persona que lo había querido y aceptado sin reservas.

Oyó unos pasos y unos carraspeos discretos detrás de él y los vio allí. El doctor y la enfermera. Aquellos que trataban de convencerlo de que Rachel no era real y a pesar de todo, lo habían dejado visitar su tumba. ¿Por qué? Si no lo creían, ¿para qué dejarlo pasar aquel mal rato? Era una estrategia, seguro. Ellos querían, *deseaban*, que dejase de creer en ella. Quizá pensaban que era necesario pasar el duelo para curarse. Pues bien, si ellos querían que aquello pasara, así sucedería. Se olvidaría de Rachel. Se olvidaría de todo. Rachel sería entonces un producto de su mente. Si los médicos consideraban que era mejor negar su recuerdo, lo haría. Quería escapar de aquel psiquiátrico y volver a casa, al sur, para seguir pensando en Rachel cada día.

*Fingiría.*

***

Los dos profesionales de la salud le ayudaron a levantarse. Julia, la enfermera, notó cómo se le rompía el corazón al ver llorar a su paciente ante un túmulo anónimo. Había llegado a desarrollar una enorme simpatía hacia Toni. Era su favorito. Sensible, inteligente y generoso. Desde el día en que lo conoció y supo de sus delirios por aquella mujer imaginaria, comprendió que había amores que si no existían, deberían hacerlo. Porque el mundo era un lugar mejor cuando sucedía de verdad.

El doctor Valcárcel se sentía satisfecho. Habían dado el último paso necesario para la recuperación de Toni. Ahora sólo era

cuestión de tiempo. El tiempo era el gran sanador, mucho más que el mejor de los médicos. Las heridas siempre acababan cerrándose y cicatrizando. Y al final, sólo quedaba el recuerdo del dolor, no el dolor mismo. Quedaba una pena antigua, casi anecdótica, escondida en lo más recóndito del interior del paciente.

Con el crepúsculo, llegó el frío. Y con el frío se marcharon los tres personajes del cementerio, como sombras en la oscuridad que han decidido dar un paseo y salen de sus ataúdes con urgencia, buscando mitigar su soledad entre los vivos.

# Post

## epíloGo

# In Memoriam

El subinspector Rojas apagó el cigarrillo en el suelo, pisándolo con la puntera del zapato concienzudamente. Se lo quedó mirando y pareció pensarse mejor el destino de la colilla aplastada. Se agachó y lo cogió, depositándolo después en un cenicero situado a la entrada del hospital psiquiátrico. La puerta doble de cristal se abrió a su paso con un zumbido mecánico, invitándolo a cruzar el umbral.

Atravesó el recibidor de cuatro zancadas y giró hacia la cafetería. El aire acondicionado estaba demasiado alto, en su opinión. No se explicaba cómo la gente no cogía una pulmonía allí. Penetró en el local y se fue directo hasta una mesa, junto a las ventanas en la que le esperaba sentado el doctor Valcárcel tomándose un café con leche y leyendo un diario. Junto a él había una carpeta con unos expedientes. Rojas se sentó enfrente y estrechó la mano del médico con familiaridad.

—Hola, doc.

—Inspector…

El camarero se acercó a la mesa y Rojas pidió un carajillo corto de brandy. Sin azúcar. Se atusó la barba entrecana y después se rascó el antebrazo izquierdo donde tenía tatuado un dragón escupiendo fuego.

—En realidad soy subinspector, pero gracias de todos modos.

Valcárcel sonrió con condescendencia.

—No sea modesto, hombre. Ya me he enterado de que lo van a ascender.

Rojas rió, un poco incómodo.

—¡Vaya! Las noticias vuelan. ¿Qué será lo próximo? ¿Me va a dejar mi mujer y yo aún no me he enterado? ¿Me tocará la lotería y me jubilaré?

El camarero regresó con el carajillo y lo puso delante del policía. Este hizo ademán de sacar la cartera, pero el psiquiatra se lo impidió con un gesto.

—Yo invito.

Rojas asintió, conforme. Genial. Casi nunca lo invitaba nadie. A nada. Era el poli más invisible de toda la provincia. Le dio un trago al café y fijó su mirada en Valcárcel.

—El comisario me dijo que quería verme, doctor. Aquí me tiene.

El médico asintió y cogió la carpeta que había junto al

periódico.

—Se trata de mi paciente, el señor Hernández. Estamos valorando darle el alta. Creemos que ya está lo suficientemente recuperado para salir de aquí e intentar hacer una vida lo más normal posible.

Rojas hizo ademán de sacar un cigarrillo del bolsillo de la camisa, pero luego recordó que allí no se podía fumar. Ni allí ni en ningún sitio, qué coño. Qué asco de todo. Iban a acabar prohibiendo que la gente follara. Cogió la taza y le dio un buen tiento a su café con brandy.

—Bueno, me alegro mucho por él, pero no entiendo qué tiene eso que ver conmigo.

El psiquiatra sonrió, comprensivo. Se dijo que los policías de ahora copiaban a los de las series de televisión, de manera inconsciente. Igual que los mafiosos hacían con sus reflejos en el celuloide. Claro que… ¿no imitaban también los médicos a *House*? *El arte imita a la vida*. ¿O era al revés?

—Verá, me gustaría hacerle unas preguntas acerca del día que usted lo conoció. Ya sabe, cuando se dejó caer por la comisaría preguntando por Rachel Weiss. ¿Podría contarme lo que recuerda de aquello?

Rojas resopló, entrecerró los ojos, frunció el ceño y se concentró, haciendo memoria.

—Bueno, yo actué con él siguiendo las órdenes del comisario. Me dijo que usted le había rogado que le siguiéramos la corriente sobre ese tema, si aparecía por allí. Pues bien, eso hice. Improvisé sobre la marcha e inventé una historia sobre esa mujer imaginaria, explicándole que había aparecido en la ciudad procedente de un tren que venía del norte y que lo hizo sin ningún tipo de documentación. Le dije que había pasado la noche con nosotros, después de recogerla en un parque, desvariando. Y que la habíamos trasladado aquí. En esto último obedecí las órdenes del jefe, que al fin y al cabo, "provenían" de usted…

Valcárcel asintió y terminó su propio café. Con la cucharilla rebañó el azúcar del fondo de la taza y después se la llevó a la boca, paladeándola. El policía lo miró con cara de asco.

—El azúcar no es buena, doctor. No se coma esa mier…

—El alcohol y el tabaco tampoco y yo no le doy la murga —lo cortó el otro.

Rompieron a reír al unísono, como dos críos que han salido indemnes de una travesura especialmente graciosa. Rojas también terminó el café y volvió a hacer el gesto de sacar tabaco. Esta vez no se molestó en maldecir y quedó en silencio, esperando las preguntas del médico.

—¿Investigó sus antecedentes? ¿Su vida en el sur y en el norte?

El policía cabeceó con parsimonia.

—Estaba limpio. Había tenido una juventud relativamente normal, aunque muy solitaria. Tuvo un accidente de moto, quedó en coma seis meses, despertó después amnésico y rehízo su vida, recordando poco a poco. Luego estuvo casado durante unos años y se divorció mientras se trasladaba al norte, buscando a esa Rachel que sólo existía en su cabeza.

El psiquiatra torció el gesto.

—Ha dicho que tuvo una juventud solitaria. ¿Seguro que no tenía amigos en el sur?

—Ninguno en absoluto —confirmó Rojas—. Fue un lobo solitario hasta que se casó. Trabajaba en empleos de poca monta y escribía. Parece que estaba empeñado en convertirse en escritor profesional.

Valcárcel tenía una mirada brillante y perdida en la ventana.

—¿Sabe qué es lo más gracioso? Que ha escrito una auténtica novela. Inventó que tenía una pandilla de amigos en su adolescencia, que se enamoró de Rachel, que la buscó en el norte, que la poseyeron varios demonios…

El policía silbó con admiración.

—¡Joder!

El médico asintió, pensativo.

—Lo más alucinante de todo es que es una historia con cierta coherencia. La ha escrito describiendo hasta el último detalle. Incluso se ha permitido hacer un último capítulo, aquí, en el hospital.

—¡No me joda! —exclamó Rojas. Luego se excusó—. Disculpe.

Valcárcel hizo caso omiso y sacó una cuartilla escrita a mano de su carpeta de expedientes.

—El año pasado lo sometimos a un experimento para ver si pasaba el duelo por la “muerte” de esa supuesta mujer. Lo seguimos hasta el cementerio y él se autoconvenció de que estuvo delante de su tumba, diciéndole adiós. Después encontramos estos folios manuscritos escondidos en su habitación. En ellos se narra una supuesta escena en la que Rachel se despide de él y le cuenta que unos demonios denominados *Aéreos* han venido a por ella, para llevársela al otro mundo, al infierno o vaya usted a saber dónde…

Rojas no dijo nada, procesando la información como era habitual en su método de trabajo.

—Hablé con la dueña de la pensión donde se hospedó, en Oviedo —dijo, segundos después—. Me dijo que estuvo en su establecimiento un par de meses. Que siempre se comportó bien, educadamente y con corrección. Pagó religiosamente y no dio

problemas. Pero estaba preocupada por él, porque nunca dormía. Decía que casi siempre tenía mala cara. También me contó que allí también leía y escribía mucho. Supongo que narraba toda esta historia que su mente fabulaba. También me puse en contacto con su ex mujer, que vive en el sur, pero no quiso saber nada de él. No cooperó nada. Me dijo que para ella estaba muerto. No pude hacer nada al respecto, al fin y al cabo no estaba acusado de nada. Cuando le insinué que su ex marido estaba enfermo, ingresado en un psiquiátrico, me colgó el teléfono.

Le tocó al psiquiatra asentir ahora. Miró al subinspector a los ojos y sonrió. Le tendió el folio manuscrito.

—¿Le gustaría leer lo último que escribió? Se supone que es la propia Rachel quien habla a través de su mano. Una Rachel que recupera la cordura antes de morir, como don Quijote.

Rojas alargó la mano y cogió la cuartilla. La escritura era apretada, pero perfectamente legible. Sacó unas gafas para ver de cerca y se enfrascó en la lectura.

# Forever And One

*Queridísimo Toni:*

*Ha llegado la hora de decirte adiós, esta vez para siempre. Anoche vinieron a verme los Aéreos. Aunque en realidad, sólo lo hizo Satanachia, en representación de los veinticuatro. Me dijo que volverá en breve para llevarme, que siempre reclaman el pago cuando se pacta con ellos. Cuando leas esta líneas yo ya habré muerto y tú habrás visitado mi tumba en el cementerio.*

*Sólo soy una mentira creada por tu mente. Un ideal inventado por ti para tapar la inmensa soledad que sientes dentro de tu alma, amor mío. Ahora debes dejarme ir, debes olvidarte de mí y continuar con tu vida. Debes volver a tu casa, al sur, allí donde nos conocimos. Allí donde los crepúsculos en primavera son tan largos y la luz tiene un color especial. Allí donde naciste y donde algún día morirás.*

*Hemos pasado mucho juntos, aunque todo haya sido una gran mentira. Hay mentiras que deberían ser ciertas, y esta es una de ellas. Porque una mentira en la que dos personas se aman y luchan contra todo y contra todos para llevar a cabo ese amor, es una cosa bella. Es una flor delicada que cualquiera debería cuidar. Es una orquídea venenosa que puede matarte y hay que admirar a distancia.*

*Me conociste muy joven, me amaste y te amé. Viniste a buscarme, me salvaste de los malos y yo te salvé de la soledad que desgarraba tu corazón, día a día. Luchamos juntos contra los demonios, siempre fuimos tú y yo contra el mundo, cariño mío.*

*Fuimos felices en París. Nos amamos con el cuerpo y con el alma, hasta la extenuación. Nos fundimos en uno solo y compartimos caricias, besos, deseos, ansiedad y silencios. En Londres me apagué; tu mente se estaba preparando para dejarme ir. Tú me ayudaste y yo sólo puedo decirte: gracias, mi amor.*

*Ahora esto se ha terminado. Ahora tienes que dejar que me marche, liberarte de mi recuerdo, de mi influencia. Tienes que ser un hombre libre, alguien que no le tenga miedo a la propia vida, que busque cada día un motivo para seguir adelante, que respire fuerte al amanecer y duerma como un niño al llegar la noche. Alguien que tenga sueños tranquilos y esperanzas para el futuro.*

*Sé cuánto te dolerá porque a mí, aunque yo sea una mentira, algo que no existe, también me duele dejarte. Te dije varias veces que si existía era gracias a ti y en eso no te estaba engañando.*

*No mires atrás. No mires nunca atrás. El pasado son las huellas en el desierto que el viento borra poco después de tu paso y dejan de existir.*

*El futuro es el oasis que encontrarás más adelante. Búscalo, pero no pierdas de vista el presente, que es ese camino que estás recorriendo y que es lo único verdaderamente real que tienes. Huye de los triunfalismos y de las derrotas del corazón. Camina erguido siempre. No le niegues tu ayuda a quien te la pida. Búscate dentro de ti mismo, no te mientas ni mientas a los demás, ni siquiera por piedad. Sé un buen hombre. Sé un mejor hombre que tu padre.*

*Y no dejes de buscar el amor que me diste a mí. Te quiero y siempre te querré.*

*Adiós, mi dulce Toni.*

*Tu Rachel.*

Cuando Rojas terminó el texto, después de leerlo dos veces, le devolvió el folio a Valcárcel en silencio. Tenía un nudo en la garganta y algo parecía habérsele metido en el ojo que le hacía lagrimear. El psiquiatra sonrió.

—¿Impresiona, verdad?

Rojas asintió, distraído.

—Mucho. Ese paciente suyo empezó a escribir su vida y acabó escribiendo una novela.

Permanecieron en silencio unos segundos, mientras el médico devolvía el folio al interior de la carpeta.

—¿Así que le van a dar el alta? —preguntó, levantándose para marcharse a comisaría.

Valcárcel lo imitó. Tenía que volver a su despacho y a sus visitas. Se debía a sus pacientes.

—Sí, próximamente.

Caminaron juntos hacia la salida. Rojas sintió un escalofrío. No supo si achacarlo al aire acondicionado o a la carta que acababa de leer escrita por un enfermo mental que hacía un esfuerzo por volver a la "normalidad". Sólo sabía que tenía mucha gana de salir al exterior y fumarse un *Marlboro*.

—Ojalá tenga suerte. Cuídese mucho, doctor —le dijo, estrechándole la mano a modo de despedida.

El psiquiatra sonrió y asintió.

—La tendrá. Cuídese usted también y gracias por venir.

Salieron de la cafetería cada uno en una dirección distinta. Rojas atravesó las puertas de salida y encendió un pitillo. La mano que sujetaba el encendedor le temblaba. Soltó el humo y suspiró. Se dirigió a su coche, encendió la radio y arrancó el motor. Se quedó unos segundos allí, pensando y escuchando música. Por un momento tuvo la extraña sensación de no existir, de ser sólo la invención de alguien. Después sacudió la cabeza, como quien

espanta un mal pensamiento, puso la primera y pisó a fondo el acelerador para salir del aparcamiento del psiquiátrico.

# Final

## The search is over

El doctor Valcárcel me ayuda con la pesada maleta y se la pasa al taxista. Éste la acomoda en el maletero del vehículo y luego se pone al volante, esperando que yo me despida del médico y me acomode en el asiento trasero. Bajo la ventanilla y saco mi mano derecha para estrechársela.

—Gracias por todo, doctor Valcárcel —murmuro con una media sonrisa en los labios.

*La sonrisa de un hombre mentalmente sano y aceptablemente feliz.*

—Cuídese mucho, Toni. ¡Y mucha suerte!

El taxi arranca rumbo a la estación de tren. Miro hacia atrás y veo la figura del psiquiatra haciéndose cada vez más pequeña, hasta que sólo queda un punto borroso. Mi sonrisa se deshace también y se reduce a la nada.

El tren avanza despacio, parece que no va a llegar nunca. Ha hecho mil paradas en estaciones desoladas, vacías de viajeros, andenes solitarios que parecen sacados de una película del oeste. Ha atravesado bosques y llanuras, ha cruzado puentes sobre ríos y túneles en las montañas. Su velocidad es tan poca que, a veces, parece estar parado.

Leo en mi asiento. Releo lo que escribí hace ya tanto tiempo. Los cuadernos escolares donde conté mi historia y la de Rachel. Esa que nadie cree y que todos achacan a mi imaginación. A veces observo a través de la ventana y veo pasar paisajes yermos; el crepúsculo está dando paso a la noche. El viaje hasta el sur es largo. Y las conexiones entre ciudades pequeñas no disponen de los trenes más rápidos.

El vagón va casi vacío. Los trenes con pocos pasajeros son lugares tristes y melancólicos; da la impresión de que existen por obligación, no porque quieran existir. Hay una sensación de abatimiento en la atmósfera, como si fuera a ocurrir algo malo pero nadie supiera exactamente el qué.

Una tormenta empieza a descargar a lo lejos, en la llanura.

Comienza con unos destellos en el cielo y segundos más tarde nos llega el sonido del trueno: el martillo de Thor golpeando en el yunque. Minutos más tarde oímos el repiqueteo del agua en el techo del vagón y los pocos pasajeros que viajamos en él nos miramos con tristeza, como si compartiéramos una premonición funesta que ninguno se atreviera a expresar en voz alta. Estamos atravesando tierras baldías que nunca se compadecen del hombre que llora doblando la espalda para arrancar el fruto de su seno. Quizá por eso el aire está impregnado de tristeza y desazón.

El tren se interna en la cordillera que separa el sur del resto de la península. Ya es de noche cerrada. Tras la ventanilla sólo hay pinos y oscuridad. Cierro los ojos un instante y los vuelvo a abrir. Sigo teniendo problemas para conciliar el sueño, pero el doctor Valcárcel ha insistido en que remitirán poco a poco. Cuando quiero darme cuenta, hemos abandonado las montañas y estamos otra vez en tierras de labor, al otro lado del mundo.

Consigo dormir otra vez y me despierto cuando el tren hace su entrada en la estación de la ciudad, de madrugada. Es tan tarde que no hay nadie, ni en los andenes, ni en la propia estación. Bajamos muy pocos viajeros, apenas unos cuantos, como fantasmas expulsados de su radio de acción. Me dirijo a la oficina de alquiler de coches y un empleado somnoliento que realiza una larga guardia, me entrega un vehículo pequeño, previo pago de su importe.

Me dirijo a los barrios del sur. Veo la zona en la que nací con otros ojos. Desengañados quizá, o tal vez tristes al recordar épocas más alegres ya pasadas. Podría ir a la casa de mis padres, pero no quiero asustarlos a estas horas. Ni siquiera sé si querrán verme: es posible que no. Conduzco por la carretera de ronda, rumbo al parador nacional situado en el castillo. Quiero dormir en el mismo sitio en que durmió Rachel cuando llegó aquí por primera vez. Quiero aspirar el mismo aire y ocupar el mismo espacio. Consigo una habitación, pero lo que no consigo es dormir. Me paso las horas con los ojos abiertos, en la oscuridad. Pensando. No puedo dejar de pensar. Nunca lo conseguiré.

Los días pasan sin pena ni gloria. He visitado a los amigos. Ellos me miran con asombro, como si no me reconocieran. Sus palabras son condescendientes, no queda nada del ardor y la sinceridad de la juventud. Al principio pensé que se alegraban de tenerme cerca, ahora empiezo a tener mis dudas. “Tengo una duda en mi mente y no sé si un día me abandonará. Sombras que cruzan mi alma, recuerdos que pasan y después se van”. Es el run-run de una vieja canción que no consigo olvidar. No paro de reproducirla en mi mente, como una maldición.

No consigo adaptarme a mi nueva vida. Ni siquiera soy capaz de encontrar un empleo mal pagado. Tampoco soy capaz de escribir, más allá de estas líneas. Todo me resulta ajeno y vulgar, me siento como un extranjero en tierra extraña. A veces pienso que lo mejor sería irme muy lejos, esta vez para siempre y sin posibilidad de regresar.

Las relaciones con los demás se han vuelto frías e intangibles. Antes me importaba, ahora no. Ahora salgo de los lugares sin decir adiós. Me preocupaba lo que pudieran pensar de mí, pero he llegado a un punto de no retorno en el que he comprendido que necesito orden y los demás seres humanos me generan caos. En las cafeterías y los bares me siento en el sitio más alejado y nunca entablo conversación. ¿Para qué? No hay ningún tema que me interese; todo ha pasado a un segundo plano. Así que centro mi atención en tomarme el café y dejo la mente en blanco, para ahorrar energías y evitar esfuerzos inútiles. Todo se ha vuelto tan gris a mi alrededor, que la vida en colores es un vago recuerdo que mi mente se niega a reactivar: ahora sólo sueño en blanco y negro. La única que ponía orden en mi caos era Rachel. Y Rachel ya no está. Se diluyó. Desapareció como el rocío primaveral con el sol fuerte del mediodía. Pero ella estuvo en mi vida, la llenó como ninguna otra pudo hacerlo después. Yo la recuerdo. Aunque quieran arrancarla de mi mente, yo la recordaré hasta el último de mis latidos.

# Adenda

## Memories

La mujer que se parece a Rachel, pero que no lo es, se acerca despacio a mí. Camina buscando las sombras. Me mira y sonríe. En sus ojos hay tanta tristeza como en los míos. Ha perdido la esperanza hace mucho tiempo, como yo.

En la mirada de la mujer que se parece a Rachel, pero que no lo es, hay un dolor tan antiguo como el propio mundo. No soy capaz de imaginar qué cosas habrá visto para mirar de esa manera, pero me sonríe y yo le sonrío. Creo que los dos hacemos un esfuerzo mutuo por agradarnos. Nos reconocemos el uno en el otro, como dos estrellas gemelas que giran en el universo viendo pasar los eones.

La mujer que se parece a Rachel (pero estoy *casi* seguro de que no lo es), llega finalmente hasta mí. Me abraza con ternura, como una madre a un hijo enfermo. Después me besa: primero en la frente y después en los labios. Es un beso frío, pero es exactamente la clase de beso que yo necesito. Se separa de mí, me mira a los ojos y vuelve a sonreírme. Esta vez hay más calidez. Apenas si puedo oír cómo me susurra algo.

—Te estaba esperando.

Marzo de 2018, día de San Patricio.

# SOBRE EL AUTOR

Me llamo Benjamín Ruiz y nací en Jaén (España), en 1972. Me gustaría poder decir que tengo un gran currículum, pero mentiría. Lo cierto es que no tengo nada de nada, ni siquiera estudios superiores. He trabajado toda mi vida laboral en empleos duros y desagradables. He compaginado esa ocupación con la escritura y la lectura. Lo poco que sé de literatura, se debe a leer y a escribir mucho. A finales de 2001 escribí mi ópera prima, *Memento Mori*, que rodó por mil editoriales hasta que me harté y en 2003, me fui a una imprenta y me gasté 1.800 euros que no tenía en una autoedición de 550 ejemplares que logré vender, para mi sorpresa. He seguido escribiendo y guardando los manuscritos en un cajón, después de que sufrieran el mismo destino (colecciono cartas de rechazo de editoriales). A finales de 2016 decidí publicar esos libros en Amazon. No sé si algún día podré vivir de esto, pero sí sé que no dejaré de escribir, pase lo que pase. Escribir es una de las pocas cosas que me hace feliz.

Enlace de mi página de autor en Amazon:
https://www.amazon.es/Benjam%C3%ADn-Ruiz-g%C3%B3mez/e/B01MZ754HT/ref=ntt_dp_epwbk_0